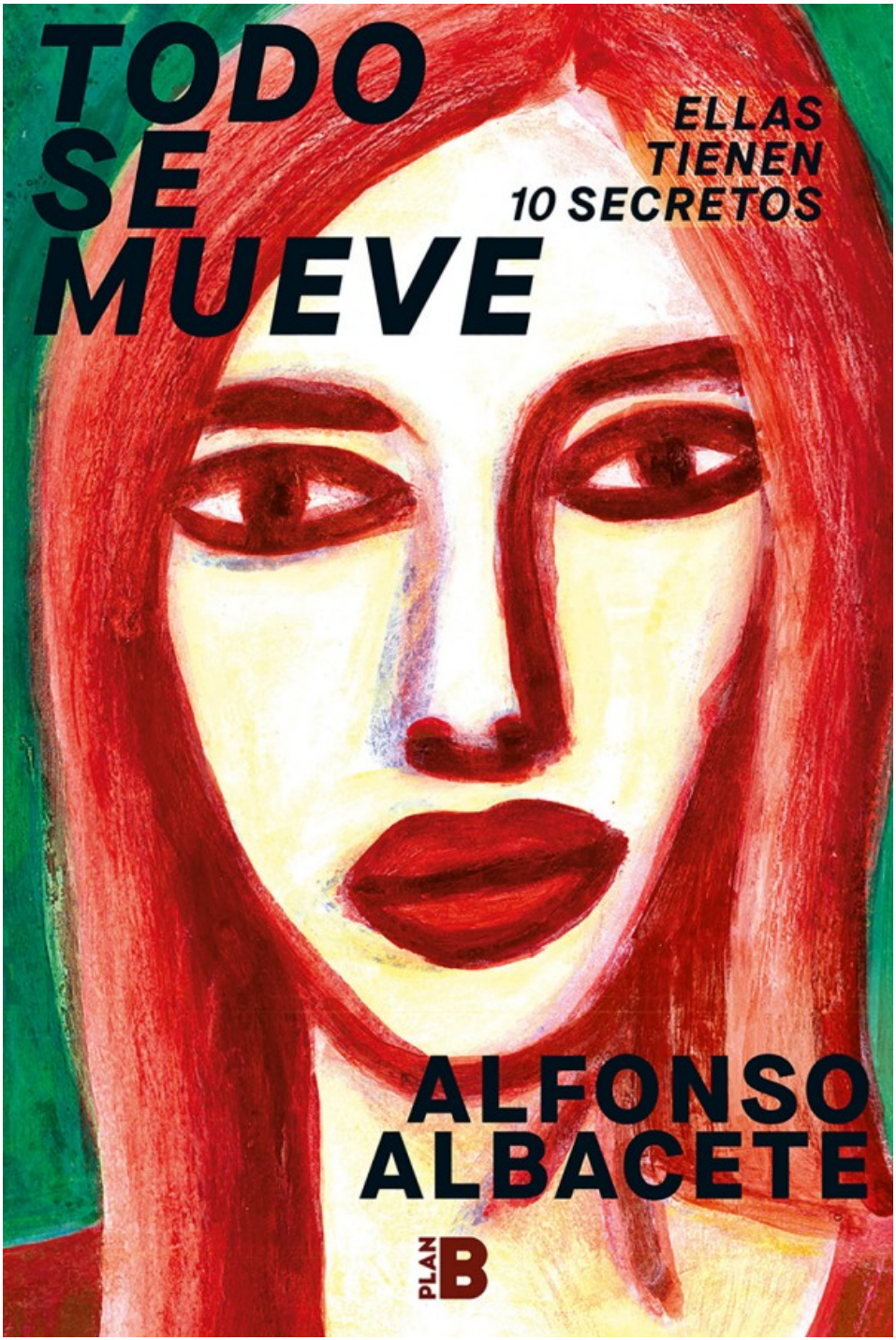

TODO SE MUEVE
ELLAS TIENEN 10 SECRETOS
ALFONSO ALBACETE
PLAN B

Todo se mueve

Alfonso Albacete

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Para Héctor

Algunas veces, lo mismo que Eva nació de la costilla de Adán, una mujer nacía durante mi sueño de una falsa postura de mi muslo.

MARCEL PROUST

DIEZ SECRETOS

Todos tenemos secretos. Las circunstancias hacen que algunos salgan a la luz y otros permanezcan en el anonimato, ocultos en el pasado, en el desván de nuestra mente, aparcados en nuestros recuerdos, escondidos en los cajones bajo la ropa interior, o ahogados en una continua lucha por salir a flote. No siempre somos conscientes de ellos. Algunos, al resurgir, provocan alivio; otros deberían permanecer inertes bajo la tierra húmeda, sin haber resucitado nunca.

Hiba la besó y ambas se fueron estrechando, acoplando como piezas de un puzle que encajaba a la perfección. Ninguna de ellas se había sentido nunca tan bien con otro ser, ya fuera hombre o mujer, jamás habían imaginado la existencia de un complemento tan perfecto. Olvidada quedaba cualquier historia anterior, que perdía todo significado ante un presente tan arrollador. Tampoco había futuro, por lo menos ninguna de las dos pensaba en ello, solo importaba el ahora, vivir intensamente, saborear cada instante, seleccionar pequeños momentos y guardarlos en rincones del pensamiento, para luego conformar con ellos cada uno de los recuerdos que, una vez acabada la pasión, consolidarían el amor de una relación duradera.

—Creo que Samia tiene problemas —susurró Hiba.

No solía hablar de sus cosas. Había dejado atrás Madrid y allá habían quedado sus amigas, su hermana, el resto de su familia y Lavapiés, donde había pasado toda su infancia y adolescencia.

—¿Qué le sucede? —preguntó Ruth.

No supo qué contestar. Solo sabía que debía volver y afrontar su pasado. Tenía la sensación de estar en medio de un laberinto sin conocer el camino que la conduciría a la salida. Debía elegir bien, pues contaba con una sola vida.

No lo sabía, pero era solo el principio para averiguar cuáles eran los diez secretos. Estos se irían descubriendo uno a uno, revelándose poco a poco, provocando un cambio radical en sus existencias. Diez secretos. Cada

uno iría llevando a otro más oculto, más difícil de comprender y aceptar. Hay veces en que es mejor cerrar los ojos o mirar hacia otro lado, pero Hiba no era así. Ella tendría la fuerza suficiente para enfrentarse a cada uno de ellos por mucho dolor que le provocaran.

¿Cuál sería el secreto de Samia para que, con apenas dieciséis años, hubiera tomado la decisión de llamarla y, en silencio, hacerle saber que necesitaba su ayuda? ¿Qué ocultaba Lisa tras su sonrisa? ¿Sería capaz de compartir la dualidad que estaba experimentando, sin ella misma darse cuenta del peligro que suponía meterse en algo tan turbio? ¿Quién podía suponer que el oscuro secreto de Laura, que parecía una mujer fuerte, capaz de dominar cualquier situación y resolverla mejor que la mayoría de los hombres, estaba tan enquistado y oculto que nadie tenía las claves para siquiera imaginarlo? ¿Y el suyo? Porque Hiba también tenía su secreto. Un secreto a voces, pero que ni ella misma había descubierto hasta ese momento.

La verdad es lo contrario de la cobardía. La mentira es un germen que puede crecer y acabar con la amistad, el amor y hasta con la propia vida.

Diez secretos. Hiba era lo suficientemente fuerte para volver y enfrentarse a ellos. Al fin y al cabo, eso era solo el principio.

LIBERTAD

La libertad no se compra, se roba. Laura era un espíritu libre. No obstante, cada día salía de trabajar a las ocho y media de la tarde. Cada día caminaba hasta su casa recorriendo la calle Preciados hasta la Puerta del Sol, subiendo luego por Carretas, deteniéndose en los cines Ideal para mirar la cartelera, y siguiendo hasta Tirso de Molina para desembocar en Lavapiés. Cada día, lloviera copiosamente, cayera calabobos, hiciera un frío de tundra o un calor seco y arenoso, ella repetía el mismo recorrido, tardando exactamente el mismo tiempo. Nunca lo había cronometrado, pero si lo hubiera hecho el resultado habría sido igual, segundo más segundo menos. Seguía siempre ese idéntico ritual, era un animal de costumbres, como la mayoría de la especie humana, pero ese día todo fue diferente.

Eran apenas las cuatro de la tarde y se dirigía apresuradamente por los pasillos de unos grandes almacenes hacia la salida. Vestía una llamativa chaqueta de cuero y unos vaqueros ajustados que le marcaban una figura espectacular. Más que guapa, era una mujer con personalidad, con carácter. De niña habría preferido pertenecer al género masculino, pero ahora, a sus veintidós años, estaba muy feliz en su papel de joven independiente y poco femenina, de mujer capaz de tomar la iniciativa en cualquier momento y resolver las cosas con mayor acierto que cualquier hombre.

La libertad no se compra, se roba. El secreto está en que nadie se percate de ello. Ser libre significa también carecer de responsabilidades que te aten y coarten esas ansiadas ganas de volar. Ser libre es huir de relaciones que aprisionan, que ahogan los sueños hasta convertirlos en pesadillas. Laura era todo lo libre que puede llegar a ser una joven de hoy.

Caminaba presurosa. Al llegar a la salida y atravesar el dispositivo de seguridad, se disparó una alarma, lo que activó el protocolo de control y vigilancia del centro comercial. Un guardia de seguridad la localizó al instante y la chica, al verse sorprendida, echó a correr como alma que

lleva el diablo. La adrenalina le recorría todo el cuerpo, era consciente del riesgo, pero no le importó. El placer de ir contra lo establecido era superior al bochorno de ser sorprendida in fraganti; además, aquel hurto menor, por lo menos en su cabeza, estaba más que justificado esta vez.

Corrió por Preciados intentando no chocar con los numerosos transeúntes que deambulaban por la calle peatonal. El guardia, veloz, casi le pisaba los talones, pero ella logró sacar fuerzas y aumentar su velocidad hasta llegar a la calle Mayor, cruzar zigzagueante entre los taxis, meterse por las callejuelas peatonales del centro y camuflarse entre los turistas. Dobló una esquina y se detuvo para ver si había logrado escapar de aquel perro de caza. Viéndose fuera de peligro, recobró el aliento y caminó tranquilamente hasta detenerse tras uno de los arcos de la plaza Mayor. Se quitó la chaqueta y la revisó. Efectivamente, un pequeño dispositivo antirrobo escondido en un bolsillo le había pasado desapercibido. Decidida, sacó de su bolso un aparatito especial para desprender etiquetas de seguridad de las prendas. La quitó y guardó el chisme, ya tendría ocasión de volverlo a utilizar. La libertad no se compra, se roba, aunque a veces el corazón te lata tan desbocado que conseguir acompasarlo tenga su precio.

No deseaba ver a nadie. Subió directamente a su casa, fue a la cocina, abrió el grifo y se llenó un vaso de agua que se bebió de un trago; la carrera la había dejado sedienta. Sentía rabia, aunque, para ella, quedarse sin empleo en ese momento no era más que un contratiempo; hasta ahora nunca había pasado más de una semana entre un trabajo y otro y, en el peor de los casos, siempre podría ayudar a su padre en la librería, cosa que prefería no hacer. Bastante tenía con seguir viviendo con él a pesar de sus más de veinte años y su mismo mal humor; menos mal que la casa era grande. Miró el aparador y vio una foto descolorida de una mujer montada en una bicicleta. Sin dudarlo, la guardó en un cajón.

El hombre ha nacido libre, la mujer tiene que luchar por su libertad cada día de su vida. Así pensaba Hiba. Ella, hija de padre árabe, Karim, y madre española, había logrado sobrevivir heroicamente a los conflictos que puede producir esa mezcla cultural. No le importaba definirse como feminista, pero lo cierto es que odiaba cualquier etiqueta, sobre todo si esta surgía desde la burla o se usaba como discriminación.

Feminista o no, Hiba opinaba que era necesario desmontar la idea que se tenía del género masculino y el femenino, no porque fueran iguales sino porque, tal como estaban definidos tradicionalmente, chocaban con la realidad provocando un desencuentro entre ambos y limitando la libertad.

Odiaba la mera idea de ser controlada por alguien, la sumisión a la que

como mujer debía someterse, según su padre musulmán, o la obediencia que tendría que acatar sin rechistar, según su abuela católica. Soledad, que así se llamaba la madre de su madre, era quien la había cuidado desde que esta murió siendo ella una criatura. Muy a pesar de lo que dijera o pensara, la abuela siempre había hecho lo que le había dado la gana sin tener que dar explicaciones a nadie. Bueno, a nadie menos a Dios, a quien le confesaba, a través de un sacerdote, todos sus pecados por muy nimios que fueran. Como buena cristiana, el simple hecho de desprenderse de ellos la libraba de esa gran culpa que acarrea el cometerlos. Hiba la admiraba. Para ella era una feminista encubierta, aunque su educación la hubiera llevado a pensar equivocadamente que la diferencia de roles entre hombres y mujeres era, más que biológica, cultural.

Hiba había aprendido a mantener el equilibrio en la cuerda floja de ese circo donde le había tocado vivir gracias a la lectura y a sus amigas Laura y Lisa. Juntas tenían la sensación de ser más fuertes.

El hombre ha nacido libre, Hiba tenía que luchar por su libertad cada día mientras servía en el café árabe de su padre.

Había empezado el buen tiempo. La primavera se había adelantado ese año más que ningún otro, y Karim decidió que ya era el momento de montar la terraza exterior. En la acera en cuesta, unas cuantas mesas y sillas de aluminio plateadas servían para reunir a los clientes habituales, en su mayoría árabes. A algunos los conocía desde pequeña, a otros los había visto incorporarse a la comunidad más tarde, llegados de Marruecos, Ceuta o Melilla.

—¡Tú, niña! ¡Ven a tomarte algo! ¿Por qué no te vienes conmigo detrás del café? Aprovecha, tu padre está dentro y no se va a enterar —le propuso Quentin, un joven árabe con acento francés.

Tenía que soportar ese trato cada día. A Quentin lo conocía de sobra y sabía la evidente atracción que el muchacho siempre había sentido por ella. Alto, delgado, de rostro anguloso y tez bronceada, con unos impenetrables ojos verdes, casi del mismo color que los de Hiba, era consciente de su atractivo y lo explotaba de forma equivocada. A ella le resultaba torpe y vulgar.

«No hay nada menos excitante que una actitud machista», pensó. Cuando Quentin u otro joven se dirigía a ella de esa forma, por su cabeza pasaban los rostros de infinidad de mujeres maltratadas. Confundir el amor con la posesión, el deseo con la violencia, la seducción con el insulto, estaba muy lejos de su idea de lo que debería ser una relación.

—Sé que estás deseando que te bese —le repetía Quentin en voz baja.

—¿Qué?

—Vamos, no te vas a arrepentir.

—¿Perdona? No te he oído —le contestaba ella, acercándose a él para desafiarlo.

—Desde hace una hora vas y vienes moviendo el culo para mí. ¿Qué crees? ¿Que no me doy cuenta?

Hiba acercó su boca a la oreja del muchacho, casi rozándola con sus labios, lo que provocó en él un escalofrío que intentó disimular.

—Cierra la boca, pedazo de capullo —le siseó—. ¿Dónde te crees que estás? ¿En el zoco de tu pueblo?

—A mí no me hables así —respondió él mientras por su frente resbalaba una gotita de sudor.

—Hablo como quiero. Este es un país libre. Estamos en el 2017. Las mujeres votamos, vivimos solas, follamos con quien queremos y como queremos... Si tu novia no te deja que le metas mano, no es mi problema.

Lejos de sentirse satisfecha, esa clase de conversación le dejaba una sensación de malestar y desasosiego. El haber nacido con el sexo femenino no significaba tener que comportarse obligatoriamente como se le exigía a su género. Ver, oír y callar era algo que le resultaba del siglo pasado. Si bien era cierto que las mujeres en la actualidad seguían ganando menos que los hombres por un mismo trabajo, y que la llamada igualdad era aún una entelequia, ella había conseguido estar muy por encima de la mayoría de sus compañeros de estudios en sus resultados académicos. Manejaba cinco idiomas a la perfección, escritos y hablados, además del lenguaje de signos, y, aun así, allí estaba, sirviendo mesas a un bello espécimen del sexo masculino que se comportaba tal como se espera de los de su género.

Soledad, que estaba asomada a la puerta del café y había observado todo, se reía para sus adentros. Había educado a sus dos nietas para que supieran defenderse ante cualquier situación. Estaba orgullosa de ello. Ver a su nieta mayor controlando la batalla, dominando al enemigo, resolviendo dialécticamente un claro caso de acoso, la tenía más que satisfecha.

Hiba no había sido una niña fácil. Tenía un carácter rebelde que Soledad justificaba por la temprana pérdida de su madre, la figura femenina que la abuela había tenido que sustituir. «Misión cumplida», pensó. Su otra nieta, Samia, que aún no había cumplido los diecisiete, era todo lo contrario. Esta apenas hablaba y se escabullía silenciosamente cada vez que podía. Era como un gato capaz de trasladarse de un lado al otro sigilosamente, observándolo todo con sus enormes ojos negros.

Soledad estaba tan absorta en el duelo verbal de Hiba que se dio un susto al volver la cara y encontrarse con Samia a su lado.

—¡Qué susto me has dado! Hija mía, haz un poco de ruido de vez en cuando, aunque sea por educación.

Samia le dio un beso rutinario y, sin decir nada y apenas hacer ruido, pasó al interior del café.

—Y date prisa con los deberes, que luego necesito que me ayudes —añadió Soledad.

Fuera, Hiba continuaba con su discurso sobre la obsoleta presencia de machos alfa, la libertad del género femenino ganada con años de lucha feminista, y el fastidio que suponían esos comportamientos tan desubicados. Quentin había logrado encender una mecha de pólvora que, de no ser por la interrupción de Soledad, habría podido llegar a los cartuchos de dinamita y estallar.

—¡Hiba! —llamó Soledad, paralizando repentinamente la lid.

La joven se apartó del cliente. Un solo toque de atención de la mujer que la había cuidado desde niña bastaba para dejar todo lo que estuviera haciendo y acatar sus órdenes sin rechistar. Fue hacia ella hasta verse acorralada entre dos puertas.

—¿Qué pretendías? —le reprochó Soledad en voz baja—. ¿Eres tonta o qué?

No serviría de nada explicarle que aquel idiota la había ofendido con sus palabras. Ni cómo se había sentido ante aquella mirada lujuriosa que la desnudaba, ni la violencia que rezumaba su comportamiento machista. Prefirió permanecer callada.

No era la primera vez que le tocaba enfrentarse a los comentarios de los jóvenes marroquíes del barrio. Las hermanas de estos ni siquiera tenían la opción de contestar como ella lo había hecho. Carecían de la libertad que ella tenía, de su preparación y educación. Había tenido suerte. Consideraba que debía aprovecharla en algo útil, algo que sirviera para ayudar a mujeres no tan afortunadas. Cada enfrentamiento era tomado por Hiba como parte de una misión cuyo objetivo era acabar con la desigualdad, aunque fuera a muy largo plazo.

—A mí también me dan asco, pero es mejor que ni les hables. Les sirves y no tienes por qué darles cuerda. Estás por encima de ellos —le dijo Soledad.

—Nadie está por encima de nadie, no es eso —contestó Hiba.

Aunque no la sorprendió el comentario de su abuela, sí chocaba precisamente con su discurso, que pretendía ir contra el odio. Quedaba mucho trabajo por hacer, demasiado, y pensando esto cruzó entre las mesas para entrar en el café. Al pasar por delante de Quentin, este le arreó un manotazo en las nalgas. Los demás clientes sentados en la terraza rieron socarronamente. Al ver esto, Soledad se acercó al joven con la tetera en la mano.

—¿Un poco más de té? ¿Alguien quiere más?

Sirvió al del manotazo y, simulando que se despistaba, le echó un chorro de agua caliente sobre el pantalón, lo que provocó un grito de dolor a Quentin y una carcajada a la clac.

—¡Más cuidado, señora! —protestó el joven, apartándose.

—Ay, perdón. ¿Le he quemado sus partes? —respondió Soledad, disimulando su satisfacción. «Ande yo caliente y ríase la gente» —añadió

para sí.

Se retiró mientras los clientes continuaban riendo. Samia, la hermana pequeña de Hiba, había sido testigo de toda la escena a través de la ventana. Tenía la capacidad de observar todo sin ser vista. Los tejemanejes de la abuela siempre le causaban gracia. Era capaz de conseguir sus propósitos manipulando a todos sin que se dieran cuenta, y cuando algo no era de su agrado reaccionaba improvisando, siempre acompañando sus actos con refranes y dichos populares ya casi en desuso.

—Échale los tejos a la abuela, la nieta no te hace ni caso —le dijo otro cliente a Quentin, muerto de risa.

Esta burla enfadó más al joven. Él era el líder del cotarro y no podía permitir que nadie les cuestionara. Sintió ganas de abalanzarse sobre el que había hecho el comentario, pero se contuvo y dijo:

—Si no se ha venido conmigo es porque es les-bi-a-na.

Silabeó la palabra para que todos comprendieran que se trataba de una fuerza mayor que él no podía controlar, ya que su innegable atractivo como hombre quedaba anulado por esa simple circunstancia, y que, aunque pensara que por supuesto podría convencer a la chica de cuánto disfrutaría íntimamente con él, eso requería mayor trabajo, esfuerzo, tiempo y dedicación de lo habitual. Ninguna conquista se le había resistido hasta el momento. Todos volvieron a reír ante la extensa justificación, todos menos el padre de la chica, que desgraciadamente lo había escuchado todo cuando llegaba a la terraza. Enfadado, se dirigió directamente a Quentin, lo levantó con sus fuertes brazos y le espetó con cara de pocos amigos:

—Cuidado con lo que dices de mi hija. Venga, lárgate de aquí antes de que se me hinchen los cojones.

Karim era un hombre de pocas palabras, pero cuando las soltaba siempre resultaban ser las adecuadas. Se había ganado el respeto de sus vecinos gracias a su imparcialidad y, sobre todo, a lo que suponían que ocultaba.

Muchos eran los rumores que corrían acerca de él y su oscuro pasado. Se decía que antes de llegar a España había sido sicario y que gracias al dinero ganado con sus ejecuciones había montado el café en pleno barrio de Lavapiés. Fuera verdad o no, su sola presencia hacía temblar al más pintado. Todos tenemos cosas que ocultar, decían los vecinos, justificando la posible relación de Karim con el mundo del crimen organizado. Y así era, ya que para la mayoría de ellos su nueva vida le había servido para volver a empezar, olvidando su pasado. Una oportunidad de renacer. Varios habían luchado en alguna guerra y habían llegado como refugiados, otros se habían visto obligados a robar para dar de comer a sus familias, y los que no habían sido inmigrantes ilegales eran hijos de estos. Todos tenían mucho que olvidar.

El silencio es solo una anestesia para la memoria.

«Eres libre de hacer lo que quieras, puedes marcharte o quedarte con nosotros», fueron las palabras del padre de Lisa justo antes de que ella cogiera su maleta y no volviera a verlo jamás.

La vida en aquel pueblo del levante español se le hacía una pesada losa y decidió probar suerte en Madrid. De eso hacía tres años. Ahora estaba cada día tras una mesa revisando dosieres y entrevistando a gente con problemas y sin trabajo.

—Si quiere que intentemos conseguirle un empleo, necesita tener los papeles en regla —dijo Lisa, estudiando el rostro del hombre que tenía sentado frente a ella—. La cosa está muy difícil hasta para los de aquí.

—Pero yo soy cubano —indicó el joven con marcado acento—. Por supuesto que no tengo papeles en este momento.

—Pues ya sabe lo que tiene que hacer —respondió Lisa, seca y rotunda.

El hombre negó con la cabeza. Lisa pasaba horas y horas frente a todo tipo de gente. Sus estudios de psicología le habían servido no solo para conseguir ese puesto en una organización no gubernamental, sino también para estudiar a las personas, o al menos eso pensaba ella. Lo cierto es que, después de un año, el cansancio había vencido a las ilusiones iniciales y su decepción era cada vez mayor: mucha burocracia y poca eficiencia.

—Tiene que regularizar su situación —le insistió muy seria.

—¿No podrías tú hacer algo por mí, mi amor? Estoy seguro de que puedes conseguir algo para mí —rogó el muchacho mirándola fijamente y de forma seductora—. Mi amor —repitió.

Ese comentario no le hizo mucha gracia.

—Yo no soy su amor. Es más, creo que es la primera vez que nos vemos. Supongo que en su país será normal tener esas confianzas, pero aquí debería tratarme con más respeto si de verdad desea que yo también le trate como se merece y me lo tome en serio.

—Disculpe, señorita, no pretendía ofenderla. Yo solo quiero trabajar.

—Pues sin papeles no hay trabajo —zanjó Lisa, cerrando la carpeta.

—Seguro que sabe cómo darle una vuelta a esto, señorita —insistió el cubano mirándola con ojos suplicantes.

—¿Darle una vuelta? ¿Qué quiere que haga? ¡Esto es una oficina de empleo temporal, no Eurodisney! —replicó ella, enfadada.

Se detuvo y observó el rostro del hombre, que reflejaba una gran preocupación. Al fondo, un grupo de personas esperaban turno para ser atendidas. Miró el reloj. Cada día la jornada se le hacía más larga.

—Vuelva cuando su situación esté arreglada —concluyó, levantándose.

«Eres libre de hacer lo que quieras.» Lisa recordaba las palabras de su

padre mientras tomaba un café cortado. ¿Libre? Le gustaba sentarse en aquella cafetería frente a la gran cristalera y ver pasar la gente. Allí jugaba a adivinar a qué se dedicaba cada uno: aquel, estudiante de medicina; esa otra, peluquera; ese, abogado, estudiante de arte dramático, músico, arquitecto; aquella, dependienta de un gran almacén...

Se mentía a sí misma pensando que algún día estaría al otro lado del cristal, que sería libre para decidir su destino. En ese momento no sabía que todo iba a cambiar para ella y sus amigas. Hiba y Laura se habían convertido en lo más importante de su día a día, las únicas capaces de comprenderla, aceptarla y quererla tal como era. Estando juntas todo era posible.

La soledad de los días se hacía más llevadera sabiendo que el viernes volverían a reunirse para comerse la noche y a todo el que se cruzara con ellas. Tres mujeres con superpoderes capaces de superar cualquier obstáculo. Los hombres caían a sus pies y ellas eran quienes decidían si utilizarlos o no. Eran muy distintas entre sí, es cierto, pero eso era lo que las hacía verdaderamente fuertes. Se habían conocido apenas tres años atrás, pero el vínculo creado entre ellas era aparentemente tan sólido que estaba segura de que nada ni nadie podría destruirlo jamás.

Lisa había sido una niña solitaria. En el colegio nunca tuvo una verdadera amiga. Siempre se había llevado mejor con los chicos, que le parecían más sinceros, menos retorcidos, más de verdad. Las chicas siempre hablaban de tonterías, tenían muchísima competencia entre ellas y la miraban mal, sobre todo, porque había tardado mucho en desarrollarse. Esta circunstancia influyó para que Lisa se aislara, acomplejada por su figura larguirucha y escasa de tetas. Pero, como en el cuento del patito feo, las demás acabaron bajitas, de cadera ancha y rechonchas como ocas preparadas para convertirse en un buen fuagrás, y en cambio ella, la despreciada desgarbada, la pecho plano, se convirtió en un bello cisne de aspecto aniñado y cuerpo de modelo. Muchas de sus conocidas se habían quedado embarazadas a causa de la estupidez y el aburrimiento. Pero Lisa, que nunca se sintió parte de ese ambiente pueblerino, había decidido poner tierra de por medio y marcharse lo más lejos posible. Ahora estaba allí, sentada, con todo un futuro por delante que ya era presente.

En el patio del colegio, los jóvenes entre quince y diecisiete años se dividían en pequeños grupos, unos de chicos y otros de chicas. Curiosamente, cada islote albergaba una singular mezcla de razas, colores y nacionalidades, pero nunca, en ningún caso, de géneros. La mayoría estaban absortos con sus teléfonos móviles, que eran utilizados para una interrelación entre miembros de los diferentes grupos a través de mensajes

escritos o de voz que convertían esa comunicación en algo íntimo y a veces clandestino. Usaban su propia jerga de signos y abreviaciones, como códigos casi secretos e ininteligibles para alguien ajeno a esa excitante cotidianidad que solo existe en la posadolescencia. Lolitas en proceso cruzaban sus datos con rebeldes, muchos de ellos encausados por pequeños delitos, desde hurto hasta tráfico de drogas, que era más bien trapicheo entre colegas. Los estrógenos, la progesterona y la testosterona flotaban en el aire de un Madrid contaminado y caluroso.

En el patio se disputaba un partido de fútbol de camisetas contra descamisados. Con fiereza, los dos equipos luchaban como cada día por mantener el control del balón, pero tras un torpe chute, este fue a parar a una de las islas de las chicas, interrumpiendo de golpe la divertida sesión de pintura de uñas.

—¡Vete a tomar por culo, gilipollas! —dijo una delicada princesa urbana, cuyo peso y complexión permitían intuir una probable anorexia.

—¡Hija de puta, devuélveme el balón! —ladró un muchacho con acné y moratones en la cara.

—¡Anda, lárgate! —respondió la princesa, lanzándole el balón.

—¿Qué se habrá creído ese? Me parece que le molas —le comentó una joven pelirroja transparente como papel de fumar.

Una chica asiática se acercó al grupo, parecía apurada.

—¿No habíamos quedado para ensayar el baile? —dijo.

—Yo paso —respondió la pelirroja, sin dejar de escribir velozmente en el móvil con los dos pulgares.

—Tú haz lo que quieras, pero yo el ridículo no lo hago. ¿Dónde está Samia? ¿Alguien la ha visto? —preguntó la asiática, preocupada.

Samia se encontraba a unos metros del patio. Había logrado encerrarse junto a Pap, hijo de senegaleses, con el que desde hacía meses mantenía una secreta relación. Cuando estaban con el resto de los compañeros ni siquiera se hablaban, tan tímidos eran ambos. La atracción mutua que sentían era proporcional al celo con que la escondían. Ninguno de sus compañeros era cómplice de ese amor que había ido creciendo día a día desde que se vieran por primera vez con seis años de edad. Ahora, con dieciséis, habían sustituido las notas de papel por mensajes de móvil, las miradas furtivas por besos a escondidas, y los intercambios de chuches por relaciones sexuales. Dos meses atrás habían decidido dar ese paso y desde entonces su atracción era cada vez mayor. Sentían haber nacido el uno para el otro, se buscaban continuamente y cada vez que podían se escapaban a su jardín secreto: el pequeño cubículo de un baño de servicio que nadie utilizaba.

Entre ellos no hacían falta palabras, se comunicaban con la mirada o mínimos gestos que entendían como pequeños y particulares emoticonos. Así, «quedamos en el baño» era un casi imperceptible enarcarcamiento de

cejas; «te llamo luego», un toque en la oreja con el pulgar; «te he echado de menos», una mirada fija tras una leve caída de ojos; u «hoy tengo que marcharme pronto», un rascarse la muñeca. Vivían sus momentos de intimidad tan intensamente que el mundo se desvanecía a su alrededor y el tiempo se detenía, para luego acelerarse brutalmente al volver a la realidad.

Oyeron el timbre de llamada a clase y al punto se separaron, recomponiendo su ropa. Pap miró a Samia y, sin pronunciar palabra, le dijo con la mirada que saliera ella primero. Debían tener más cuidado, ya que el otro día un profesor casi los había pillado al abandonar juntos su escondrijo. Eran conscientes de que, si los descubrían, uno de los dos se ganaría la expulsión inmediata, lo que ocasionaría una forzosa y dolorosa separación. Samia salió y recorrió a paso rápido los pasillos. Los alumnos fueron entrando en sus aulas y las puertas se cerraron, ahogando el jaleo.

El día transcurrió sin novedad. Ella se limitaba a observar y escuchar, no solo al profesor de turno, sino también al resto de compañeros, con los que apenas hablaba. Eso sí, por lo que le transmitían sus miradas, su comportamiento y sus reacciones, era consciente de cuál era el estado de ánimo de cada uno de ellos. Así, fue capaz de ver lo mal que lo había pasado X con la separación de sus padres, cuánto sufría Y con la dura relación que mantenían los suyos, y el acoso al que estaba siendo sometida Z por sus propios hermanos. Eran pieles duras, jóvenes pero curtidas a base de realidad. También por simples detalles en el vestuario, o pequeños cambios en la forma de peinarse, captaba señales de deseo, rechazo, alegría, desasosiego o apatía hacia uno u otro, o al mundo en general. Fue la única en advertir el primer intento de suicidio de Abdul antes de que sucediera, pero fue incapaz de acercarse a él para intentar detenerlo. A partir de ese día, las mangas largas cubrieron las marcas de los cortes que el chico tenía en ambas muñecas, y él se volvió menos comunicativo, más distante, como encerrado en su propio mundo, a años luz de este, seguramente por los antidepresivos que le estarían suministrando, imaginó Samia. Apenas habían intercambiado unas palabras desde que ocupaban la misma aula. Lo había visto dibujar y lo hacía realmente bien, siempre en tinta negra, siempre escenas bélicas, soldados, armas, cosas de chicos, pensaba ella. Tenían en común sus orígenes árabes, aunque de él se comentaba que había perdido a sus padres en Siria y vivía aquí con unos parientes. Alguna vez su tío había estado en el café, pero no solía ir muy a menudo; Samia recordaba haber visto a su padre hablar brevemente con él en cierta ocasión. Abdul quería pasar desapercibido, hacía lo posible por ser invisible, y por eso ella, respetando sus deseos, no se acercó a él. Pero, después de que pasara lo que pasó, su relación cambió.

Samia volvió a casa directamente. Al llegar al café árabe se encontró a su hermana, Hiba, en plena disputa con los habituales clientes. Quentin

siempre le había parecido un chico atractivo, aunque torpe y anticuado. Sabía que no había tenido una infancia lo que se dice feliz, pero eso no era una disculpa para que tratara de esa forma a ninguna mujer. Se acercó a su abuela, que estaba absorta observando la escena. Soledad solía asustarse, era tan distraída que no era capaz de advertir su presencia, o quizá se estaba quedando un poco sorda por la edad, por eso pegaba un respingo cada vez que, al salir de sus pensamientos, la encontraba a su lado.

—¡Qué susto me has dado! —dijo Soledad, descubriendo a su nieta junto a ella—. Hija mía haz un poco de ruido de vez en cuando, aunque sea por educación.

Siempre le decía lo mismo y a ella le hacía mucha gracia. Hay personas ruidosas y otras silenciosas, y eso no tiene que ver con las maneras o el civismo, sino con el carácter de cada uno. Sabía que su abuela se refería más a utilizar el ruido como advertencia de la presencia para no incomodar, como el que tose al entrar en una habitación, o el que llama con los nudillos a una puerta aunque esté abierta. Su abuela era como un elefante en una cacharrería y hacía todo el ruido del mundo, aun a su pesar. Era extrovertida, dicharachera y conservaba esas cosas de pueblo, como los dichos y refranes, que el barniz de la capital no había logrado cubrir, mucho menos ocultar. También la obligaba a ser cariñosa y a darle un beso cada vez que llegaba o se marchaba. Demasiados besos, pensaba Samia, poco amiga de tantas muestras afectuosas. Pero hacía el esfuerzo y se los daba, rápidos como si el acercamiento al rostro de Soledad pudiera quemarle los labios.

Su hermana continuaba en la terraza con su alegato acerca de los derechos de las mujeres. Le encantaba escucharla, admiraba su facilidad de palabra, su discurso inteligente y su rapidez mental. Era capaz de darle la vuelta a cualquier razonamiento y discutirlo, terminando por convencer al adversario, haciendo que este se comiera sus propias palabras. La abuela le pidió que entrara en el café y ella obedeció. Tenía deberes y debía hacerlos rápido, ya que necesitaban su ayuda para el servicio.

Se encerró en su cuarto. Siempre había sido buena en los estudios y, como su hermana, hablaba varios idiomas a la perfección, entre ellos el francés y el árabe. Su cabeza pasaba directamente de uno a otro sin siquiera proponérselo.

Se dio prisa en terminar los ejercicios, leyó en diagonal el texto y lo repasó mentalmente. Luego hizo un recorrido fugaz por sus redes sociales. La misma mierda de siempre, pensó. En el fondo las odiaba.

Salió de la habitación, cruzó el pasillo y abrió la puerta del baño.

—Entra y cierra —le susurró Hiba, que estaba allí fumando.

Samia obedeció y rápidamente puso el pestillo. Sabía que su padre tenía terminantemente prohibido a sus hijas fumar, aunque él lo hiciera a todas horas.

—Guárdamelo —añadió Hiba, dándole el paquete de tabaco—. ¿Te puedes creer que el otro día pillé a papá registrando mis cajones?

A la pequeña no le extrañó. Entre la vigilancia de la abuela y las normas de su padre tenía la sensación de vivir en estado de excepción. No obstante, las dos sabían cómo zafarse del cerco.

—Tienes que hacerme un favor. Esta noche te vienes conmigo —le dijo la mayor mientras enviaba un WhatsApp—. Me vas a servir de coartada.

VEINTE AÑOS

Todos tenemos secretos, cosas que guardamos celosamente y no queremos que nadie sepa. Tenemos veinte años y estamos esperando el metro para ir a un concierto clandestino de música indie. Hoy, Hiba se ha traído a su hermana pequeña; no suele venir con nosotras, pero sin ella no podía ni salir de casa. Lisa saca de su mochila una botella mediana de Jagger, bebe y me la pasa. Hiba y Lisa discuten sobre si es más guapa Blanca Suárez o Ana de Armas. Samia las escucha pero no interviene. Me parece que la conversación le parece una estupidez, y que a pesar de tener solo dieciséis años es más madura que cualquiera de nosotras. Interrumpen la conversación para beber y luego hablan de corrupción y de rebajas. El metro tarda más de lo normal, desde que hubo restricciones pasan cada siete o diez minutos.

—¿Hasta cuándo vas a aguantar? —pregunta inesperadamente Lisa a Hiba.

—Pero si estoy bien —miente la aludida.

—Sí, claro, de putísima madre. ¿Y por eso tienes que mentir para salir a tomar una copa? ¿Dónde has dicho que ibas? Ya tienes edad suficiente para largarte, dejar ese café, apartarte un poco de tu padre y ser tú misma —replica Lisa y da otro trago.

—¿Y dónde vivo? ¿Y de qué? Como es tan fácil encontrar curro...

—Te puedes venir a casa, mi compañera de piso está fuera y no vuelve hasta dentro de un mes.

Lisa siempre tiene respuesta para todo. Es mi mejor amiga. A pesar de que come como una lima está delgadísima, lo cual despierta envidias. Casi no se pinta, pero esta noche la he obligado a hacerlo. De pronto mira mi nueva chaqueta de cuero y me interroga sobre ella. Por supuesto, me hago la misteriosa y no le cuento de dónde la he sacado, es mi secreto.

Llega el metro. Subimos las cuatro. El vagón va lleno pero logramos hacernos sitio. Nos miran. Siempre llamamos la atención y hoy, además, actuamos para Samia.

—¡Va a ser una noche de puta madre! —pronostica Lisa—. Nos lo vamos a pasar que te cagas.

Chocamos las palmas. Me da la sensación de que Samia se encuentra fuera de lugar. Es muy dulce y tiene una mirada intensa, pero llena de inocencia.

Lisa enseña su sujetador. La provocación es su juego favorito.

—Lo tengo comprobado, con esto los tíos caen a mis pies. Diez euros.

—Siempre caen a tus pies —observa Hiba.

Estaba deseando que llegara el fin de semana, harta de la rutina diaria donde lo más excitante pasa en Netflix.

—Laura, ¿te han mandado ya la ubicación? —me pregunta Lisa mirando su iPhone.

—No, todavía no —respondo, revisando mi cutre smartphone absolutamente demodé.

—Yo fui a uno que moló mucho —dice Lisa.

Hiba, deseando llamar la atención, alza la voz para que todo el vagón la oiga.

—¿Has vuelto a ver a ese? ¿Cómo se llamaba? El que la tenía como un caballo.

Samia finge buscar algo en su bolso para no dar a entender que ese comentario de su hermana no le ha gustado. La gente nos mira. Que miren.

—No había forma de que entrara en ningún sitio —aclara Lisa—. La polla.

Suelto una carcajada. La palabra polla me hace reír, como chichi, conejo o rabo.

—Nada, que no me llega la ubicación. Ahora se ha ido la cobertura —digo para cambiar de tema, cosa que solo consigo por unos segundos.

—Yo tengo —indica Hiba.

—Yo también —confirma Lisa.

—Oye, ¿y ese otro? ¿El que se parece al gnomo de *Juego de tronos*?

—Muy peludo... Yo únicamente me lo hago con los que se depilan los... —La última palabra pronunciada por Lisa no se puede escuchar por el ruido del tren, que entra en un túnel.

—¿Los qué? —pregunta Samia, que por primera vez abre la boca.

—Que se depilan los cojones. CO-JO-NES —remarca Lisa.

Las tres reímos a carcajada limpia. Algunos pasajeros cambian de asiento, otros apartan su mirada.

—Tienes suerte, hermanita, esta noche deberías estar en casa enganchada a cualquier serie, así que disfruta. Vas a ver lo que es Madrid.

—¡Si se depilan parece más grande! —afirma Lisa.

—¡Ya tengo la dirección!

Veo a la gente disimular, incómoda. Rostros cansados, arrugados, secos. Distingo alguna risita cómplice.

El metro llega a la última estación, bajamos y caminamos hacia la salida. La noche ha caído sobre Madrid. Nos terminamos el Jagger; todavía no hemos llegado al concierto y ya vamos pedo. La noche promete.

Salimos de la estación descojonándonos. Caminamos por un callejón que parece desierto.

—¿Seguro que es aquí?

—A diez metros exactamente.

La ubicación que me han mandado no puede fallar, el puntito azul va acercándose y casi está a punto de rozar la chincheta roja. Al fondo se ve peña.

—Tías, es allí. —Lisa señala hacia una puerta donde se apelotona un grupo de gente que fuma y bebe de botellón.

Entrar en el local del concierto clandestino es traspasar el espejo. Todo es alucinante. Samia observa con curiosidad lo que ocurre a su alrededor. Un mundo nuevo se abre ante ella. Un grupo de música indie destroza un tema en un pequeño escenario improvisado. El cantante, que me suena de otra vez, parece que va bastante colgado; eso sí, baila de puta madre, como en un viejo vídeo de David Bowie que vi por YouTube. La peña sigue el ritmo de la música. Algunos bailan, otros machacan el oído del vecino con temas intrascendentes. Dos tías se abrazan y se besan en un rincón del fondo. Entonces son Hiba y Lisa las que se acercan al escenario y comienzan a moverse. Son unas diosas. Veo a Marcos, un tío al que casi no le queda sitio en su piel para tatuarse. Me cae genial. Me acerco.

—¿Qué pasa, Marcos? Un poco lejos esto, ¿no?

—¿Un poco? —Ríe. Tiene la risa fácil—. Me alegro de que hayas podido venir. Hoy he pasado a buscarte y una tía me dijo que ya no currabas allí, no sé qué historia me contó.

—Nos dieron la patada a la mayoría, reducción de plantilla, un auténtico ERE encubierto.

—Menuda mierda, qué hijos de puta.

—Si te enteras de algo... —Le muestro mi nueva chaqueta de cuero—. El finiquito.

—Joder, cómo mola, eres lo más. —Me ofrece de su bebida—. ¿Sigues teniendo la librería?

—Es de mi padre.

—Podrías montar un cibercafé, organizar tertulias con jóvenes autores, eso sí que molaría.

Odio a la gente que da consejos sobre lo que debes hacer o no en la vida, cuando son incapaces de resolver la suya propia. Marcos no ha dado un palo en su puta existencia, porque hacer de relaciones públicas de vez en cuando para una Goa o vender chapas en El Rastro algún domingo..., eso no es currar. A pesar de esto, no le digo que tiene que hacer esto o lo otro. No me meto. Por eso decido no contestarle. Es cierto lo de la librería

de mi padre, pero ese es un tema bastante complicado y que, por supuesto, no me voy a poner a discutir aquí ni en ningún otro sitio. ¿Qué sabe la gente de mi vida? ¿Qué les importa la relación que tengo con mi padre?

—¿Qué te pasa? —me dice Marcos al verme tan callada y con cara de pocos amigos.

—Me suda el coño.

Y me alejo de allí. Él se ríe. Tiene la risa fácil y yo le hago gracia. Y no, no soy bipolar, lo que pasa es que tengo un pronto muy fuerte. Es uno de mis defectos a corregir, sobre todo porque no quiero parecerme a mi padre. Él es el rey de los prontos y yo, quiera o no, lo he heredado. Sigo por la fiesta. Samia continúa observándolo todo desde un rincón. Hiba y Lisa bailan restregándose la una a la otra cerca del escenario solo para provocar. El grupo da los últimos acordes del tema y saluda al público. Todos aplaudimos.

—¡Conozco al batería! —le dice Lisa a Hiba.

—¿Qué? —le responde esta. Hay tanto ruido que apenas se escucha nada.

—¡Que le conozco! ¡Ven! —contesta Lisa gritando en su oído.

Las veo ir detrás de los del grupo. Se meten por una pequeña puerta a un lado del escenario. Lisa alcanza al batería en medio del estrecho pasillo que conduce a un cuartucho que sirve de camerino.

—Eh, espera, Samu.

El chico la mira, parece reconocerla.

—No me lo creo. Lisa. ¿Qué haces aquí?

—Ya ves —contesta ella, segura de sí misma.

—Joder, cuánto tiempo —dice Samu observando a mis dos amigas.

—Esta es Hiba —dice Lisa, presentándola.

—¿Pasáis conmigo y nos tomamos algo? —ofrece él.

—Sí, claro —responde Lisa.

—Mejor te espero fuera —dice Hiba, y se va.

Lisa entra en el camerino junto a Samu y el resto del grupo.

A mi lado, una pareja se besa empalagosamente. No sé por qué vienen a un garito a ponerse así de finos. No lo entiendo. Para eso quédate en tu casa en la camita, o vete a un parque. Puede ser que acaben de conocerse o que les haya subido el M, eso sí es una excusa. A todo el mundo le puede pasar. Pero estos tienen más pinta de novios. Veo que algo cae del bolso de ella, tan distraída dándose el lote que no se da cuenta. Lo cojo, se trata de una pequeña cámara de vídeo. Pienso en avisarlos, es más, les doy un toque, pero no me prestan la menor atención. Se levantan y se van sin siquiera mirarme. Una chica de pelo larguísimo no para de hacerse selfis y sonríe al observar mi gesto; creo que se ha percatado de todo. Me suena de algo, pero tampoco le pongo nombre. La cámara es buena. Comienzo a grabar por la fiesta. El mundo es mejor a través de una cámara.

Euforia. Algunos me enseñan la lengua, no por burla sino como parte de su actuación ante la cámara. Una se sube la camiseta y me enseña los pechos mientras ríe a carcajadas. Otros beben directamente de una botella de vodka. Levantan los brazos, hacen el símbolo de la victoria, se lamen la oreja, un beso a tres, una máscara de animal.

Sigo grabando en plano secuencia hasta que, al fondo del pasillo, capto una puerta entreabierta y veo a Lisa meterse coca junto a los músicos. Dejo de grabar. Todos tenemos secretos. Algo me llama la atención. Observo a un lado, un cuarto que han usado como guardarropa. Allí se amontonan todo tipo de abrigos colgados en percheros. Entro sigilosamente. Rebusco con rapidez en los bolsillos de las chaquetas, comprobando el contenido de carteras y monederos. ¡Bingo! Una cartera llena. Me vuelvo para verificar que nadie me está observando. Cuento rápidamente los billetes. Entonces oigo pasos que se acercan. La puerta se abre y entra alguien. Para disipar cualquier duda, me lanzo sobre él y lo sujeto contra la pared. Lo beso. No tiene tiempo de reaccionar. Termino de besarlo y, marchándome, lo dejo allí sin aliento.

Salgo al exterior. Dentro hay demasiada gente y el local se ha convertido en una sala de espera. Hiba, apoyada en un muro, habla con dos chicas mientras se pasan un porro y una litrona. Las chicas la miran embobadas, fascinadas por su brío.

—Nosotras, las occidentales, pensamos que vivimos muy felices y que somos unas privilegiadas porque existen otras tías aún más jodidas. Pero los problemas son bastante parecidos. La misma mierda. Lo que nos une es mucho más que lo que nos diferencia. Las graves discriminaciones que sufren las mujeres en los países árabes han eclipsado lo que nos pasa aquí, donde hay muchas mujeres que no lo están pasando bien. No cobramos lo mismo que los tíos por un mismo trabajo, y aunque se ha avanzado en políticas sociales de violencia de género, queda mucho por hacer...

Hiba interrumpe su discurso al ver que Lisa sale del local. Me mira. Sé lo que quiere decirme. Cuando Lisa se coloca, deja de ser dueña de sus actos y es capaz de cualquier cosa. Hemos acordado que hoy no nos ocuparíamos de ella. Es libre de hacer lo que quiera, aunque sea incapaz de controlarse. A pesar de ello, nos tiene pendientes. Corre por el callejón, eufórica por los efectos de la coca y perseguida por Samu y otro chico del grupo.

—¡Eh, ¿adónde vas?! ¿Te has vuelto loca? —le grita el músico.

—¡Tengo calor! —responde ella sin parar de correr.

Lisa ve una manguera. La coge y, abriendo el agua, empapa a los chicos.

—¡¿Qué haces, tía?!

Logran quitarle la manguera y terminan empapándola. Ella se deja mojar. Disfruta con la provocación.

Llega un momento en que el rollo de Lisa me aburre. Me pongo a pensar en mis cosas. No son ni siquiera las doce. Se me acerca Marcos con su risa floja. Me enseña su nuevo tatuaje. Hablamos de música, hay un nuevo grupo de raperas que molan. Se prueba mi chaqueta de cuero. Me queda mejor a mí. Imagino cómo sería acostarme con él. Me río. Se ríe. Le vacilo, no se da por aludido.

—¿Conoces al tío que está ahí atrás? —me dice.

Al volverme descubro que me está preguntando por el tío al que besé en el ropero. No muy alto, de no más de veinticinco. Moreno, piel blanca. ¿Ojos? No me fijé. Y labios... los labios no estaban mal. Mi cabeza me transporta al momento del guardarropa. Nada mal. Veo que está hablando con una rubia, la misma que me miraba cuando cogí la cámara.

—No, no lo he visto en mi vida —miento.

Me puede la curiosidad. Disimulo. Por la forma de vestir se nota que tiene pasta, mucha. No es de los que compra sus vaqueros en grandes almacenes ni en tiendas de ropa usada, y su melena está tan bien cortada y tan cuidadamente descuidada que delata a un niño pijo, que si no fuera porque es guapo a rabiar, me daría arcadas.

—¿La rubia quién es? —pregunto, intentando desviar mi creciente interés sobre el pijín.

—El tío está forrado. Su familia tiene un motón de negocios de hostelería... Ella es Charlotte Villaescusa.

Marcos busca en su iPhone y me lo pasa. Perfil de Instagram:

> Charlotte_Villaescusa
> Este perfil es real, yo soy un sueño.
> Madrid – París – Nueva York – Across the Universe
> www.YouTube.com/CharlotteATU
> Selena Gómez, Beyoncé y Cristiano Ronaldo siguen a este usuario.

—¡Ostia, seiscientos cuarenta mil seguidores! —digo tras comprobar que ella solo sigue a veinte.

—La tía es la bomba. *Youtuber* de moda, *influencer* en las redes, premio de Zeleb.com del año —sigue informándome Marcos.

Continúo mirando las fotos. Charlotte probándose ropa, paseando a su perro o enseñando un bolso. Miro el pie de esta última fotografía: «De la nueva colección de Stella McCartney.» Me fijo. ¿Lleva el mismo bolso? Pues sí. Charlotte, que en este preciso instante se está haciendo un selfi con el joven al que besé, lleva el mismo bolso colgado.

—El otro día ella me etiquetó y enseguida me subieron los seguidores —dice Marcos, riendo.

Me fijo. En el iPhone aparece el selfi que se acaba de hacer Charlotte, y

como por arte de magia suma *likes* a toda velocidad. Nosotros pendientes, mientras ella permanece aparentemente ajena a esa aclamación popular. En este momento nos mira. Intuye que estamos hablando de ella. Lo sabe. Doy un respingo, como si me hubieran pillado copiando en un examen, y le devuelvo el móvil a Marcos. Me quema.

—Le molan mis tatuajes —dice él—. Quiere hacerme un reportaje para su blog. Esa hoy cae.

Marcos siempre consigue lo que se propone, y eso que no es especialmente guapo. Tiene buen cuerpo y siempre que puede se quita la camiseta para mostrar su piel tatuada como un guerrero maorí. Está orgullosísimo de ello.

—¡Ven aquí, guapa!

Charlotte no tarda ni un segundo en acercarse y, junto a ella, el rico heredero, que me mira con aire de superioridad. Para hacerme la entendida en moda, me dirijo a ella y le digo:

—Tu chaqueta es divina y tu bolso... pues... de la última colección de Stella McCartney, ¿no?

La tía ni me mira. Ignora mi comentario, le dice algo al oído a Marcos y los dos se van. Él se vuelve y me guiña un ojo, acompañando el gesto con su risa floja. Esa hoy cae. Entonces me doy cuenta de que me he quedado a solas con el otro. Miro alrededor. ¿Qué ha pasado? Había más gente en la calle pero todos han vuelto al local. Silencio incómodo. Hablamos a la vez:

—Oye, que lo que ocurrió ahí dentro... —digo.

—Quería decirte que me ha gustado lo del guardarropa. —Hablamos al mismo tiempo y paramos.

—Habla tú primero. Te escucho —dice.

—No, no, tú primero —digo.

—Por favor, no, no, tú.

—Está bien —acepto—. Lo que ocurrió ahí dentro y nada... es lo mismo.

Él, descolocado, cambia de tema.

—Me ha dicho tu amigo que estás buscando trabajo.

—Tengo una gran experiencia en restaurantes con estrellas Michelin y en tiendas *gourmet*.

Por supuesto, no tengo ni puta idea de nada de eso, pero todo el mundo hincha su currículum. Lo más cerca que he estado de un restaurante fue en un verano que trabajé en un chiringuito de playa sirviendo patatas bravas a turistas despistados.

—Precisamente ahora estamos buscando personas con tu perfil. Si quieres puedo conseguirte una entrevista —dice, acercándose como si quisiera continuar lo que ocurrió en el guardaropa—. No te preocupes, no les diré que casi me violas en un concierto.

Ha colado. Se ha tragado que soy una erudita en la alta cocina

especializada en *delicatessen*. Cierro los ojos y en tres, dos, uno, tengo trabajo. Estamos a punto de besarnos cuando un fuerte chorro de agua hace que nos separemos. Se trata de Lisa, que, toda empapada, aún trata de huir de los músicos que la persiguen con la manguera. Un vecino se asoma a un balcón.

—¡¿Podéis parar ya?! ¡Tenemos derecho a dormir!

Suena una sirena de policía.

Todos tenemos secretos, cosas que guardamos celosamente y que no queremos que nadie sepa. Tenemos veinte años y estamos dentro del metro volviendo de un concierto clandestino de música indie. Ha sido una noche ajetreada. Ha pasado de todo. Estamos exhaustas. Samia descansa apoyada en el hombro de Lisa. La más pequeña se ha quedado dormida después de pasarse la mayoría de la noche atendiendo a la que, ahora despierta, mira su reflejo en el cristal. Ha vomitado hasta la papilla, después se ha desmayado en el callejón y ahora está como nueva. Hiba filosofa sobre la vida. Está convencida de que todas nos encontramos en un momento en que van a ocurrir cosas importantes, hechos que nos harán cambiar. ¿Cosas importantes? Si nunca ocurre nada. Querría largarme de aquí. Me iría a Berlín o Londres. ¿Y qué hago con mi padre? No puedo dejarlo solo. Hiba sigue con su teoría del cambio. Todo es relativo, nada permanece, todo se mueve.

—¿Sabes qué? Pase lo que pase, no tenemos nada que perder —le digo a Hiba.

Esta se queda pensativa un instante, mirando a su hermana, que, apoyada en el hombro de Lisa, abre los ojos despertando de su sueño.

—Sí, tienes razón... Nada que perder.

Salimos del metro tarareando. Amanece, la luz nos ciega. Madrid es luminosa. Estamos felices.

—Entro a currar en un par de horas, qué mierda —masculla Lisa.

—Y yo tendría que estar ya allí —comenta Hiba.

—Inmortalicemos este momento —propongo, sacando mi nueva cámara.

—¿Y esa cámara, Laura? —me pregunta Hiba, extrañada.

—Te gusta, ¿eh? —respondo sonriendo—. Vamos. Un maniquí challenge.

Volvemos a recuperar el espíritu del concierto para posar de forma sugestiva ante la cámara como si fuéramos estatuas. Las rodeo cámara en mano. El mundo se detiene por un instante. Cada una tiene por lo menos un secreto. Si los sumamos todos, son más de diez.

LA CHICA DE LA BICICLETA

Descolorida,
olvidada en el tiempo,
atravesando el Pont Neuf
deprisa y sin aliento.
Mirando hacia atrás,
joven de belleza triste
sobre una bicicleta,
luchando contra el viento.
Desconocida,
olvidada en el tiempo.

Nada más entrar en su casa, Laura observó que había dos botellas de vino vacías sobre la mesa de la cocina. Sabía lo que eso significaba. Al lado de ellas había reaparecido la foto descolorida de la mujer montada en una bicicleta. Verla allí, en esa imagen impasible, suspendida momentáneamente, aun sabiendo que en realidad nunca se detuvo ni un instante, ni para mirar atrás, la inquietaba hasta llegar a perturbarla. El dolor y el desasosiego que le provocaba tenerla ante sus ojos obstaculizaba e impedía cualquier posibilidad de reconciliación, incluso sabiendo que ya no estaba en sus manos el poder hacerlo. Hubo un momento en que sí fue posible, pero de eso hace mucho tiempo, pensó mientras guardaba la fotografía en un cajón del viejo aparador de madera. Encendió la cafetera y se dirigió hacia uno de los dormitorios. La casa era amplia y llena de laberínticos pasillos que desembocaban en diferentes cuartos, muchos de los cuales habían permanecido cerrados durante años, inertes y faltos de vida. Los dos únicos habitantes de la casa así lo habían decidido. De vez en cuando, Laura elegía una de las estancias y la abría para airearla, intentando mantenerse al margen de los recuerdos, en su mayoría tristes, que escondía. De niña recordaba haber correteado por esos pasillos de suelo de parqué que crujía a cada paso. Esta vez fue directamente al dormitorio grande. La puerta estaba entreabierta y en su interior no había

nadie. El silencio se había adueñado de la habitación, permitiendo que Laura pudiera escuchar su propia respiración. La luz entraba a través de los visillos dibujando, con las moléculas de polvo suspendidas en el aire, un rayo que iba a parar directamente a la cama sin deshacer. Estaba condenada de por vida a la preocupación, e ignorar que cada día podía ser el último no le servía de nada. Los pasados años habían resultado difíciles y, aunque ella deseaba huir, había apartado esa idea de su mente, al menos por el momento. Suspiró preocupada y rápidamente fue hacia la estrecha escalera de caracol que comunicaba la vivienda con la librería. Bajó deprisa. Descender allí era como viajar al pasado, tiempos que habían dejado su huella en aquel lugar que fue durante años el sitio de reunión de gente dedicada al cine y ahora se había convertido en el último reducto para los cinéfilos.

Miró desde el penúltimo escalón: una estantería había cedido, cubriendo el suelo de antiguos fotocromos de películas clásicas, libros de cine y algunos guiones de películas españolas de ediciones limitadas. Bajo estos yacía un hombre. Laura se asustó y, acercándose, le tomó el pulso; estaba vivo, olía a alcohol. Comenzó a sacudirlo para reanimarlo.

—¡Papá, vamos, despierta! —le dijo.

Él no reaccionó, pero ella siguió insistiendo. Se detuvo por un instante y lo observó, no tenía más de cincuenta años y sin embargo había conseguido, con su falta de autoestima, parecer un viejo decadente, un hombre con alcohol en las venas en vez de sangre, pensó. En realidad, Pablo, que siempre había sido un tipo excepcional, ahora era una víctima de sus propios errores, de sus malas decisiones, de sus fracasos, del abandono; un ángel con el alma herida que vivía en un tiempo que no era el suyo.

—¡Venga, papá, no me hagas siempre lo mismo!

Por fin, Pablo logró levantarse con dificultad, balanceándose y dando tumbos, con un nubarrón de tormenta encima de su cabeza y dolor, mucho dolor. Pasarse la noche a solas, estrujando sus recuerdos, destilando su memoria, mientras ordenaba la librería, siempre terminaba en un desenlace semejante. Se sentía mal, olvidado por aquellos que realmente le habían importado algún día y que, poco a poco, tal como aparecieron fueron desapareciendo sin avisar. Laura lo ayudó como pudo, sujetándolo por los hombros. Desde hacía tiempo solía regañarlo como a un niño cada vez que se emborrachaba, cosa que sucedía casi a diario.

—¿Es que nunca puedo dejarte solo? —le repetía como una autómata —. No; tengo que estar pegada a ti como si fueras un bebé. Basta ya, por favor, papá. ¿No ves que el alcohol es malo para ti, que va a terminar matándote?

Ni siquiera la miró, se mantuvo todo lo erguido que pudo, intentando alcanzar la escalera, que se iba alejando de él, resistiéndose a ser atrapada.

«Si sigues bebiendo así, acabarás con tu vida antes de lo previsto», le había advertido el médico la última vez que pasó por el consultorio. Pero las advertencias le entraban por un oído y le salían por el otro, sin quedar registrada aparentemente ninguna información que modificara su comportamiento suicida. «Te advierto que, tal como tienes el hígado, es difícil que dures mucho», había insistido el galeno.

Pablo era del todo consciente, pero aun así decidió hacer caso omiso. De algo se tenía que morir, pensaba, y siguió jugando a su ruleta rusa particular, esperando que tarde o temprano recibiría la bala definitiva. Había dejado de ser feliz y la existencia le producía una pesadez y un desasosiego que solo lograba aliviar con el vino. Cada noche, solo y a escondidas, brindaba consigo mismo por haber logrado superar un día más sin el único amor que tuvo en vida y que tristemente un día había desaparecido sin avisar. Laura, que al principio sufría con su comportamiento, se terminó acostumbrando, viéndolo alejarse de ella cada vez más, y comenzó a pensar que sería inútil malgastar sus energías en ayudarlo, ya que él era el primero en resistirse a tal propósito. Todo lo unidos que habían estado, toda la admiración que ella había sentido por él y todo el cariño y la protección que él le había ofrecido en momentos difíciles, todo había quedado reducido a una convivencia llena de roces y heridas, que él aliviaba con el alcohol y ella, con las escapadas nocturnas.

—Lo voy a dejar, te lo juro, Laura —le repetía a su hija, casi convencido de que ella le creería.

Lo cierto es que cada resaca iba acompañada de un sentimiento de culpa y la voluntad de cambiar y rectificar ese camino de autodestrucción, pero también es verdad que los días se hacían largos y densos, y todos terminaban desembocando en un ahogo insalvable que se iba incrementando según se alejaba el invierno. Tampoco ayudaba mucho la soledad, el negocio de los libros no iba muy bien y el del cine, tampoco; libros de cine que en otra época se vendían, ahora se habían convertido en una rareza y la librería apenas era visitada por nadie, lo que significaba que tenía que pasar solo todo el día, estrujándose el cerebro y pensando por qué no había hecho tal viaje o no había disfrutado tal o cual momento. Pablo había sido un hombre brillante, quizá no tanto como sus compañeros de facultad que habían destacado en sus carreras y eran conocidos y respetados en la profesión. En cambio, él prefirió montar aquella librería y hacer de ella un sitio especial, y lo consiguió. Se casó con la mujer que amaba y pasó días de gloria, sin siquiera ser consciente de que estaba viviendo los mejores momentos de su vida. Ahora los recordaba entre copa y copa, y estos se iban deformando hasta volverse monstruos que poco o nada tenían que ver con los auténticos.

—Lo voy a dejar —repetía.

—Sí, papá, seguro. Me lo has jurado cien veces y en cuanto me

descuido... Mira cómo has puesto todo, ahora me toca a mí recoger. ¿Crees que no tengo otra cosa qué hacer? Tómate un café a ver si te despejas un poco. Vamos.

Laura odiaba la vuelta a casa, la atormentaba la idea de que cualquier día se encontraría a su padre tirado en el suelo, sin vida. Entonces ella se quedaría sola; no tenía a nadie más y no era fácil pensar qué habría detrás de aquel abismo. Cuando llegaba a ese tipo de pensamientos, que lo único que conseguían era enturbiar su ánimo, hacía el sano ejercicio de apartarlos de su mente, encerrándolos en pequeñas cajas, algunas con códigos de seguridad que olvidaba para no volverlas a abrir. Ser práctica era algo que había aprendido y que, sin duda, era una de sus más destacables virtudes, como la ambición, pero no entendida como codicia y ansia, sino más bien como aspiración, el deseo de crecer como persona, el afán de conseguir logros por sus propios méritos. «No hay ambición sin amor propio», pensó mientras recordaba sus últimas horas en el concierto. Ayudó a su padre a acostarse, lo arropó, lo besó como a un niño, bajó la persiana para que no le entrara la luz y cerró el dormitorio grande.

La vida ofrece regalos que no puedes rechazar. Estaba contenta, la noche le había resultado tan especial que tardó en bajar sus revoluciones. Pensó en Alex y, muy a pesar suyo, se sintió atrapada por su irresistible encanto, a tal punto que no era capaz de quitárselo de la cabeza. Y sus labios, esos que ella había besado en el guardarropa y que aún podía sentir en los suyos solo con cerrar los ojos. No quería pensar en él, recordar su mirada, sus agitados suspiros, su voz grave de dicción perfecta, sus gestos precisos y, sobre todo, aquella seguridad en sí mismo que había logrado descolocarla sin que pudiera evitarlo.

No hacía demasiado frío, la primavera estaba a punto de llegar pero ya apuntaba maneras, el cielo estaba despejado y la luz empezaba a teñir de dorado los bordes del tejado del edificio vecino que Laura alcanzaba a ver por la ventana de su habitación. Podía dormir todo el tiempo del mundo, pero se resistía a dejar de pensar en él, preguntándose si Alex estaría tan obsesionado con ella o si había sido únicamente una reacción suya. Es cierto que estaba sin empleo, pero lo de ofrecerse para una entrevista de trabajo había sido sobre todo una excusa para poder seguir hablando con él.

Se puso una camiseta para dormir, sacó de debajo de la cama una maleta y la abrió. Era el cofre del tesoro del pirata, obtenido durante años en sus abordajes: carteras, relojes, monederos, gafas de sol, postales, una retahíla de historias con nuevo dueño. Cada vez que iba a una fiesta, visitaba la casa de alguien o pisaba una tienda, encontraba la ocasión adecuada para seleccionar, como mínimo, un souvenir que le recordara aquel momento con mayor o menor deleite. Sentía un hormigueo por todo el cuerpo antes, durante y sobre todo después, cuando esta sensación se

convertía en satisfacción, un trabajo bien hecho y por el que se felicitaba a sí misma.

Sus primeros pasos los dio en el colegio, cuando era aún la niña de las trenzas. Todo era una tentación para ella: los lápices y las gomas de los compañeros, que se perdían en sus narices como por arte de magia, o se olvidaban de forma casual y definitiva; las gafas de la profesora miope que desaparecían misteriosamente, y ella se volvía loca buscando mientras Laura, riendo para sus adentros, disimulaba como buena actriz que era. Desde sus humildes comienzos había progresado mucho, ganando en destreza y profesionalidad. Afortunadamente, nunca había sentido el bochorno de ser pillada in fraganti, y si alguna vez habían estado cerca de descubrirla, había conseguido salir airosa gracias a sus trucos de ilusionista y a su encanto de ladrona de guante blanco. Dejó el botín de la noche sin prestarle atención y volvió a esconder su cofre secreto bajo la cama. No se le había dado mal la velada, pero solo eran objetos que caerían en el olvido, mientras que sus sentimientos y la sensación de haber encontrado a alguien diferente era una verdadera obsesión. Nunca había sido especialmente romántica y tampoco creía en el amor sincero, pero le iba a resultar difícil olvidar lo que había sentido en aquel concierto de música indie.

No pasó ni un minuto antes de que empezaran los mensajes. Marcos la informó de que Alex le había pedido su número y no sabía si dárselo. Laura, haciéndose la dura, contestó que bueno, que si era por asuntos de trabajo se lo diera. Luego, Alex le mandó un mensaje escueto, saludándola y dejándole su número para que lo tuviera. Laura contestó que ok y añadió cuatro emoticonos de labios.

Durante el resto de la semana estuvo pendiente del teléfono, pero este no sonó ni una vez. Tampoco tuvo mensajes de nadie, aparte de sus amigas, a las que no contó nada. Lo cierto es que Alex le gustaba tanto que sentía un extraño pudor que le impedía comentarlo con nadie. Escondió así sus sentimientos durante unos días, deseando que estos desaparecieran. Por primera vez, la seguridad que solía tener en sí misma dio paso a la incertidumbre, al temor de ser rechazada, a no llegar ni siquiera a una primera cita, a ser una más, solo un olvido. Aun así, se preparó para la posible entrevista de trabajo. Buscó en internet toda la información de las tiendas *gourmet* de París, visitó las páginas del Madrid gastronómico, estudió por encima las distintas regiones vinícolas de la Península, buscó curiosidades acerca de los suculentos postres preparados tradicionalmente por las monjas en los conventos, y se aprendió de memoria los restaurantes con estrella de la guía Michelin, todo para tener éxito en su empeño de acercarse a Alex.

El jueves siguiente amaneció lluvioso, el invierno daba así sus últimas sacudidas despidiéndose definitivamente. Laura despertó con pocas ganas

de hacer nada. Cuando vio a su padre, le encontró tan mala cara que tomó la decisión de llevarlo a Urgencias. Pasó toda la mañana esperando los resultados de los análisis, que por supuesto fueron nefastos. No lo internaron, pero le dieron otro toque de atención, que él recibió con melancolía y tristeza. Ella intentó animarlo: si no lo habían retenido en el hospital, significaba que estaba mejor y se podía recuperar. Él la escuchó tanto como a la lluvia que repicaba suavemente en el parabrisas del taxi. Al llegar a casa, sonó el teléfono. La informaron de que había superado una primera selección y debería presentarse al día siguiente a una entrevista personal.

Lo primero que hizo el viernes por la mañana fue preparar el desayuno y llevárselo a su padre a la cama.

—Hola, papá. ¿Te encuentras mejor? —dijo al entrar en la habitación portando la bandeja—. Te he preparado un desayuno muy sano: yogur, zumo de fruta natural y una tostada con aceite. Nada de café; si quieres un té, me lo dices y te lo preparo.

Con Laura entró también la luz a la habitación. Pablo se sorprendió de verla tan contenta, pero no comentó nada. Se limitó a dar las gracias y, acomodándose bien en la cama, empezó a comer.

—Hoy no podré estar en toda la mañana en la librería, tengo una entrevista de trabajo. Pero no te preocupes, que en cuanto vuelva me encargaré de todo. Tú descansa como te dijo el médico.

Le dio un beso y se marchó, cerrando la puerta. Respiró hondo, le costaba representar el papel de «aquí no pasa nada» cuando realmente estaba muy preocupada por el estado de salud de su padre.

Se puso camisa, pantalón y chaqueta, cómoda pero con estilo, y salió a la calle. Subió por Zurita, pasó por delante del Teatro del Barrio y continuó por San Eugenio hasta la calle Atocha. Allí pilló un autobús no muy lleno. Móvil en mano, se sentó a repasar sus notas y miró por la ventanilla. Madrid brillaba. Avenida Menéndez Pelayo. El Retiro brillaba. Calle Príncipe de Vergara. Todo brillaba. El autobús paró justo en la puerta de la tienda *gourmet*. Laura brillaba.

Dentro había varias chicas oscuras, ensombrecidas, emborronadas y cansadas de buscar empleo, que aguardaban ser entrevistadas con cara de aburrimiento y desgana en sus miradas. Con Laura también entró la luz en el local. Se sentó y esperó su turno.

—¿Dónde has estudiado? —le preguntó una delgadísima chica con aspecto de no haber comido en una semana, que rellenaba la solicitud junto a ella.

Laura carraspeó, era una manía que tenía: cuando no estaba segura de algo, emitía un extraño sonido similar a aclararse la garganta, lo que le daba un margen para pensar una respuesta convincente, aunque no fuera cierta.

Al ver que no contestaba, la joven sílfide, deseosa de hablar de sí misma y con ganas de practicar, comenzó a recitar su currículum vitae.

—Yo tengo el diploma superior de pastelería de Le Cordón Bleu. Y un máster en el Basque Culinary Center.

—Qué casualidad, yo también —mintió Laura—. Qué raro que no nos hayamos visto por allí.

A pesar de la esbelta figura de su rival, Laura no se dio por vencida. La joven pasó primero y al rato volvió a salir con cara de rechazo. Se encogió de hombros y se despidió con la mano. Laura se quedó tranquila, no perdía nada por intentarlo, pensó. La hicieron pasar a otra sala, y con ella también entró la luz a esa habitación.

Un grupo de chicas esperaban en fila, mientras la encargada, una mujer de unos cincuenta años, operada de arriba abajo y con la cara paralizada por el bótox, pasaba revista. De pronto, Laura vio a Alex, que estaba allí presenciando la entrevista, muy serio. Le pareció más alto, más fuerte, más... todo a su alrededor perdió nitidez.

—¡Te estoy hablando!

La mujer del bótox intentaba que Laura contestara a sus preguntas, pero ella, que se había quedado mirando a Alex con cara de ida, fue incapaz de escucharla. El chico se dio cuenta y, no pudiendo contener la risa, intercambió con ella una fugaz mirada.

—¿Por qué te interesa este trabajo? —repitió la encargada.

—Siento una pasión ilimitada por la gastronomía. Sobre todo por la gastronomía española... Su creatividad, su sutileza, su fusión, sus chefs enteramente dedicados a la tradición y la investigación...

—¿Dónde has estudiado?

Laura carraspeó.

—Tengo el diploma superior de pastelería de Le Cordón Bleu —dijo repitiendo las palabras que había escuchado mientras esperaba.

—Ya, claro... —dijo la entrevistadora sin mover un músculo de su cara.

—Pero sobre todo tengo muchas ganas de trabajar y aprender de las personas que saben.

Al parecer, esta respuesta fue del agrado de la mujer, que sonrió satisfecha. «Nada mejor que la humildad para convencer a quien no la tiene», pensó Laura.

Luego miró a Alex, que le hizo un leve gesto de afirmación. Sintió una pequeña punzada. No quería consultar el reloj, pero era tarde y estaba realmente preocupada por su padre. La espera y la entrevista se habían prolongado más de lo que pensaba y debía volver a casa cuanto antes.

—Disculpe, tengo un poco de prisa. ¿Me puedo ir ya? —dijo Laura.

—Eres perfecta para el trabajo, exactamente lo que buscamos —dijo la encargada sin ningún énfasis.

Laura salió a toda velocidad y volvió a la librería. Se sorprendió al ver

a su padre atendiendo tras la caja.

—¿No te han dicho que reposes? —le dijo enfadada.

—¿Qué tal la entrevista? —le preguntó Pablo.

—Me han contratado.

LA MUJER DE LA VENTANA

Estoy llegando a casa, pero el camino se va estirando como chicle. Han estado jugando al ping-pong con mi cabeza. Me cruzo en la calle con seres vacíos que veo todos los días, pero que hacen como que no pasa nadie por su lado. Llevo corrido el maquillaje que me obligó a ponerme Laura y los pelos alborotados y enredados. Noto el latido del corazón en las sienes. Me huele el aliento. Uf. Tengo náuseas. Paso por delante del bar de los churros.

¿Unos churritos? Me río. Espero no haber pillado un catarrazo. La persecución con la manguera me dejó empapada y helada. Los ojos se me caen al suelo. Quiero llegar y tumbarme aunque sea media hora. Cuento los minutos con los dedos. Mi móvil parpadea. Paso de contestar. No llego nunca. Mis pasos son pesados y lentos. El frutero hindú está abriendo su puesto y me mira con cara de acelga. Me pongo las gafas de sol. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

Llego al portal. Mierda. ¿Dónde están mis llaves? Las puse por aquí. Reviso el bolso. Recuerdo la canción *Cosas negras* de Las Bistecs: «Móvil, cartera, tabaco, llaves, móvil, cartera, tabaco, llaves.» Lo absolutamente imprescindible cuando sales de fiesta. Aquí están. Entro. Abro el buzón. Solo facturas.

Subo la escalera, pero cada peldaño crece a mi paso. Llevo los zapatos de tacón en la mano. Tenía que haberme puesto zapatillas de tenis y a correr. Llego a mi puerta. ¿Otra vez tú? Un bulldog francés me mira desafiante. Sin pensármelo, lo cojo y me acerco a la puerta vecina. El felpudo pone *Wellcome*. Se puede detectar el olor a incienso que sale de la vivienda. Olfateo. Llamo con los nudillos. Nada. Insisto con más fuerza. Una mujer mayor de cuarenta años, con una gran y descuidada melena, abre medio dormida. Molesta, le entrego el chucho.

—¡Es la enésima vez que me encuentro al perro suelto! ¡Si no se puede ocupar de un animal, pues no lo tenga! —le suelto.

No dejo ni que me conteste.

Entro en mi apartamento y cierro la puerta. Me meto bajo la ducha. Qué bien, hoy hay agua caliente. Estuve una semana sin a causa de una avería en el edificio. Me miro en el espejo. Todavía me quedan restos de maquillaje en los ojos y no tengo crema limpiadora. Me restriego con un algodón y jabón. Miro el móvil. Voy mal. No tendré tiempo para una cabezadita. Abro el armario para decidir qué ponerme. Me gusta pasearme desnuda por la casa. Ventajas de estar sola. Me pongo una camiseta. Meto una taza con agua en el microondas. *Cling*. Me acerco a la ventana, taza de té en mano, y me veo envejecida, pelo canoso y con un perro en brazos. Falsa alarma. No soy yo, es mi vecina vestida exactamente igual que yo. Camiseta y bragas. La misma posición. Qué cuadro. Rápidamente me aparto de la ventana. ¿En eso me voy a convertir? Ni de coña. La sola idea de algo así me enloquece. La soledad hace que la gente se aferre a su perro o sus gatos. Que los convierta en sus hijos, en sus amores imposibles. Qué paranoia. Yo no soy eso. Me visto. La ropa me queda grande, he debido de encoger con el agua.

Salgo a la calle. ¿Es la misma ciudad? No lo parece. La gente va a más velocidad que yo. Noto que la rotación de la Tierra hoy va en mi contra. De pronto me flaquean las piernas. Supongo que ahora necesito azúcar y compro un suizo. Me lo como a trocitos, lo parto con mis dedos y me los llevo a la boca. En mi cabeza persiste una canción. No recuerdo el nombre. No recuerdo la letra. No recuerdo bien la melodía. El sol me está insultando. Menos mal que llevo las gafas oscuras puestas. Me faltan apenas tres manzanas y cogería un taxi. Una rubia me sonríe en blanco y negro desde una marquesina mientras me enseña sus bragas. Me doy cuenta de que no soy la única que la está mirando. El semáforo de chicas me da el paso. Acelero, al final llegaré tarde y todo.

Nueve de la mañana. Estoy tras mi mesa. No ha empezado el día y ya estoy agotada, cansada, tirada. Ahora tendré que atender resacosa a toda esa gente con problemas de curro. Una mujer sin subsidio de desempleo, un joven sin estudios, un emigrante que no busca trabajo sino un sitio para meter a su familia, un taxista anciano al que le han retirado el permiso de conducir.

—Rellene estos formularios.

—¿Nunca nadie le ha enseñado a hacer un currículum?

—¿No tiene papeles?

—¿Cuánto tiempo dice que lleva sin trabajar?

—¿Sabe algún idioma?

—Esto no es una inmobiliaria.

—No sé para qué acude a una oficina de empleo temporal si usted no tiene la menor intención de trabajar.

Paso por diversos estados de ánimos y fases emocionales: negación, cólera, negociación, angustia, tristeza...

Parón para comer. Sola. No soporto a nadie más por hoy. No quiero seguir escuchando problemas. No quiero ser la psicóloga de mi compañera, que se inventa relaciones cuando todos sabemos que no las tiene. No quiero aguantar chistes políticos de los graciosillos de turno. No quiero sentir que no siento. No quiero ser negativa, ni mostrar a nadie mi negatividad de hoy. Como sola. Menú del día entre el ruido de gente, de platos, de televisión. Las noticias son un desastre: violencia de género, incendios, huracanes, terremotos, el mundo se va a la mierda. Una presentadora interrumpe el pronóstico del tiempo para hablar de un fantástico crédito hipotecario. Las lentejas están frías y el refresco, caliente; el mundo al revés. Me guardo la manzana en mi bolso, quizá luego me la comeré con más ganas.

—Adiós, Reme, te veo mañana —le digo a la de la barra, una joven extremeña que lleva en Madrid solo unos meses y me recuerda a mí cuando llegué.

Cruzo la calle. Olvidé el móvil encima de la mesa. Vuelvo a por él. Respiro. Ahí sigue. Todavía hay gente honrada en Madrid. El otro día leí que una Minnie Mouse de la Puerta del Sol se dedicaba a robar a los turistas y cuando la revisaron encontraron dentro de su disfraz más de diez carteras con dinero. No te puedes fiar ni de Minnie Mouse. Río. Mi ánimo está cambiando. Volvamos a empezar.

—Buenas tardes —saludo uno a uno al llegar a la oficina.

—¿Resolviste ya tu problema?

—¿Qué tal con tu novio?

—¿Cómo van tus clases?

—No me has contado el chiste ese que me dijiste.

—Siento lo de tu padre.

Deben de pensar que he tomado un ansiolítico, cuando lo único que he hecho es comer unas lentejas. Ahora sí soy yo. Estaba empezando a preocuparme.

Vuelvo a la mesa. La tarde está más tranquila. Aprovecho para ordenar papeles, documentos, asuntos atrasados. Miro la hora en el móvil deseando que termine la jornada. El tiempo pasea lento cuando debería correr.

Camino hasta casa, quiero echarme un rato. Entro en el portal. Subo la escalera. ¿Siempre han sido tan altos los peldaños? Oigo ladrar al perro de la vecina a través de la puerta. Ha debido de dejarlo encerrado mientras ella está fuera. Pobre bulldog francés. A algunas personas deberían prohibirles tener mascotas. Entro en casa. Me tumbo en el sofá. Cierro los ojos. Entonces vuelvo al concierto de la noche anterior, pero tengo otra cara. Corro mojada y perseguida por el taxista anciano y la mujer sin subsidio. Sé que estoy en un sueño. Miro por la ventana y veo a mi vecina desnuda, pero esta vez en blanco y negro.

Suena el puto móvil, vuelvo a quedarme dormida. Al rato me despierto.

¡Mierda! Llego tarde otra vez. Si sigo así van a acabar por echarme del curro. Me visto a toda prisa. ¿Dónde está el otro calcetín? No me da tiempo a ducharme. Me cepillo el pelo a toda velocidad y me echo perfume. Miro alrededor. Odio el desorden. Camino por la calle deprisa sin fijarme en nadie. Paro en un bar. O me tomo un café o no soy persona. Me lo bebo de un trago. Quema. Tengo la impresión de que va a ser un día como otro cualquiera.

Por la noche vuelvo a casa. Estoy cansada. Harta de escuchar las mismas historias, todas deprimentes. Hace tanto que no echo un polvo en condiciones que se me ha olvidado qué es un orgasmo. Acabaré como mi vecina: jodida, sola, con la compañía de un perro o, peor aún, de un gato. Me río. Me veo un capítulo de *Stranger Things*, donde lo verdaderamente extraño es Winona Ryder. Me quedo dormida antes de que termine. Esa noche sueño con el mar. Me sumerjo en el agua. Echo tanto de menos el mar... Los sueños son la mitad de mi vida, la otra mitad no merece la pena.

DOS HERMANAS

Amaneció un día limpio, luminoso, despejado, dispuesto a bañar de luz a todos los madrugadores. Hiba y Samia regresaban de la fiesta, cansadas pero sobre todo preocupadas, se habían saltado todas las reglas y eran conscientes de que ello podía acarrearles problemas. Era difícil que su padre aceptara el hecho de que ambas habían pasado la noche fuera de casa, y su indignación podía estar más que justificada. Karim, que se había levantado aquella mañana con el pie izquierdo y pocas ganas de discutir, ya lo había hecho con Soledad, porque dos mesas de la terraza se habían quedado a la intemperie toda la noche, corriendo el riesgo de atraer a algún chorizo del barrio. Estaba allí terminando de colocar las mesas en el exterior del café, refunfuñando con el ceño fruncido, cuando las dos hermanas, que aterrizaban distraídas, lo vieron. Rápidamente se escondieron tras una furgoneta de reparto que estaba en plena descarga, intentando esquivar así la mirada de su padre, que en ese momento levantó la vista como intuyendo su presencia. Gracias a la velocidad de las chicas en ocultarse y, sobre todo, a la creciente miopía de Karim, el arresto no llegó a efectuarse, librándose de la inevitable reprimenda. Ambas eran conscientes de lo que podría suponer que su padre las descubriera, porque siempre sería peor lo imaginado por él que lo realmente sucedido esa noche. Su imaginación podría convertirlas en protagonistas de las más perversas historias, víctimas de crueles, viciosos y siniestros pervertidos que las perseguían como en los relatos más sombríos de *Las mil y una noches*. Lo que peor llevaba Karim era lo que él consideraba malas compañías, influencias negativas que habían conseguido manipular, sobre todo a Hiba, que se mostraba cada vez más alejada de él, de la educación que le había inculcado desde niña y de su forma de pensar. Cuando se cruzaba con Lisa y Laura, él las ignoraba y hacía como si no existieran, convencido de su culpabilidad y del presunto adoctrinamiento al que estaban sometiendo a su hija. Ellas eran las responsables de que esta se hubiera convertido en una rebelde con ideas feministas capaz de

indignarle, avergonzándolo delante de sus clientes musulmanes, consiguiendo que alguno de ellos dejara de ir al café. Nunca mostraba el desprecio que sentía hacia ellas, solo lo disfrazaba de desinterés. Lisa se divertía saludándolo con una ancha sonrisa, totalmente consciente de que él tenía que hacer de tripas corazón y devolverle el saludo mientras murmuraba entre dientes palabras en su árabe natal.

—Buenas noches, digo días —le decía Lisa entre risas cuando pasaba de madrugada sin haberse acostado, mientras él se acababa de levantar y ya estaba barriendo en su puerta.

Laura, que era bastante más respetuosa, no deseaba crear problemas a su amiga Hiba y siempre intentaba ser amable con él, aunque su esfuerzo nunca se viese recompensado. La diferencia generacional y cultural jugaba en su contra y aunque ella, como encantadora de serpientes, era capaz de conquistar a todos, él se le resistía, sin ser ajeno a sus estudiadas estrategias. Nunca la miró a los ojos, quizá porque le vio las intenciones desde un principio, desde la primera vez que pisó su casa, cuando apenas tenía diecisiete años y ya apuntaba maneras.

—Seguro que me está llamando zorra en árabe —le susurraba Lisa a su amiga.

Lisa, como reina de la provocación, siempre buscaba la forma de llamar su atención. Pero cuanto más hacía, más invisible se volvía para él, lo que desconcertaba y ponía de los nervios a la chica.

—Me pone tu padre —le decía a Hiba.

—¿Qué dices? —le respondía esta, incrédula.

—Me da morbo —le aclaraba Lisa, muerta de risa.

Hiba tragaba saliva y ponía cara de asco al imaginarse a su amiga bajo su padre en una escena imposible y grotesca que inmediatamente apartaba de su mente.

—No digas tonterías —le decía a Lisa.

Para ella, el respeto hacia sus mayores era algo sagrado, una máxima adquirida, una enseñanza recibida de su padre, su abuela y, aún más importante, de su madre, de la que apenas guardaba en su memoria algunas palabras, como un tesoro, una herencia más valiosa que cualquier cosa material.

En cuanto el padre terminó de acomodar mesas y sillas y volvió al interior del café, Hiba y Samia salieron de detrás de la furgoneta de reparto y cruzaron hasta la pequeña puerta lateral, donde las esperaba Soledad, que había estado pendiente de toda la escena, sufriendo al imaginar que Karim podía descubrirlas, arruinando así su plan. Las hizo entrar a toda prisa.

—¡Vamos, rápido! ¿Qué horas son estas? —les dijo una vez dentro.

La abuela había construido todo un entramado de mentiras, falsas pistas y ocultaciones que convertían el hogar en un nido de espías, toda

una estrategia elaborada concienzudamente para que no fueran descubiertas en ningún caso.

—He dejado la televisión encendida toda la noche para que vuestro padre no sospechara —les explicó.

También había puesto sobre la mesa de la cocina los falsos restos de los desayunos de las chicas, y había encendido un cigarrillo en el baño para que el padre pensara que Hiba se había fumado a escondidas el primero de la mañana. Soledad se estaba convirtiendo en una verdadera experta, manipuladora y falseadora de datos.

—Si sigues así, pronto serás una *hacker* —le dijo Hiba, riendo—. Abuela, eres un cielo.

—Uf, apestas a alcohol, niña —le respondió la mujer al notar el aliento a whisky.

—¡Soledad! —llamó Karim desde el exterior.

—No me deja ni a sol ni a sombra —refunfuñó ella para sí.

La abuela solía recurrir al refranero, que prácticamente le servía para todo. Siempre encontraba el refrán adecuado para cada ocasión y muchos la ayudaban para resignarse a situaciones no siempre justas. «Si están en el refranero es que así es», se repetía sin darle importancia, considerando que las tradiciones son tan sabias o más que las propias experiencias, y que aunque algunas deberían cambiarse por retrógradas y anticuadas, siempre estaban justificadas.

—Eran otros tiempos —decía.

Tiempos que había que olvidar porque reabrían heridas que eran muy difíciles de cerrar. Por supuesto, Hiba estaba en total desacuerdo con ella y discutían al respecto, siempre de forma civilizada. La nieta era partidaria de que el recuerdo y la memoria es tan sagrado como la propia vida, y que hablar de ello servía también para recordar tanto lo bueno como lo malo, y aprender de ello para que no volvieran a repetirse hechos que en el pasado habían dañado la dignidad de las personas.

—¡Soledad! —volvió a llamar el padre, requiriendo la inmediata aparición de esta.

—Vamos, daos prisa si no queréis que vuestro padre me lapide.

Nunca le había puesto una mano encima, pero ella utilizaba su humor negro para meterse continuamente con el mundo árabe con que le había tocado convivir. Usaba los estereotipos como arma arrojadiza y para denunciar situaciones que, aunque ella no las había vivido, sabía que existían en el mundo.

Al salir de nuevo al exterior, notó una suave brisa del sur, el cielo había difuminado ya el anaranjado del amanecer, que únicamente permanecía manchando tímidamente alguna nube, mientras el resto había adquirido un azul tan pálido como luminoso. «Cada día es diferente al anterior —pensó—, ya pronto hará calor.» Le gustaba la primavera, cuando podía

quedarse durmiendo con la ventana abierta de par en par o pasear por Las Vistillas sin miedo a helarse de frío. Se puso a preparar las mesas, cada una con su mantel de cuadros, que sujetaba bien para que no echaran a volar con algún viento repentino.

Hiba se precipitó al lavabo para mojarse el cabello, enjuagarse la boca para no oler a alcohol y echarse colirio en los ojos. Tener un iris verde esmeralda o miel, según la luz, era una desventaja si alguna vez necesitaba disimular el cansancio, pues la pupila se dilataba, el blanco se enturbiaba y el lacrimal se enrojecía. Samia se cambió de vestido, no había que dejar huellas, y se puso a devorar un pastel dulce de pistacho; tenía hambre, no había probado bocado en toda la noche. De pronto, Hiba la miró en el espejo. Un extraño pensamiento pasó por su cabeza.

—Estás un poco más gorda, ¿no? —le dijo.

—¿Yo? —contestó Samia, dejando de comer.

—Si sigues comiendo *baklava*, se te va a poner un culo enorme —repuso Hiba, arrebatándole el pastel de las manos.

Samia se limitó a lanzarle una mirada de odio, una forma de mirar que había heredado de su padre y que únicamente utilizaba cuando se sentía agredida. Igual que él, era una persona de pocas palabras, había renunciado a ellas a cambio de conservar la sensatez. Cuantas menos palabras se utilicen, menos posibilidad hay de equivocarse, pensaba, pero cuando se enfadaba, al igual que su padre, era capaz de hacerse respetar.

Soledad entró y cerró la puerta sin hacer ruido, aún seguía con su hoja de ruta para conseguir que el padre nunca descubriera lo que ella había estado ocultando toda la noche.

Ambas hermanas siempre habían compartido dormitorio a pesar de su diferencia de edad. La casa no era muy grande y aunque Karim les había prometido que algún día tendrían un cuarto para cada una, pasó el tiempo y esa promesa, como tantas otras, cayó en el saco de promesas olvidadas. El cuarto había sido dividido por una cortina que marcaba la zona de cada una. La parte de Hiba, bastante desordenada, se distinguía por la gran cantidad de libros que reposaban en las estanterías, se amontaban por el suelo, en la mesilla o en un pequeño sillón situado junto a la ventana. Al otro lado del cortinaje, en la parte de Samia, una alfombra persa tradicional en rojos, desde el carmín hasta el amaranto pasando por el granate, el carmesí y el rojo cadmio, llenaba de color la ya recargada decoración árabe.

—Todo bajo control —dijo Soledad—. No se ha enterado de nada. ¿Dónde habéis estado? Mejor no me contéis.

Atravesó la cortina y se sentó en la cama junto a Samia; necesitaba hablar seriamente con ella, su olfato de espía la había llevado tras una pista y deseaba saber su significado, quería estar segura de que su hipótesis era infundada, y para eso lo mejor y más coherente, sin duda, era

confrontar sin rodeos a la persona implicada en el enigma.

—Tú y yo tenemos que hablar —le dijo a su nieta—. ¿Qué es esto?

De su bolsillo sacó una tira de fotos hechas en un fotomatón. En ellas, Pap abrazaba a Samia por detrás y los dos reían divertidos.

Aquella tarde había estado viéndolo jugar al fútbol. Después del partido fueron juntos al parque del Retiro. Él había visto una ardilla y quería mostrarle su escondrijo. Pasearon alrededor del estanque y vieron caer el sol. Al volver en el metro fue cuando se sacaron las fotos en una pequeña cabina.

—Es un compañero —dijo Samia.

Hiba se acercó y miró la tira. La luz frontal daba a Pap un tono azul oscuro casi negro, destacando su sonrisa blanquísima. El contraste con la piel blanca de la joven era muy marcado.

—Es su novio —dijo Hiba.

—No es mi novio —replicó Samia.

Soledad, pendiente de cada movimiento y consciente de la gravedad del asunto, decidió con su mirada adulta y llena de prejuicios emitir un veredicto de culpabilidad y una sentencia que había que evitar en cualquier caso.

—Guárdalas —dijo, entregándole las fotos—. Y que tu padre no sepa ni que existen, si no quieres que te encierre cuando vea a ese africano.

Nadie tenía que enterarse de aquello, pues a ella le parecía que aún tenía solución. Sin embargo, ocultarlo no iba a ser tarea sencilla sin la completa colaboración de las partes implicadas en el delito.

—Me da igual lo que diga mi padre, y no es africano. Es español, nació aquí —replicó Samia mientras las guardaba en la mesilla.

—Sí, claro, aquí somos todos muy españoles. Vuestra madre sí era española, no lo olvidéis nunca. Otra cosa es que se casara con un moro. Cuando ella murió, le prometí que continuaría con vuestra educación y creo que no lo he hecho mal. Aunque a veces lo dudo, por ejemplo hoy.

Las dos hermanas habían escuchado la historia más de cien veces. Se miraban con complicidad y dejaban a la abuela hablar y hablar sobre aquella mujer de quien Hiba recordaba algunas palabras y a quien Samia nunca llegó a conocer.

EL VIAJE

El sol amaneció de buen humor, iluminando con sus destellos a los más madrugadores, aunque, según fueron pasando las horas, se ocultó tras unas insolentes nubes que impidieron a los que se despertaron más tarde disfrutar de un amago de verano que solo duró unas horas. Lisa fue muy temprano a su trabajo, como cada día tomó un café rápido y se sentó a su mesa atiborrada de asuntos pendientes, incógnitas, ejercicios, contrariedades, rompecabezas, algunos sin solución y otros de máxima dificultad. Pero en cuanto lo vio, se dio cuenta de que, contra todo pronóstico, tenía a la persona adecuada para ese puesto de trabajo. Rellenó los datos de solicitud y al hacerlo se reafirmó en que, por una vez, todo encajaba a la perfección. Al momento recibió una notificación confirmando el visto bueno de la empresa a la persona que ella proponía. Una sensación de euforia recorrió a Lisa, que tuvo que esperar hasta la hora de la comida para salir a informar de su logro.

Llegó al café árabe sin contratiempo. Hiba la miró extrañada, no se la esperaba, ni a ella ni a Laura, que llegó resollando por la carrera.

—¿Qué pasa? —preguntó Hiba.

—¿Dónde podemos hablar tranquilas? —dijo Lisa.

Desde la barra, Samia les indicó que subieran a la habitación, allí estarían a salvo de su padre, al menos por un rato. Fueron todas mientras la pequeña, en la puerta, ejercía de vigía. Lisa comenzó a atropellarse intentando explicar lo sucedido, hablando tan rápidamente que las palabras se agolpaban unas con otras, haciendo imposible su comprensión.

—¿Qué es lo que quieres decirnos? —la urgió Hiba.

—He rellenado la solicitud con tus datos y ya me han contestado —logró por fin aclararse Lisa.

Le pasó un papel, que leyó en voz baja.

Laura había sido la primera en conocer la noticia, Lisa la había llamado desde la agencia de empleo en cuanto lo supo, y muy emocionada decidió que también quería estar presente cuando se lo dijera. Por eso había salido

corriendo, dejando todo lo que estaba haciendo, y se había presentado en el café. Sabían que era una oportunidad única y también eran conscientes de que sería una decisión difícil para su amiga, a la que tendrían que dar un empujón para que se decidiera, de una vez por todas, a hacer algo por sí misma y para sí misma. Samia, en principio más escéptica y menos entusiasta, también las escuchaba, aunque seguía pendiente de que su padre no apareciera y las interrumpiera dando la reunión por terminada.

—No puedo aceptarlo —dijo Hiba al terminar de leer.

—Claro que puedes —replicó Laura, tajante—. ¿Te crees que todo el mundo tiene tu preparación y sabe tantos idiomas?

—No lo digo por eso.

—Entonces, ¿por qué lo dices?

— ¿Cómo me voy a marchar de aquí?

—Pues marchándote —dijo Laura.

—Queda un poco lejos —replicó Hiba con escasa convicción.

—¿Lejos? —repitió Laura, riendo.

—Con lo difícil que está encontrar trabajo en este momento, no puedes rechazar algo así —sentenció Lisa.

—Yo no lo dudaría ni un segundo —afirmó Laura cogiéndole la mano.

Se produjo un silencio.

—Ni yo —reafirmó de pronto Samia.

Hiba miró a su hermana. Ella, que normalmente no solía manifestarse en pro ni en contra de las cosas, mostraba su apoyo, por mucho que la necesitara cerca en aquel momento. Sabía que era imprescindible apartarse de su padre y marcharse de allí para crecer, para no estancarse, era algo que tenía que hacer necesariamente para poder madurar y tomar decisiones en la vida que serían imposibles si permanecía enclaustrada en una jaula hecha con imágenes de la infancia y barrotes del pasado, cuya llave ahora tenía en su mano. Mil pensamientos pasaron por su cabeza, fugaces, efímeros, consistentes, coherentes o, por el contrario, incongruentes y contradictorios. Todos apuntalaban la idea de la necesaria decisión que, unida al deseo de libertad y a sus ansias por echar a volar, haría más poderosas las razones para deshacerse de esa ancla que aún la retenía. No obstante, estaba su hermana menor...

—No puedo dejarte sola —le dijo.

Samia le sonrió desde la puerta, desechando esa preocupación y reafirmando su apoyo a la partida de Hiba.

—En Madrid no vas a encontrar un trabajo así —la animó Lisa.

La seguridad de Hiba se vio tambaleaba por la incertidumbre que provocan los cambios. Ella, que siempre parecía tenerlo todo muy claro, una persona echada para adelante, defensora de lo justo, ahora debía pensar en sí misma y en su futuro. Se dio cuenta de que no era tan fuerte como siempre había creído o la veían los demás, pero no le importó. Ante

sus amigas se comportaba tal como era, sin máscaras, o al menos sin ser consciente de llevarlas.

—No seas melodramática, no es para siempre.

—Si no te gusta, te vuelves y ya está.

—Madrid siempre estará aquí.

—Lo importante eres tú.

—Tómatelo como que es un año y regresa cuando quieras.

Hiba siempre había sabido que ese momento llegaría. Nada es permanente, todo se mueve. Los cambios, tener que madurar y tomar decisiones, adaptarse a las nuevas situaciones, avanzar, nada de eso podía frenarse o, por lo menos, ella no sería quien lo hiciese. Le pidió a Laura que se fuera con ella, aunque conocía de sobra su respuesta. Su amiga sería la primera en apuntarse a un cambio en sus circunstancias, pero tenía claro que no era el momento adecuado.

—No puedo dejar ahora a mi padre con su enfermedad. Pero en cuanto te instales iremos a verte. Te lo prometo —dijo Laura.

—Claro que sí —confirmó Lisa.

Samia era consciente de la atracción que sentía su hermana por Laura y de su admiración mutua. Hiba era muy sensible, pero normalmente no le gustaba exponer sus sentimientos y, por supuesto, no lo hacía, mucho menos si significaba desnudar su verdad, o revelar a los demás resquicios de sentimentalismo, sensiblería o cualquier rasgo de debilidad que luego pudiera ser usado en su contra, con la crueldad que se tiene cuando se conocen las flaquezas del contrario. Nunca la había visto llorar, pensó Samia, aunque sí lo hacía a escondidas, cuando nadie la podía escuchar, y aunque esto no se repetía en muchas ocasiones, estas no le habían pasado inadvertidas.

—Es algo que tienes que hacer —dijo Laura, y sacó la cámara de vídeo —. Toma, para ti.

Hiba la cogió y empezó a grabar a sus amigas. Lisa fue la primera en pronunciar su mensaje de despedida. Una a una fueron dejando sus palabras. Al terminar, todas aplaudieron y se abrazaron. Era el comienzo de algo, aunque ninguna sabía exactamente el qué. Samia, más distante, contempló aquella despedida imaginando que todas se terminarían reuniendo de nuevo gracias a ella y su secreto, estaba convencida de que, pasara lo que pasase, no la defraudarían.

La luz atravesaba la persiana del cuarto como sables dorados, rasgando con su filo paredes y techo. El calor se atrevió aquel día a improvisar un verano aún prematuro, un avance que ya dejaba claro que ese sería un año feroz en un Madrid sofocante, sin lluvia y con mucha contaminación, muy

diferente del frío invierno en que se levantó la medianera. Fue la propia Hiba la que quitó la cortina que dividía la habitación. Ella misma, años antes, la había puesto como un muro para salvaguardar su intimidad. La diferencia de edad entre las dos hermanas, ahora apenas perceptible, era algo evidente en otros tiempos, cuando la mayor empezaba a salir con chicos, su cuerpo se desarrollaba casi tan rápido como sus emociones y su activismo político y social se consolidaba, mientras que la pequeña leía cuentos de hadas, esperaba al ratón Pérez y soñaba con los cuatro ángeles que, como le había dicho su abuela, custodiaban su cama.

—¿Qué estás haciendo? —preguntaba Samia cuando su hermana se tocaba entre las sábanas al sentir sus primeros deseos.

—Algo que tú harás cuando seas mayor —contestaba Hiba—. Anda, ponte los cascos y déjame en paz.

Samia, obediente, se ponía a escuchar música mientras observaba con sus enormes ojos negros los movimientos de su hermana bajo la sábana a ritmo de Tarkan, el príncipe del pop turco. La cortina no logró un verdadero aislamiento físico, pero sí psicológico, aunque a través de esta, como sombras chinescas, continuaban dibujándose las siluetas de una hermana u otra. Se conocían tanto por todos esos años de convivencia y eran tan conscientes de ello que arrancar ese muro simbólico que dividía la habitación provocó a las dos un ataque de risa.

—No sé qué os parece tan gracioso —dijo Soledad mientras doblaba la ropa y la depositaba junto a la maleta abierta sobre la cama.

Ninguna de las dos contestó, reprimiendo una risa que continuó serpenteando intermitente por la habitación, pasándose de una a otra.

La abuela estaba triste, ver marcharse a su nieta mayor le provocaba un vacío. Se consolaba con la idea de que Samia seguiría a su lado por un tiempo.

—¿Para qué tanto libro? —dijo Soledad, viendo cómo Hiba llenaba la maleta de volúmenes sin dejar sitio para la ropa.

A Hiba le costaba desprenderse de sus libros, temía que su pasado quedara borrado si se separaba de ellos. Contenían historias que había disfrutado, relatos que la habían poseído durante un tiempo y habían influido en su forma de sentir. Eran parte de su vida y, aunque sabía que seguramente no volvería a leerlos, no quería abandonarlos, mucho menos tener que decidir en ese momento cuáles la acompañarían en su viaje, cuáles elegiría.

—No sé por qué tienes que irte tan lejos —dijo la abuela.

—Canarias no es tan lejos.

—¿No es lejos?

—Pues no.

—Para mí es el quinto pino.

Samia rio al escuchar a su abuela y la risa se le contagió a Hiba. A

Soledad le gustaba ver a sus nietas contentas; había habido momentos tan difíciles, tan tristes, que los buenos ratos los recibía con entusiasmo. Tenía la sensación de haber hecho bien su trabajo y todo era recompensa para una mujer que, como tantas, entregaba diariamente su vida a los demás sin pedir nada a cambio, solo cariño. En ningún momento tuvo dudas de que su nieta mayor estaba preparada para abandonar el nido y buscarse su propio destino, pero le dolía dejarla marchar, como si con ella se fuera también parte de su vida, acercándola más al momento de decir adiós al cuerpo y dejar que su alma echara a volar. «Pero todavía me queda mucho —pensó—, Samia aún me necesita.» Volvió a sonreír al mirar a una y otra; eran como su madre hubiera querido que fueran.

—Allí tengo una oportunidad en lo mío —dijo Hiba.

—Lo tuyo, lo tuyo —refunfuñó Soledad—. Esto es lo tuyo. Deberías quedarte aquí.

—Aquí me paso el día encerrada en el café, sirviendo té y pasteles a un grupo de machos palurdos que creen que la única mujer que piensa es la Madre Naturaleza —respondió Hiba.

—Hija, pero qué labia tienes —repuso la abuela, sonriendo para sus adentros.

Karim llamó a la puerta. Se había pasado la noche sin pegar ojo, la sola idea de tener que dejar marchar a su hija le producía insomnio. Necesitaba dominar las situaciones y cuando estas se escapaban de su control, provocando la pérdida de su autoridad, se quedaba descolocado y sin recursos para recuperar el mando. La decisión de Hiba de marcharse así de pronto, lo pilló tan desprevenido que tuvo que aceptarla. No obstante, tras darle muchas vueltas pensó que tal vez sería lo mejor, así que no puso ninguna pega, ni mostró tampoco su desacuerdo.

—¡Tenéis visita!

—Menos mal, pensaba que ya no venían —dijo Hiba.

—¡Y daos prisa, que vamos a perder el vuelo! —añadió él, al que poca gracia le hacían las amigas de su hija.

—Y dale. ¡Que ya estamos! —resopló Soledad.

Lisa entró precipitadamente en la habitación con una bolsa. Llevaba un sencillo vestido de flores pequeñitas que la hacía parecer aún más delgada, y el pelo recogido en dos trenzas muy *trendy* que le quitaban al menos dos años de encima.

—Te he traído una cosa —anunció, sacando de la bolsa un paquetito envuelto en papel de regalo.

—¿A ver? —dijo Hiba, abriéndolo.

—¿Qué es eso? —preguntó Soledad al ver lo que contenía.

—¡Un biquini! —exclamó Hiba—. Gracias, Lisa.

Soledad lo cogió y lo miró por un lado y otro.

—¿Esto no es demasiado pequeño?

—Abuela, por favor.

—Pequeño no, diminuto. De Liliput —opinó Soledad.

—Cuando quieras te lo dejo, abuela.

—Sí, claro, lo que me faltaba. —Lo miraba y lo miraba tratando de estirarlo, lo que provocó la risa de Lisa.

—Te lo vas a cargar —dijo Hiba.

—Guarda esto antes de que lo vea tu padre, no sea que cambie de opinión y te deje en tierra —refunfuñó la abuela, dándole la pequeña prenda.

Soledad fue la primera sorprendida con la reacción de Karim al enterarse de que su hija se marchaba. No solo no había puesto dificultades al viaje, sino que le pareció una sabia decisión. Hiba se había preparado un discurso convincente para justificar por qué necesitaba irse por un tiempo, enfatizando sus puntos fuertes: las oportunidades laborales, la necesidad de aprendizaje, no darle la espalda a un futuro que a la mayoría de los jóvenes se les negaba, más aún siendo mujer y de padre árabe, en una España que aún no había logrado salir del todo de la crisis económica, etcétera. Pero no hizo falta.

—Eres mayor y puedes hacer lo que quieras —dijo el padre, dejando a todas sin palabras.

Soledad supuso que su yerno había hecho de tripas corazón. Estaba convencida de que la mera idea de que su hija lo abandonara le resultaba algo no solo inconcebible, sino que le desagradaba visceralmente. Contradecía su sentido de patriarcado, vulnerando su autoridad, y en realidad se sentía herido mortalmente en su ego, aunque nunca lo admitiría pues, en el fondo, sabía que ella terminaría haciéndolo, con su permiso o sin él.

—¿Dónde está Laura? ¿No iba a venir? —preguntó Lisa.

La llamaron, pero tenía su teléfono desconectado. Desde que había empezado a trabajar en la tienda *gourmet* no tenía tiempo para sus amigas. Aun así, les resultó muy extraño que no apareciera, sabiendo que era el último día de Hiba en Madrid, la última oportunidad de despedirse de ella; aunque le habían dicho lo contrario, todas eran conscientes de que esa separación podía alargarse en el tiempo. La relación de Hiba y Laura era tan especial que nunca se había visto tan afectada como en esos últimos días, donde una por los preparativos de su viaje y la otra por el estrés de su nuevo trabajo, no se habían prestado la atención que cabía esperar. Trataron de quitarle importancia, pero Samia pensó que aquel hecho marcaba un antes y un después en la relación de las amigas.

Karim se acercó a su coche. Lo había estado limpiando para llevar a su hija al aeropuerto. Para él, los detalles eran importantes, como vestir bien los domingos, cuando solía estrenar camisa o corbata, llevar el traje recién sacado del tinte los días en que había alguna celebración especial, calzar

zapatos bien lustrados —nada de zapatillas deportivas por muy cómodas que fueran—, y el pelo bien cortado, porque si de algo estaba orgulloso era de su espesa y fuerte mata de pelo, envidiada por todos los calvos, clientes y vecinos, y para finalizar algo muy importante: ir lo suficientemente bien perfumado en cada ocasión. A pesar de lo que pensaran los demás, estaba contento con la actitud de su hija; él había logrado con su educación y con muchísimo esfuerzo hacer de ella una mujer fuerte, que ahora por sí misma había conseguido un trabajo con el que mantenerse, y eso era de aplaudir. Soñó que quizá lejos de su protección tendría la necesidad de encontrar por fin a un hombre con el que casarse y formar una familia, tal como había hecho él en su momento. Varias veces intentó arreglarle citas con el hijo de algún conocido, pero ella siempre se había resistido. Pensó que por su carácter era difícil conseguir que se sometiera a un hombre con las costumbres del islam, y terminó aparcando esa idea. Al fin y al cabo, él también se había enamorado de una española y había educado a su hija en la libertad.

La noche anterior tampoco había sido buena para Soledad, el calor le había impedido conciliar el sueño y los últimos años habían hecho su aparición en forma de pensamientos fugaces, un examen de conciencia del que salía a salvo. Pero fueron los últimos días lo que más preocupó a la abuela, porque los sueños en forma de pensamientos se detenían en ellos, como queriendo anunciar algo premonitorio. Soledad había percibido en la marcha de su nieta mayor un sentimiento de culpa, y en el extraño comportamiento de la pequeña un toque de atención que, si bien no supo averiguar de qué se trataba exactamente, sí la puso en alerta al principio, para luego justificarlo con la idea de que al quedarse sola experimentaba la misma sensación de abandono que a veces padecía ella misma. Si hubiera averiguado lo que más tarde descubrió, quizá se habrían evitado muchas cosas, pero en ese momento, a pesar de aquellos premonitorios sueños, que no eran más que advertencias, no fue capaz de revelar su significado.

Soledad pasó llevando una maleta con ruedas frente a algunos clientes que ya empezaban a ocupar la terraza. Se acercó al coche donde Karim estaba esperando algo nervioso.

—¡Si no baja en cinco minutos, me marcho solo al aeropuerto! —dijo él.

—¡¿Y qué vas a hacer allí solo?! —dijo ella.

—¡O baja o me marcho!

—Sí, sí, claro, no me hagas reír.

—¡O baja o me marcho! —repitió él.

—¡Si la que tiene que coger el avión es tu hija! —aclaró ella.

—¡Ya sabes qué no me gusta esperar! ¡Y siempre me toca! ¡Siempre me toca! —dijo él.

—Siempre me toca, siempre me toca —murmuró ella entre dientes.

—¡Pues sí, siempre! —gritó él cada vez más enfadado.

—Vete, si eso es lo que quieres.

—¡Eso debería hacer yo, coger ese avión y perderos a todas de vista!

Los vecinos comenzaron a asomarse a las ventanas para presenciar el espectáculo. El empleado de la tienda de chinos salió del local para fumar un cigarrillo y ver en primera fila el esperado *show* a gritos entre suegra y yerno. Unos obreros, que tomaban unas cañas en la puerta de un bar, detuvieron su charla con la lotera, que intentaba venderles el premio gordo, para no perderse detalle de la animada discusión. Los clientes de la terraza, acostumbrados, miraban a un lado y otro como si fuera un disputado partido de tenis entre Nadal y Federer.

—¡Vete! ¡Menudo descanso no oírte gritar mañana, tarde y noche! —espetó Soledad.

—¡¿Qué he hecho yo para estar rodeado de mujeres?! ¡¿Qué pecado he cometido?! —se lamentó Karim.

—Tú sabrás, no te fastidia. Deja ya de llorar como un niño y compórtate como un hombre —repuso ella.

—Calla la boca... —ordenó él.

—¿O qué? —dijo ella, interrumpiéndole—. ¿Me vas a pegar? Claro, como son sus costumbres...

—¡¿Qué costumbres?!

—¡Las suyas!

Estaban en plena discusión cuando salieron Hiba y Lisa. Se abrazaron intentando atrapar ese instante dentro de cada una de ellas, cerraron los ojos y respiraron a la vez sin proponérselo. Entonces, en aquel momento, el barrio de Lavapiés —lleno de gente: unos, los que estaban cerca de la terraza del café y participando de aquello, y otros, el resto, ajenos, con sus vidas y sus miradas en otra dirección— le pareció a Hiba el mejor sitio del mundo, un lugar difícil, extraño, inverosímil, pero sin duda su lugar.

—Dile a Laura que me llame —dijo Hiba.

Samia introdujo la maleta en el portaequipajes; había estado ayudando a su hermana a terminarla, de lo contrario no estaría acabada aún y, por supuesto, no habría entrado todo lo que se quería llevar. Hiba era un desastre, pensó Samia, siempre lo había sido, el desorden era parte de ella. Se preguntó qué sucedería de ahora en adelante; basta quitar una pieza de un castillo de naipes para que este se derrumbe en su totalidad y las cartas se esparzan por el suelo cada una por su lado. ¿Sería Hiba una de las piezas que sujetaban la construcción familiar? También es cierto, pensó, que las circunstancias la habían hecho practicar en la cuerda floja y, tanto ella como Soledad, podían considerarse expertas funambulistas, capaces de resistir en equilibrio y caminar hasta el apoyo firme sin detenerse a mirar el abismo para que no les entrara el vértigo.

Hiba subió al coche y comenzó a tocar el claxon con insistencia. Sabía

que la discusión entre su padre y su abuela podía alargarse y convertirse en algo bizantino. Llevaba años siendo testigo de sus inagotables peleas verbales que solían acabar en tablas, intensos debates no escasos de polémica con cualquier tema de protagonista, que hacía las delicias de los asistentes, que de vez en cuando aplaudían o reían el comentario de uno u otra. Samia, sin decir nada, se situó en el asiento de atrás, miró la hora y se la enseñó a su hermana para que agilizara el final de la lid.

—¡Vamos, papá, date prisa que pierdo el vuelo! —lo apremió Hiba.

Soledad paró al momento de discutir, se precipitó hacia el coche y, abrazando a su nieta por la ventanilla, empezó a darle sonoros besos en la cara. Eran los famosos «besos de la abuela», los que repartía en ocasiones especiales, no a todo el mundo, y que las nietas recibían con la cara estrujada y luego borraban con la mano, mientras se limpiaban las babas. Besos de pueblo, catetos, bastos, ruidosos, besos de un cariño eterno, besos difíciles de olvidar por su sinceridad, besos como un pan caliente recién sacado de un horno rústico, besos con sabor a manteca *colorá* o a los churros en verano.

Lisa saludó con la mano a Karim. Este murmuró algo en árabe y subió al coche. La chica no era de su agrado y, por supuesto, le atribuía parte de la responsabilidad de la grieta abierta entre él y su hija mayor. Desde que había empezado a ir con ella y Laura, era sorprendente el cambio que había experimentado Hiba, pensó Karim. Antes perfecta, seria, estudiosa y obediente, dejó de un día para otro la docilidad para convertirse en una mujer rebelde y contestataria, llena de contradicciones y ganas de huir, lejos de aquella niña que de la mano lo acompañaba a pasear por la playa de Cádiz, donde él había conocido a Carmen.

—Toma, para tus gastos —le dijo la abuela, dándole un monedero—. Y come bien, que así tan flaca das pena.

El coche arrancó sin que Hiba tuviera tiempo de contestar. Asomó la cabeza por la ventanilla y lanzó un beso a Lisa. Allí quedaban el café, los clientes habituales, los vecinos de Lavapiés y Soledad.

Un cóctel de felicidad y tristeza, un combinado de buenos recuerdos e incertidumbres, una mezcla donde se incluía un sinfín de sentimientos, sintió Lisa al ver marchar a su amiga. En cuanto se recuperó y pudo secar las lágrimas que, tímidamente y sin que nadie se percatara, brotaron de sus ojos, volvió caminando a su trabajo, sola, sumida en sus pensamientos, que se atropellaban unos a otros. Se detuvo delante de la librería de cine del padre de Laura. Estaba cerrada, lo que le resultó extraño, como también la ausencia de su amiga; era algo que no había previsto. ¿Qué podía estar sucediendo para no haber podido presentarse en el café aquella mañana? Ese solo era el comienzo. Siguió caminando, recordando momentos vividos las tres juntas. «Todo ha cambiado de repente», pensó, y sintió cómo su pequeño mundo se tambaleaba, obligándola a establecer un nuevo

equilibrio.

El coche recorrió las calles. Salió de las laberínticas cuestas del barrio hacia Atocha para coger la M-30 y unirse al fluido tráfico en dirección al aeropuerto. Hiba había nacido en Madrid y de allí se sentía, del centro, del puro centro de la capital, de donde parten todos los caminos y el sol encuentra su sitio todo el día. Dentro del coche, Karim, al volante, miraba de reojo a Hiba sin pronunciar palabra. Había tomado la decisión de apoyar a su hija y dejarla marchar, y ya no había más que decir. La chica había madurado sorprendentemente y lejos de sus malas influencias estaría mejor. La consideraba una mujer inteligente, capaz de hacerse cargo de su propia vida, con un carácter y una fuerza que ya quisieran muchos hombres. Se había convencido a sí mismo de que alejarse de él para forjarse su propio destino era algo necesario, y que solo así podría lograr crecer y darse cuenta, en la distancia, de lo importante que es la familia, y así, al echarlos de menos, pensó Karim, volvería con todo lo aprendido y habiendo madurado. Al mismo tiempo, su laberíntica mente se perdía por otros lares y le hacía elucubrar si habría algo más, alguna razón no tan noble para desear tanto marcharse. Su pensamiento apartó de inmediato aquellas nubes que emborronaban sus sentimientos y, con un simple tarareo de canción, consiguió borrar cualquier oscuridad o preocupación. No era un sistema construido por él, al menos conscientemente, pero funcionaba a la perfección. Surgió como un salvavidas cuando murió Carmen, la mujer por la que vivía, la que le hacía sentir, por la que hubiera hecho cualquier sacrificio, incluso dado su propia vida. Fue una muerte tan repentina, tan inesperada y al mismo tiempo tan dolorosa, que no pudo verter ni una lágrima, ni en aquel momento ni durante los últimos diecisiete años. Tal era la sequedad que había producido aquella muerte, que la falta de una válvula de escape podría haber sido la consecuencia de todo tipo de quebrantos de salud, pero en lugar de eso, una extraña melodía acudió a su mente. Era una canción que había escuchado solo una vez, justo el día que la conoció allá en Cádiz.

Hiba abrió el monedero y sacó un fajo de billetes enrollados con una goma. Samia observaba todo desde el asiento de atrás.

—¿Eso te ha dado tu abuela? Con lo agarrada que es... —dijo Karim mientras conducía por la autopista, pendiente de no pasarse la salida del aeropuerto.

—Qué cosas tienes, papá —respondió Hiba.

No estaba de acuerdo con la percepción de su padre con respecto a su abuela, a la que ella consideraba la mujer más generosa del mundo. Desde que era pequeña siempre se había preocupado de que no les faltara de nada, ni a ella ni a su hermana, y era capaz de no gastar para sí misma y así ahorrar el dinero para luego dedicarlo, por ejemplo, a llevarlas al cine. A Soledad le encantaba ir al Callao o el Capitol para disfrutar de las

películas en pantalla gigante. Allí sacaba de su bolso un paquete de sándwiches de Rodilla, de queso con nueces, salami, o ensaladilla rusa, que antes había comprado en la misma plaza, y se los daba a sus nietas con cuidado de no hacer demasiado ruido con el envoltorio de papel.

—¿No te he contado que cuando empecé a salir con tu madre le pedíamos dinero para ir a tomar algo y siempre se hacía la sorda? —prosiguió el padre.

—No todas las mujeres se sacrificarían cuidando de dos niñas y encargándose de un café. Deberías estarle agradecido en vez de tratarla como si fuera una criada —le recriminó Hiba.

—Con el carácter que tiene, yo creo que me la endosaron para quitársela de encima —replicó Karim.

Hiba miró a su padre pero prefirió no contestar. Lo conocía demasiado y sabía que llevarle la contraria era inútil, teniendo en cuenta lo terco que era. Samia prefirió quedarse ajena a la conversación mientras miraba por la ventanilla, observando a la gente que pasaba en otros coches. Le llamó la atención un autobús lleno de niños que reían animados, seguramente de excursión escolar, pensó; parecían felices y ella se sintió mayor. Había algo que desde hacía una semana le daba vueltas en la cabeza y no la dejaba concentrarse en nada. De pronto, su padre la sacó bruscamente de sus pensamientos.

—Samia, mira bajo el asiento —dijo, dirigiéndole una mirada por el retrovisor.

La chica no contestó, simplemente metió la mano y tocó, descubriendo unas cuantas revistas.

—Dale eso a tu hermana —le dijo su padre.

Ella sacó las revistas y las miró. Se trataba de magazines dedicados al público femenino, *Vogue*, *Telva*, *Marie Claire*. Se las entregó a Hiba.

—¿Y esto? —preguntó, extrañada.

—Para el viaje. Las mujeres leéis eso, ¿no? —dijo Karim.

—Tú eres quien debería leerlas y nos entenderías un poco mejor —respondió Hiba.

Se las devolvió a Samia. No es que tuviera nada en contra de ese tipo de publicaciones, todo lo contrario, le encantaba echarles un vistazo, ver lo que se llevaba, la moda, la actualidad y las nuevas tendencias. Lo que no le gustaba tanto era que su padre simplificara su escueta visión de la mujer convirtiéndolo en un estereotipo hasta llegar a considerar el *Vogue* como un manual de autoayuda para la feminidad. Samia las empezó a hojear. Mujeres perfectas de cuerpos perfectos vestían ropa perfecta, con complementos perfectos, llevaban peinados perfectos y maquillajes aún más perfectos, en fotografías perfectas. Demasiada perfección para un mundo tan imperfecto, pensó, cerró la revista y volvió a mirar por la ventanilla mientras seguía escuchando el mantra de su padre de lo que

para él era lo perfecto.

—Lo normal a tu edad es casarse, tener hijos —le dijo Karim a Hiba.

A Samia le entraron ganas de soltar una carcajada, pero se contuvo; parecía mentira que su padre conociera tan poco a Hiba. ¿Casarse ella, la abnegada defensora de la libertad de la mujer? Qué poco saben los padres de sus hijos, pensó, qué poco conocen sus inquietudes, qué lejos están de ellos en los momentos que más los necesitan, sí, porque ella ahora necesitaría hablar con él, pero no se atrevía a hacerlo. Hiba, que también escuchó las palabras de su padre, poniéndose en alerta máxima, decidió no seguir con la discusión, sabiendo que sería muy difícil hacerle cambiar de opinión. Cuando su padre sacaba el tema de la boda, lo mejor era hacer como que no había oído bien. Miró por la ventanilla y no respondió. Entonces él, no contento, volvió a insistir.

—Ya tienes edad suficiente para casarte, eso sería lo normal.

—Normal es un programa de la lavadora —contestó.

—No sé qué quieres decir con eso —respondió él, bastante enfadado.

Ella prefirió guardar silencio y no continuar por ese camino. No era el momento ni el lugar para plantearse nada. ¿Una boda? ¿Acaso un matrimonio concertado en pleno siglo XXI? No estaba dispuesta en ningún caso a que le arreglaran su futuro como el que vende una casa o se deshace de su coche viejo, pensó, y mucho menos a firmar un contrato donde ella, aun siendo una de las partes implicadas, no tenía voz ni voto. Qué maravilla poder marcharse de allí, estar sola sin ese tipo de absurdeces que únicamente le provocaban desasosiego.

—Quiero que sepas que me debes obediencia —añadió Karim, dando la conversación por terminada.

Aquel día de calor pegajoso ninguno volvió a pronunciar palabra. Cuando llegaron al aeropuerto no se dijeron adiós, no volvieron a mirarse a los ojos, no hubo un beso de despedida, no hubo un abrazo de afecto, no hubo sonrisas, ni siquiera llantos, lágrimas, sollozos; estaba todo dicho.

Aquel día de calor pegajoso hubo una separación necesaria, inevitable, voluntaria, algo que debía suceder de forma natural. Era el momento de que cada uno siguiera su camino. Padre e hija se querían y por eso evitarían hacerse daño.

Poner una venda en los ojos es dejar que el corazón continúe funcionando y no se detenga, y no se acelere, y vaya a su ritmo, y no se enferme, y no explote.

Nada volvería a ser igual entre ellos, a pesar de que ninguno de los dos olvidaría jamás ese día de calor pegajoso, donde se despidieron sin decirse adiós.

HIBA

El sol era fuego detrás del mar y únicamente unas nubes, jaspeadas como montañas de nieve, se dejaban manchar de rojo, naranja, violeta y dorados, sirviendo como pincel para difuminar en el enorme lienzo del cielo los colores de un apasionante amanecer que solo existe en los sueños y en algunos paraísos terrenales como aquellas islas cercanas a África. A Hiba le encantaba caminar descalza a la salida del sol, sentir la arena volcánica bajo sus pies, primero ligera y seca, aún fría por la brisa de la noche y, según se acercaba a la orilla, más firme y húmeda, hasta empaparse totalmente por el agua salada. En Tenerife se podían encontrar a aquellas horas rincones para estar a solas, donde poder mirarse en el espejo de un mar abierto e infinito y verse reflejado en él, sin que nada ni nadie se interpusiera entre la imagen y la propia mirada.

Hiba apenas llevaba unas semanas en la isla y ya se sentía como parte de ella. Adoraba su temperatura, estar viviendo una continua primavera era algo que siempre había deseado y ahora lo estaba disfrutando. Es cierto que algunas veces echaba de menos a sus amigas, con las que se comunicaba cada vez menos, y que desde su llegada no se había relacionado con nadie, salvo con los compañeros del trabajo y los turistas ocasionales que permanecían en el hotel no más de una semana. A pesar de todo eso se sentía feliz. Tenía tiempo para leer o para utilizarlo como quisiera, y el simple hecho de estar en compañía de sí misma era algo tan impensable en su vida anterior, que solo imaginar que podía ser posible le producía una tremenda satisfacción. Con la cámara que le había regalado Laura había empezado a recoger numerosas imágenes, primero sin ningún propósito claro y luego pensando en montarlas como parte de sus recuerdos. Alguna música también le rondaba la cabeza. Esta surgía acompañando a un bellísimo fenómeno que se podía ver sobre las montañas, cuando los vientos alisios empujaban las nubes que quedaban atrapadas formando un extraño lago irreal, blanco, etéreo, sobrenatural, fantasmagórico. Esto se conocía como «el mar de nubes». Más de una tarde

había subido al parque nacional de las Cañadas del Teide, para disfrutar de este momento mágico, y allí había empezado a componer. De pequeña había estudiado solfeo, pero nunca antes había sentido la necesidad de utilizar esos conocimientos. Ahora fluían en su cabeza melodías para acompañar esos maravillosos momentos de soledad. Después esperaba a que cayera la noche y bajaba por la ladera, notando cómo la temperatura cambiaba durante su descenso.

Aquella mañana se había despertado pronto y se había acercado en el coche hasta uno de sus sitios preferidos: una playa de arena negra por la que caminaba descalza. Al estar cerca de la orilla, dejó su mochila y sus chanclas. Se desprendió de su vestido y se dirigió al agua con el biquini que le había regalado Lisa. Se sentía bien, libre, sin ataduras. Caminó despacio con los pies descalzos, sintiendo el cosquilleo de la arena volcánica. Empezó a meterse en el mar poco a poco, primero los pies, luego los tobillos, pronto el agua le llegó a la rodilla y después a la cintura. Aunque el agua estaba fría, valientemente logró meter la cabeza. De pronto, algo le llamó la atención. Dos niños se estaban acercando a sus cosas y, sin dar tiempo a que ella reaccionara, cogieron su mochila y su ropa y salieron corriendo.

—¡Eh! ¡¿Qué hacéis?! —gritó Hiba desde el mar.

Por mucho que los llamó ellos no reaccionaron, pero sus gritos sí sirvieron para alertar a una joven rubia de cuerpo atlético y largas piernas que al cruzarse con los dos pequeños bribones logró detenerlos. Lo que les dijo para convencerlos de que dejaran lo sustraído, Hiba no pudo escucharlo, pero el caso es que los niños volvieron a echar a correr, esta vez sin nada en sus manos.

Hiba salió del agua y se dirigió hacia a la chica. Esta miró hacia la carretera y, al ver un coche de policía que se había detenido, hizo señas a los dos niños, que comprendieron de inmediato que lo que tenían que hacer era desaparecer, y eso es lo que hicieron.

—Mira si está todo —dijo la chica, entregándole la mochila. Hiba rebuscó en su interior.

—Gracias. Sí, creo que sí.

Respiró al comprobar que estaba su cartera con la documentación, así como la cámara.

—Menos mal, porque solo pensar en los trámites para el DNI y las tarjetas, me da algo.

Hiba cruzó su mirada con la de la chica y por un instante pensó que se conocían, pero enseguida se dio cuenta de que no era así. Observó su rostro anguloso, su piel blanca, luminosa, casi transparente, sus pecas, que salpicaban con gracia y desconcierto su belleza extrema, convirtiéndola en algo real. Ella, por su parte, estudiaba a Hiba. ¿De dónde podía proceder esa mujer de piel tostada y ojos verde miel? ¿Qué prodigiosa alquimia

había logrado esa mezcla, definiendo un ser con unos rasgos que rozaban la perfección? ¿Era árabe, persa, india?

—Yo nunca dejo nada en la playa. Los chicos no son malos, pero se buscan la vida —dijo mirando hacia el cielo—. Parece que va a llover.

Hiba alzó su mirada y comprobó que, efectivamente, las nubes, antes apenas existentes, habían cubierto amenazadoramente el cielo. Su color había dejado de ser rojo, violeta y dorado para convertirse en un gris que presagiaba tormenta. ¿Cómo había podido cambiar en un instante todo? Ese amanecer de fuego tras el mar, de nubes jaspeadas como montañas de nieve teñidas de colores calientes, ahora era un frío despertar de cielo oscuro cubierto de nubarrones. ¿Qué más podía suceder?

—Tienes razón, parece que va a caer una buena —contestó.

—¿Te gusta nadar? —preguntó la chica mientras caminaban hacia el coche.

Cuando era niña, Hiba pensaba que las sirenas existían, y que, esos seres mitad mujer y mitad pez que habitaban en los cuentos y leyendas, realmente vivían en los mares cálidos de los trópicos; ahora se reía al recordarlo. Le encantaba nadar y lo hacía realmente bien; hubo un tiempo en que entrenaba casi a diario y hasta había ganado alguna medalla en competiciones de benjamines, pero esta era la primera vez que veía a una sirena de verdad.

Juntas, fueron a la piscina cubierta de un club privado. En el exterior se había desatado una terrible tormenta que podían observar a través de los enormes ventanales. La lluvia pegaba con fuerza en los cristales y los rayos hendían el cielo, anunciando el trueno posterior como un grito de protesta. Dentro, aisladas en esa cúpula de cristal, con el sonido distorsionado del agua, con sus respiraciones provocando ecos irreales, las dos compitieron, cada una por una calle. Al terminar se tumbaron, cansadas, jadeando.

Le contó que se llamaba Ruth y estaba trabajando en la isla desde hacía un año. A Hiba le dio la impresión de que ocultaba cosas y en cambio estaba muy interesada en averiguar todo sobre ella. Ruth preguntaba y preguntaba con enorme curiosidad. ¿Qué hacía en Tenerife?

¿Conocía a mucha gente en la isla? ¿En qué consistía exactamente su trabajo? ¿Mantenía alguna relación en ese momento? Hiba se rio al escuchar esta última pregunta y le contó que estaba haciendo prácticas en un hotel.

—Trabajo como intérprete. Inglés, francés y, sobre todo, árabe —explicó Hiba.

—¿Árabe? —repitió Ruth.

Una mujer con su cabeza cubierta por un hiyab, en sus brazos un bebé. A

su lado, una niña de unos ocho años de piel morena. Ruth había pedido a Hiba que la acompañara. Se habían trasladado hasta otra parte de la isla y habían entrado en una pequeña escuela rural. Ahora se encontraban frente a una madre árabe que permanecía en silencio mientras sus ojos esquivaban los de las jóvenes.

—Pregúntale qué ha pasado —le dijo Ruth a Hiba mientras le ofrecía un vaso de agua a la mujer, que esta rechazó.

Hiba, en perfecto árabe, tradujo la pregunta. La mujer la miró sorprendida. El acento de Hiba llamó su atención y por un momento dio la sensación de que iba a contestar, pero no fue así. Enseguida volvió a su hermetismo, abrazando a su bebé. Hiba insistió, esta vez dándole vueltas a la pregunta y dejando ver que estaban de su parte. Necesitaban saber qué había pasado para poder ayudarla. Si permanecía callada, nada podrían hacer. Ruth miró a Hiba, que seguía hablando fluidamente en árabe.

—Está asustada —dijo.

—No te va a pasar nada, estamos aquí para ayudarte —dijo Ruth.

La mujer siguió sin reaccionar. Hiba repitió la frase en árabe, intentando transmitirle todo su afecto a través de su mirada

—¿Dónde está tu marido? —le preguntó Ruth—. ¿Dónde está tu padre? —se dirigió a la niña.

No hizo falta que Hiba repitiera las preguntas, ya que la pequeña comenzó a hablar atropelladamente. Las palabras salían despedidas de su boca como si le dolieran. Su madre interrumpió, regañándola. Madre e hija discutieron mientras Ruth las miraba sin entender realmente lo que estaba pasando. Miró a Hiba, que seguía la conversación registrando mentalmente cada palabra.

—¿Qué dicen? —preguntó Ruth.

—No es su padre. Por lo visto, la madre lo echó y no saben dónde se encuentra.

La niña entonces se levantó la camiseta, mostrándoles su costado. Su piel estaba llena de moratones. Un escalofrío recorrió a Hiba, no podía entender cómo alguien era capaz de hacerle algo así a un niño. Los ojos de aquella criatura seguían limpios, a pesar de todo lo que habían visto, pero mostraban una dureza poco habitual para alguien de su edad.

—Tengo miedo —dijo la niña en perfecto castellano, sorprendiendo a las dos—. Mi mamá tiene miedo de que vuelva a aparecer.

—No te preocupes, estamos aquí para que no os pase nada —dijo Ruth, transmitiéndole tranquilidad—. ¿Cómo te llamas?

—Mahtab.

—Mahtab es un nombre muy bonito, significa «luna» —aclaró Hiba.

Por primera vez, Mahtab sonrió. Entonces, Hiba sintió que su viaje había tenido sentido.

Las dos chicas salieron de la escuela y caminaron por el humilde poblado de casas. Los zapatos de Hiba se hundían en el fango del camino y tuvo que tener cuidado de no resbalar. Miró a su alrededor, la extraña luz de la tarde hacía que todo pareciera algo irreal, cuando lo que había vivido era, por el contrario, una bocanada de realidad pura, objetiva, sincera, la existencia de una parte del comportamiento mísero del hombre y de quienes se ven afectados por ello. Pensó en Mahtab, que nunca había conocido otra realidad que la suya; en esa madre que debía proteger a sus hijos, y en ese hombre que las hacía sufrir. Vidas truncadas que podían seguir igual o hacer que cambiaran.

—¿Te puedes creer que todavía me afecta cada caso? Piensas que estás endureciéndote, pero no —dijo Ruth.

—No me extraña.

—Y lo peor es que aunque logremos ayudar es solo una pequeña gota en un océano.

Hiba sintió admiración por aquella mujer entregada a su trabajo a los demás. Entonces fue ella la que empezó a preguntarle, ávida por conocer más sobre su vida. Quiso saber por qué había dejado su carrera de Derecho para dedicarse a algo tan duro, tan ingrato, tan doloroso, tan agotador. Respondió que, al hacerlo, había descubierto una forma de vivir que le daba una satisfacción personal mayor y más profunda que lo que podía ofrecer el éxito laboral o el dinero, por mucho que fuera.

Ruth había estado a punto de casarse con su novio de toda la vida, pero unos días antes de la boda decidió marcharse para pensar. Nunca volvió a verlo. Lejos de sentirse culpable, había llegado a convencerse de que realmente le hizo un favor de por vida, ya que ella, por mucho que hubiese querido, nunca habría logrado hacerle feliz. Esa vida prefabricada en una urbanización de provincias, donde todo era fácil y predecible, no era para ella. Había renunciado a una vida sin preocupaciones, rodeada de sus perfectas amigas, a las que conocía desde niña, a su club de tenis, a las visitas al centro comercial, a las barbacoas de los domingos con parejas tan vacías como su propia vida, y a veraneos tan idénticos y tan tranquilos como solo la clase media puede disfrutar.

Dejó su ciudad y se marchó sola. Viajó por el mundo y descubrió que solo el hecho de abandonar su tribu ya la hacía crecer; se sintió feliz, llena, y aprendió a aceptarse a sí misma. Había cambiado tanto su forma de pensar que no quiso volver. Tampoco respondió a las llamadas de su ex, que, cansado, acabó casándose con una amiga de toda la vida que siempre había estado enamorada de él en silencio, aunque todos, incluida Ruth, lo sabían. Le constaba que estaba contento y que habían tenido dos hijos, chico y chica, la perfecta parejita que ahora llevaban juntos cada mañana al colegio privado cerca de la urbanización. Una vida planeada que ahora le pertenecía a otros.

Cuánto tenía que aprender de Ruth, pensó Hiba.

Atardecía en la isla. El sol caía lentamente, como ralentizado, tras el volcán. Desde la terraza de la casa de Ruth había unas vistas espectaculares de Tenerife. Hiba daba caladas a un cigarro mentolado. Ruth le acercó una copa de vino tinto. Brindaron. Se sentía a gusto, relajada. Apenas se conocían y ya tenía la sensación de ser su amiga íntima. Le había pasado lo mismo con Laura, no así con Lisa, con la que necesitó tiempo para llegar a establecer una sincera comunicación. Pero había algo en Ruth que no poseían sus amigas de la Península, no sabía qué era, pero lo sentía.

—No tengas muchas expectativas, no soy muy buena cocinando —dijo Ruth, y bebió un trago de su copa.

Hiba observó el caldo, era brillante, de púrpura intenso. Apreció su aroma. Acercó la nariz a la copa y después dio un pequeño sorbo. Ruth se quedó mirándola como hipnotizada. Cada gesto de ella era una sorpresa.

—Está muy bueno —dijo Hiba, saboreando el vino.

—Gracias por lo de hoy. Si no hubiera sido por ti no sé qué habría hecho —dijo Ruth con sinceridad.

—Creo que hasta ahora te las has arreglado muy bien sin mí.

Sintió cómo Ruth le dirigía una mirada extraña. Eso era lo que más la inquietaba de ella: la forma en que mantenía sus ojos fijos, sin mover un solo músculo de su anguloso rostro, mientras le hablaba. No era capaz de adivinar qué le pasaba por la mente. Su falta de expresividad hacía más difícil cualquier intento de interpretación.

—Es increíble esta isla —susurró Hiba.

—He leído que es un territorio para las emociones —comentó Ruth. Estaban hablando pero era más importante lo que no se decían.

Ninguna se atrevía a ser la primera en admitir la enorme atracción que sentía por la otra. No se decían las ganas que ambas tenían de unir sus labios, de saborear sus bocas, de acariciarse como nunca antes habían hecho con otra mujer. Simplemente se miraban fijamente y hablaban de la belleza de aquel lugar paradisíaco en que se hallaban, cuando en verdad podían haber estado en cualquier otra parte del mundo, porque estaba escrito que cuando se encontraran la atracción iba a ser irremediable.

«Te deseo. Quisiera besarte», pensaba Ruth.

«No sé qué me está sucediendo, pero desearía tanto abrazarte...», contestaba mentalmente Hiba.

«Desnúdate poco a poco. Déjame que vea tus pechos», imaginaba decir Ruth.

«Quisiera recorrer con mis dedos cada parte de tu piel. Suavemente ir

descubriendo cada uno de tus rincones más ocultos.»

«Si me vuelves a sonreír así, no voy a poder resistirme y tendré que lanzarme a tus labios.»

«Como me sigas mirando, seré yo la que no se pueda resistir.»

Ruth apartó con la mano un mechón de cabello del rostro de Hiba. Tenía el pelo más negro y brillante que había visto en su vida. Se aproximó a ella y la besó en la boca. Sus labios se acariciaron suavemente. Al tacto eran tan delicados y sensibles que parecían formar parte de una misma piel. Se estremecieron a la vez. Sus bocas se abrieron, saboreándose mutuamente. Más que un beso era un despertar, un dejarse llevar por los sentidos.

Ninguna de las dos había experimentado algo así. Era lo más parecido al primer beso siendo adolescente, ese que vives en el patio del colegio a escondidas, o en esos veranos de pandilla en escapadas furtivas. Toda esa sensación de sexo puro e inmaculado, aún sin mancha, era lo que ambas estaban comenzando a vivir. Siguieron besándose mientras respiraban agitadamente, con el deseo de no separarse.

Hiba besaba con los ojos cerrados. Se dejaba llevar, flotaba en un universo aislada del mundo real. Ruth lo hacía con los ojos abiertos. Observaba cada gesto de su presa, utilizando la mínima señal de esta para hacerla suya y someterla. Así sintió cómo Hiba le pedía que la abrazara con fuerza. Hiba se vio envuelta por los brazos de Ruth y no había nada que deseara más en ese momento. Siguió con los ojos cerrados y se dejó acariciar por encima de la blusa. Notó cómo desabrochaba cada uno de sus botones, muy despacio. Luego sintió los dedos de su compañera de juegos y después su lengua recorriendo cada parte de su piel. Sus pezones se endurecieron al contacto con los de la otra mujer.

Al abrir los ojos, por un instante vio el cuerpo desnudo de Ruth por primera vez. No le sobraba un gramo de grasa. Era perfecta, o al menos eso le pareció. Estaba pegada a ella y ambas se palpaban mientras se besaban, se abrazaban y se olían, se chupaban, se mordían ligeramente. Volvió a cerrar los ojos y notó cómo la mano de Ruth iba bajando hasta sus muslos e, introduciéndose en ellos, acariciaba su interior. Era una sensación conocida, ya que ella solía masturbarse a menudo, pero no eran sus dedos. Eso era lo más extraño. Aun así, al principio sintió el mismo placer que se daba a sí misma. Luego el placer fue creciendo y creciendo hasta alcanzar un primer orgasmo.

Seguía excitada. Quería más. Entonces decidió ser la que con su mano derecha experimentara lo mismo que a ella tanto le gustaba, pero en el cuerpo de Ruth. Bajó hasta los muslos de esta y comenzó a acariciarle con los dedos su sexo húmedo. Escuchó sus gemidos, graves, susurrantes, que se fundían con los suyos propios. Ambas, al mismo tiempo, se acariciaban el clítoris y a través de estas caricias buscaban darse más placer. Hiba

llevaba ahora el mando y Ruth repetía cada movimiento de aquella. Entonces las dos a la vez sintieron primero un escalofrío, luego una doble sacudida de energía por todo el cuerpo, desde su sexo, por toda la espalda, el cuello, la nuca, hasta finalizar en las terminaciones nerviosas de su cerebro. Otra sacudida más de placer.

Esto solo fue el principio. A partir de ese momento decidieron no separarse. El sexo era el pilar en que se apoyaba la relación. En realidad eran muy distintas, pero lo que ambas sentían al tocarse o simplemente al mirarse hacía que todas sus diferencias desaparecieran al momento.

Cuando Hiba por fin logró hablar por Skype con Lisa, esta se encontró con su amiga totalmente cambiada. Apartarse de su padre y alejarse de Madrid la había influido positivamente. Estaba feliz y agradecida por haberle no solo encontrado aquel trabajo en la isla, sino casi obligarla a aceptarlo. Aunque estaba deseando y sabía que era solo cuestión de tiempo, le había costado decir adiós a su vida anterior. Dar ese paso le supuso, sobre todo, aceptar no lo que la gente esperaba de ella, sino lo que en realidad sentía ser. Por otro lado, el trabajo solidario que realizaba Ruth y en el que Hiba había empezado ayudarla, la llenaba tanto o más que el descubrimiento de su sexualidad. Por supuesto, no había dejado el hotel, pero el tiempo le daba para compaginar todas sus actividades. En Madrid eso no habría sido posible por multitud de razones, entre otras la dedicación a su familia, las distancias mayores, y que las horas y los días parecían ir más rápidos que en las islas.

—Llevo toda la semana intentando hablar con Laura y nada. ¿Tú sabes algo? —le preguntó Hiba. Se hablaban a través del ordenador.

Era cierto que lo había intentado numerosas veces sin conseguirlo. Aunque las tres eran muy buenas amigas, la relación que ella podía tener con una y otra era totalmente diferente. La complicidad existente con Laura y el grado de intimidad era mucho mayor. Con Lisa eran las risas, lo superficial. Recordaba con ella momentos divertidos, noches de fiesta, días en los que les habían sucedido situaciones surrealistas, que ambas habían disfrutado como niñas. Pero ahora, desde que se había marchado, era con la que hablaba.

Hiba la encontraba muy cambiada, pero en lugar de pensar que estaba pasando por problemas o imaginar su secreto, decidió que esos cambios se debían a la distancia y al tipo de comunicación que esta las obligaba a mantener. No es lo mismo mirarse a los ojos directamente que hacerlo a través de la pantalla de un ordenador o un móvil. Las percepciones siempre son distintas, y más cuando se tienen cosas que ocultar.

Lo que no sabía era que Lisa no estaba pasando por su mejor momento precisamente. Estaba sola en la agencia de empleo, sentada ante su ordenador. Todos sus compañeros se habían ido ya y el conserje, que era el último, se despidió antes de cerrar. Ella tenía otra llave. Desde hace días

alargaba su presencia en el trabajo porque, sin pretenderlo, no deseaba enfrentarse a su propia realidad.

—Nada, no la he visto —respondió—. ¿Tú qué tal?

—Bien —dijo Hiba.

Lisa miró a la pantalla y vio a su amiga más bella que antes, si cabía. Siempre la había considerado una de las mujeres más guapas. Su mezcla racial había dado como resultado un físico que podría haber pertenecido a una estrella de Hollywood o quizá de Bollywood. Pero ese día brillaba aún más.

—Mira, te presento a Ruth. Estoy en su casa, me ha alquilado una habitación.

—Encantada —dijo Ruth, despidiéndose con la mano—. Te veo luego en la piscina, que voy mal de tiempo —le dijo a Hiba antes de cerrar la puerta.

—Hasta luego. ¿Quieres que te enseñe la casa? —le dijo entonces a Lisa.

Sin esperar respuesta, cogió el portátil y comenzó a recorrer el apartamento para que pudiera verlo a través de la pantalla. El amplio salón, su arregladísima habitación —en la que parecía no haber dormido nadie—, el baño compartido —que claramente se veía que pertenecía a chicas por la cantidad de frascos de cremas y el desorden habitual femenino—, la cocina —de alguien que no cocina— y la terraza desde la que se veía el volcán.

—Qué envidia —dijo Lisa mirando la última imagen.

—¿Te gusta?

—Se ve maja.

—No me refiero a Ruth.

Las dos rieron a la vez.

—Trabaja de asistente social en una ONG que ayuda a niños en riesgo. Estoy echándole una mano cuando puedo.

—¿Y qué tal en tu trabajo?

—Bien —respondió Hiba no muy convencida.

—La verdad —pidió Lisa.

—Pues no me gusta mucho, qué quieres que te diga. El hotel, los turistas... Un coñazo. Podrías venir a verme. Convence a Laura y veniros las dos unos días.

—Imposible, no tengo pasta.

—Solo es el avión, os podéis quedar en casa.

—Qué más quisiera yo. Estoy harta de este curro, es deprimente. Se gana una mierda y me paso todo el día encerrada aquí.

Había quedado esa misma tarde, a la salida del trabajo, para tomar algo con los compañeros de oficina, pero no le apetecía nada.

—Anímate y ve —le dijo Hiba.

Ella sabía que en cuanto se decidiera, saliera y se tomara dos cervezas todo cambiaría. Así era Lisa, pura alegría. Alguien que hacía que los demás se sintieran siempre bien.

Se despidieron y ambas apagaron la comunicación. Hiba se quedó pensando. Se alegraba de ver a su amiga, pero también tenía la sensación de que esta pertenecía a un pasado, aunque no tan lejano.

Recordó aquella noche de fiesta en el concierto de música indie. Estaban las tres, como siempre, pero esa noche las acompañaba Samia. La había utilizado para poder salir, pero también quiso que fuera con ellas porque desde hacía días la veía extraña, más autista que de costumbre. Todos tenemos secretos, cosas que guardamos celosamente y que no queremos que nadie descubra. Volvían en el metro cansadas. Lisa dormía apoyada en el hombro de Samia y esta miraba su reflejo en el cristal. Ese instante fue captado por Hiba. Miró a su hermana, la real y la ficticia, perfilada por la luz en la ventanilla mientras el tren atravesaba el túnel a toda velocidad. En ese momento se dio cuenta de que ese mínimo instante nunca se repetiría y que realidad y ficción se mezclarían en el recuerdo, fundiéndose y transformándose en una nueva realidad. Nada permanece, todo se mueve.

—Estoy convencida que el hoy y el ahora nunca se repetirán —le había dicho a Laura.

—¿Ahora te vas a poner a filosofar? No cambiarás nunca.

—Sí cambiaré. Todas cambiaremos. Estamos en un momento en que van a ocurrir cosas importantes, hechos que nos van a hacer cambiar.

—¿Cosas importantes?

—Todo es relativo —había sentenciado Hiba.

¿Realmente esto sucedió así o solo es la mezcla de realidad y ficción con que se construyen los recuerdos?

LISA

Un calor africano se había adueñado de Madrid de forma abrupta y descarnada, dejando sin aliento a los que resistían en las calles durante el día, y ahora, con la lenta caída del sol, iban recuperando el aire, aún sofocados por el recalentamiento de calzadas y aceras, que seguían conservando las altas temperaturas del desierto. El día parecía no tener fin, eran las ocho y media de tarde y sin embargo la luz seguía tan potente, el cielo tan azul y el calor tan intenso, que daba la sensación de que el mundo se había detenido en el infierno del mediodía para explotar en cualquier momento.

La plaza de Santa Ana se había llenado de turistas, actuando como un imán que los atraía irresistiblemente. Abrasados, acalorados, nerviosos y sin haber podido encontrar el mar, los turistas hallaban aquí el pequeño oasis de la cerveza y el tinto de verano. Las terrazas hacía tiempo que habían dejado de ser el lugar de reunión de los jóvenes estudiantes que habitaban en la zona, para convertirse en un sacacuartos más de los que inundan las ciudades, pensó Lisa. Era cierto que en los locales se seguía tirando la cerveza de barril de forma tradicional —con su espuma, su refrescante sabor amargo, su característico tono dorado y su temperatura casi helada—, pero era difícil conseguir una caña de las de toda la vida, que había sido sustituida por la pinta o la jarra, más del gusto de los visitantes alemanes o ingleses.

Lisa atravesó pensativa la plaza, quinientos, más ochocientos, más doscientos cincuenta... Repasaba una y otra vez los gastos de ese mes: el alquiler, el agua, el gas, el pequeño crédito para un viaje a las islas griegas del cual solo le quedaba el recuerdo y algunas fotos en su iPhone: una isla montañosa llamada Íos, repleta de grupos de estudiantes apestando a alcohol; la blanca y azul Santorini, llena de familias de turistas disfrutando de las maravillosas vistas; y la joven Mykonos, donde había disfrutado de las playas, de un fantástico festival de música electrónica y de un guapísimo italiano musculoso y bronceado con el que tuvo un pequeño

affaire y que luego resultó ser gay. Rio al recordarlo. No estaba segura de si había sido así durante toda la noche o en verdad ella había caído víctima de un extraño embrujo, pero Lisa vivió un momento maravilloso, siendo el centro de atención de modelos internacionales, reinas de la belleza y deportistas de élite, jóvenes llegados de todos los lugares del mundo con el único objetivo de pasarlo bien; todos bailaban, bebían y se divertían hasta el éxtasis. Ella estaba en pleno frenesí y no se dio cuenta hasta última hora, cuando el sol ya había salido bañando a todos con su luz, de que a su alrededor solo quedaban hombres sudorosos sin camiseta y algún que otro travesti en plataformas, con el maquillaje corrido y la peluca despeluchada. Volvió sola con los tacones en la mano y la música resonándole en la cabeza, porque el guapísimo italiano que la había llevado en coche se había ido un momento al baño con un noruego de dos metros y nunca volvió. Ya había pasado casi un año de eso. «Necesito unas vacaciones», pensó. Convencería a Laura y se irían las dos a Canarias con Hiba, no tenía por qué resultar caro.

Llegó hasta la puerta de la Cervecería Alemana y miró a través de la cristalera a sus compañeros de trabajo. Qué pereza solo de pensar en la aburridísima conversación. La última vez que se habían reunido para el cumpleaños de una compañera habían acabado discutiendo de política, y eso le daba una pereza horrorosa, no porque no estuviera preocupada por la situación del país, pero de lo que estaba segura era de no querer volver a escuchar cómo uno u otro arreglaría lo que estaba pasando con la situación de Cataluña, la corrupción política o las pensiones, ellos, que no eran capaces ni de reconstruir sus propias grises y tristes vidas o sus abruptas relaciones de pareja. Decidió no entrar. A un lado de la plaza se alzaba el Teatro Español, sede de la Compañía Nacional, donde se anunciaba en diferentes carteles en blanco y negro toda su oferta de programación. Al otro lado, el Hotel Reina Victoria, un edificio con toques modernistas que había sido reformado hacía poco tiempo, dejando de ser el famoso hotel de los toreros, es decir, el lugar donde se reunían y hospedaban los matadores antes de hacer su faena en Las Ventas, y ahora, iluminado de color púrpura o azulado, se travestía con descaro. Sin pensárselo dos veces se dirigió hacia él.

En el bar del hotel, sentada ante una copa de vino, sintió la soledad. Habían pasado tres años desde su llegada a Madrid y aún no podía ocultar ese aire provinciano que la hacía diferente de las chicas educadas en la capital. Vestía la misma ropa comprada en tiendas juveniles a precios asequibles, se cortaba el cabello en una peluquería de moda en el barrio de Chueca, calzaba zapatillas Converse blancas, las mismas que habían conquistado a Emma Watson, y usaba un perfume fresco con notas de tangelo, jazmín y maracuyá. Pero a pesar de todo eso y sin pretenderlo, seguía siendo una sencilla chica de provincias. A través del ventanal se

podía notar el pegajoso calor africano que aplastaba a los viandantes, hundiéndolos en el asfalto de la calle, mientras que ella, allí sentada, sentía el frío del polar aire acondicionado, impersonal e insultante, que le rozaba la piel, se introducía por su boca, pasaba por su garganta y llegaba hasta sus huesos. Tampoco había previsto aquello, así que decidió terminarse la copa y marcharse de allí. Seguía sin apetecerle ir a reunirse con sus compañeros de trabajo, pero no tenía otra opción. Estaba mejor sola, tranquila, ordenando sus problemas como el que organiza la colada, esto para lavar, esto no, esto a la lavadora, esto a mano, esto mejor lo tiro porque ya no se lleva, está lleno de agujeros o simplemente no me gusta. Habría que deshacerse directamente de la mayoría de los problemas.

—Perdón, ¿está ocupada esa silla? ¿Le importa que me siente? —preguntó un hombre trajeado de unos cuarenta años.

—No, no... está libre —contestó ella sin mirarlo.

El desconocido se sentó a su lado, volviéndose para llamar a un camarero. Lisa buscó en su bolso su móvil. No lo encontró. Entonces se esforzó por recordar dónde lo habría dejado.

¿Cuándo lo había usado por última vez? Sí, estaba segura, lo había dejado sobre la mesa del despacho. Solía ocurrirle. Siempre había sido muy despistada, pero últimamente no paraba de olvidar las cosas. El otro día se había dejado las llaves dentro de su casa, y más tarde las gafas de sol en un café donde a media mañana solía tomarse un pincho de tortilla. Le gustara o no, tendría que volver al trabajo a por él. Si algo no podía hacer era estar incomunicada, no porque nadie la fuera a llamar, sino porque el simple hecho de sentirse aislada le provocaba una sensación de inseguridad, de inquietud, y un nerviosismo extraño.

—Disculpe, ¿me puede decir la hora? —preguntó algo apurada.

—Son casi las nueve —respondió el hombre mientras se aflojaba la corbata.

Dio un último trago a la copa dispuesta a marcharse.

—Déjeme que la invite. ¿Qué bebe?

Lisa reparó en él. Le resultó atractivo. Tenía un aire a Jake Gyllenhaal. Se rio para sus adentros. Siempre tenía la costumbre de buscar parecidos, pero cuando los comentaba con sus amigas estas se burlaban de ella. Soledad, la abuela de Hiba, para ella era igual a Carmen Maura, a la que adoraba desde que la vio por primera vez en *Qué he hecho yo para merecer esto,* y luego en *La ley del deseo* y *Mujeres al borde de un ataque de nervios*. La propia Hiba guardaba un parecido espectacular con la actriz Hiba Abouk, sobre todo en sus ojos y su preciosa sonrisa. Laura era como Jennifer Lawrence, cosa que a ella le encantaba que le dijera. Y la pescadera del puesto de abajo del mercado de San Miguel tenía la misma cara que Angela Merkel. Volvió a mirar al hombre, que seguía esperando una respuesta, esta vez sonriendo.

—¿Perdón? —dijo Lisa, haciendo como que no había escuchado.

—Sí, le estaba diciendo que me dejara que la invite. ¿Qué bebe?

Su extrema amabilidad la dejó sorprendida y encantada; muy Jake Gyllenhaal: sus mismos ojos azules, sus cejas espesas, su franca sonrisa, su cara de buen tío.

—Tomaré lo mismo —dijo haciendo una seña con la copa al camarero, que por fin se dio por aludido.

—Dos copas de vino —ordenó el hombre y se volvió hacia Lisa—. ¿Ribera del Duero?

—Sí, un ribera está bien.

—No suelo beber, pero hoy creo que lo necesito —dijo el hombre con aire de preocupación—. Tengo problemas en el trabajo.

—No me diga, me paso el día escuchando ese tipo de problemas —dijo ella, volviendo a buscar en su bolso el dichoso móvil.

—Es un desastre. Las empresas, en este momento, no ven a largo plazo. Me encuentro continuamente delante de situaciones terribles, tengo que despedir a gente y todo eso con una sonrisa. Pero no quiero aburrirla —dijo él sinceramente.

El aspecto aniñado de Lisa, su sencillez provinciana y sobre todo la naturalidad con que se comportaba, lo habían descolocado. ¿Se estaría confundiendo?

El camarero sirvió las copas de vino. El hombre trajeado deslizó su mirada por la sala. En una mesa próxima, una pareja llamó su atención. Él, un hombre de unos cincuenta años; ella, rubia, posiblemente rusa, una mujer muy bella y sin duda mucho más joven. Más seguro de sí mismo, alzó su copa.

—Usted no es de aquí, ¿verdad? —dijo Lisa aceptando el brindis.

—No. Estoy hospedado en el hotel. Si quiere podemos subir a mi habitación.

Lo dijo sin darle ninguna importancia, pensó Lisa, como quien te propone ir a dar una vuelta, o tomemos una copa más. Eso le llamó le atención, claro que tampoco le estaba pidiendo matrimonio. «No está mal —siguió pensando—, no es muy alto, pero sí guapo, delgado, y las canas lo hacen interesante.» Cualquiera de esos detalles, que en otro momento no hubieran significado nada, en esa ocasión en que ella necesitaba un poco de cariño, un empuje a su autoestima y un pequeño desahogo, fueron más que suficientes para justificar una respuesta afirmativa. No tenía por qué enterarse nadie, podía guardar ese secreto y llevárselo a la tumba. Y si alguien le preguntaba qué había hecho aquella tarde, tampoco tenía que decir la verdad, ni confesarse; con una pequeña mentira estaría todo arreglado, la gente miente por mucho menos, pensó, y se acabó su copa de un trago.

—De acuerdo. Subamos.

Ambos entraron en la habitación. A través del ventanal se podía observar la plaza de Santa Ana, con el teatro al frente y las terrazas llenas de gente. Caminó hasta situarse cerca de la cristalera, junto a una auténtica *eames lounge chair* de color blanco. Suspiró. Él, sin encender la luz, se aproximó a ella, que al volverse pudo ver su imagen reflejada en la enorme pantalla plana suspendida sin rozar la pared. El desconocido sacó su cartera y le ofreció unos billetes.

—¿Es suficiente? —susurró a su oído.

Ella miró el dinero con sorpresa. Dudó ante el malentendido, pero no tuvo tiempo de contestar ya que el hombre, al verla titubear, se imaginó que el servicio sería algo más caro de lo previsto. Tampoco le extrañó. Esa belleza delicada y frágil, que parecía poder quebrarse en cualquier momento, esa inocencia aunque fuera impostada, esa naturalidad de chica normal tenía que tener un precio más elevado del que estaba acostumbrado a pagar. Merecía la pena. Rápidamente le ofreció otro billete. Ella guardó el dinero en su bolso mientras un extraño escalofrío recorría todo su cuerpo. Sabía lo que estaba haciendo aun sin proponérselo. Es más, la sola idea de ofrecerse por primera vez a cambio de dinero la excitaba. Se acercó a él, estaba húmeda, deseosa de que aquel desconocido la rodeara con sus brazos. Dejó caer su vestido. Él la observó. Era aún más bella de lo que había imaginado. Una joven sacerdotisa de piel tersa y pequeños senos de adolescente. Ella le fue desabrochando uno a uno los botones de la camisa. No se decepcionó al ver el torso musculado cubierto de vello, los abdominales marcados y los fuertes brazos que pronto la abrazarían. Comenzó a acariciarla, suavemente, sin prisas. Él sabía que debía alargar el tiempo, aprovechar cada instante, disfrutar de esa piel suave, de esos pechos firmes. Sintió cómo los pezones de la chica se endurecían al acariciarlos, cómo su piel se erizaba al recorrerla con sus dedos. Agarró su cabello con fuerza y, apartando la cabeza de la joven hacia atrás, comenzó a saborear su cuello. Mordisqueó su nuca. Bajó con su lengua por la espalda mientras con sus dedos jugueteaba entre la humedad del sexo. Ella luchaba por enmudecer sus gemidos de placer. Siguió masturbándola, buscando el punto más deseado. Lisa no pudo contenerse y lanzó un pequeño y agudo suspiro, del que al instante se sintió avergonzada. Él, satisfecho por su reacción, la levantó en brazos sin esfuerzo y la depositó sobre la nívea *lounge chair*. Le quitó el pequeño tanga, abrió sus piernas y se lanzó a saborearla borracho de deseo.

Qué diferente era follar con alguien con tanta experiencia, pensó Lisa mientras su cuerpo se estremecía y se abría cada vez más.

No había tenido muchos amantes pero, acostumbrada a jóvenes primerizos, torpes, e impacientes, aquello le pareció una droga a la que podría engancharse. No aguantaba más, necesitaba sentirse penetrada, y así se lo dijo. Él seguía jugueteando con su lengua entre sus labios, cada

vez más relajados, en contraste con las pequeñas sacudidas que ella comenzó a sentir, llegando al orgasmo. Le suplicó que se la follara. Entonces él, sujetando su poderoso miembro, la penetró logrando que ella llegara al clímax por segunda vez. Aquella noche ambos perdieron la noción del tiempo.

Lisa volvió caminando a su casa. El barrio estaba despertando con la pereza de los martes. Se sentía cansada pero feliz por el recuerdo de una noche inolvidable y la bolsa llena. Al principio no le había dado importancia al hecho de que hacer el amor con un desconocido es mucho más relajado, ya que al terminar no existen lazos, el placer es únicamente satisfacción y, al no haber compromiso, tampoco existe la mentira, la necesidad de fingir, ni la decepción por no sentirse correspondida. Era una mujer libre y podía hacer lo que quisiera, no tenía que rendir cuentas a nadie, ni justificarse, pensó; había disfrutado una noche en la que no esperaba nada. Al pasar delante de la marquesina vio a la modelo en bragas que le sonreía desde su foto en blanco y negro, y le devolvió la sonrisa.

Llegó hasta su portal. Subió la escalera con energía. Allí, apoyado en su puerta sobre el felpudo, descansaba un disco de vinilo. Lo miró sorprendida y, cogiéndolo, entró en su apartamento. La curiosidad la invadía. ¿Quién le había dejado ese extraño presente? Deseaba escucharlo, pero no tenía con qué.

En casa de sus padres, en el pueblo, había un viejo tocadiscos y un montón de LP antiguos. De pequeña le encantaba sacarlos de su funda de cartón y del sobre interno de papel satinado y depositarlos sobre el aparato, para a continuación, con sumo cuidado, poner la aguja sobre el vinilo. Recordó aquel sonido susurrante de la aguja al rozar el disco. ¿Quién podía saber aquello como para dejarle semejante regalo lleno de recuerdos? Sentada ante el ordenador, buscó en la red. Allí estaba la misma portada. Empezó a escucharlo. Se trataba de un tema con aire flamenco. Una versión de una vieja canción de Tequila, según pudo leer. La letra decía:

Quiero salir, me quiero ir pero afuera llueve
y dentro de mi cabeza todo se mueve, todo se mueve.
El movimiento me está enloqueciendo.
Quisiera parar un momento para pensar
y averiguar lo que siento...

«Muy triste», pensó. Luego colocó el regalo junto a otros vinilos. De su bolso sacó los billetes. Cogió un bote con lápices, lo vació y metió allí el dinero. No tenía ningún plan, ni siquiera pensó en qué lo utilizaría, su economía estaba tan llena de agujeros que rellenar alguno tampoco la salvaría. Se miró en el espejo, sintiéndose la protagonista de una película,

aquello que le había ocurrido era solo el argumento de un guionista francés, un viejo film que podría haber protagonizado Catherine Deneuve, y del que ella solo había tenido que dejarse arrastrar por la propia historia de dos desconocidos que nunca más volverían a verse. Ni siquiera sabían sus nombres, ni conocían nada de sus vidas, solo formaban parte de un relato que jamás nadie, aparte de ellos, conocería. Imaginarse sentada en ese bar del hotel, ahora le parecía muy lejano. Se observó en el espejo; estaba bella, más bella que nunca, y miró sus ojos, tristes como la canción triste.

Dejó a un lado sus recuerdos, sus pensamientos y sus preocupaciones para soñar unos instantes. Querría viajar, conocer rincones del mundo, lugares de los que ni siquiera hubiera oído hablar. En ese momento apartó la tristeza y pensó que todo, cualquier cosa que quisiera, podía conseguirlo solo con chasquear los dedos, con poner un poco de energía en ello. Madrid era un sitio maravilloso pero se podía transformar en una tumba si se dejaba arrastrar por él, si lo convertía en el centro de su vida, de su pensamiento, de su estabilidad. Necesitaba recordar que antes de llegar ni siquiera existía para ella.

La semana transcurrió monótona y sin aristas. De casa al trabajo y del trabajo a casa. Apenas tenía tiempo para sí misma. Llegaba agotada y con el ordenador se enganchaba a alguna serie americana que no la hiciera pensar mucho. El viernes, antes de enclaustrarse, cogió un taxi y fue a la calle Serrano. Miró los escaparates de las tiendas más exclusivas y prohibitivas del barrio de Salamanca y entró en la lencería donde las mujeres más ricas dilapidan sin remordimientos las tarjetas de sus maridos. Al llegar a su casa, se desnudó ante el espejo y se probó un body con relleno, de tul bordado en negro. Estaba nerviosa, como el que comete un delito y teme ser pillado en cualquier momento. Se miró un buen rato porque con su nuevo barniz no lograba reconocerse, su extrema delgadez, que normalmente le jugaba en contra con la ropa, que siempre le quedaba grande de pecho, caída de hombros y demasiado ancha en la cintura, se le adaptaba ahora como un guante, un elegante y sofisticado guante de tul bordado en negro. Sintió una impaciencia que, al mezclarse con la inquietud, generó un escalofrío que recorrió toda su espalda hasta sus sienes. Cerró los ojos y se dejó llevar.

El verano avanzaba en Madrid a paso lento y recorría las calles cada vez más vacías de transeúntes que habían huido a sitios más frescos donde pasar las vacaciones. Algunos rostros extraños deambulaban por el día, recorriendo museos, las serpenteantes calles de los Austrias, la plaza Mayor, comiendo bocadillos de calamares, visitantes para quienes el

cocido madrileño no estaba reñido con el calor. Al llegar la noche, el Corral de la Morería, el de La Pacheca, el Villa Rosa, Casa Patas o el Cardamomo hacían literalmente su agosto, ofreciendo arte flamenco, tortilla y jamón a precio de caviar, mientras en las calles los más valientes, la mayoría provenientes del norte de Europa, las islas británicas, Francia o algún país asiático, se atrevían con las falsas paellas en terrazas que surgían como hongos en las aceras de todo el centro.

Lisa había esperado un tiempo prudencial para volver al mismo hotel. Lo había estado pensando mucho, pero al final llegó a la conclusión de que necesitaba comprobar si aquello había sido solo fruto de la casualidad, o realmente podría volver a vivir una experiencia similar. No perdía nada por intentarlo. Esta vez se arregló, se puso su nuevo body, se perfumó y fue directa al hotel. Más segura de sí misma, entró, se sentó y pidió una copa de vino. Observó a su alrededor. No había ningún hombre solitario, solo alguna pareja y un grupo de jóvenes que bebían cócteles y escuchaban la música que ponía un DJ desde una cabina a un lado de la barra. No habló con nadie, se sintió sola, alejada de todos. Se acabó la copa y salió a la calle.

Los zapatos de tacón casi se hundían en el asfalto y al mirar las fachadas tuvo la impresión de hallarse en una ciudad que no era la suya. No quería volver a casa y pensó en acercarse a algún bar conocido. Al pasar por otro hotel recordó que había oído hablar de su terraza de la azotea recién inaugurada. Subió.

El viento azota las azoteas.

Allí arriba por lo menos corría algo de aire, pensó. Ver Madrid a sus pies le resultó algo vibrante. Iluminada, brillante y viva, la ciudad la desconcertó, sorprendida de sentirla tan próxima y al mismo tiempo tan poderosa, tan difusa, tan extensa. Miles de recuerdos acumulados en apenas tres años desfilaron por su cabeza, como en una pasarela, mostrándose uno a uno, con elegancia. Había sido tan feliz que no deseaba reflexionar sobre su presente inmediato para no manchar de rutina y aburrimiento la fascinación de los recuerdos.

Observó alrededor. Pasó revista a algunos hombres solitarios que, como náufragos en islas desiertas, estaban esperando a ser rescatados de sus mesas. Eligió bien a su presa. Le lanzó una primera mirada, parpadeó y fijó su vista con la intención de que se diera cuenta de que él, entre todos los hombres de la terraza, había sido el elegido, que ningún otro merecía su compañía, solo él. El hombre se acercó y se sentó junto a ella. La brisa sopló sobre el rostro de Lisa y sus cabellos empezaron a moverse con gracia, mecidos por el suave aire de la noche. Él la miró a los ojos y ella sonrió, mostrando que no estaba nerviosa; con ese gesto le dijo que lo que sucediera entre los dos a partir de ese momento sería como esa sonrisa abierta y despreocupada, que la conciencia quedaría a un lado, y que todo

sería un secreto. Rieron, hablaron de cosas banales, tomaron un par de copas y ella le insinuó que tenía su precio. Lo vale, pensó él, sintiéndose un noble hechizado por el irresistible encanto de la cortesana.

Entraron en una habitación del hotel. El hombre le ofreció el dinero y Lisa lo guardó en su bolso. El calor hizo que ambos se desprendieran de sus prendas con rapidez. Ella fue hasta la ventana y, cerrando las pesadas cortinas, dejó caer su vestido, mostrando su frágil cuerpo apenas cubierto con el preciado body de tul bordado en negro. Él miró sus estrechas y estilizadas piernas que sostenían unos perfectos y redondos glúteos. Ella, aún de espaldas a él, se agachó para quitarse los tacones. Él le pidió que no lo hiciera y ella obedeció sin rechistar.

—¡No te vuelvas! —ordenó él de pronto—. ¡No me mires!

Sin decir palabra, Lisa se quedó quieta frente a las cortinas que cubrían la ventana y cerró los ojos. Estaba preparada para dejarse hacer, ya había cobrado y ahora quería dar placer y recibirlo. De repente, el deseo se volvió temor: no sabía quién era ese hombre, no conocía nada de él. Empezó a temblar pero fue incapaz de moverse, de rebelarse, ni siquiera se atrevía a abrir los ojos. El desconocido se aproximó lentamente y comenzó a besarla por el cuello. Ella se tranquilizó al notar sus labios, su húmeda lengua recorriendo su nuca, sus fuertes manos acariciándola, sus musculosos brazos rodeando su estrecha cintura. Intentó atrapar su boca, pero ella la apartó. Él, aún más atraído por la dificultad, siguió luchando con la negativa de ella, que logró esquivarlo ágilmente, controlando la situación.

—En la boca no —dijo ella con determinación.

LAURA

Siempre seguía el mismo ritual. Cada mañana, nada más despertar, Laura se levantaba y se dirigía a la cocina, ponía al fuego la cafetera que había dejado preparada la noche anterior, miraba el viejo aparador de madera que había pertenecido a su abuela paterna, una mujer sensacional que alcanzó los cien años de vida, y sin prestar la menor atención, de forma casi automática, guardaba en el cajón la fotografía de la mujer de la bicicleta, que, como por arte de magia, había vuelto a aparecer exactamente en la misma repisa. También como cada día, Pablo amanecía resacoso, con dolor de cabeza y la culpa echada al hombro. Los libros eran su único escape de esa vida rutinaria y vacía que le había tocado en suerte. Padre e hija no se dirigían la palabra. Habitaban el mismo espacio pero en universos separados en el tiempo, y gracias a eso los últimos años habían sido de convivencia pacífica.

Sonó la campanilla de la puerta como aviso de que alguien ajeno a ese ecosistema, que se había creado dentro de la vivienda librería, hacía su aparición. El tintinear iba siempre acompañado de un cambio de luz, ya que esta entraba por la puerta al abrirse, aclarando las estanterías donde reposaban los libros de cine.

Últimamente poca gente los visitaba. Hubo épocas en que allí se organizaban tertulias, presentaciones de libros y estrenos de vídeo creación. Iván Zulueta, Antonio Drove o el mismo Andy Warhol, cuando visitó Madrid allá por el año 83, fueron recibidos por Pablo, que había abierto ya la librería aunque aún era un estudiante de Ciencias de la Información, y lo hacía con todos los honores porque los admiraba, tanto a ellos como a su obra. Le parecía todo un privilegio tener cerca de él a grandes creadores que dedicaban su tiempo y su talento a producir imágenes que luego quedarían en la retina de muchísima gente. A él le hubiese gustado tener la capacidad para contar historias, pero pronto fue consciente de que era mucho más útil estudiando las de los demás, leyéndolas, viéndolas, conservándolas, difundiéndolas, y convirtió su

posible frustración en ilusión. Esperaba ansiosamente el estreno de la nueva película de David Lynch, la nueva edición de un libro sobre la historia del cine, la salida de una banda sonora de Vangelis, o la nueva edición del Festival de San Sebastián, del que era asiduo cada año. Como muestra de ello quedaron algunos carteles de películas dedicados y firmados que, algo descoloridos, colgaban de las paredes; fotos en las que aparecía acompañado de actores y directores, y acreditaciones de festivales.

Esta vez, la campanilla sirvió para anunciar la presencia de una empleada de correos con la correspondencia del día.

—Buenos días. ¿Pablo Velasco? —preguntó la cartera, leyendo los sobres con decisión.

—Soy yo —respondió él distraídamente mientras sacaba un par de aspirinas de un blíster.

—Me llamo Gloria y sustituyo al cartero que solía venir por aquí. He empezado hoy —dijo bajando la voz con educación, como para no molestar a alguien que desayuna aspirinas como aviso de que tiene resaca.

—Sí, claro —dijo, tragando las pastillas y bebiendo un trago de agua sin prestarle la mínima atención.

—Un correo certificado. Firme aquí. —La mujer miró alrededor—. Con tanto libro no debe de aburrirse.

—Sí, sí. Tenga. Gracias —respondió tras firmar el acuse de recibo.

Gloria paseó la vista por la habitación y se detuvo ante el inquietante cartel de *Arrebato*. En él, las figuras dibujadas de Eusebio Poncela y Cecilia Roth se protegen de la luz mientras, oculto tras ellos, aparece Will More como queriendo escapar de un futuro incierto. Guardó el recibo y miró de nuevo a Pablo.

—Que tenga buen día.

Y salió volviendo a hacer sonar la campanilla, que esta vez anunció que todo volvía a la normalidad y que ese instante solo fue una bocanada de realidad, un paréntesis dentro de esas dos soledades que convivían amistosamente en universos paralelos dentro de la vivienda librería.

Laura se dispuso a marcharse y pasó junto a su padre. Normalmente solo le dirigía la palabra para lanzarle un saludo de despedida, que él ni siquiera respondía, pero esta vez lo miró y pensó que sería mejor cambiar de táctica.

—Es guapa la nueva cartera —dijo.

—Sí, sí lo es —respondió él sin darle importancia.

El mismo ritual. Laura, sentada en un vagón del metro leyendo en su iBook, se detuvo para observar a un gitano rumano que masacraba *Aquellos ojos verdes* con su violín. Por un momento, la imaginación de Laura se trasladó a toda velocidad por los pasillos y túneles del metro, subió las escaleras mecánicas, salió al exterior y recorrió un descampado

hasta llegar a una pequeña vivienda prefabricada de hormigón y chapa; dentro de la chabola, una mujer y tres niños la miraban fijamente, tristes, con los ojos llorosos. ¡Próxima estación Príncipe de Vergara! Volvió en sí. Seguía sonando el bolero. Su mirada se cruzó con la del violinista. El metro se detuvo. ¡Príncipe de Vergara! Por poco se pasa de parada. Salió de la estación rápidamente y caminó por la calle con la sensación de que algo sobrenatural sucedería, interfiriendo en el orden establecido de antemano, pero no fue así. Llegó a la parte de atrás del establecimiento, donde aún esperaban sus compañeras para entrar, y permaneció allí hasta la hora en punto en que la puerta se abrió para que una a una, en fila india y sin atropellarse, fueran entrando en la zona del servicio, donde se ponían los uniformes de trabajo. Unas, los bonitos, los de atender al público, que estilizaban y distinguían, y las otras, entre las que se encontraba Laura, las sufridas batas de trabajo, las que no veía nadie, las que, escondidas, habitaban la parte menos noble, la trastienda, el *office* y las cocinas.

«¿Para qué tanta prisa?», pensó mientras fregaba cacharros allí, en la cocina de la tienda *gourmet* donde llevaba trabajando unas semanas.

Era cierto que la encargada le había dicho que tenía el trabajo perfecto para ella, que era la ideal, también que si lo había conseguido además de por su irresistible encanto, su buena presencia y su currículum falso había sido indudablemente por la ayuda de Alex y su más que positiva recomendación. Pero lo real, lo evidente, lo palpable, era que ella estaba allí, friega que te friega, y llevaba así varias semanas. Era una mujer luchadora y sobre todo muy ambiciosa, y se había propuesto demostrar que valía mucho más que para estar de fregona, pero pasaba el tiempo y allí seguía, ante una enorme pila de platos sucios que se reproducían en cuanto cerraba los ojos. Había intentado acercarse a la encargada, pero esta se escabullía como un reptil en cuanto notaba su presencia. Roxana, que así se llamaba la jefa, era una auténtica lagartija común, una verdadera trepadora de lengua venenosa y piel cambiante como los camaleones, que mutaba según a quién tuviera delante. Podía ser falsamente encantadora y mostrar una sonrisa lo más amplia que el bótox le permitía, o bien transformarse en una especie de alienígena de película de serie B, que haría apartar la mirada a cualquiera por su viscosidad repulsiva cuando trataba con las empleadas. Con todas menos con ella, que apenas la miraba, como si no existiese, o bien se esfumaba correteando veloz, solo al notar su presencia. «Ser invisible tiene algunas ventajas —pensó Laura mientras escondía unas servilletas en su bolso—, total, hay tantas que nadie se dará cuenta.»

A mediodía les daban una hora para el almuerzo. Aunque se lo había planteado, no le merecía la pena marcharse a la librería y volver de nuevo. Tenían en el *office* una mesa alrededor de la que se sentaban, cada una con su tartera de plástico con comida traída de casa, y las ganas de hablar de

lo que sucedía en el piso de arriba. Así Laura se enteró de que Alex era hijo único, mimado y consentido heredero de unos padres ausentes, que vivían entre París, Londres y Nueva York, que se había encargado del negocio hacía apenas unos meses, que tenía la carrera de Empresariales terminada y que en la actualidad no tenía novia, aunque sí una terrible fama de conquistador. Inalcanzable para todas ellas, nunca había salido con ninguna empleada de la casa, a las que miraba por encima del hombro, de una forma que a todas les parecía despreciable y esnob. Roxana, la encargada, era tía suya. Aunque en teoría nadie lo sabía, era de dominio público que se trataba de una hermana de la primera mujer del padre de Alex, muerta en extrañas circunstancias durante una cacería. El padre, que realmente no era el dueño de la cadena de tiendas y restaurantes, sino que pertenecía a la familia materna, había logrado introducir a «la lombriz», porque si no estaría muerta de hambre. La madre viajaba todo el tiempo abriendo nuevos negocios, mientras el marido se dedicaba al juego, así que lo que una ganaba, el otro se lo gastaba, quedando la partida en tablas. Muchos misterios se tejían alrededor de los dueños, leyendas que a Laura le parecían bulos de sirvienta, cotilleos de cocina, murmuraciones y envidias de los que están abajo, invenciones burdas y sin fundamento. Laura hizo que creyeran que era una de ellas, camuflándose entre los rumores e intentando pasar lo más desapercibida posible, trazando en su cabeza una hoja de ruta que la condujera directamente a su propósito. Lo primero sería lograr salir de ese estamento al que no pertenecía y subir un par de escalafones para ser admitida directamente en tienda, sin necesidad de pasar por cocina. Lo de rellenar volovanes todo el día, amasar panecillos o rebozar croquetas no era lo suyo, pero atender a las clientas del barrio de Salamanca sí lo veía más próximo a su estatus, aunque su objetivo final era claramente otro. Ambiciosa y calculadora, no encontraba salida, tropezando con mil obstáculos que le impedían aproximarse a Roxana y a Alex, con el que no había logrado cruzarse en todo el tiempo que se pasaba encerrada fregando cacharros. Decidió tomárselo con calma y aprovechar el momento adecuado. Escuchó que Alex había estado fuera organizando una boda de no sé quién de la nobleza. Por eso no le había visto, pensó, tenía que encargarse del catering y de una fiesta con cientos de invitados.

Como cada final de jornada, Roxana bajó la persiana hasta la mitad y las empleadas salieron pasando por debajo, como si hicieran una reverencia al agacharse. También como cada noche, la última en hacerlo fue Laura, que, como ocupaba el más bajo escalafón de la pirámide, tenía que ser la primera en llegar cada mañana y la última en salir, por estrictas órdenes de la capataz, vigilante en todo momento de que nada se saliera de la rancia estructura casi militar que reinaba en el establecimiento.

Tras pasar por debajo de la persiana y en cuanto se halló fuera, Laura

esbozó una encantadora sonrisa y se despidió amablemente de Roxana, que, por supuesto, no se dio por aludida, volviéndole la cara y levantando su delgada nariz operada.

—¿Está todo el mundo fuera? —dijo con voz nasal, y sin esperar respuesta bajó la persiana y echó el cierre—. Buenas noches, hasta mañana.

Las empleadas respondieron educadamente y se fueron desperdigando como bolas de billar americano, cada una hacia su tronera. Laura aprovechó el impulso de una de sus compañeras para encaminarse hacia la suya: la boca de metro de Príncipe de Vergara. Estaba decepcionada, cansada, ni siquiera había intentado un nuevo acercamiento a la escurridiza encargada, harta de los desprecios y la terrible indiferencia que le profesaba. ¿Para qué?, pensó.

—¿Coges el metro? —le preguntó su compañera mientras se encendía un cigarro—. Voy al centro, podemos ir juntas.

—¿Al centro? —Se lo pensó antes de contestar—. Hoy no. Hasta mañana.

El cambio se debió a una presencia inesperada. Al fondo, montado en una Triumph, se encontraba Alex. Hoy estaba aún más guapo que la última vez que lo había visto. Ese aire rebelde muy al estilo de Tom Hardy lo hacía irresistible. Vestía una cazadora de cuero negra y unos vaqueros ajustados que le quedaban perfectos. Era evidente que se trataba de ropa buena y carísima, asequible para los más privilegiados. Laura rápidamente cambió de expresión, se soltó el pelo y fue hacia él con seguridad. Al verla, Alex intentó ocultar sus nervios. ¿Cómo era posible que alguien tan seguro de sí mismo sintiera flaquear sus piernas? Le pasaba desde la primera vez que la vio, cuando ella, sin que él se lo esperara, se lanzó a besarlo en el guardarropa del concierto indie. Estaba acostumbrado a tratar con toda clase de mujeres, se sabía atractivo y también conocía el poder que el dinero ejerce sobre los demás, pero con ella era diferente. Por inverosímil que pareciera, tuvo la sensación de que todo lo que había vivido hasta ese instante solo era parte de un aprendizaje, un entrenamiento para lo que vendría a partir de entonces: lo anterior solo había sido un juego de niños, y ahora empezaba uno más peligroso, donde había que apostar fuerte y no dejarse vencer.

—Se me ha hecho tarde y había quedado para cenar con mi padre. ¿Te importa acercarme? —le dijo ella mirándolo fijamente.

Él se quedó unos segundos en silencio y torció la boca haciendo una mueca, marcando un hoyuelo en la mejilla. Se echó el pelo para atrás con la mano izquierda, y muy serio respondió con voz tranquila:

—No hay problema, te llevo.

«Estupendo —se dijo ella—, primer paso hecho, pasemos al segundo.» Comprobó con satisfacción que Alex sacó otro casco que guardaba bajo el

sillín y se lo ofreció. No dudó ni un segundo en ponérselo, pero al intentar abrochárselo vio que se le resistía.

—Ayúdame, ¿no?

Él tuvo que hacer esfuerzos para disimular un leve temblor de las manos. Respiró y, apartando la mirada, logró abrocharlo. Tener tan cerca a Laura era todo un ejercicio de control para superar las enormes ganas que le daban de abrazarla, de lanzarse en plancha hacia ese vacío. Ella calculaba cada gesto, cada palabra, como una maniobra de ataque, donde el enemigo no debe tener la mínima sospecha para, en el momento preciso, utilizar el factor sorpresa y así vencerlo. Conocía las reglas del juego y las tácticas del contraataque, pero el partido era en campo contrario, por lo que se sentía en clara desventaja frente al oponente, que además contaba con una mejor posición en la liga.

—¿Estás contenta en el trabajo?

Pasó por alto lo harta que estaba de fregar, lo horrible que se sentía siendo ninguneada por su tía, lo deprimente que era estar encerrada en un sótano todo el día, y simplemente sonrió y lo miró fijamente.

—Te lo agradezco de verdad, sé que sin tu ayuda no lo habría conseguido.

Llevaba dos semanas pensando en ella, no estaba seguro de lo que pasaría al verla de nuevo, si sería solo un capricho o volvería a sentir mariposas en el estómago. Sin embargo, estas habían desaparecido, sustituidas por una euforia, una fuerza, unas ganas de ser feliz, que en todo caso debía sujetar con fuerza para que no se volvieran en su contra. Había llegado apenas hacía dos horas al aeropuerto, había pasado por su casa a cambiarse y, calculando la hora de salida del trabajo, vio que la única forma de llegar a tiempo era coger la moto y darse toda la prisa que pudiera. Se presentó allí con el único propósito de encontrarse casualmente con Laura y que ella no fuera consciente de que se trataba de un hecho premeditado y absolutamente controlado. Lo había logrado, todo parecía imprevisto, un encuentro fortuito que ella había aprovechado, cuando realmente no era así. Se sintió satisfecho.

—¿Crees que tengo posibilidades de pasar a tienda? —siguió Laura—. A mí lo que me gusta es el trato con el público.

Entonces él se puso su casco, arrancó la moto con decisión y, con un leve gesto, le dijo que montara tras él. Ella así lo hizo. Alex aceleró, dando comienzo a un viaje del que ya no habría retorno.

Recorrieron el centro de Madrid. Era la primera vez que ella tenía esa perspectiva de la ciudad. Allí sobre la moto, viendo las luces de la Castellana pasar a toda velocidad, se sintió por fin viva de nuevo. Rodeó con los brazos la cintura del chico, apretó el pecho contra su espalda y deseó que aquello fuera para siempre. Había pasado muy poco tiempo desde que se vieron por primera vez y allí estaban los dos, unidos,

disfrutando de ese instante. Pensar que era ella la que dominaba la situación era solo una mentira más de las que se hacía a sí misma, eso fue lo que sintió mientras lo abrazaba, él tan perfecto, tan atlético, tan guapo, tan imponente; ella tan vulnerable, ocultando su fragilidad, sin siquiera darse cuenta de que estaba cayendo en una trampa que la convertía en una presa fácil. No era el momento de preocuparse, decidió dejarse llevar y permitirse ser al menos feliz por una noche. Él se dejó rodear por los brazos de ella, notó sus firmes pechos clavados en su espalda, su aliento en el cuello, y aminoró la marcha. Quería prolongar ese instante, que no solo fuera un soplo en el tiempo.

En Madrid la noche no tiene fin, pero sí principio. Y el mejor comienzo era sin duda el de Le Club, un lugar exclusivo al que solo accedían los cachorros de los empresarios más influyentes, algunos futbolistas, modelos, famosos de la televisión y gente con la pasta suficiente para tener una carísima botella a su nombre en la barra vip.

La Puerta de Alcalá se alzaba poderosa y al caer el sol era testigo de la llegada de los Mercedes último modelo, o descapotables de ensueño, de los que bajaban las princesas y los príncipes del siglo XXI, *influencers* de las redes sociales envueltas en pieles sintéticas, tan falsas como su número de seguidores; estrellas de series de televisión de mirada penetrante, cuerpos esculturales y poca dicción; deportistas de élite de piel bronceada, piernas robustas, ropa italiana y cara de pueblo; y, por supuesto, algún cantante internacional que, huyendo de sus fans, encontraba refugio entre los menos necesitados.

El desfile hasta la puerta de Le Club era todo un espectáculo visual, que convertía la calle en una auténtica pasarela de moda. Ellas, subidas en altísimos tacones que alargaban más sus ya kilométricas piernas, y ellos con los bolsillos abultados por sus carteras, donde guardaban su colección de tarjetas de crédito Golden y Platinum. Juntos caminaban hasta la puerta de su paraíso particular, donde los ricos eran los primeros en entrar, sino los únicos. Los ricos y la belleza, porque si de algo el enorme portero serbio tenía orden era de dejar pasar a las mujeres más bellas del planeta, sin ahondar mucho ni en su procedencia ni en su cuenta bancaria.

—¿Seguro que te apetece entrar? —preguntó Alex.

—¿Entrar? —repitió ella fingiendo indiferencia, mientras terminaba de hablar por teléfono.

—Un rato, si quieres —dijo él mientras aparcaba la moto.

—He hablado con mi padre y dice que no hay problema —respondió Laura guardando su móvil—. Si no le aviso se preocupa mucho por mí —afirmó, creyéndose su propia mentira.

Alex la tomó de la mano y recorrió con ella la calle, sobrepasó la cola de gente que esperaba para entrar y llegó hasta el enorme excombatiente de los Balcanes, que al verlo lo abrazó como si se tratara de un antiguo

camarada de comando. Se hablaron en un idioma que ella no entendió, rieron cómplices y se dieron un par de fingidos golpes. Entonces el gorila apartó con su brazo a los primeros que esperaban para entrar. Laura hizo todo lo posible para que su presencia quedara registrada, sabiendo lo importante que podía llegar a ser que el guardián de la puerta tuviera conocimiento de ella para próximas ocasiones, pero este ni la miró, se limitó a esquivar sus ojos y con un gesto parco los hizo pasar al interior.

Al abrirse la doble puerta del local se abrió también un nuevo mundo para Laura. Así debió de sentirse Alicia al pasar al otro lado del espejo. La decoración exquisitamente minimalista con toques orientales, la iluminación cuidada hasta el más pequeño detalle, la música electro jazz a un volumen envolvente y los habitantes de aquel reino de fantasía que se movían elegantemente, casi flotando, mostrando sus blancas y perfectas sonrisas y sus cabellos cortados a la última moda. Dos cosas le llamaron la atención a ella, que después contaría a sus amigas: una, que todo parecía encajar a la perfección, como si un director de arte hubiera diseñado la puesta en escena ayudado por un equipo de vestuario de un auténtico film, cuidando cada detalle, eligiendo la gama dentro de una perfecta y exigente paleta de color; y dos, el olor. Laura, que poseía un olfato bastante desarrollado, podía distinguir los frescos aromas florales y cítricos de los caros perfumes de mujer y las embriagadoras esencias de las colonias de hombre. Era toda una experiencia olfativa que ella disfrutó.

Mientras recorría el club siguiendo a Alex, intentaba ocultar su entusiasmo sin conseguirlo. Él saludaba a unos y otros. «Todos lo conocen —pensó ella—, y todos me observan, aunque intentan disimularlo.» Estaba en lo cierto. Más de uno se preguntó quién era aquella desconocida con la que Alex se había presentado esa noche en Le Club.

Él solía mantener muy en privado sus relaciones y rara vez había sido visto con acompañantes femeninas ajenas a «la familia». Allí todo se sabía, y ser popular dentro de aquel selecto grupo de elegidos tenía su precio. Era uno de los hombres más codiciados, no solo por la fortuna que pronto heredaría y su predecible futuro de empresario de éxito forjado en ICADE, sino también por su porte y esa clase que da ser descendiente por quinta generación de un estrato social que nunca ha conocido el hambre.

Los camareros pasaban a su lado con benjamines de champán. Algunas chicas llevaban cócteles iluminados de un azul brillante. Ella aprovechó un descuido de uno de los mozos para coger dos botellines y guardárselos en su abrigo. Se rio para sus adentros mientras los escondía. Alzó la mirada para comprobar que a Alex le había pasado desapercibida su pequeña travesura; no deseaba que la fantasía se rompiera por una estupidez. Tenía la sensación de estar en el sitio perfecto, donde todo es de todos, donde solo con alargar la mano o chasquear los dedos aparecen los deseos cumplidos, pero también sabía que todos los sueños se esfuman al

despertar y ansió seguir dormida, aprovechándose con toda intensidad de estar en el Edén.

A Charlotte no le sentó muy bien la llegada de Laura. Desde lo alto la vio entrar, con ropa de multimarca y cara de no haber roto nunca un plato, desafiando con su descaro la ley no escrita que en teoría debía proteger a los de la clase más privilegiada de entrometidos y oportunistas, con la ambición de trepar a mayor velocidad que la de la luz. Podía admitir, pero solo para sí, que la intrusa no carecía de atractivo, y que su vulgaridad, su asilvestrado aspecto y su desafiante presencia podían resultar hasta tentadores, por la rebeldía que debía de suponer dejarse seducir por alguien que estaba tan fuera del molde que la estricta formalidad marcaba en todo momento a los de su clase. Cristalino, pensó, asimilando que era la única que en ese momento se había tomado tiempo para reflexionar sobre la nueva amiga de Alex, y deseó que todo fuera únicamente un fugaz capítulo, una anécdota molesta, que luego recordarían riendo, burlándose de lo descabellado que resulta creer que la mezcla de agua con aceite, elementos cuya diferencia molecular los hace incompatibles, puede resultar homogénea, o al menos interesante, que no era el caso. Hacía tiempo que había abandonado la idea de volver a salir con Alex, pero no podía concebir que alguien con tan poco estilo consiguiera al hombre que por derecho creía suyo.

Se habían conocido siendo muy jóvenes, con apenas quince años, cuando la inexperiencia te hace confundir todo. Habían coincidido un verano en Winchester, cerca de Londres, estudiando inglés, y allí se habían dado su primer beso. Fue una tarde junto al castillo donde aún se conserva la famosa mesa redonda del rey Arturo, cuando ella dejó que él metiera su lengua en su boca. Al principio sintió rechazo, notar la aspereza de la lengua de otro palpando la suya, saborear el gusto salado a saliva ajena, palpar las papilas gustativas de otra persona, le pareció un poco asqueroso, pero pronto le fue cogiendo gusto y fue ella quien empezó a tomar la iniciativa, llegando a convertirse en una auténtica maestra en el arte de besar. Allí tuvieron los primeros roces, tímidos pero intensos, que no pasaron a mayores, y allí también la primera y dramática separación, porque aunque los dos querían seguir juntos, su relación era imposible por la distancia. Ambos sintieron una intensa punzada cuando los días de verano terminaron, dando por finalizado el margen de tiempo para estar juntos, y los dos volvieron a unir sus labios, sus lenguas, sus papilas gustativas mientras enjugaron sus lágrimas por el dolor de una irremediable escisión. Nunca volverían a verse. Él regresaría a Madrid y ella, a París, donde vivía con su madre, una conocida diseñadora de moda. Contra todo pronóstico, la cosa no quedó ahí, y lo que pudo ser únicamente un recuerdo de un maravilloso verano en Inglaterra se transformó en el comienzo de una relación que, como ellos, cambiaba con

el tiempo. Se escribieron mails, se mandaron mensajes, y al año siguiente se volvieron a ver, ya en Londres. Así, año tras año fueron forjando una relación que se veía interrumpida cada invierno.

Él, encerrado, estudiando dos carreras y ayudando a sus padres en las tiendas de *delicatessen*, y ella recorriendo el mundo, estudiando en Nueva York, Berlín o Tokio, y probando con hombres de todas las nacionalidades, porque si algo le gustaba a Charlotte, aparte de la comida, que apenas probaba para no engordar y ponerse como sus primas de la Provenza, era el sexo, y lo disfrutaba con todas las precauciones y sin ningún prejuicio gracias a la abierta educación recibida de sus intelectuales padres.

Un día, ella se presentó en Madrid y quedó enamorada de la ciudad, de su luz y de su marcha, y decidió que esa sería su sede, el lugar perfecto para instalar su cuartel general, suficientemente lejos de su madre en París para que no ejerciera un control excesivo sobre ella, y al mismo tiempo a solo dos horas de avión, por si necesitaba un hombro en el que llorar. Madrid se abrió ante ella como la capital de la hospitalidad, y cayó a sus pies convirtiéndola en una celebridad necesaria en cualquier acto que se preciara. Pero el reencuentro con Alex no fue como cabía esperar. Los dos habían cambiado tanto que él no encontró en ella a la joven ingenua y algo escrupulosa, dulce y virginal doncella de Winchester, y ella tampoco supo ver en él al seductor caballero andante capaz de encenderle sus primeros deseos sexuales. No obstante, lo intentaron de nuevo y esa vez, sin ningún drama, la relación se fue ubicando por sí sola donde siempre debió estar: en el territorio intermedio donde se sitúa la amistad. Una amistad vacía y sin compromiso, sin confidencias y sin obligaciones, un amiguismo de fiestas y noches, de risas, y que dejaba a un lado cualquier problema. Pero cuando Charlotte lo vio aparecer con Laura no pudo resistirlo y sintió unos exacerbados celos que tuvo que ocultar, deseosa de que nadie le diera a aquella extraña un lugar que no le correspondía.

Un joven, con un original sombrerito y barba muy cuidada, se acercó a Alex. Ambos se abrazaron como si no se hubieran visto en años. Laura miraba con curiosidad todo lo que ocurría a su alrededor, como intentando leer más allá. Inteligente e intuitiva, tenía claro que ella no pertenecía a ese mundo, y que los códigos con que solía moverse distaban mucho de esa nueva realidad. Estaba de observadora, algo retirada, cuando Alex se volvió y le lanzó una mirada que ella recibió con una sonrisa, sintiéndose especial. Se preguntó qué estaría pensando de ella; parecía sincero y entregado, pero al mismo tiempo le resultaba enigmático, todo un misterio. Temió ser vista como pequeña, diminuta, un insecto al que se podía aplastar en cualquier momento haciéndolo desaparecer como el mosquito que se estrella contra el parabrisas de un coche y luego la lluvia borra su huella del cristal para siempre. Respiró hondo y reunió valor, recibió su mirada como un gesto de apoyo, un cabo que se lanza al mar

para ayudar a un náufrago. Y por eso le regaló una sonrisa carente de significado que Alex no supo comprender.

Él apenas lograba dar significado a las señales de Laura, pues distaba tanto de su forma de actuar que le resultaba un verdadero enigma. El mutuo desconocimiento actuaba como imán. Al ver su sonrisa solo imaginó que estaba un poco harta de ese ambiente frívolo, al que por compromiso se había visto obligada a ir. Sabía que se había criado entre libros, se figuró que rodeada de intelectuales, y pensó que, teniendo relaciones con jóvenes y no tan jóvenes artistas y escritores, lo que él le podía ofrecer le resultaría demasiado trivial, nada capaz de satisfacer las ansias de sabiduría que, sin duda, ella sentía. Tenía miedo de hablar de cualquier tema, porque sabía que ella se daría cuenta de que, fuera de la economía, la empresa o los deportes, estaba tan falto de conocimiento como para considerarlo un cero a la izquierda. Repasó los temas en que podía defenderse. De cine, solo estrenos de películas americanas, nada de rollos intelectuales en versión original subtitulada, alguna serie de Netflix; de libros, mejor no tocar ese tema; teatro, el musical del *Rey León*. Total, un desastre; se sintió insignificante. Desde el primer momento, al adivinarla tan decidida, había sabido ver a la joven ambiciosa capaz de conseguir lo que se propusiera, por mucho que le costara, y desechar lo que le estorbara, o sea él.

—¿Estás bien? —le preguntó acercándose a ella de nuevo.

—Estaría mejor si pudiera fumarme un pitillo —respondió ella para salir del paso.

—Espera, eso lo soluciono enseguida.

Desapareció como alma que lleva el diablo, sabiendo que cualquier deseo de ella debía cumplirlo en tres, dos, uno. Al quedarse sola, Laura miró hacia la salida. Por un instante pensó en irse. ¿Qué hacía ahí? Entonces alguien le tocó el hombro. Al volverse, se encontró con Charlotte.

—Hola —dijo esta exhibiendo una ancha y encantadora sonrisa de dientes blancos y perfectos, arreglados desde su adolescencia a base de dinero y aparatos puestos por los mejores odontólogos de Europa.

Le plantó dos besos, falsos, fríos, educados, casi sin rozar su mejilla.

—Hola —respondió Laura, sorprendida.

—Tienes loco a Alex, cariño —comentó la otra mientras removía con una pajita su vaso de gin-tonic.

—¿Qué? —preguntó Laura. ¿Había escuchado bien? El descaro y la evidencia de la rubia la había descolocado.

—Desde que te vio en el concierto no para de hablar de ti. Si eres lista sabrás sacarle partido —informó la *youtuber* mientras bebía un trago.

—Te equivocas conmigo —intentó aclararle Laura.

Alex vio que estaban hablando y se preguntó qué estaría tramando Charlotte; sabía que no solía dar puntada sin hilo y sintió temor de que

espantara a su pareja. Tenía que acudir en su rescate antes que el veneno teñido de falsa sinceridad hiciera su efecto en Laura, poco acostumbrada, pensó, a las manipulaciones de su ex.

—¿De qué habláis? —dijo Alex acercándose a ellas.

Evidentemente, sabía que él era el tema de conversación de las dos mujeres, pero no se le ocurrió otra forma más directa para interrumpirlas, esperando, por otro lado, la mejor respuesta a su incógnita.

—Cosas de chicas —dijo Charlotte.

Eran las palabras mágicas para no tener que dar explicaciones, un veto a la intromisión y que Charlotte solía utilizar como táctica para dejar al margen a cualquiera del género masculino. Así le había funcionado siempre y así se lo habían enseñado, cosas de chicas, tarde de chicas, noche de chicas, lugares de chicas, donde tranquilas se hacían la manicura, se peinaban, se maquillaban, se vestían y comentaban sobre temas que nunca saldrían de allí.

—Ven conmigo —dijo Alex a Laura y, cogiéndola de la mano, se la llevó lejos de aquella arpía.

Charlotte se quedó allí, observándolos. Era consciente de que su acercamiento no había dado buen resultado. Se detestó por haber sido tan evidente. La intrusa era de manual, una auténtica trepa como otras que había conocido, chicas que gracias a su físico y a la levedad del ser que da la edad y la inexperiencia son capaces de luchar por conseguir lo que otras, a pesar de tener más clase, mucho más dinero y, por supuesto, una mejor y más cuidada educación, no podían lograr, al menos tan rápido. La batalla acababa de comenzar, el combate estaba aún en su segundo asalto, sabía de guerrilla y al enemigo había que tenerlo cerca, controlado, dominar la situación averiguando sus estrategias, conocer todos sus movimientos, vigilarlo estrechamente, estar al acecho en todo momento, anticipándose, agotándolo. No lo menospreciaba, eso sería un error imperdonable.

Alex recorrió con Laura el local, dejó atrás la zona vip, pasó por delante de la pista y llegó a una barra. A su lado, una puerta que el joven abrió con una llave que sacó de un bolsillo.

No todo el mundo tenía acceso al reservado, el lugar que solía servir de oficina y de camerino cuando había actuaciones, y como escenario de fiestas privadas y reuniones clandestinas que harían la delicia de la prensa rosa o amarilla. Políticos, *starless*, músicos, cachorros de la realeza, modistos, modelos, camellos, todos disfrutando democráticamente de esa noche especial, en el lugar más especial, en el club más especial. La habitación estaba decorada con un gusto exquisito y una iluminación perfecta, amueblada con un sofá y un par de sillones de cuero negro, una mesa baja de cristal y una pequeña barra bien provista de botellas, las paredes enteladas, y en un lado, un espejo como el que usan los profesionales para maquillar, rodeado de fotos en blanco y negro,

enmarcadas, mostrando la imagen inalcanzable de quienes supuestamente algún día habían pasado por allí. Laura se detuvo a mirarlas y reconoció a Madonna junto con Banderas.

—Aquí podemos fumar y hablar —dijo Alex mientras la observaba recorrer la habitación con curiosidad.

—¿Madonna? —dijo ella señalando la foto.

Él, acercándose, le puso un cigarrillo en la boca y permaneció unos segundos frente a ella sin pronunciar palabra. Se fijó en sus labios, carnosos, provocativos, insinuantes. Ella, consciente de la atracción que suscitaba, permaneció quieta, desafiándolo con la mirada, provocándolo con su descaro, atrapándolo en su propia trampa, dejando que él mismo revelara sus intenciones. Le encendió el pitillo y ella inspiró el humo para luego dejarlo salir poco a poco por un lado de la boca, como había visto tantas veces en las antiguas películas de cine negro que su padre coleccionaba. Decidió quitarse el abrigo y los benjamines de champán, que antes había escondido en él, chocaron entre sí. El inesperado brindis llamó la atención del joven, que no dudó en abrirle el abrigo para descubrir que, efectivamente, ella escondía un par de botellines.

—¿Piensas que necesitamos provisiones?...

Pero no tuvo tiempo de decir nada más ya que ella, para evitar cualquier explicación, lo arrojó sobre el sofá y se encaramó sobre él, bajándole la cremallera del pantalón.

—¿Seguro que quieres hablar? —dijo ella con voz grave, tomando de nuevo el control de la situación.

Alex se dejó dominar. Ella era capaz de excitarlo con una mera pregunta. Él, que siempre había hecho lo que le apetecía con sus conquistas, el seductor caprichoso, el tirano capaz de hacer rogar clemencia a todas las que osaban atreverse a acercarse, convertido en un cordero a punto de ser sacrificado. Laura, sobre él, sujetándolo fuertemente con sus piernas abiertas, descorchó uno de los benjamines de champán, bebió un trago y, acercando los labios a los suyos, le hizo beber de su boca. Él sintió el líquido espumoso correr por su garganta y cerró los ojos, mientras ella, cogiendo su miembro en erección se lo introdujo, haciéndole sentir el confortable calor de su apretado sexo.

Laura estaba sorprendida de sí misma, pero lo cierto es que el rol dominante que había tomado la excitaba mucho más de lo que nunca habría imaginado. Pensar que tenía bajo su poder a aquel chico rico y caprichoso acostumbrado a mandar, a conseguir todo lo que el dinero y las influencias pueden comprar, era un extraño placer. Él le gustaba muy a pesar suyo, hubiera preferido simplemente manipularlo y dejarlo tirado, como posiblemente terminaría haciendo él con ella. Sabía de buena tinta que así era, las compañeras de la tienda de *delicatessen* ya la habían puesto en antecedentes, no era la primera ni sería la última en caer en sus brazos

y luego ser rechazada. ¿Se había enamorado? No estaba muy segura, pero lo que tenía claro era que lo deseaba más de lo que nunca había deseado a nadie, hasta el punto de convertirse ella en el macho dominante, la parte activa de la pareja.

Lo sintió dentro y apretó su miembro con fuerza, se relajó y volvió apretarlo repetidas veces. Él gemía totalmente entregado. Y así siguieron hasta que ambos, abrazados, se corrieron a la vez.

El extraño reparto de roles, así como el continuo juego de tira y afloja, unas veces provocado por ellos mismos, y otras solo fruto de la tensión creada por la enorme corriente química que fluía entre los dos, era un auténtico desconcierto para Alex, que normalmente se apartaba de cualquier relación que pudiera crearle una posible dependencia, tanto física como emocional. Nunca nadie había conseguido que él dejara tan al descubierto sus puntos débiles, su temible adicción a ser dominado, a que ella decidiera por él. Tuvo miedo y quiso resistirse, ocultar que podía llegar a ser su esclavo, pero el placer que sintió con Laura fue más potente que sus temores y se dejó llevar por el deseo.

Al día siguiente, cuando Laura llegó al trabajo, Roxana le dijo, con cara de pocos amigos, que la dirección había decidido que pasara a tienda. Le dejó muy claro que ella no estaba de acuerdo con la medida, que otras se merecían más el puesto por antigüedad, experiencia y actitud, pero que prefería no saber qué había hecho para conseguir el preciado ascenso, eso se lo dejaba a ella y a su conciencia. Le advirtió que tuviera cuidado con su sobrino, porque así como había sido capaz de ascenderla, podía echarla en cuanto se aburriera, y que ella no haría nada por impedirlo, porque como no tenía voz ni voto para una cosa, tampoco la tendría para lo contrario. Laura se tomó el hecho como un pequeño triunfo, porque era solo el principio de su plan, que conseguiría llevar a cabo a pesar de la hostilidad de quienes la rodeaban.

Ese mismo día comenzó su nueva andadura profesional. Qué diferente era estar allí y no encerrada en la cocina fregando platos y cacerolas. Aunque sería mucho mejor ser la encargada. Ella, que había ayudado durante tanto tiempo a su padre en la librería, estaba preparadísima para llevar el control y la organización de cualquier negocio, de eso estaba segura. Tenía que quitarse de encima a la lagartija, ya que si no había podido conquistarla por las buenas, tendría que vencerla por las malas, así que empezó a elucubrar planes y estrategias a tal efecto. Los pensamientos maquiavélicos y conspiratorios la tenían entretenida todo el día, mientras seguía tras el mostrador atendiendo a la elegante clientela.

—Aquí tiene su cambio. Muchas gracias y que tenga un buen día —le

dijo sonriendo a una mujer que cargaba un caniche enano.

Cuando la mujer se hubo marchado, se quedó mirando los billetes, pensativa. Maldito dinero. Cuesta tanto ganarlo y es tan fácil gastarlo. En ese momento, Charlotte entró en la tienda y se quedó observándola un instante. Lo que vio no la escandalizó, sabía de qué palo iba aquella chica, pensó, la había etiquetado como una trepa desde el primer momento y por supuesto no estaba equivocada, aunque sí sorprendida.

Había sido más rápida de lo que Charlotte nunca hubiese imaginado. En eso sí había fallado su predicción, porque la celeridad, el descaro, la desfachatez y la frescura con que se había movido la recién llegada, la desvergüenza con que había actuado sin preocuparle siquiera el qué dirán, no solo había logrado descolocarla, sino que la puso en alerta, ya que si había sido capaz de saltarse cualquier protocolo, ¿qué sería lo siguiente? ¿De qué sería capaz aquella mantis religiosa? La miró, allí delante, pensativa, con dinero en sus manos, y se le ocurrió algo. Laura se dio cuenta en ese momento de que Charlotte la estaba observando. Rápidamente volvió a dejar el dinero en la caja, obsequiándola con una abierta sonrisa. Tenía que conquistarla, aunque sabía que era un hueso duro de roer. No obstante, era consciente de que sería mucho más práctico tenerla de amiga que de enemiga.

—¿Cómo terminaste anoche? Os perdí la pista —dijo Charlotte, devolviendo la sonrisa menos falsa que pudo.

«Si lo supieras se te quitaría esa estúpida sonrisa de hipócrita», pensó Laura, y dijo:

—Hola, Charlotte, ¿cómo estás?

«Divina, no como tú, pringada», pensó Charlotte, y dijo:

—Veo que me has hecho caso. Un ascenso rápido.

«Rabiosa de mierda», pensó Laura, y dijo amablemente:

—¿Qué te pongo?

«Pedazo de trepa», pensó Charlotte mientras señalaba los dulces que deseaba.

—Una docena de pastelitos, por favor —pidió.

Con cuidado, Laura empezó a rellenar la caja. Mientras, Charlotte empezó a mandar mensajes con su iPhone. Estaba preocupada, en una semana se le habían caído dos *sponsors* que habían apostado por ella y sus redes sociales desde el principio, y ahora, inesperadamente, se apartaban al ver que no estaban obteniendo los resultados previstos. Necesitaba convencerlos de que rectificaran, o buscar alguna marca mejor para que patrocinara sus publicaciones y así poder seguir llevando su distendida, agitada y superficial existencia.

—Mejor dame dos docenas de *petit choux* —cambió de parecer.

—Entonces discúlpame un momento, tengo que buscar una caja más grande —repuso Laura, yendo a la trastienda.

Al verse sola, Charlotte se cercioró de que nadie la miraba. Había recordado que Alex le contó que las cámaras de seguridad estaban fuera de funcionamiento, en reparación, así que pensó matar dos pájaros de un tiro: por un lado conseguiría algo de efectivo para unos gastos puntuales, y por el otro le haría una jugarreta merecida a la nueva dependienta surgida de la nada. Se acercó a la caja y cogió un fajo de billetes, los guardó en su bolso y volvió a dedicarse a su iPhone con todo disimulo.

Laura regresó con la cajita, había seleccionado la que consideró más elegante, una de cartón satinado con listas beis y café.

—Lo he pensado mejor y no los quiero. Chao —dijo Charlotte, marchándose todo lo rápido que pudo.

A Laura no le extrañó aquel comportamiento caprichoso, ni siquiera su precipitada marcha. No sabía que lo que allí había sucedido provocaría un cambio en el rumbo de los acontecimientos.

Aquella noche no vio a Alex. No fue a la tienda, no estuvo esperándola con su moto a la salida, no le envió ningún mensaje, no la llamó.

Ella se encontraba tan cansada que tampoco le dio muchas vueltas al asunto. Pensó que si ella estaba así de agotada, lo normal era que él también lo estuviera. La noche anterior había sido muy intensa y repleta de emociones, apenas habían dormido, tenía agujetas y estaba deseando tumbarse en la cama. Volvió en metro mientras le daba vueltas y más vueltas a todo lo ocurrido. Revivió lo sucedido entre los dos, intentando imaginar qué estaría pasando por la cabeza de él. Hubiera hecho lo imposible con tal de saberlo, mirar a través de sus ojos, cazar al vuelo sus pensamientos, rescatar sus recuerdos de esa noche juntos.

La razón, la auténtica, la que nadie supo, la que Alex guardó solo para él, de su no comparecencia aquel día, fue únicamente el miedo, el temor al rechazo, el pánico a sentirse descubierto y vulnerable, la inquietud y el desasosiego que produce el no saber cómo va a reaccionar la persona a la que le has dado la llave de tu intimidad, la vergüenza y la tristeza provocada por la incertidumbre, por la inseguridad de una posible humillación. Aturdido, cansado y sin poder hablar ni confesar sus preocupaciones, decidió encerrarse en sí mismo y llevar en silencio y con la mayor discreción sus dudas. Mostrarse fuerte ante los demás, ser el perfecto triunfador, el seductor, el joven prometedor, el conquistador fascinante y atractivo era solo una careta, un papel perfectamente estudiado y representado por un magnífico actor, así había sido desde niño.

Alex el impostor.

Había ido a los mejores colegios y universidades, siendo siempre el número uno, pero lo que nadie sabía era el trabajo que escondía todo aquello. Lo que otros estudiantes conseguían sin apenas abrir los libros, él necesitaba el doble o el triple de tiempo, profesores particulares, horas

extras, dedicación exclusiva. Tanto en los estudios como en los deportes, como en sus relaciones, en todo, Alex había sido adiestrado para ser el mejor, para triunfar, cuando en verdad ni tenía carácter, ni fuerza, ni carisma, ni siquiera era guapo o atractivo por sí mismo. Su cuerpo había sido entrenado por los mejores *personal trainers*, su peso estaba controlado por dietistas; su rostro, modelado por cirujanos plásticos; su pelo, replantado, teñido y cuidado por clínicas especializadas; su ropa, elegida por estilistas y comprada sin reparar en su precio o hecha a medida por los mejores sastres artesanos. Así, y solo así, había conseguido ser el envidiado triunfador que todo el mundo deseaba y ambicionaba ser. Pero como todo, el éxito también tiene su precio, y Alex, para sus conocidos un tipo muy seguro de sí mismo, caía en profundas depresiones, debidas a esa inseguridad que de vez en cuando, y al sentirse descubierto, sentía. Laura le gustaba demasiado como para perderla, pero al mismo tiempo la consideraba tan despierta e inteligente que temía pasar más tiempo junto a ella, porque tarde o temprano se daría cuenta de que él era un fraude, un monigote, un busto que aprende frases y las suelta, un actor con un guion detrás. Era tal su poca confianza en sí mismo que no se creía que alguien lo pudiera querer o apreciar por cómo era realmente. Así lo había descubierto de Charlotte, a la que rechazó en cuanto pudo ver sus mentiras, sus infidelidades, sus prejuicios; supo que no sería feliz con ella y que pronto acabaría por destruirlo. Por eso también apenas le duraban sus relaciones, en cuanto tenía la sensación de ser descubierto se apartaba de ellas para no sufrir la vergüenza. Sin amigos de verdad, sin gente en la que poder confiar y sin sus padres cerca, solo le quedaban todos a los que pagaba: empleados, criados, entrenadores, médicos, relaciones públicas y chicas a las que invitaba a salir una o dos veces. Con Laura era diferente. Solo, encerrado en su lujoso apartamento, dio vueltas y vueltas a lo ocurrido la noche anterior. Pensó que si él estaba así de agotado, lo normal era que ella también lo estuviera. Revivió lo sucedido entre los dos, intentando imaginar qué estaría pasando por la cabeza de ella. Hubiera hecho lo imposible con tal de saberlo, por mirar a través de sus ojos, cazar al vuelo sus pensamientos, rescatar sus recuerdos de esa noche juntos.

Laura, ajena a todo el sufrimiento de Alex, volvió a la librería sintiéndose satisfecha. Se había demostrado a sí misma que era capaz de conseguir lo que se proponía, ya era hora, tenía derecho a disfrutar por una vez, de ser feliz. Al entrar en la cocina lo primero que vio fueron varias botellas de vino vacías. Las metió en una bolsa para más tarde llevarlas al contenedor del reciclaje. Miró hacia la repisa. Otra vez la foto de la mujer en bicicleta. Enfadada, volvió a guardarla en el cajón.

Descolorida,
olvidada en el tiempo...

SAMIA

El café árabe era, muy a pesar de Karim, el lugar de reunión de algunos radicales que tras salir de la mezquita continuaban allí sus discusiones. El padre de Hiba y Samia nunca había querido mezclarse con ellos y le hacía poca gracia que utilizaran su negocio para una posible conspiración. Él, aunque musulmán, se había adaptado a las costumbres españolas y había querido que sus hijas se integraran en el país que tan bien lo había acogido desde su llegada de Túnez siendo un joven flacucho lleno de ilusiones y con los bolsillos vacíos. Se consideraba español ya que en este país había pasado la mayor parte de su vida. En Málaga conoció a Carmen, una española que durante el verano trabajaba de camarera en un chiringuito de la playa donde él alquilaba las hamacas.

Con el tiempo, él recordaría cada instante de ese encuentro como único e inigualable, recuerdos que naufragaban ante cualquier momento triste o difícil, como si no hubieran existido, perdidos en medio del mar o acaso olvidados en lejanas islas desiertas. Carmen era un ser luminoso, siempre de buen humor, lleno de vida; una morena de curvas pronunciadas, largos y rizados cabellos negros y unos ojos del color de las arenas doradas del desierto que él tanto extrañaba. Ella tardó en fijarse en el muchacho de las hamacas hasta que una tarde, al caer el sol, lo vio pescando a la orilla del mar con una caña. Se acercó a él y conversaron. Los dos tuvieron la misma extraña sensación de que ya se conocían. Lo cierto fue que se sintieron tan bien el uno junto al otro que ya no se separaron, hasta que ella murió prematuramente.

Cuando falleció, él pensó en irse con ella, desaparecer, esfumarse, abandonando su destino, pero le había dejado aquí en la tierra dos hijas a las que cuidar, razón suficiente para alejar cualquier deseo o pensamiento oscuro. Karim recordaba a Carmen cada día de su vida y, cuando estaba solo, hablaba con ella como si aún estuviera viva. Le pedía consejo, sobre todo en lo relacionado con la educación de las niñas, encontrando en el silencio sus respuestas, sus consejos, la solución de cada problema, como si

verdaderamente ella se lo hiciera llegar desde el más allá. Al llegar Soledad, el fantasma de Carmen fue esfumándose poco a poco, porque, como aquella decía, a los muertos hay que dejarlos que se marchen para que puedan descansar, porque todos deben encontrar la paz, y si los retenemos junto a nosotros los convertimos en almas en pena, los condenamos a seguir vagando sin la posibilidad de hallar el sosiego. Hay que dejar que descansen en paz.

Él seguía allí, en ese local que los dos habían montado y que Carmen decoró a imagen y semejanza del más antiguo café de Túnez, el M'Rabet. La pareja lo había visitado durante su viaje de novios y allí mismo decidieron que ese sería su proyecto de vida. Hicieron traer azulejos hispano-moriscos que imitaban los auténticos del año 1600, y ella misma pintó cuidadosamente las columnas de rojo y negro. Las alfombras, las mesas bajas, los cojines a juego con las columnas y las lámparas colgadas del techo convertían el Nuevo M'Rabet, como lo bautizaron, en un rincón de Túnez en Madrid que dejaba perplejo a cualquier visitante del país africano.

Karim siempre se sintió como en casa, pero con los últimos acontecimientos violentos, los atentados terroristas y la radicalización, se encontraba en tierra de nadie. Por un lado la xenofobia y el racismo habían crecido como la mala hierba y, fuera de su pequeño paraíso, habían notado miradas y comportamientos hacia él que nada tenían que ver con lo vivido en el pasado más cercano, al fin y al cabo la península Ibérica siempre fue una tierra que albergó a todo tipo de viajeros y navegantes provenientes de los lugares más recónditos del mundo. Por otro lado, habiéndose casado con una cristiana y la supuesta modernidad con que él había educado a sus hijas, lo hacía diferente a algunos de sus compañeros de fe. Él, cortés con unos y con otros, lo único que pedía era que respetaran a su familia y su hogar, y más de una vez, siempre muy amablemente, había pedido a clientes árabes vestidos a la manera más tradicional que resolvieran sus asuntos fuera de allí, y hasta el momento no había tenido problemas al hacerlo.

Samia había sido testigo de cómo, en más de una ocasión, su padre, utilizando su mano izquierda, había resuelto situaciones que podían haber resultado bastante embarazosas, y por ello lo admiraba. Al marcharse Hiba, ella había heredado parte de sus labores, si bien es verdad que Soledad se encargaba de la limpieza y la cocina; los dulces árabes de pistacho, avellanas o almendras endulzados con jarabe de azúcar que hacía la abuela eran apreciados por los más selectos paladares conocedores de los auténticos *baklawa*. Samia era la que servía las mesas y preparaba el té fuera de horas de clase y durante las vacaciones.

Aquel jueves por la tarde se encontraba organizando la barra. Estaba colocando un suculento pastel de dátiles en una de las baldas de la repisa

cuando sus ojos se detuvieron en un calendario con la foto en blanco y negro de una actriz egipcia. En la instantánea, la mujer bailaba la danza del vientre vestida con una amplia falda larga de la que solo asomaba una de sus hermosas piernas, y en la parte superior, un top de lentejuelas doradas que dejaba al descubierto su ondulada cintura y su pequeño y seductor ombligo.

Siempre había oído hablar de Samia Gamal, aunque nunca hubiera visto ninguna de sus películas. Sabía que su nombre se lo debía a ella, porque Carmen, un día le había dicho a Karim que el bebé que llevaba en su vientre se movía como queriendo bailar cada vez que sonaba la música en el café, y él, entonces, decidió que este, si era niña, se llamaría como la famosa bailarina oriental. Por eso Samia, además del nombre, heredó la pasión por la música y la danza, un arte que envolvía y cautivaba a todos los que tenía alrededor, arrastrando con su pasión a personas que nunca se hubiesen planteado dedicar ni un segundo a ello. Se pasaba tardes enteras, al salir de clase, practicando con un grupo de amigas todo tipo de bailes, aunque su favorito era el Street Dance. Pap, que sentía una intensa atracción por ella, la observaba horas y horas tras el ventanal, admirando cada uno de sus movimientos y sintiéndose orgulloso de la chica que, por suerte, también le quería, aunque fuera un secreto para todos.

Hacía días que no practicaba, ya que tras la partida de su hermana había dejado esa actividad a un lado para dedicarse a ayudar a su familia. El café había sido el mayor perjudicado con la marcha de Hiba, porque con ella todo discurría de una forma que, desaparecida su pieza central, parecía que se derrumbaría en cualquier momento. Por ello, entre Samia y Soledad habían invertido más tiempo y esfuerzo para suplir esa ausencia y lograr mantener a flote el negocio familiar.

Estaba esa tarde escuchando música a través de sus cascos tras la barra cuando su mirada se posó en el calendario con la fotografía de Samia Gamal. Contó con los dedos, no le cuadraba. Entonces reparó en algo, pero no podía ser, los pensamientos se le enredaban como una madeja de lana. Dos o tres clientes esperaban pacientemente a ser atendidos cuando entró el padre, que se dirigió directamente hacia ella haciendo aspavientos. Por supuesto, para ella era una escena muda, ya que el alto volumen de la música la aislaba del entorno. Karim, furioso, le arrancó los cascos.

—¿No ves que hay clientes que atender? —le espetó y luego se disculpó con estos.

Samia no contestó; ella apenas hablaba, era la eterna observadora de todo lo que ocurría a su alrededor, podría haber sido una buena espía: escuchaba, asimilaba lo que oía, lo analizaba y sacaba sus propias conclusiones, y en el noventa y nueve por ciento de los casos acertaba. Tenía lo que se suele llamar una mente clara, analítica y visual, pero hoy todo se confundía y mezclaba en su cabeza. Obedeció sin rechistar y,

recogiendo su largo y abundante cabello ondulado en una coleta, se dispuso a atender a los clientes.

Karim creyó ver en su gesto, en esa delicada y suave forma de apartarse el pelo, a Carmen.

Le pasaba continuamente: de pronto su hija se convertía en la viva imagen de esa chica que había conocido en la playa de Cádiz, cuando él era el encargado de las hamacas. Como hacía cada vez que esto le sucedía, decidió retirarse. Soledad, que estaba barriendo cerca de la puerta, se percató de todo; a pesar de sus diferencias culturales, de sus continuas discusiones y de los roces que da la convivencia, ella le tenía un enorme respeto; no era aventurado afirmar que lo conocía casi como si lo hubiese parido. Vio a Karim marcharse cabizbajo y meditabundo, y se dio cuenta del conflicto por el que estaba pasando Samia, algo que de haber sabido antes quizá hubiera podido alterar el curso de los acontecimientos.

Al día siguiente, Samia volvió a colocarse los cascos y se marchó al colegio. Caminó por la calle sin fijarse en el resplandeciente sol que asomaba entre las redondeadas nubes, que parecían pintadas por niños del jardín de infancia, blancas, trazadas a lápiz y coloreadas con cera, sobre un cielo tan uniformemente azul como una cartulina satinada. Atravesó el portón, recorrió el vestíbulo, siguió por los pasillos mirando a un lado y otro, abrió la puerta de un aula, se asomó a ese pequeño universo multicultural donde blancos, árabes, orientales y africanos convivían en un equilibrio milagroso, observó el rostro de los alumnos que, llenos de curiosidad, la miraban en silencio. No, allí no estaba lo que ella buscaba. El profesor no tuvo tiempo de quejarse por la interrupción, ya que la joven cerró de nuevo la puerta antes de que él reaccionara.

Continuó su búsqueda hasta el patio, donde se disputaba un partido de fútbol. Pap era el dueño absoluto del balón, un líder indiscutible admirado por la rapidez de sus piernas y su control de las estrategias del juego. Un dios de ébano al que todos adoraban por la limpieza y eficacia de sus jugadas, y los muchos goles que solía marcar en cada partido, el capitán que siempre los llevaba a cosechar el éxito.

Desde niño había destacado en el campo y ahora, con apenas dieciséis años, seguía haciéndolo. El fútbol era su pasión y también el antídoto contra las adicciones. Sus dos hermanos mayores, sus primos, sus vecinos de bloque y algún que otro amigo de la infancia no habían tenido la misma suerte. Ahora muchos de ellos vagaban por los suburbios, estaban en correccionales o entre rejas.

Samia vio cómo Pap regateaba a todo el equipo contrario y pasaba generosamente el balón a otro delantero.

Ella intentó acercarse, pero en ese momento el joven recuperó el balón y marcó.

¡Gol!

Todos gritaron contentos felicitando al goleador. En ese momento la vio. Su sonrisa se congeló al distinguir la mirada de Samia.

Ellos no necesitaban palabras, habían llegado a un grado de comunicación mental al que solo algunos elegidos acceden. Él era capaz de adivinar lo que ella estaba pensando como si de un truco de magia se tratara, pero no era un truco, sino conocimiento, complicidad, conexión, química. Ella podía lanzarle los mensajes más dispares, comentarios que le hacían desternillarse de risa o toques de alerta simplemente con un frunce de ceño o miradas levemente dirigidas al sitio adecuado. Pero el mensaje de hoy era contundente.

Las nubes infantiles habían desaparecido y el azul del cielo se había vuelto más intenso. En el autobús de línea, Samia y Pap, unidos cada uno por un casco, escucharon la misma canción.

Guerra de los mundos, dispara,
las balas son solo agua. Tiempo de silencio, enmudece,
estás lejos de encontrar dónde puede terminar.
Rasgos de debilidad.

No se dirigieron la palabra, ni siquiera se miraron, los dos con el mismo nubarrón en la cabeza.

A Samia no le gustaba visitar el cementerio, por eso cuando aquel día le dijo a Soledad que la acompañaría esta se extrañó. «¿Qué mosca le habrá picado?», pensó, pero luego supuso que estaba madurando y tal vez superando algunos miedos. En el cementerio de San Isidro descansaba Carmen, su hija. Ella, fiel a sus creencias, rezaba y pedía a Dios por su alma. También, como Karim, hablaba con ella, pero solo durante sus visitas a San Isidro y estando muy cerca de su tumba, como si, a través de la losa, pudiera escucharla igual que el que oye voces en la habitación de al lado. «A los muertos hay que dejarlos marchar, pero en el cementerio están para escuchar a sus seres queridos que continúan en la tierra», pensaba Soledad. Al fin y al cabo, nadie muere del todo si sigue vivo en nuestros pensamientos, y Carmen, su adorada hija, estaba en los suyos.

—Pásame eso —dijo señalando las flores silvestres que había en un canasto a los pies de Samia.

Esta se las pasó sin rechistar. La abuela era brusca con ella, siempre lo había sido. Una mujer de Castilla, seca y árida como su tierra, pero firme y noble como las fortalezas que desde lo alto vigilan la seguridad de las villas. Tenía una primera capa de recelo, pero cuando se lograba sobrepasar se iba descubriendo el verdadero ser, un ángel cuya misión era

proteger a sus seres queridos sin un atisbo de egoísmo. Hacía tiempo que había renunciado a tener una vida propia, convirtiendo el crecimiento de esas niñas en su victoria personal. Cada arruga marcada en su rostro era un sinvivir provocado por acontecimientos importantes en la vida de sus protegidos. Alrededor de sus ojos estaban grabados los broncoespasmos que sufrió Hiba desde pequeña, que con la edad y los cuidados fueron desapareciendo poco a poco; la dificultad para alimentar a Samia cuando apenas era bebé, pues rechazaba la leche y la tuvo que criar con puré de lentejas; la complicada adolescencia de la primera y el presunto autismo de la segunda. Pero quizá la mayor arruga era la que mostraba en el centro de su frente, la que apareció con la inesperada muerte de su hija, Carmen, ese ser luminoso que se apagó de un día para otro, pero fue tan generosa en su partida que les dejó un regalo lleno de vida y luz: Samia. Estas eran las palabras que la abuela siempre le había transmitido a su nieta pequeña cuando esta le preguntaba qué había sido de su mamá.

Lo cierto era que la realidad no fue tan poética. Tras muchas horas de un parto dolorosísimo, en el que también estuvo a punto de fallecer el bebé, Carmen murió desangrada, luchando hasta el último suspiro por seguir viva. Al final, y tras mucho sufrimiento, se abandonó, siendo abrazada por la dama negra.

Samia le dio las flores a su abuela y esta las colocó sobre la tumba. Se sentó, cansada, sacó un bocadillo de su bolso y lo partió en dos.

—Toma, siéntate aquí. Vamos a comer un poco de jamón; cómo le gustaba a tu madre... ¿Verdad que te gustaba? —Y le habló a su hija, alzando la voz para que esta pudiera escucharla a través del grueso mármol de la tumba.

Samia estaba acostumbrada a los monólogos de la abuela, que hablaba no solo con los muertos en el cementerio sino también con las cacerolas en la cocina, con las flores del jarrón y con los retratos, ya fueran fotográficos o pintados. Mantenía auténticas conversaciones con preguntas y respuestas, que solo ella podía escuchar, pero que a veces se convertían en verdaderas y acaloradas discusiones.

—¡Cómo comías! —siguió diciéndole a la tumba—. Y nada, que no engordabas. ¿Recuerdas una vez que nos fuimos a una matanza en el pueblo? Claro que te acuerdas. No, no, tu marido no se enteró, que era muy celoso y no te dejaba ni a sol ni a sombra, y nos pusieron de chorizo y morcillas que no te lo puedes imaginar —le dijo a Samia, cambiando de interlocutor de repente—. Cómo me recuerdas a ella.

Samia la miró fijamente, quería decirle algo pero no sabía cómo. La abuela siguió hablando de la infancia de Carmen, de lo especial que era, de la alegría que llevaba siempre consigo, de lo que significó para ella, de lo unidas que estuvieron siempre, de lo abierta que era, de lo hermosa, de lo singular, del ejemplo que fue, de cuánto la echaba de menos... De repente

se quedó pensativa y sintió una extraña sensación, como si escuchara una voz en su cabeza que la hizo reaccionar.

—No sé qué te pasa últimamente, desde que se fue tu hermana estás más rara... ¿No será que...?

Soledad fijó su mirada en ella, que se cubría pudorosamente con su chaqueta. Entonces, la abuela se la abrió y le miró los pechos. A través del vestido aparentaban un tamaño mayor que el acostumbrado, y entonces cayó en la cuenta. ¿Cómo era posible que no se hubiese percatado antes? Ella, siempre atenta y vigilante, había fracasado en su tarea. Sintió la culpa.

—¿De cuánto estás?

Samia se volvió a cubrir y bajó la mirada; se avergonzaba de su error, no sabía qué hacer, por eso había decidido desahogarse con su abuela, revelarle su secreto, deseando que solo por el hecho de decírselo se arreglara milagrosamente. Cada vez que había tenido un problema, su abuela, siempre sabia, la había ayudado a resolverlo. Fue su cómplice cuando tuvo un pequeño bache en los estudios, la primera con quien compartió la hazaña de hacerse mujer, y la que cubría sus pequeñas mentiras sin importancia y las gestionaba para que no se convirtieran en enormes bolas de nieve, pero esta vez había llegado demasiado lejos.

—¿Qué pasa? ¿Es que no tienes cabeza? —siguió diciendo Soledad.

La chica alzó de nuevo la mirada. Sus ojos estaban húmedos, lo que estremeció el corazón de la abuela. Entonces una nueva arruga surcó su frente.

Pasado el tiempo, Samia recordaría ese día visualizando cómo ambas se fundieron en un abrazo, y cómo ella se acurrucó igual que si fuera un bebé. Aquellos tiempos nunca volverían.

A Samia le encantaba envolver su cabeza en pañuelos. Según su estado de ánimo utilizaba un color u otro que escogía de una enorme colección que había acumulado a lo largo de los años; algunos eran regalos y otros los había comprado ella misma con sus pequeños ahorros. El Rastro era un sitio perfecto para encontrar los más bellos y siempre que se regateara bien, cosa en la que ella era experta, se podían conseguir a buen precio. A pesar de lo que pudiesen pensar algunos vecinos, el hecho de taparse el pelo con pañuelos no significaba para ella nada religioso, ni siquiera cultural, era solamente un acto de coquetería femenina más allá de las modas. Después de revisar y probarse varios, se decidió por un Shayla azul, que se colocó en la cabeza, para terminar enrollándolo en el cuello. Estaba guapísima, y aunque apenas se pintaba los ojos, sus pestañas largas y copiosas hacían que pareciese que sí lo había hecho, dándole a su mirada la profundidad del desierto al atardecer, donde a lo lejos se puede descubrir un oasis de palmeras y agua fresca.

Salió a la calle y bajó la cuesta donde algunos jóvenes africanos

jugaban y trapicheaban a sus anchas. Ninguno la miró ni le dijo nada; el velo actuaba como escudo protector. Pasó por delante de un grafiti de colores que decoraba un gran muro, rojos, azules, violeta, amarillo, verde, naranja, una explosión de alegría brutal que se contraponía con un rostro dibujado en blanco y negro, que aparecía entre rayos, como queriendo mostrar la cara amarga, el yin y el yang, lo positivo y lo negativo, la luz y la sombra. Siguió su camino y llegó a un portal. Miró hacia arriba del modesto edificio de viviendas, aprovechó la salida de un vecino para entrar y subió la escalera. Muchos edificios de Lavapiés carecían de ascensor, unos por falta de espacio físico y otros por dejadez de sus propietarios. Llegó al cuarto piso y llamó al timbre. Una mujer africana le abrió la puerta y se quedó mirándola con extrañeza, sin pronunciar palabra. También tenía un pañuelo alrededor de la cabeza, pero este era de llamativos colores y no caía sobre los hombros, sino que se enroscaba sobre sí mismo cubriendo únicamente el pelo y dejando ver su rostro redondeado.

—¡Es para mí! —gritó Pap, que apareció al fondo del pasillo haciendo aspavientos con las manos.

El muchacho continuó hablando en wólof. Era la primera vez que lo escuchaba hablar en su idioma materno; aunque él había nacido en Madrid, su familia provenía de Senegal. Le dio la impresión de que estaba recriminando a su madre, mientras le hacía gestos para que se acercara a él.

Samia recorrió el largo pasillo. La casa era un caos, se escuchaba jaleo de niños, a un lado había una vieja tele encendida y unos pequeños medio desnudos correteaban por la habitación. Oyó el llanto de un niño y miró: en la cocina, una mujer, también africana, estaba amamantando a un bebé. Samia se quedó mirando todo un instante. Tuvo ganas de salir corriendo hacia la puerta y huir, escapar de su propio destino, pero no lo hizo, siguió caminando por el pasillo hasta la puerta de la habitación franqueada por Pap.

—Pasa. Déjame que cierre, aquí no hay forma de que te dejen en paz —dijo él poniendo el pestillo.

Ella echó un vistazo por la estancia, el pequeño cuarto tenía las paredes repletas de pósteres de futbolistas de distintos equipos. Pap la invitó a que se sentara en una pequeña cama situada junto a una mesa llena de papeles, en la que reposaba algún libro y un portátil. Alguien llamó a la puerta.

—No hagas ni caso —dijo él mientras se aseguraba de que había echado bien el pestillo.

—¡Pap, qué haces! ¡No me gusta que te encierres! —dijo su madre del otro lado.

Samia se sentía incómoda, pero lo que sucedía era lo suficientemente importante como para dejarse de tonterías. Pocas veces conseguían estar a

solas, y aunque la comunicación entre ellos no necesitaba casi de palabras, ambos habían decidido reunirse allí para tomar las decisiones necesarias. Ya lo habían hablado a través de WhatsApp, mensajes que uno y otro habían ido borrando como medida de precaución. Más de una vez la madre de Pap había espiado los pasos de su hijo, revisándole el móvil, y aunque Samia no podía verificarlo, también sospechaba que su padre era capaz de hacer lo mismo.

—¡Abre inmediatamente! —insistió la mujer.

Estaba claro que la madre hablaba en castellano para que Samia la escuchara. Si no, pensó la chica, se comunicaría con su hijo en wólof o, como mucho, en francés, como normalmente hacía. Él le había contado que siempre lo regañaba en el idioma africano y que a su madre no le gustaba hablarle en español, porque él se burlaba de su torpe pronunciación.

La luz entraba tímidamente por un ventanal que daba a un patio interior, pero igual bajó la persiana, pues no deseaba ser visto; guardar la intimidad en aquella vivienda era una tarea difícil, si no imposible. Puso música a todo volumen y se tumbó junto a ella en la cama. Mirando el techo, permanecieron pensativos, en silencio, por unos minutos. El tiempo avanza rápido y fugaz cuando no se encuentran las respuestas. Samia suspiró preocupada y se volvió para observar al chico, que seguía abstraído en sus propios pensamientos mientras encendía y apagaba un mechero. Él cerró los ojos como queriendo escapar de la realidad. Cuando los volvió a abrir, se encontró con los de ella.

¿Estaba enamorado? Pensaba que no podría vivir sin ella, porque aunque era muy joven para tener responsabilidades de adulto, sí tenía claros sus sentimientos. Era un amor salvaje, lleno de deseo y celos. Trataba de disimularlo, pero no se sentía bien cuando otro chico se acercaba a Samia. Trataba de marcar su territorio, pero como en teoría nadie sabía nada de lo que ocurría entre ellos, ya que ambos habían decidido mantener en secreto su apasionada relación, su noviazgo clandestino, su entrega, todo se le hacía más complicado, y mantener alejados a sus posibles competidores era tarea más que difícil. No es que Samia fuera de su propiedad, simplemente estaban hechos el uno para el otro y nadie podría impedirlo. Lo sabía solo con mirarla a los ojos. Era como viajar al interior de un ser, sentirse transportado. Ahora, tras conocer lo ocurrido, todo había cambiado, había dejado de ser un juego de niños para convertirse en un misterioso ir y venir de sentimientos y sensaciones, hasta ahora desconocidas pero que iban formando parte de su día a día.

—¿Te importa quitar la música? —dijo Samia.

Pap se levantó, la quitó y volvió acomodarse junto a ella. Samia deseaba saber qué pasaba por su cabeza, qué sentía en su piel, cuál era su visión de los acontecimientos; hubiera querido ser sus ojos, leer su mente y

así no tener que interponer entre ellos palabras que podrían ser malinterpretadas.

—¿Estás cien por cien segura? —dijo él mirándola a los ojos.

Conocía de antemano la repuesta y, aunque deseó que fuera otra, quiso escuchar la verdad, esa verdad perturbadora, incómoda, difícil de asimilar.

—Me he hecho la prueba cuatro veces —contestó ella.

—¿Cuatro? —preguntó Pap, sorprendido.

—Bueno, cinco. Por si acaso.

Ella había repetido y repetido la prueba, aun sabiendo antes de hacerla por primera vez cuál sería el resultado. Llevaba más de un mes de retraso cuando empezó a sentir arcadas y leves mareos. Era capaz de percibir olores que nunca había notado. La desgana y la apatía se convertían de pronto en una actividad frenética y una ansiedad que poco o nada tenían que ver con su verdadero carácter. Una vez a solas, le entraban unas imparables ganas de llorar, y al rato de comer vorazmente tenía hambre. Fue consciente entonces, antes de ir a la farmacia a comprar el predictor, de la posible aparición de un nuevo habitante del planeta.

Aquella mañana estaba en el café árabe cuando su mirada se posó en el calendario con la fotografía de Samia Gamal. Contó con los dedos. Efectivamente, había pasado más de un mes sin venirle la regla. Estaba inmersa en sus pensamientos cuando su padre se acercó a ella, le quitó los cascos y le pidió que atendiera a los clientes. Ella, más preocupada por que él no se percatara de su nueva posible situación, obedeció sin pronunciar palabra. Había dejado de ser la eterna observadora de todo lo que ocurría a su alrededor para convertirse en una actriz que debía representar el papel de sí misma. Su padre no podía saber lo que estaba sucediéndole en realidad, ya que el alcance de la catástrofe podía llegar a límites insospechados.

La mente clara, analítica y visual de la muchacha debía actuar a favor suyo más que nunca. Se recogió su largo y abundante cabello ondulado en una coleta y se dispuso a atender a los clientes. Fue entonces, sin pretenderlo, cuando le envió una extraña señal a Karim que hizo que este recordara a su mujer, a la que echaba tanto de menos. Samia, con aquel gesto, se había convertido por un instante en Carmen, su madre. Soledad lo vio todo, y aunque no quiso ser consciente de ello, quizá en ese momento supo lo que podía estar pasando, aunque no estuvo segura del embarazo de su nieta hasta que fueron al cementerio a ponerle las flores a Carmen.

Samia volvió en sí. Estaba tumbada junto a Pap en su cuarto, sintiéndose observada por una decena de jugadores de fútbol, que desde sus pósteres eran los silenciosos testigos de su secreto, guardianes de la perturbadora situación en que se encontraban. Al pensar en su futuro, creía que este había dejado de pertenecerle solo a ella y que, lo quisiera o

no, había demasiada gente que de una forma u otra se vería involucrada en la situación, cosa que si no hubieran sido menores de edad ni siquiera se plantearían.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Pap, interrumpiendo el silencio que se había creado.

—No lo sé. ¿Tú qué piensas?

Él dudó y miró los pósteres como queriendo pedir consejo a Messi, a Cristiano Ronaldo o a su favorito: Paul Pogba, el jugador franco-guineano del Manchester United.

—Ser un buen padre, no como el mío —dijo.

Samia sabía el dolor que le ocasionaba hablar de su progenitor, un hombre que no solo no se había preocupado por el bienestar y el futuro de su hijo, sino que había hecho infeliz a todos los que lo rodeaban. Su irresponsabilidad, junto al hecho de tener éxito con el género femenino, lo había convertido en un semental que propagaba su semilla a diestro y siniestro, dejando embarazadas a todas las que, ingenuamente, pensaron que serían su mujer definitiva. Al chico no le gustaba hablar de su padre, apenas lo hacía. No se trataba solo de haberse sentido abandonado y poco querido, sencillamente se lo impedía el pudor y la vergüenza que le daba pensar que había heredado los genes de un ser tan despreciablemente egoísta, que daba prioridad a sus deseos primarios en vez de a sentimientos como el amor a sus hijos, el cariño a su familia y la fidelidad a su esposa.

Pap no era así, no lo sería nunca, y por eso se sintió mal cuando Samia, la chica que tanto quería, lo informó del infortunado incidente. Ellos, que siempre habían tomado precauciones, habían sido víctimas de un ínfimo descuido.

Se asemejaba a su padre en su fuerza, y también había heredado su aspecto atlético, su potencia y unos espermatozoides veloces y certeros, pensó. Lo odió. Cuántas veces había tenido que consolar a su madre tras una pelea y el posterior abandono al que se veía sometida cada vez que a Pap, como también se llamaba su padre, le faltaba dinero y se acercaba a la casa, que compartían con dos familias más en pleno Lavapiés, para pedirlo. ¿Qué había aprendido de todo eso? ¿De ese ser tan repugnante, egocéntrico y falto de honestidad? Precisamente a no ser egoísta, a comportarse bien con los que lo rodeaban y a querer a una mujer como Samia, como su padre nunca había querido a su madre. De lo malo también se aprende, y creía que un verdadero hombre era el que amaba a las mujeres, cuidándolas, cosa que su padre nunca hizo, razón por la cual no era tan hombre como él pensaba de sí mismo, pese a su éxito con ellas. También había aprendido a utilizar el ejercicio físico como una terapia para combatir los malos tratos y los horribles pensamientos de venganza que pasaban por su cabeza. Un deporte de equipo como el fútbol se había

convertido en pieza importantísima de su vida, si no fundamental, y era una fuente de continuo aprendizaje, no solo por la disciplina a la que se tenía que someter en los entrenamientos, la constancia, la entrega, el compromiso, las tácticas de juego que debía asimilar, sino también porque le había enseñado lo que era el compañerismo. Pap era un buen jugador, querido y admirado por sus compañeros, y se lo había ganado a pulso, convirtiéndose en capitán del equipo y en un sólido candidato para pasar a ser un profesional.

—Le enseñaré a jugar al fútbol —dijo.

Pondría en su hijo todos sus conocimientos, los secretos que había aprendido en todas sus horas de entrenamiento, las mejores jugadas, le mostraría los partidos más importantes, imágenes recopiladas y almacenadas en su ordenador. Le transmitiría sus experiencias, sus habilidades, le daría las herramientas suficientes para, como él, construirse un futuro.

—¿Al fútbol? —respondió Samia, sonriendo.

Ella lo adoraba, veía en su mirada limpia y su ingenuidad el gran hombre que se escondía tras el niño, el hombre que sería dentro de unos años. Pensó que quizá estaba forzando ese crecimiento, acelerando el paso, pero lo cierto era que los acontecimientos no les dejaban otra opción que madurar antes de temporada.

—No sé cómo pudo pasar —dijo él, pensativo.

—Pero pasó. Pon música si quieres —dijo ella, dando la conversación por terminada.

Él se levantó y conectó de nuevo su *playlist* de Spotify.

En un momento los dos quedaron anestesiados por la música, dejando volar sus pensamientos, que flotaban por la habitación buscando algún rincón por donde escapar. Su pequeño mundo, el mismo que los mantenía unidos, los ponía a prueba; era solo de los dos, el resto se había vuelto más y más borroso hasta casi desaparecer. Él quería que ella fuera feliz, lo necesitaba, deseaba mostrarle su apoyo incondicional, asegurarse de que creyera que en sus brazos estaría tranquila, segura, protegida. Ella pensaba en lo que se les venía encima, en que tendrían que improvisar, aprender paso a paso cómo sobrevivir. Estaban solos, con la fuerza que da la juventud y el empuje de la inmadurez. No sentía dolor, solo deseaba que ese pequeño mundo de los dos permaneciera únicamente para ellos, que no hubiera intrusos que provocaran un desequilibrio. Tendrían que irse a vivir juntos, y juntos serían felices en su día a día, en su rutina.

En un momento los dos quedaron anestesiados por sus pensamientos, dejando volar la música, notas que flotaban por la habitación vistiendo los deseos y los sueños de la dulce melodía.

SOLEDAD

La soledad no se busca, te encuentra. Todo lo que le estaba sucediendo a Samia era demasiado intenso. Sabía que cada paso que diera en ese momento supondría algo decisivo para el resto de su vida. Era consciente de que el cambio de la niñez a la madurez, en su caso, se había precipitado obligándola a tomar conciencia de lo que suponía tener las riendas en sus manos. A pesar de buscar consejo, primero en su abuela y luego en Pap, y de haber tenido el apoyo de una y de otro, no estaba del todo satisfecha. La incertidumbre le provocaba un desasosiego que, al ir acompañado de los cambios físicos por su reciente embarazo, no hacía más que multiplicar cada síntoma, como aumentado por un amplificador. Acababa de cumplir los diecisiete y ya tenía que enfrentarse a una situación para la que no estaba preparada. Se podría decir que era muy madura para algunas cosas y muy infantil para otras. No buscó la soledad, pero esta encontró en ella un sitio donde regodearse.

Samia iba en un autobús de línea con los cascos puestos. Escuchaba música árabe mientras intentaba ordenar sus pensamientos. El autobús se detuvo ante un semáforo en rojo y al mirar por la ventanilla algo le llamó atención. ¿Era Lisa? En el bar de un hotel, Samia vio fugazmente a su amiga sentada frente a un hombre mayor. Apartó la mirada, sintiendo un enorme pudor. «Son imaginaciones mías», pensó, y volvió a concentrarse en su música. Pero no se aguantó y volvió a mirar. Efectivamente, allí estaba Lisa, coqueteando con un tipo que bien podría ser su padre. El autobús volvió a arrancar y Samia alcanzó a ver un extraño acercamiento entre Lisa y el desconocido.

Se bajó en la siguiente parada. No era muy amiga de espiar a los demás, nunca lo había hecho, odiaba a la gente que se dedicaba a ello. Cualquiera podía vivir su vida sin dar cuentas sobre lo que hacía o dejaba de hacer, pero en este caso no fue la curiosidad lo que impulsó a Samia a seguir a Lisa, sino que pensó que quizá necesitaba ayuda; si no era así, con retirarse sería suficiente. Esperó frente al hotel. Vio cómo Lisa y el hombre

se levantaban de la mesa pero no salían al exterior. Miró su móvil. Ningún mensaje. Estuvo allí plantada frente a la puerta del hotel cerca de una hora.

En verano, en Madrid los días se prolongan hasta la extenuación, el sol no termina de caer y parece rebotar entre los edificios, prolongando el final de la tarde hasta casi las nueve y media. Estaba ya anocheciendo cuando Lisa salió, se puso la chaqueta y al alzar su mirada vio a Samia frente a ella, con su hiyab en la cabeza y sus enormes ojos observándola. Se acercó a ella.

—¿Me acompañas a casa? —dijo Lisa, echando a caminar.

Samia no respondió, pero la siguió. Pasaron por la plaza de Matute, donde algunos artistas se reunían en las mesas de la terraza de un bar. Cruzaron la calle Atocha y bajaron por Cañizares. El Casa Patas estaba muy animado y algunos gitanos batían palmas en su puerta mientras fumaban un cigarrillo. Lisa se detuvo en el portal de al lado.

—Aquí vivo —dijo mientras sacaba las llaves.

Era la primera vez que Samia iba a su casa. Entraron en el viejo portal de 1800 y subieron la gastada escalera de madera. Entraron en la vivienda. Un pequeño recibidor repartía la casa en dos zonas. A la derecha, un pasillo con dos habitaciones y un salón al fondo que daba a la misma calle; a la izquierda, otro estrecho corredor que desembocaba en un baño y la cocina. Las dos caminaron por el suelo de madera, que crujía a su paso. Las paredes manchadas de un sufrido gotelé daban al piso un aspecto poco acogedor y vulgar. Una vez en la cocina, Lisa puso dos tazas con agua en el microondas y sacó una cajita con sobres de té. Samia miró por la ventana que daba al patio interior. Le pareció ver una sombra de mujer en la pared, pero esta, al permanecer quieta, quedó convertida al instante en una simple mancha.

—Salí del trabajo y necesitaba tomarme un trago, estar sola —aclaró Lisa.

—¿Sola? ¿Estabas sola? —preguntó Samia, sabiendo que estaba mintiendo.

—Sí —contestó forzando una sonrisa—. A veces necesito estar en soledad.

¿Cuál era el secreto que guardaba Lisa para ocultar lo que hacía en aquel hotel? ¿Quién era su misterioso acompañante? De pronto la sombra se movió y Samia se dio cuenta de que estaban siendo observadas por alguien a través del patio.

Ambas, sentadas en el sofá del salón con sendas tazas de té en las manos, guardaron silencio, un silencio incómodo, molesto, perturbador. Las dos tenían secretos que ocultar y ninguna sentía la necesidad de revelarlos. Samia se arrepintió de haberla esperado, no tenía que haberse metido en aquella situación incómoda. Tampoco eran tan amigas como

para intentar ayudarla o ser partícipe de sus intimidades. Tuvo ganas de hacer retroceder el tiempo y así ahorrarse el mal trago. Pero no podía irse por las buenas sin dar ninguna explicación, aunque deseó hacerlo. Lisa, por su parte, no supo cómo reaccionar al verse descubierta por Samia. Contrariada, intentó enmascarar el encuentro con una falsa normalidad, cuando en el fondo cualquier excusa o justificación a lo que ella hacía en aquel hotel era darle una importancia que para ella no tenía. No quería pensar mucho en ello, lo hacía y punto; analizarlo, buscarle una explicación era dotarlo de culpabilidad, cargarlo de una visión moral o crítica, y todo eso era ajeno a su pensamiento.

Samia miró la colección de antiguos discos de vinilo que reposaban en una estantería y se extrañó de no ver un tocadiscos, pero tampoco preguntó nada.

—¿Conoces a Kalúa? —preguntó Lisa, rompiendo el silencio.

—No, bueno, sé quién es, la he visto en alguna serie de televisión, pero no la conozco personalmente. ¿Hace mucho que compartís piso?

—No mucho, seis meses. Pero tampoco la he visto demasiado en este tiempo. Se mudó aquí, pero enseguida le salió un rodaje fuera y desde entonces no ha parado. Tiene suerte.

—Es muy guapa.

—Ya. Kalúa no es su verdadero nombre.

—¿No?

—Se llama Carmen Luisa Álvarez, por eso «Ka» de Carmen, «lu» de Luisa y «a» por su apellido, Álvarez. Kalúa.

—Es original, tiene gancho.

—Ya había una actriz que se llama Carmen Álvarez, o eso me dijo ella, y por eso se lo cambió. Cuando vuelva te la presento, es muy enrollada. Tampoco creo que se quede a vivir aquí mucho más. En este piso, quiero decir; ahora gana una pasta en la serie y además creo que sale con ese actor tan guapo... ¿cómo se llama?

—¿Me puedes guardar un secreto? —dijo entonces Samia, sorprendiendo a Lisa.

—Sabes que sí —contestó, y dio un último sorbo al té.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro.

A Samia se le humedecieron los ojos. Había estado guardando herméticamente sus sentimientos y ahora salían al exterior como a presión en forma de lágrimas.

—Estoy embarazada.

—¡No me jodas! ¿Y qué vas a hacer?

En el mismo momento que lo soltó se arrepintió de haber tenido una reacción tan descarnada, pero es que ella era así de espontánea, no lo podía controlar. Aunque tampoco podía decirle lo contrario, y sintió

necesario fundamentar su forma de pensar.

—No lo tengas. No te puedes sacrificar el resto de tu vida. ¿Sabes todo lo que te queda por aprender, por experimentar, por crecer, por vivir? ¿Vas a renunciar a tu libertad? Piensa un poco. Además, eres una cría.

—No soy una cría —respondió Samia, secándose las lágrimas.

—¿Se lo has dicho a tu hermana?

Lisa, que conocía perfectamente la forma de pensar de Hiba, estaba convencida de que estaría de acuerdo con ella, y vería una auténtica barbaridad seguir adelante con el embarazo, ahora que aún había tiempo para solucionarlo. Entonces intentó convencerla: tenía que decírselo a su hermana, pedirle consejo, nadie mejor que ella para confiarle su secreto. Si no lo hubiera tenido tan claro, quizá Samia habría dado su brazo a torcer y se habría dejado convencer, pero deseaba ese niño, y ahora se arrepentía de haber hecho partícipe de la noticia a Lisa, a la que recordó que había jurado no decir nada a nadie. Ya estaba todo hablado, ya tenía todo decidido, no necesitaba consejos.

—Por ahora no quiero que se sepa. Todo deberá ser a su tiempo.

—Nadie mejor que tu hermana para compartir algo así. De todas formas, ella te va a decir lo mismo que yo. Es una barbaridad ni que te plantees el tenerlo. ¿De cuánto estás?

—No quiero seguir hablando de esto.

Se hizo un silencio incómodo. A Lisa le sorprendió su seguridad, pero pensó que si había tenido la necesidad de decírselo, de confesarse así, era por algo. Por alguna razón sospechó que bajo ese convencimiento aún se albergaba la duda, el sentirse desamparada ante decisiones tan definitivas, y le dejó abierto el camino por si cambiaba de parecer. Le dijo que lo pensara y que, decidiera lo que decidiese, podía contar con ella. Samia se aseguró de nuevo de tener su palabra: por nada del mundo debía revelar su secreto, igual que ella tampoco revelaría el suyo. Había visto que no estaba sola en el hotel, pero no tenía que preocuparse, nadie más lo sabría, al menos por su parte.

Luego bajaron a cenar. Lisa, como de costumbre, no tenía nada en casa para comer, y a Samia no le apetecía regresar al café y encontrarse con Soledad, y mucho menos con su padre. Así que decidieron ir a algún sitio tranquilo donde, las dos solas, poder seguir dándole vueltas a sus cosas. En aquel momento, Madrid estaba poseído por la alegría, una noche de jueves llena de estudiantes que adelantaban el comienzo del fin de semana, que ya resultaba prometedor; jóvenes, chicos por un lado, chicas por otro, que arrancaban la carrera separadamente y que luego, según transcurrieran las horas, terminarían cruzándose para llegar juntos a la meta final. Lucían ropa nueva, barata y resultona, vaqueros y camisetas de algodón personalizadas con textos o dibujos con colores primarios. Cuando salieron del portal, Lisa notó de nuevo una extraña presencia, pero prefirió hacer

caso omiso y continuar su camino sin volver la vista. Callejearon hasta La Latina y se decidieron por el Muñiz, un sitio de pinchos que, aunque estaba lleno a reventar, tenía libres un par de taburetes junto a una mesa. Se habían propuesto dejar sus problemas a un lado, y lo consiguieron de inmediato. Samia, la eterna observadora, se dedicó a esbozar retratos mentales de los personajes curiosos que pululaban entre las cañas, los vermús de grifo y los pinchos de tortilla y jamón. Y Lisa, que con dos vinos ya daba conversación a esos mismos personajes, terminó cantando con ellos temas de Navajita Plateá, Ketama o Niña Pastori.

Cuando salieron del Muñiz, después de comer, beber, cantar, bailar y bromear, ambas habían olvidado sus puntos de vista enfrentados y se abrazaban, diciéndose cuánto se querían.

Algunos chicos les propusieron seguir con ellos, pero prefirieron rehusar su invitación y no meterse en líos esa noche.

Al día siguiente, cada una amaneció en su cama, cada una imaginando cómo se sentiría la otra, cada una con su soledad y sus pensamientos cruzados, y ambas renunciaron a luchar en guerras ajenas. Lisa oyó los ladridos del perro de la vecina, que inmediatamente la devolvieron a la realidad. Debía ir a trabajar, no tenía excusa para no hacerlo. Se duchó rápidamente, se vistió a toda prisa y salió a la calle, perdiéndose entre la gente. Samia escuchó la radio de su abuela y bajó. Soledad le había preparado un suculento desayuno a base de frutas y cereales.

—Tienes que alimentarte bien, ahora no solo debes mirar por ti —le dijo.

Samia le dio un beso en la mejilla y se sentó a comer. Tenía más hambre que de costumbre. Se sintió menos sola.

Aquella mañana, Soledad había estado revisando álbumes de fotos que la llevaron al pasado, y extrañamente se sintió transportada a rincones de este que apenas reconocía. Las fotografías la habían llevado a los primeros encuentros entre Karim y Carmen que habían quedado registrados por la cámara y luego impresos en papel. «Es muy extraño —pensó—, por entonces no existían los móviles que lo recogen todo y almacenan las imágenes, había que tener cámara y escoger esos instantes, decidir que eran especiales y únicos, como para que pasaran a la posteridad.» Entonces se dio cuenta de que ambos habían tenido la intuición de que lo suyo, aunque no eterno, sí sería para siempre. Siguió mirando fotos, explorando y transportándose a otros tiempos. Así, estuvo con ellos en el viaje de novios a Túnez, visitó el famoso café donde se inspiraron para crear el suyo, y rio al ver a su hija feliz montada en un camello. Después vino el traslado a Madrid, el arreglo del local, estaba todo documentado, paso a paso. Las imágenes fueron tomando movimiento en la cabeza de Soledad, que, aun no habiendo estado junto a ellos en aquellos momentos, eran tan reales que tuvo la sensación de ser ella misma quien las había plasmado

con la cámara. Por un momento volvió al presente y, al observar en derredor, se dio cuenta de que las paredes necesitaban una nueva capa de pintura; nunca se atrevería a cambiar el color, aunque era consciente de que si fueran blancas le daría a la estancia un aspecto más alegre, más amplio, más ligero, con menos peso. De todas formas, aunque siguieran conservando los mismos tonos que tenían en la actualidad, había que darles una nueva mano ya que el desgaste del tiempo era obvio.

Siguió buceando en el pasado y así pudo ver las imágenes de Hiba recién nacida con aquellos ojos de color miel que le ocupaban toda la cara, cómo fue dando los primeros pasos, cómo fue creciendo, y de pronto la vida en imágenes se interrumpió. Con la muerte de Carmen murió también aquella cámara que había captado instantes inigualables, insustituibles, únicos, y murieron los recuerdos, terminaron de repente y sin avisar. No había nada del nacimiento de Samia, de su infancia y su adolescencia, como si nunca hubiese existido, como si, callada, no hubiera querido ni dejar huella. Ahora, en cambio, ella sería la protagonista de su propia vida, y también en silencio daría a su existencia su razón de ser, dejando la muestra de que sí estuvo allí, de que habitó en esa casa, que fue la hija invisible que un día se hizo presente. A Soledad la recorrió un escalofrío, nunca había pensado en lo que podía haber sentido esa niña que a ella le tocó cuidar y que de puntillas había pasado por la vida de todos, observando y sin dejar una sola imagen en aquel viejo álbum. Y como si no pudiera hacer otra cosa, lloró, pero no de tristeza, no de pena, no de angustia, sino lágrimas de desahogo de las emociones que sintió al pensar que, al no existir fotografías desde su llegada para encargarse de las niñas, los recuerdos le pertenecían a ella, solo a ella.

EL MEJOR ESCONDITE DEL MUNDO

Son las doce y media. Marcos está muy interesado en cómo me va con Alex. Le digo que bien, pero sigue preguntándome. Quiere saber más. Sonrío. No quiero dar más detalles. Le cuento que estoy ahora cara al público. Se ríe.

—Siempre consigues lo que quieres —me dice.

—No siempre.

Unos chicos pasan y nos miran. Dudamos de cuál de los dos les ha llamado la atención. Él repara en mi vestido. Le gusta. Me pregunta de dónde lo he sacado.

—Costaba originalmente seiscientos euros y yo me lo he comprado por veinticinco —le cuento.

—¿Cómo lo has hecho?

Marcos siempre quiere saberlo todo. Me da confianza. Es el único que me llama Lau en vez de Laura. Se lo permito porque dicho por él suena bien. Todo suena bien cuando lo dice Marcos.

Al principio sentí una intensa atracción por él. Me gustaban sus tatuajes, pero pensé que era gay y por eso se me quitó de la cabeza rápido. Ahora sé que se lo hace tanto con tíos como con tías. Lo mismo está enrollado con el cantante de un grupo indie puntero como con la cretina de Charlotte. Admite que es bisexual. ¿Por qué quiere saber detalles sobre Alex? ¿Acaso le gusta? Seguro que sí. Lo que no comprendo es que se acueste con esa rubia *youtuber* altiva y antipática. Menuda perra. Pero contado por él resulta hasta gracioso. Tengo confianza, por eso le enseño mis trapos sucios. Su mirada es limpia y desinhibida, eso hace que todo resulte más fácil. Dicen que cuando el torero Luis Miguel Dominguín, el que fue abuelo de Bimba Bosé, allá por los años cincuenta, se acostó con Ava Gardner, lo primero que hizo fue salir a contarlo. «¿Para qué me voy a acostar con la mujer más bella del mundo si no lo puedo contar?» A mí me pasa lo mismo, pero prefiero, más que gritarlo a los cuatro vientos, compartirlo con mi amigo Marcos. A él todo le parece perfecto. Recibe

cada una de mis cosas con aplausos y se ríe todo el tiempo. Le sigo hablando del vestido.

—Hay unas primeras rebajas —explico—. Y las prendas que no se venden pasan entonces a unas segundas rebajas. Lo mismo sucede con las que no logran venderse en esta segunda, que pasan a ser parte de las terceras rebajas. Más el descuento que yo tenía por trabajar ahí, que es el treinta y cinco por ciento, hace que se me haya quedado en solo veinticinco euros.

—Cómo te lo montas —comenta Marcos, riendo.

—¿Qué pasa? Cuando había una prenda que me gustaba, me la probaba, y si me quedaba perfecta, pues entonces me la reservaba, como muchos otros empleados que esconden ropa. Eso es muy habitual. La gente normalmente lo hace.

—Lo sé.

—Hablando con algunas compañeras de otros grandes almacenes me han confesado que también lo hacen. Lo hacen. Lo hacen. Si puedes comprar por veinticinco euros en vez de por trescientos, ¿por qué no lo vas a hacer?

—¿No está prohibidísimo?

—Siempre que hay rebajas advierten que no se puede. Buscan y si encuentran piezas escondidas las vuelven a poner en las estanterías para su venta, y ya está.

—Eres lo más —dice él, divertido.

—El caso es que hace unos meses, cuando todavía trabajaba en los grandes almacenes, encontré el mejor escondite del mundo. Yo estaba superorgullosa de mí misma, se lo enseñé hasta a una compañera y le dije: «Mira, es el mejor escondite del mundo.»

—¿Dónde era?

—En el almacén, en un pasillo al fondo, donde acaba la estantería grande, hay un hueco en la pared, entre dos estantes, uno pegado al otro, tan juntos que parecen ser uno. En medio es donde yo escondía la ropa.

—¿Nunca te descubrieron? —pregunta Marcos mientras me ofrece un trago de cerveza.

—Resulta que cada seis meses se hace inventario —prosigo—. Se recuenta todo el *stock* que hay, tanto lo expuesto en planta como lo que queda en los almacenes. Yo tenía cosas ahí escondidas todavía. Vamos, tampoco eran muchas, solo un par de pantalones, una sudadera y la cazadora de cuero. No las había pagado porque no tenía dinero en ese momento, pensaba hacerlo cuando cobrara, y sin problemas, porque si hubiera sabido que iban a hacer recuento, me habría adelantado.

—¡No!

—De pronto me viene una compañera y me dice que se ha hecho.

—¿Qué? —pregunta Marcos.

—Eso.

—Me he perdido.

—El recuento. Habían hecho el recuento. Si hubiera sabido que se haría inventario, las habría pagado y se acabó. Pero claro, si lo hago una vez hecho, salta, porque ven que se ha adquirido una prenda no inventariada.

—Ahora entiendo.

—Me dije: eso lo dejo ahí hasta las próximas rebajas pues, como siempre aparecen cosas de temporadas pasadas, entonces aprovecho para pagarlas. Total, a la semana hacen el recuento de vaqueros, que es la sección donde yo trabajaba. Y preparando todos los jeans, dándoles la vuelta para hacer etiquetas y escanear y poder comenzar con el inventario por la noche, una compañera comienza a hacer ruido, ruido, ruido. «¿Qué haces?», le digo. «Nada, Laura», me contesta. «Carolina —la encargada— me ha dicho que tengo que mirar en una caja ahí tras del mostrador porque, por lo visto, han estado encontrando detrás de otra caja ropa escondida.» En ese momento llega Carolina con otro de mis compañeros trayendo una bolsa enorme llena de prendas que se habían encontrado dentro del mueble de las cajas. Las prendas estaban a su vez metidas en las bolsas que se usan para guardar el dinero, pero no en una ni dos, en muchas. Era demasiado. Porque yo tengo el mejor escondite del mundo, pero eso ya era muy fuerte, muy descarado. «Qué disgusto, qué disgusto —repetía mi encargada—. Es gente de mi equipo.»

Marcos, que está escuchando mi historia callado para no perderse detalle, me interrumpe y vuelve a ofrecerme cerveza.

—Tu encargada te quiere mucho, ¿no?

—Me adora y yo a ella. Los equipos los formamos mucha gente, pero claro, ella sabía que entre ellos estaban los autores del hecho. Con todo eso, hicimos el inventario y acabamos tardísimo. Yo al día siguiente estoy *off*, quiero decir que justo libraba. Esto fue un miércoles, el jueves estuve en casa, y el viernes, cuando vuelvo al curro, me encuentro un ambiente muy raro. «¿Han dicho algo de todo lo que se encontró?», le pregunté a una compañera. «Ah, claro, es que tú no viniste ayer», me respondió en voz baja. «¿Qué ha pasado?», le digo. «Ayer fueron a los almacenes y han sacado cuatro maletas de ropa escondidas allí.» «¿Cuatro maletas?» «Sí, con muchísimas prendas que había ocultas por todos los rincones.»

Marcos, comiéndose las uñas por la expectación, vuelve a interrumpirme.

—¿Y tú cómo estabas?

—Casi me muero, tío.

—No me extraña —me dice, riendo.

—No sabía qué hacer. Me dijo que iban a mirar en las cámaras de seguridad, ya que ahí quedan registradas las imágenes de quién ha entrado o salido de los almacenes.

—¿Estaba todo grabado?

—Todo.

—¡Me cago en la puta!

—Entonces pensé que me habían pillado in fraganti, a mí y también a otros. Por la cabeza me pasaban imágenes mías entrando con ropa y saliendo sin ella. Escondiendo la movida tras las estanterías, todo. Me dio un apretón y tuve que ir al baño, pero literalmente, como te cuento.

—¡No me jodas! —dice, riendo Marcos.

—En mi vida he pasado tanto miedo. Lo pasé fatal. ¿Vamos un momento afuera a darle unas caladas a un pitillo? Lo estoy dejando, pero uno de vez en cuando.

—Sí, y me sigues contando —responde Marcos, interesadísimo por saber el final de mi historia.

Salimos del local. El Ideal es un bar de cócteles de Malasaña que se pone muy bien y se puede ir entre semana. A Marcos le encanta y aunque a veces se llena demasiado, sobre todo los días que organizan fiestas o bingo, hoy se está genial. Fuera la noche es estupenda. Me lio un cigarro y le ofrezco. Él insiste en que siga contando.

—Estuve todo el día supercallada, pensando «Dios mío qué voy a hacer». Luego había quedado contigo.

—A mí no me contaste nada.

—Pues no.

—¿No se lo dijiste a nadie?

—A Hiba. ¿Te acuerdas que estuve con ella en el concierto indie? ¿Te suena? Una muy guapa de ojos verdes.

—¿Tu amiga? Claro que sé quién es. Es árabe, ¿no?

—Su padre es de Túnez, creo, y su madre era española. Ella nació aquí.

—Muy guapa —confirma Marcos.

—Bueno, se lo conté todo. Me dijo que estuviera tranquila, que a mí no me iban a pillar.

—Supongo que tenía razón. Vaya a saber la cantidad de imágenes que tienen de gente entrando y saliendo. No te pueden despedir por eso, no estás robando.

—Pero estaba haciendo que la compañía no gane dinero.

—Eso sí.

—La cabeza no me paraba.

Marcos, que me conoce de sobra, sabe que me como mucho el coco por todo, y por eso le quita importancia a las cosas, no porque no la tengan, sino para que deje mis intensidades a un lado, o por lo menos para que me relaje un poquito.

—Al día siguiente me puse a buscar en internet curro como una loca —continúo contando—. Y te digo una cosa: no tuve los ovarios para ir a ver si habían descubierto mi escondite perfecto. Estaba cagada.

—¿Te pillaron entonces?

—Hay cámaras en el almacén, pero el ángulo de visión de donde yo había guardado las cosas era un ángulo ciego. Podía haber imágenes mías entrando y saliendo, pero no del momento y el lugar donde tenía escondida la ropa.

—Uf, menos mal.

—Pero claro, yo qué sé. Dicen que el criminal siempre vuelve al sitio donde cometió la fechoría. Yo soy una puta cobarde.

—Estabas acojonada.

—El sábado libré, me puse a eso, a buscar curros por internet como una loca, porque pensé que en cualquier momento me podían a echar.

—¡Qué paranoia!

—Sí. También tenía la posibilidad de confesar. Pero pensé que era mejor no hacerlo. Iba a ir en mi contra. Me echarían la culpa de todo.

—No podías confesar.

—Solo una verdadera imbécil lo habría hecho. Pero por otro lado no podía vivir con eso. O sea, horrible.

—Vamos adentro —me dice Marcos.

Volvemos a entrar y pedimos otras dos cervezas. Nos sentamos en un confortable sofá de terciopelo azul que ha quedado vacío. Siempre que estoy ahí me da la sensación de estar dentro de una película de los sesenta. Pasa Lorena, la dueña. Nos saluda. Es muy simpática. La conozco por Marcos, que le ha hecho fotos. Es actriz, cantante y presentadora de televisión, y a pesar de ser un rostro conocido, es de lo más normal. Me gusta la gente así. Madrid está lleno de gente que trabaja en televisión y es popular, y no todo el mundo se comporta como Lorena. En mi barrio te cruzas constantemente con gente conocida que, por supuesto, va al súper y al mercado, pero luego te miran y actúan de forma extraña. También pueden ser gilipolleces mías. Lo cierto es que en el centro de Madrid se está tranquilo, la ciudad adopta a todo el mundo por igual, ya seas un africano recién llegado o un estudiante con pasta haciendo un Erasmus. Por eso me encanta.

Me llega un mensaje al móvil. Es Alex. Quiere verme. Me pregunta dónde estoy. Se lo enseño a Marcos. Se ríe. Me río.

—Está loco por ti —dice Marcos.

—Tampoco te pases.

—Recuerda que fui yo quien os presentó.

No le digo que antes yo ya le había pegado un morreo.

—¿Vas a quedar con él?

—No, hoy estoy contigo.

—Que sufra un poquito. —Ríe.

—¿Vas a ver a Charlotte?

—Está muy rara últimamente.

—La que es rara es rara. —Ríe.

Un camarero se acerca.

—¿Queréis algo más? Lorena me ha dicho que os invita. ¿Os preparo un gin-tonic?

El camarero nos conoce de sobra y sabe que nos vuelven locos sus cócteles. Roni es palestino y trabaja en el bar mientras estudia para actor con Cristina Rota. De vez en cuando hace algún microteatro por dinero, pero no le da para vivir. Guapo no es, pero tiene muchísimo rollo. Le decimos que adelante, que nos los prepare de Seagram's.

—Pero ¿entonces qué pasó? ¿Te pillaron o no? Porque yo fui a buscarte y me dijeron que ya no trabajabas ahí —dice Marcos cuando Roni se aleja.

—Ya te digo que libré un sábado y volví el domingo.

—¿Y qué pasó?

—Cuando llego a currar me acerco a una compañera. «¿Qué tal ayer?», le pregunto. «Bastante interesante», me responde. «Pero ¿qué pasó?», le insisto. Me contó que habían suspendido a dos. Por lo visto los habían descubierto entrando en el almacén con bolsas de deporte y en vez de salir por las puertas de los empleados se marcharon por la principal. Todo registrado por las cámaras.

—¿Los despidieron? —pregunta Marcos.

—No que yo sepa, pero los suspendieron, porque estaban en plena investigación.

—No entiendo por qué te fuiste entonces si no te habían pillado.

—Estaba muerta de vergüenza, con lo que me respetaban a mí, y yo que me quejaba siempre de todo. Y lo que me quería mi encargada. No podía seguir trabajando allí. Me despedí, dije que me iba fuera a estudiar y que lo sentía mucho. Eso sí, antes de irme miré el escondite

—¿Y?

—Sí. Estaban las cosas. Era el mejor escondite del mundo. Cogí la cazadora de cuero y salí pitando de allí. Casi me pillan.

Ya son las dos. Toca retirada o seguir de fiesta. Alex vuelve a mandarme un mensaje. Le doy un trago al gin-tonic y muerdo los hielos.

MENTIRAS

Lisa odiaba mentir. Ella, que siempre se había puesto como abanderada de la sinceridad, ahora se veía obligada a ocultar lo que estaba haciendo. Es cierto que había sido sorprendida por Samia en el hotel junto a uno de sus presuntos clientes, pero pensó que no dándole importancia al hecho, haría que este se diluyera como un pensamiento fugaz, efímero, que se esfumaría hasta desaparecer. Sabía que cubrirlo y adornarlo con mentiras solo podía magnificar una situación temporal que ella estaba atravesando y de la que no quería hacer partícipe a nadie. Samia, por su lado, no quería juzgarla, estaba segura de lo que había visto, pero si Lisa no quería compartirlo, estaba en su derecho. Por otro lado, hacía una semana que le había confesado su embarazo y no habían vuelto a hablar del tema, como si este fuera a solucionarse por sí mismo. Lisa le había dado su opinión de deshacerse del problema ahora que estaba a tiempo, pero tampoco quería insistir. Eso sí, había cumplido su juramento de no comentarlo con nadie, ni siquiera con Hiba, con la que se comunicaba por teléfono, WhatsApp o Skype de vez en cuando.

Samia, todavía no sabía por qué, había aceptado salir con ellas esa noche. Necesitaba airearse un poco. No soportaba a su padre, cada día más autoritario, ni a Soledad, que la trataba como si en vez de embarazada estuviera enferma y no la dejaba cargar o hacer cosas que antes le hubiera exigido sin reparo, había reforzado su vigilancia. Más que agobiada, Samia se sentía acosada. También necesitaba estar lejos de Pap, que continuaba con su vida normal, su fútbol y sus estudios, como intentando vivir una situación de extraña normalidad que en ningún caso era cierta. No es que estuvieran distanciados, pero Samia había empezado a percibir cosas que, tal vez por su nuevo estado, no había sentido hasta entonces. No era nada concreto, pero se le había agudizado un instinto de protección hacia el ser que llevaba en su seno, que le hacía cuestionarse muchas cosas que antes no habría ni remotamente imaginado. Su individualidad le daba fuerza para enfrentarse con todo.

Llamaron al portero automático.

—Debe de ser Laura. No me creo que sea tan puntual, normalmente llega una hora tarde —dijo Lisa mientras iba a abrir.

Efectivamente, se trataba de su amiga. Laura les pidió que la acompañaran esa noche tan especial, había quedado con Alex y no quería acudir sola. También preguntó por Kalúa, su compañera de piso, ya que ella hubiera sido perfecta para presentarse en el club ante los amigos de Alex, pero seguía fuera grabando la serie. A veces, Laura se sentía tan insegura de sí misma que necesitaba el apoyo de sus amigas, y esta era una de esas ocasiones. Ansiaba conocer un punto de vista ajeno a aquello que le estaba ocurriendo.

Se presentó nerviosa, aunque no quería parecerlo.

El hecho de reunirse allí con sus amigas tenía tres objetivos: uno, la transformación, es decir, dar una vuelta a su forma de vestir, ayudada por Lisa, que le había prometido dejarle ropa, ya que la que ella llevaba normalmente, estaba más que vista; dos, hacer tiempo, pues en Madrid a los clubs no se llega hasta las dos y media o tres de la madrugada, así que antes puedes salir a cenar, a alguna terraza o a algún bar de primera hora, pero claro, cuando llegas al club resulta que desde que saliste de casa hasta esa hora ha pasado tanto tiempo, tantos tragos y tanto trote que es imposible llegar impecablemente vestida, maquillada, peinada y preparada para seducir, que era lo que hoy Laura se había propuesto; y tres, establecer una conferencia con Hiba, todas juntas, pues desde que se había marchado no se habían dado las circunstancias para que esto se produjera y tenían mucho que contarse, pensó.

—Mira y elije lo que quieras —dijo Lisa abriendo su armario.

Laura quedó fascinada ante las nuevas adquisiciones de su amiga. En el armario convivían modestos trapitos de H&M, Zara y Mango con algún diseño de Angel Schlesser, Devota y Lomba o Second Skin. Antes de que dijera nada, Lisa aclaró que todo lo había conseguido de rebajas, y en *showroom*, gracias a Kalúa. Empezaron a probarse ropa, a intercambiársela.

Samia las miraba; aunque insistieron, rechazó el ofrecimiento de unirse a ellas en la batalla por convertirse en lo que no eran. Su tripita, aunque muy poco, ya había empezado a hincharse, y ella había optado por ponerse una holgada camiseta de algodón con el cartel de una de sus películas favoritas: *Pulp Fiction*. En ella, Uma Thurman, con una peluca morena con flequillo, fumaba un pitillo recostada en una cama junto con un libro y una pistola. No sabía cuántas veces la había visto junto a Pap. Es más, había logrado verla en un pase de la Filmoteca Española, situada en el antiguo cine Doré, cerca de su casa. Verla en pantalla grande y en inglés fue algo más potente que hacerlo por televisión o en el ordenador.

—Si es niño se llamará John y si es niña, Uma —le había dicho Pap en cuanto le habló de su embarazo.

Samia se rio. Ella también llevaba el nombre de una actriz. ¿Era premonitorio?

Laura y Lisa seguían probándose ropa, habían puesto música y bailaban por la habitación al ritmo de Maluma, en una versión salsa de una canción que interpretaba junto con Marc Anthony. De pronto, la primera sacó de un cajón una pieza de lencería que aún tenía la etiqueta.

—¿Y esto? Debe de ser carísimo —dijo revisando el precio marcado.

Con los ojos como platos, Samia miró a Lisa esperando su respuesta.

—¡No! Dime que no te has gastado esto —dijo Laura, perpleja.

—Un regalo —respondió la aludida tras carraspear.

Se produjo un extraño silencio que coincidió con el cambio de canción en el modo aleatorio de Spotify. Sonó la vibración del móvil de Samia, que miró a la pantalla.

—¡Es Hiba! ¿Hiba?

Las otras dos chicas corrieron hacia ella.

—Hiba, ¿nos ves? —dijo Laura.

La imagen de Hiba apareció en la pantalla del móvil.

Así, con la piel tan morena y sus ojos color miel aún más claros por el contraste, parecía una estrella del viejo Hollywood, como Yvonne De Carlo en una de esas producciones en tecnicolor tipo *Los diez mandamientos,* de Cecil B. DeMille, para la Paramount. Su belleza llamaba la atención, aunque todos se terminaban acostumbrando, y hasta olvidando de ella, cuanto más tiempo permanecían a su lado. Hiba, que siempre había luchado por que la consideraran un ser pensante, más allá de la atracción que provocaba, sobre todo en el sexo opuesto, no sentía como un halago que se refirieran a ella ensalzándola por su físico. Se había construido un caparazón como el de una tortuga a base de movimientos poco delicados, una forma de caminar contraria al contoneo, y un gesto hosco en su cara, que aun así la hacía más bella. Podría haber sido modelo, de no ser por sus fabulosas curvas, pero nada más alejado de sus deseos. Su lucha particular para que el feminismo fuera aceptado y reconocido, sobre todo en el ambiente machista en que se había criado, era un esfuerzo constante. Desde el colegio había tenido que ganarse el respeto de profesores y compañeros por armar buenos argumentos en sus discursos contra los toros y el maltrato animal, la tolerancia hacia grupos marginales, o la defensa de la naturaleza y la necesidad de luchar contra el cambio climático, temas ahora ya casi aceptados por gran parte de la población, pero en los que ella era una pionera desde niña. Su facilidad para el entendimiento, así como su alto coeficiente de inteligencia, del que no hacía alarde alguno, la ayudaron a convertirse en una más, a camuflarse entre su tribu, y a que dejaran de fijarse en su belleza exterior.

—¡Qué guapa estás! ¡Un bellezón! —exclamó Laura—. Hace tanto que no te veía...

—Hola, Hiba —le dijo Lisa.

—Por fin os pillo a las tres juntas. ¿Adónde vais?

La primera en coger el móvil fue Lisa.

—El «jefe» de Laura nos lleva a una fiesta vip.

—Ah, ¿estás saliendo con él? —preguntó Hiba tratando de disimular su decepción.

—¡Qué va! Nada serio —respondió Laura arrebatándole el teléfono a su amiga.

—Está loco por ella, la lleva a todas las noches a los sitios de moda —dijo Lisa asomándose.

Desde que habían empezado a salir, rara era la noche que no acababa con él en alguna fiesta. Un día la sorprendió con una cena íntima en un restaurante japonés situado en un hotel. Al mirar el precio de la carta casi se cae de espaldas, pero se relajó y se dejó seducir por el *sushi* de autor, que conseguía que al degustarlo la piel de Laura adquiriera la textura de un pollo recién desplumado. Ella, por supuesto, hacía como si ya conociera de sobra aquel mundo de glamur y lujo.

Alex, que había nacido entre algodones y siempre había tenido lo que deseaba con solo imaginarlo, se había encaprichado de aquella chica con tanta calle, tan diferente de las sofisticadas niñas de buena familia del Club de Tenis de Las Lomas, con las que estaba acostumbrado a tratar desde niño. Tampoco tenía nada que ver con las hijas de los amigos de sus padres, con las que pasaba los veranos en Marbella, montando en lancha o en un velero por el Mediterráneo, o los inviernos esquiando en Suiza, o en playas del hemisferio sur como Punta del Este en Uruguay. Él, acostumbrado a ser servido y a mandar, nunca pensó que se encapricharía de una de sus dependientas, como si se tratara de una novela de amor y sexo, porque desde que empezaron a verse a solas, rara era también la noche en que no acabaran haciendo el amor de forma salvaje donde les pillara. La atracción era tan grande que ambos se humedecían solo con mirarse el uno al otro. Para Laura, también había sido una sorpresa encontrarse frente a un hombre que, por las razones que fueran —se negaba a analizarlas—, le provocaba tal excitación. Sabía el dominio que ella ejercía sobre él, y eso le gustaba, pero por otro lado era incapaz de negarle nada. La volvía loca recorrer su cuerpo con los labios, acariciarlo. Había llegado a atarlo para conseguir un grado mayor de excitación en él y hacer que su éxtasis fuera prolongado en el tiempo. Le vendaba los ojos y conseguía que su miembro fuera cada vez más duro, él pensaba que le iba a estallar, entonces ella se lo introducía, primero en la boca, después en el coño y, por último, dejaba que este la penetrara por detrás, donde por fin se corría gritando de placer. Alex soñaba cada día y cada noche con volverse a encontrar con ella, pero como diariamente se tenían que ver delante de más gente en el trabajo, ambos debían disimular su excitación y

posponer sus deseos.

—Bueno, sí, estoy saliendo con él —admitió Laura a Hiba.

Claro que salía con él, por lo menos eso se comentaba en el círculo más próximo del joven, todos se preguntaban de dónde había salido esa chica a la que nadie conocía. «No puede ser solo una dependienta —pensaban—, será un capricho y se le pasará pronto», pero a él se le veía cada vez más enganchado. Todo parecía ir muy rápido hasta que pasó algo que haría cambiar las cosas de forma radical. Se les veía juntos en todos los sitios. ¿El estreno de la película de moda en el Capitol? Allí estaban los dos. ¿La presentación de una nueva comedia protagonizada por algún actor mediático en el Teatro La Latina? No faltaban. ¿Los Premios Vogue Belleza? Y entraban por lista vip, sin esperar en ninguna cola de gente apretujada. Alex conocía a todo el mundo, con algunos había estudiado, con otros simplemente de verse una y otra vez al coincidir en actos y fiestas. También estaban los que se encargaban de adular, perseguir y engatusar a los verdaderamente ricos y poderosos, a los famosos de temporada y a los deportistas de moda, estos eran los peores, según Laura, parásitos a los que ella no pertenecía ni por asomo, un grupo del que nunca querría ser parte. Y estos eran los que más la criticaban a sus espaldas, y al que pertenecía sin duda Charlotte. Alex, o mejor dicho la familia de Alex, formaba parte también de la élite de los llamados patrocinadores, es decir, los que apostaban por los eventos donando dinero o participando en ellos como *sponsor*, ya fuera por las tiendas de *delicatessen* o por las diferentes fundaciones que respaldaban. Esta circunstancia hacía todavía más valiosa su presencia y más incomprensible la de ella junto a él.

—Tienes que conocerle —le dijo a Hiba.

—¿Crees que te durará hasta mi regreso?

Las dos rieron a carcajadas. La enorme complicidad que había entre las amigas superaba el tiempo y el espacio. Hiba seguía en Canarias y allí había encontrado un lugar donde sentirse libre sin la presión de la familia. Pensaba en su hermana pequeña, que ahora estaría aguantando y reviviendo situaciones que ella ya había superado.

—Pásame a Samia —pidió Hiba.

Había observado, desde el comienzo de la llamada, que su hermana había permanecido al margen. En principio esta circunstancia no tenía por qué resultar extraña, ya que Samia siempre era la observadora silenciosa de todo lo que sucedía, pero en este caso le llamó la atención, se conocían demasiado. La mayor siempre había sido con ella más que una hermana, una madre. Le había dado sus primeros biberones de bebé, más tarde las papillas, y luego le había enseñado a comer sola, a preparar la comida y, por último, a servirla. La pequeña no había conocido a su madre, así que las dos figuras femeninas de referencia que se podían acercar más a ese rol

eran su abuela y su hermana. Esta última, a pesar de su aparente brusquedad, siempre había sido dulce y cariñosa con ella, además de poseer algo a lo que Samia jamás podría aspirar: la gran suerte de haber conocido a su madre.

Samia tenía mil preguntas que hacerle acerca de esa mujer que le había dado la vida a cambio de la suya, preguntas que iban cambiando a lo largo del tiempo y que Hiba intentaba contestar, muchas veces improvisando la respuesta o inventándosela. En este momento también necesitaba el consejo de una madre o, por lo menos, el de su hermana, a la que admiraba profundamente. Nunca pensó que la echaría tanto de menos. Al principio estaba feliz con la idea de quedarse para ella sola con el cuarto que habían tenido que compartir desde pequeñas. Pensó que podría tener al fin algo de intimidad, no tendría que esperar para usar el baño y podría apagar la luz cuando quisiera, o quedarse leyendo toda la noche sin escuchar las protestas de alguien que quiere dormir en la cama de al lado; pero enseguida se dio cuenta de que la separación tenía más inconvenientes que ventajas. Era cierto que ahora tenía una habitación para ella sola, pero también el doble de obligaciones y tareas, la abuela estaba cada vez más mayor y ya solo en subir y bajar escaleras se le iba la energía, y su padre, al que veía más preocupado cada día, había cambiado su actitud con ella haciéndose más duro en su trato.

Samia, muy seria, cogió el móvil y observó la imagen de su hermana en él. No quería guardar ninguna apariencia, ni fingir lo que no sentía.

—¿Qué tal estás, Samia? ¿Y la abuela y papá? —preguntó Hiba.

—Bien —contestó secamente.

Lisa le hizo un gesto a Laura y ambas salieron de la habitación, dejando a las dos hermanas a solas para que pudieran hablar.

—¿Qué sucede? Te conozco y algo pasa. ¿Tiene que ver con papá? —preguntó Hiba, preocupada.

Ella era consciente del difícil carácter de Karim e imaginaba que su desaparición del núcleo familiar había supuesto una serie de cambios en la estructura establecida durante tantos años, que podría haber sucedido desde una pequeña grieta hasta un derrumbe, y no sabía hasta qué punto Samia se podía ver afectada.

—Ayer estuve con la abuela en el cementerio —dijo esta.

—¿Tú en el cementerio? ¿Hay algo que quieras contarme? —respondió extrañada Hiba.

Samia no dijo nada más. Hiba sabía que, por mucho que intentara sacarle de su ostracismo, se había cerrado y sería imposible obtener más información.

Secretos y mentiras. Todas tenían cosas que ocultar y todas terminaban mintiendo para esconder esos secretos.

Hiba fue a la habitación de Ruth y se tumbó junto a ella en la cama. La

conversación con su hermana la había dejado mal. Siempre estaba con su lucha interior sobre la culpabilidad. La educación católica inculcada por su abuela había plantado en ella un germen que con el tiempo había crecido y se manifestaba bastante a menudo, la semilla de la culpa. ¿Era ella responsable de la situación que estaba atravesando su hermana? ¿Acaso su marcha había provocado aquella situación? Probablemente no, pensaba, pero seguía sintiéndose culpable. Liberarse de la culpa no es asunto fácil, y menos cuando esta está dentro de ti y no tiene razón lógica. Decirle adiós sería como renunciar a una parte de tu cultura, de tu educación. Sentirse culpable sin haber cometido crimen o pecado ya es un castigo en sí. Hiba, que se planteaba esto continuamente, intentaba a su vez salir de esta situación kafkiana y retorcida en la que se encontraba sumida irremediablemente.

—¿Qué lees? —preguntó a Ruth, que permanecía ajena a todo aquello.

—*Carol*, de Patricia Highsmith —respondió sin apartar la vista del libro.

—Vi la película —siguió diciendo Hiba—. Me gustó. Tiene final feliz. —Ruth, entonces, apartó el libro, lo dejó sobre la mesilla y la abrazó.

—Veo que no me vas a dejar seguir leyendo —dijo Ruth.

Aunque se conocían desde hace poco tiempo, este había sido el suficiente como para establecer entre ellas un código por el cual quedaba claro cuándo alguna de las dos necesitaba estar a solas con sus pensamientos o, por el contrario, requería de la otra para desahogarse. Si algo tiene de positivo poder exteriorizar los sentimientos en forma de palabras o de lágrimas es, precisamente, utilizar esto como catarsis.

—¿Qué es lo que te preocupa? —susurró Ruth.

Hiba la besó. Ambas se fueron envolviendo, acoplando como piezas de un puzle que encajaba a la perfección.

—Mi hermana —dijo.

—¿Qué le pasa? Cuéntamelo. Confía en mí.

—No lo sé.

Se quedó pensativa. Por un instante volvió a ser niña. Se vio a sí misma corriendo en el patio del colegio. Tras la verja estaba Samia esperando para que ella la llevara de la mano hasta el autobús. Aquella tarde había estado lloviendo y la calle estaba llena de charcos, y tuvo que decirle a la pequeña que no los pisara ya que estaba empeñada en borrar con sus pies las imágenes que, como espejos, se reflejaban en el agua. Si hubiera llevado botas katiuskas no habría habido problema, pero calzaba unos mocasines de ante que no se debían mojar, aunque no sería la primera vez que volviera a casa con los calcetines y zapatos húmedos y sus piececitos helados, lo que acababa en un terrible resfriado. Hacía fresco y sus mofletes sonrosados y orejas enrojecidas le hacían parecer un gnomo de cuento, recordaba Hiba. Al llegar al cementerio, antes de cruzar sus

puertas, donde los alargados y majestuosos cipreses se inclinaron levemente para saludarlas, la pequeña comenzó a llorar. Por más que Hiba intentó explicarle que no tenía por qué tener miedo, no logró convencerla, hasta que de pronto comenzó a nevar. Los copos, blancos como pequeños trozos de algodón de azúcar, hicieron que Samia se calmara y, abriendo sus enormes ojos negros, vio en ellos la señal para perder el miedo. Era la primera vez que veía nevar; abrió la palma de la mano y, al notar al tacto el frío de la nieve, se sintió viva. Caminaron entre las tumbas mientras continuaba la nevada. La de su madre ya estaba cubierta de una pequeña capa nívea que la hacía parecer un lugar casi irreal, mágico, asombroso, fascinante. Una pequeña ardilla corrió buscando cobijo y las últimas golondrinas volaban hacia el sur. Las dos hermanas se sentaron junto a donde reposaba su madre y hablaron con ella, sin miedo. Cuando empezó a caer la luz y el sol, escondido tras las nubes, tocó el horizonte, Hiba se levantó y, cogiendo a su hermana de la mano, se dirigieron hacia el portón. Los cipreses se volvieron a agachar mecidos por el viento y Samia dejó atrás sus temores. Al llegar a su casa guardaron su secreto y no le dijeron a nadie dónde habían estado, era algo que les pertenecía solo a ellas y que no deseaban compartir.

—Cuando éramos pequeñas, cada vez que una tenía que decirle a la otra algo importante, que no quería que nadie más se enterara, íbamos al cementerio. Delante de la tumba de mamá no existían secretos para nosotras. Teníamos la sensación de que ella nos escuchaba y se hacía partícipe de nuestras cosas.

Se detuvo. Miró a Ruth y volvió a besarla. Nunca le había contado eso a nadie. Sentía que la piel se le sensibilizaba como si estuviera en carne viva. Era vulnerable y eso no le gustaba. Había salido por primera vez de su caparazón de tortuga y estaba deseando volver a cubrirse, pero no lo hizo.

—Y ella, mi madre, desde donde estuviese, me daba fuerzas para poder enfrentarme a todas las cosas... Tengo que volver a Madrid.

Al día siguiente se levantó muy temprano y salió a caminar sola, descalza, por la playa de arena negra que tanto le gustaba. Los pensamientos se solapaban unos con otros y ella intentó ordenarlos a su manera; su estructura mental rozaba siempre el caos, pero aun así logró colocarlos con mayor armonía, y así, uno a uno, ir analizándolos concienzudamente. Sospechó que la distancia supone eso: el poder mirar con perspectiva las cosas y, sin estar directamente en medio de la situación, tener una visión general que permita tomar decisiones en frío, que pueden ser al menos más prácticas. Debía regresar, de eso estaba segura, pero también sabía que su vida a partir de ese momento debería desarrollarse fuera de allí, lo más lejos de sus recuerdos si quería seguir siendo feliz. No deseaba en ningún caso mentir, ni ocultar nada, pero no sería fácil. Levantó la vista y vio el mar ante ella, majestuoso, pacífico,

rotundo, inmenso. Pensó que Ruth seguiría durmiendo. La había dejado en la cama, desnuda, con su piel transparente fundida en las blancas sábanas de hilo, y sus pecas, con las que había jugueteado la noche anterior, y su cabello rojo revuelto ahora estarían reposando sobre la almohada. Volvería, la despertaría con un suculento desayuno y volarían juntas hacia otra isla. Habían decidido que juntas recorrerían cada una de ellas, ya habían estado en Lanzarote y Gran Canaria, y hoy irían a Fuerteventura; cada una era una sorpresa y cada día mejor al anterior. Un delicado viento caliente llegado de la costa africana la hizo pensar en su infancia, cuando caminaba de la mano de su padre en una playa de Cádiz y él le decía que eso que se veía a lo lejos desde Algeciras era otro continente, el suyo, de donde provenían sus antepasados. Recordó las mil y una historias de su padre sobre África, mágicas, asombrosas, fascinantes, muy distintas de las terrenales, secas, castellanas, llenas del refranero español, que le contaba su abuela. Ella era eso, pensó, la mezcla de uno y otro, un cóctel de culturas que al combinarse habían moldeado su forma de sentir, de pensar, de soñar. Les debía a ambos parte de su ser, pero la otra se la había construido ella misma a base de estudio y afán de libertad, y de su deseo de conseguir ser parte de esa nueva mujer que consiguiera, con respeto y por sí misma, ser vista de igual a igual.

Cuando volvió al apartamento, se encontró a Ruth esperándola en la terraza. Su sonrisa la hizo sonreír. Entre ellas no existían engaños, secretos ni mentiras.

CON LOS OJOS VENDADOS

Mirar y no ver nada. Mirar hacia otro lado. Hacer que miras y no ves. Olvidar lo que has visto. Pasar por alto cosas que se observan. Buscar otra lectura a lo que has observado. Esconder la mirada. Vivir la vida con los ojos vendados.

Soledad había hablado con su nieta y juntas hicieron un pacto por el cual el secreto de Samia quedaría a buen resguardo hasta que llegara el momento de hacérselo saber a Karim. Tenían que ser fuertes. La abuela cocinaría toda la tarde, preparando un cordero a la menta, uno de los platos favoritos de su yerno. Así, con el estómago lleno y satisfecho, ayudado por la modorra que da un buen vino tinto, sería mucho más sencillo revelar lo que estaba sucediendo. Soledad desde un principio ni se planteó soluciones para interrumpir un embarazo no deseado. Su nieta apenas tenía dieciséis años. Como fuere, estaba convencida, por su férrea fe católica, de que tenía bastante culpa por no haber sido suficientemente firme para impedir, por medio de su educación y sus consejos, aquel desafortunado incidente, pero la llegada de un niño podría servir, en este caso, como expiación. Una nueva vida era algo para celebrar, un nacimiento significaba alegría, limpieza, comienzo, un despertar. Ahora que ella iba acercándose cada vez más rápido al final de sus días había encontrado un nuevo motivo para seguir viviendo, sería otra vez útil, necesaria, imprescindible. Su visión egoísta iba acompañada al mismo tiempo de una actitud generosa, un darse a los demás, como enseñaba el cristianismo. De pronto pensó que no era todo tan sencillo. Sí, había que decírselo a Karim, pero antes tenía que saber las respuestas a ciertas preguntas algo incómodas.

—¿Quién es el padre de la criatura? —le preguntó a Samia.

La muchacha dejó de peinarse sus largos cabellos negros. Miró a su abuela en el espejo y, sin darse la vuelta, respondió algo que en el fondo Soledad ya podía haber imaginado.

—Lo sabes, viste su foto en mi mesilla. ¿No te acuerdas?

—El africano —masculló Soledad entre dientes.

—No es africano, es español. Nació en Madrid. Como yo, que no soy árabe aunque lo sea mi padre, que también es africano.

Soledad pensó en contestar pero optó por morderse la lengua. Bajó a la cocina y empezó a triturar las hojas de menta junto a la pimienta. Necesitaba al menos tres horas para asar bien el cordero al horno, tiempo suficiente para idear la estrategia para aquella noche.

En la habitación, Samia terminó de peinarse y ocultó su cabello bajo un pañuelo que le había regalado Hiba.

Había estado mandándose mensajes toda la tarde con Pap, pero él ahora estaba entrenando para un partido. Entonces fue cuando recibió la llamada de Lisa. Había quedado con Laura para salir aquella noche y quería que las acompañara. Samia aceptó el ofrecimiento como un escape. ¿Qué necesidad tenía de pasar un trago tan amargo y de hacérselo pasar también a su padre, cuando ni siquiera estaba segura de lo que iba a hacer? ¿Quién era ella para traer otra vida más a un planeta enfermo de desigualdad, pobreza y egoísmo? Si no se veía capaz ni de cuidarse a sí misma, ¿cómo iba a encargarse de una criatura? Quería a Pap, creía en él, y por eso mismo no estaba dispuesta a que sacrificara su carrera de futbolista cargándolo con un hijo. Eran los dos demasiado jóvenes. Les quedaba mucho por vivir.

Salió sin que su abuela la viera. Soledad seguía dándole vueltas a sus pensamientos, ordenando las palabras que luego, esa misma noche, con ayuda de Samia le diría a Karim. Mientras, el cordero comenzaba a hacerse en el horno, desprendiendo un suculento aroma a menta fresca.

Nada sucedió como estaba previsto. Karim, que había estado en la mezquita, llegó más tarde y de muy mal humor. Se sentó a la mesa, que ya estaba preparada para cenar, vestida con un mantel que la misma Soledad había bordado, y sobre este tres servicios con la vajilla de porcelana que ella guardaba celosamente para las ocasiones especiales.

—¿Qué pasa hoy? —dijo Karim sentándose a la mesa.

—¿Qué va a pasar? —contestó Soledad sacando el asado del horno.

—¡Qué bien huele! ¡Cordero! ¡Con lo que me gusta el cordero!

Soledad miró el reloj de la cocina. Ya eran las diez y Samia seguía sin aparecer. No podía ser tan irresponsable, pensó. Encima de haberse pasado la tarde cocinando y estrujándose la mente para encontrar la forma de decirle al padre su desgracia, ahora además tendría que mentir para cubrirla, como de costumbre, para evitar que el progenitor se pusiera hecho un basilisco al enterarse de que a esas horas la niña seguía fuera y en paradero desconocido. Ella tenía la culpa. Había mimado tanto a sus nietas que ahora tenía que sufrir las consecuencias.

—¿Dónde está Samia? —preguntó Karim al ver su sitio vacío.

—Eso quisiera saber yo —contestó Soledad, que, enfadada por su

ausencia, había decidido no cubrir a su nieta en esta ocasión.

—¿Qué pasa? ¿Acaso puede hacer siempre lo que le venga en gana? Las has consentido demasiado a las dos.

—Sí, claro, ahora soy yo la que tiene la culpa de todo. Si te preocuparas un poco más por ellas no habríamos llegado a lo que hemos llegado y no tendríamos estos problemas.

—¿A qué te refieres? ¿Qué problemas? —preguntó Karim, sin imaginarse de qué podía estar hablando.

—Nada... ningún problema, aquí no pasa nada. Ojos que no ven, corazón que no siente.

—Tú y tus dichos de pueblo. ¿Qué quieres decirme con eso?

—¿De verdad crees que conoces a tus hijas?

Se levantó y, muy seria, se dirigió a su habitación con la dureza con la que tenía a todos acostumbrados. Soledad era seca como la tierra de su Castilla natal. Allí, encerrada y sin que nadie la viera, lloró.

Mirar y no ver nada.

«El Sol puede provocar ceguera», le había dicho Karim a Hiba cuando, nerviosa, se preparaba para observar su primer eclipse. Era verano, el primero sin su madre, y el padre le había dejado sus gafas de sol especiales, porque sabía del peligro que podía suponer mirarlo fijamente sin protección. Algunos niños se habían preparado el último día de clase artilugios a base de cartulinas negras para poder proyectar la imagen del temido astro y así no tener que mirarlo directamente con el miedo de quedarse ciegos.

La familia al completo había ido a pasar el día a casa de una amiga de Soledad que vivía en una pequeña aldea de Segovia llamada Brieva, en la sierra de Guadarrama. Todos marcharon temprano en el coche para no perderse el gran acontecimiento. La abuela, que cargaba en la parte de atrás a Samia que ya con pocos meses era la observadora de ojos negros que parecía captar todo con su mirada despierta; Karim, que aunque continuaba cabizbajo y apesadumbrado por la reciente muerte de su esposa pretendía ocultar con actividades y falsa alegría su verdadero estado de ánimo; e Hiba, con las gafas de sol de su padre que no se quitó en todo el día. Fue un día inolvidable para la niña, que estuvo correteando por el campo, ayudó a ordeñar una vaca y dio de comer a los cerdos. Cuando se acercó la hora del eclipse y con la advertencia de no quedarse mucho tiempo con la mirada fija en el Sol, se sentó cerca de una ventana y miró el cielo. Todo se fue oscureciendo, los animales de la granja comenzaron a emitir sonidos, los perros ladraban sin descanso, se escuchaban aullidos lejanos, las vacas mugían desesperadas, los cerdos gruñían enloquecidos, las gallinas cacareaban sin comprender qué estaba sucediendo, el porqué de ese extraño apagón repentino, y bandadas de pájaros pasaban por delante del Sol, que fue ocultado por la Luna y luego

volvió a lucir poderoso, con más fuerza si cabía.

Karim miró por un segundo al sol pero no vio nada, en su mente los nubarrones de la muerte de Carmen tapaban la belleza del fenómeno natural. Miró hacia otro lado, y así seguía haciéndolo cuando no era capaz de ver lo que le ocurría a sus hijas. Para él era más sencillo olvidar lo que hubiese podido ver en algún momento, hacer que miraba cuando realmente era incapaz de ver nada o pasar por alto lo que había observado, solo para no sufrir. Karim decidió vivir la vida con los ojos vendados.

EL JUEGO DE LAS APARIENCIAS

Laura y Lisa terminan de maquillarse en el asiento trasero de un taxi y yo voy delante junto al conductor, que de vez en cuando me mira de reojo o se dedica a observar por el retrovisor a las dos aspirantes a famosas. En el exterior, el cielo más oscuro que de costumbre anuncia lluvia. Llueve muy poco en Madrid, pero cuando lo hace las nubes se quedan a gusto. El taxista va en silencio. Las dos de atrás no, parlotean sobre cualquier cosa y ríen sin sentido. En la radio suena un machacadísimo tema de Ed Sheeran. Antes, cuando el conductor nos ha preguntado adónde íbamos, le he notado acento venezolano. No he querido preguntarle, pero imagino que lleva poco tiempo aquí. Venezuela me duele.

Laura le ha indicado que nos lleve a Le Club y él se ha sorprendido. Debe de ser que no pegamos nada en ese sitio. Ha debido de preguntarse qué coño haríamos allí. Estábamos bastante cerca. De todas formas, había tanto tráfico que hemos tardado casi más que caminando. Claro que con los tacones que llevan nunca hubiéramos llegado sin al menos un esguince. Nos ha cobrado dieciocho euros y se ha quedado tan ancho. Los ha pagado Laura. Ambas habían insistido en que me vistiera de otra forma, querían disfrazarme. Me probé un vestido de Lisa pero parecía una *drag queen*. He preferido regresar a mi estado normal. Eso sí, me ha pintado como una puerta.

—No te van a dejar entrar. Sin maquillaje, más que dieciséis aparentas doce —decía Laura mientras me ponía sombra de ojos.

—Así mejor —recalcaba Lisa poniéndome rojo en los labios.

Me imagino cómo debe de sentirse Marilyn Manson.

Cuando era pequeña me gustaba pintarme y disfrazarme de Cleopatra, Lady Gaga o Annabelle, según mi estado de ánimo.

Bajamos del taxi.

La luna es un pomelo rosa; el cielo, un sombrero gris.

El conductor sigue mirándonos sin arrancar.

Ha empezado a llover. Corremos. Nos mojamos. Reímos. Sudamos.

Casi tropiezo.

Pienso que la lluvia va a mojar a todos los que se agolpan en la puerta del club y va a terminar encogiéndolos. Todos tendrán menos tamaño cuando entren y así habrá más sitio dentro. Algunos terminarán arrugados como dedos en remojo.

Estamos en lista de puerta y Laura hace que pasemos rápido al interior. El sitio es amplio, oscuro y está repleto de gente. Seres vacíos. Rostros sin expresión. Clones. Ninguno logra llamarme la atención. Sigo a Laura, que es la que dirige la expedición. Lisa me mira y me hace un gesto para preguntarme cómo me encuentro. Aunque sabe la respuesta, no hace falta ser muy lista para imaginarse que estoy hecha una mierda. Mientras Laura intenta abrirse paso hacia la zona vip, varios monigotes pasan por delante de mí, lo que hace que coja distancia con mis amigas. Los observo.

¿Son trillizos? ¿Fotocopias? ¿Cromos repetidos? Sigo el safari. Al fondo, un grupo de gacelas corren delante de un par de felinos que se las quieren comer. Las jirafas, con sus largos cuellos y copas luminosas en la mano, miran y murmuran sin emitir ningún sonido audible. Me río para mis adentros. No veo a Laura. No veo a Lisa.

Las pierdo por un segundo.

Voy a intentar disfrutar todo lo que pueda. Las luces dibujan peces en las paredes, en las ropas y las caras.

Las vuelvo a ver. Están cuchicheando, supongo que hablando de mí. Espero que no le cuente nada. No quiero convertirme en el centro de atención de la noche, lo que me faltaba. Me llaman. Voy tras ellas hasta alcanzarlas.

Laura se ríe.

—¿Dónde estabas? Pensaba que habías salido huyendo —dice.

Le devuelvo el comentario con un gesto amable.

—¿Has tenido movida con tu padre? —me pregunta.

No es el momento ni el lugar para hablar de eso y así se lo hago saber. Nos acercamos a un cordón donde un seguridad nos impide entrar.

—Hola —dice Lisa exhibiendo su mejor sonrisa.

—No, no, señoritas, esto es una fiesta privada —responde él con cara de pocos amigos.

Este club es vomitivo. Odio el rollo elitista y artificial. Hay tanta oscuridad para ocultar la cantidad de suciedad, y no me refiero solo a los gérmenes, hablo de la suciedad humana, por muy duro que suene. Tanta gente queriendo pasarlo bien artificialmente, unidos por el mismo mantra musical, carece de todo sentido.

Una tía borracha me empuja. Le sonrío. Miro al tipo que lleva al lado. Me suena de la televisión. Alguien de un *reality*. Parecía más bajito e insignificante cuando lo echaron de *Gran Hermano*, aunque por su actitud altiva da la impresión de tenerse en muy alta estima.

La zona vip requiere visado. Laura ocupa su puesto de nuevo al frente y habla con el segurata, que ejerce el rol de encargado de aduana. Se dirige a él como si lo conociera de toda la vida.

—¿Cómo estás? Vienen conmigo, puedes dejarlas pasar.

Él la mira sin ninguna expresión, por supuesto sin reconocerla. Pero en ese momento Alex, que nos ha visto, hace una seña al tipo y este nos deja entrar. Todo esto pasa desapercibido para mis dos amigas. Laura, que piensa que ha sido la que ha conseguido la llave secreta para abrirnos la zona más deseada y exclusiva de Le Club, se crece y vuelve a convertirse en la guía.

—Venid, a ver si logramos averiguar dónde está Alex.

Yo ya sé que nos tiene localizadas, pero me callo.

—¡Allí está! —dice Lisa—. Me imagino que es ese, ¿no?

Es él quien se acerca. Besa a Laura en los labios y a nosotras nos da un par de besos en la mejilla. Es guapo, educado, tiene una bonita sonrisa y mira siempre a los ojos.

Sabe nuestros nombres y tiene palabras amables para todas.

Nos ofrece champán. Se nota que quiere quedar bien con Laura, por eso nos trata así. Se conduce con la seguridad que puede tener un domador de fieras. Me pregunto hasta qué punto desea a Laura. Cuánto podrá resistir junto a ella, cuando descubra lo diferentes que son el uno del otro. Pertenecen a mundos distintos, a tribus enfrentadas. Sería muy romántico pensar que son unos actualizados Romeo y Julieta. Montesco contra Capuleto, en un Madrid trasnochador.

Me monto la película en mi cabeza.

Alex nos consigue una mesa. Echan a los desgraciados que la habitaban y nos dice que es nuestra. Manda al camarero. Puedo pedir lo que quiera, estoy invitada.

—Un batido de chocolate —digo.

Mi deseo se cumple en un abrir y cerrar de ojos.

Las no tan inocentes gacelas ya han sido atrapadas por las fieras no tan fieras, las jirafas de cuello largo y manchas en la cara han encontrado en nosotras su punto de mira, un par de chimpancés me hacen muecas desde la barra. No conozco su idioma de gestos.

Lisa se lanza directamente a beber una copa tras otra y comienza a pegar botes gritando.

—¡Tía, esto me encanta!

Nadie más se mueve.

Todos la miran con cara de oler mierda. Nadie pronuncia palabra alguna. Rectos como cirios recién encendidos. Lo peor: ellas. Me fijo en sus atuendos. Ninguno baja de los cien euros por prenda, algunos más.

Avergonzada, me tapo mi barata *t-shirt* de algodón. Uma Thurman, desde mi camiseta, me hace burla.

Lisa continúa bailando como una loca. Sus caderas son olas y sus pechos se mueven como si tuvieran vida propia. Más que seductora o divertida resulta vulgar. Aparece Charlotte. Es una diosa. Altiva. Despiadada. Pegada a su nuevo iPhone. He oído hablar tanto de ella que es como si la conociera. Revisé su cuenta de Instagram. Fría y hueca. Llena de seguidores y vacía de contenido. Repleta de *likes* sin respuesta.

Se acerca a Laura y mira a Lisa como si se tratara de una extraña atracción de feria, tipo la mujer barbuda o el hombre elefante.

—¿Esa no es tu amiga?

Laura mira a Lisa y la ve absolutamente fuera de lugar. Es una batidora a máxima velocidad. Sudorosa como si hubiera corrido la San Silvestre Vallecana, con el pelo revuelto y un pezón a punto de salirse para ver por sí mismo ese ambiente elitista al que poco está acostumbrado.

El resto de la gente ni suda, ni se mueve, ni emite sonido alguno, excepto algún tímido bostezo, siempre oculto tras una delicada mano de manicura perfecta.

—¿Es tu amiga? —pregunta Charlotte por segunda vez.

Laura no contesta. Se limita a mirar para otro lado disimulando.

—¡Eh! —dice de nuevo Charlotte, dándole un toque a la espalda de Laura—. Que si esa es tu amiga.

—No, apenas la conozco —responde Laura volviéndole la cara.

En ese momento Laura me mira, dándose cuenta de que la he escuchado. Me siento mal. Ella supongo que también, pero no es capaz de decirme nada. Soy la protagonista de una serie de Netflix al final de un capítulo.

Voy hacia Lisa. Sigue bailando enloquecida. Su pezón ya está guiñando el ojo a diestro y siniestro. Se lo señalo. Se ríe. Se lo guarda. Bebe un trago de champán. Me ofrece. Le digo que no.

—Lisa, vámonos de aquí.

—Ay, Samia, déjame, que me lo estoy pasando de puta madre.

—No, vámonos, por favor.

—No me jodas.

—¡Lisa!

—¡Qué va, tía, yo me quedo! ¡Esta fiesta es guay!

Me quiero marchar pero sé que no debo hacerlo sin ella. Tendría que ser capaz de aguantar, pero qué necesidad tengo de permanecer un segundo más en este lugar tan espantoso, con gente con la que no quiero estar. Insisto con Lisa.

Hay una estampida hacia el baño.

¿Dónde se ha metido? La busco con la mirada. Voy hasta el de chicas. Nada. Las jirafas ahora están allí empolvándose la nariz. Miran mi Uma Thurman y se ríen. Tengo ganas de vomitar. Creo que voy a echar el chocolate por la boca.

Salgo buscando respirar. Me pongo bajo un chorro de aire acondicionado.

Por fin veo a Lisa.

Ahora se está abrazando a un chico. Él ríe.

Ella ríe.

Él le mete mano.

Ella se deja.

El chico le dice algo al oído. Ella asiente con la cabeza y los dos se marchan. Voy tras ellos, pero desaparecen entre la gente.

Todo parpadea. Busco una salida. No oigo ni la música, solo mi cabeza. Estoy triste como un cine vacío, agonizando como un pez fuera del agua, decepcionada.

¿Qué pensaría Pap de este lugar? Seguro que reconocería a algún futbolista. ¿Le pediría su autógrafo? Aquellos de allí creo que lo son. Han quedado atrapados como mosquitos en la telaraña de unas rubias. Grandes en el campo, pequeños en la noche.

—¿Estás sola?

Un tío me lo pregunta acercando su boca tanto a mi oreja que me deja babas. No le contesto, ni lo miro, ni me vuelvo. Su voz me ha parecido viscosa y sucia.

Sigo imaginándome a Pap aquí dentro. Me río. Estaría tan perdido como yo, o más. No hay nadie tan joven. Esos que me miran ahora deben de tener por lo menos treinta.

—Te invito a una copa.

Hacer como que no se oye es una estrategia. Pensar que quiero salir no me lleva hacia la salida. ¿Hay más gente o es que los que antes habían encogido por la lluvia ahora el alcohol los ha hecho agrandarse?

Unas avestruces avanzan en grupo con sus piernas largas, sus cuellos estirados y sus ojos pestañeando. Aprovecho, me uno a la bandada que va siguiendo el olor a tabaco.

Salgo del local. Ha parado de llover. Las calles están mojadas. Bajo por Alcalá hasta Gran Vía. Hay tanta gente en la calle que no da la sensación de que sean las cuatro de la madrugada. Una oriental vende bocadillos y cervezas en una esquina. Hay cola en el cajero automático. Un mendigo duerme bajo bolsas resguardado en un portal. Los reponedores introducen mercancía en el Primark. Pandillas de chicos hacia Chueca. Pandillas de chicas con orejas de conejito vuelven a su hostal borrachas tras la fiesta de despedida de soltera. Prostitutas de distintas nacionalidades fuman esperando un cliente. Repartidores de *flyers* te proponen diferentes planes para continuar la noche. Y yo allí sola. Rodeada, pero sola. Decepcionada. Sin saber qué hacer. Soy solo un punto en el universo. Si alguien mirara la Tierra desde arriba, ni siquiera me vería.

LA ENVIDIA

Subimos a un taxi. Me coloco en el asiento de atrás con Lisa. Presiento que la noche va a ser un desastre. Ella va pasada de vueltas. Veo que tiene una botella de Jagger escondida en su bolso. Sin sacarla siquiera, le echa un trago. Me ofrece y lo rechazo. Quiero que Alex me vea bien esta noche, no que piense que soy una borracha desubicada. Río al pensarlo. Lisa me sigue. Samia va en el asiento de delante en silencio. No ha querido cambiarse de ropa, menos mal que me ha dejado pintarla un poquito. Estoy nerviosa. Todavía no hemos llegado y ya me estoy arrepintiendo de haberle dicho a mis amigas que me acompañaran. Intento relajarme. Llegamos.

—Aquí es. —Pago al conductor y le dejo propina.

Al ver a Alex todo cambia. Me coge de la mano y me lleva a un rincón. Me besa.

—Hola, Laura. Pensaba que ya no ibas a venir —me dice mirándome con esos ojos que me desnudan.

Me gusta cuando me mira así. No sé lo que piensa. Quiero ser sus ojos. Su misterio me atrae. ¿Dónde se mete cuando desaparece? Sé que puede haber otra. Estoy muerta de celos. Quiero que me bese otra vez. Me besa. Me resisto. No soy fácil.

—Tengo que volver con mis amigas —le respondo de forma seca para que no advierta que me estoy derritiendo en sus brazos.

No quiero que piense que soy una más de sus infinitas conquistas. Tengo todas las de perder. No quiero que sepa que como de su mano. Tiene todas las de ganar.

Vuelvo y me encuentro a Lisa en plan Lisa. Charlotte la mira. Son agua y aceite. Charlotte me recuerda a esas viejas victorianas de las películas inglesas que por pura envidia se dedican a criticar a la delicada y frágil protagonista. Mucha apariencia, mucho Instagram, mucha moda y luego a la hora de la verdad es más conservadora que una abuela.

—¿Esa no es tu amiga? —me dice señalando de forma maleducada a

Lisa, que ha debido de beberse el resto del Jagger y está enloquecida.

Me jode.

—Apenas la conozco —le respondo a Charlotte.

En vez de eso tendría que haberle dicho que, conociéndola como la conozco, lo que debería hacer es apartarse porque es posible que termine vomitándole encima de sus preciosos zapatos de Prada.

Samia me mira. Me ha oído. Está incómoda desde que entró. Sé que está pasando un mal momento. Desde que se fue Hiba ha cambiado tanto que ya no la conozco. Las pierdo de vista. ¿Dónde estarán? Las busco. No las encuentro.

Charlotte sigue haciendo de las suyas. Intenta perseguir a Alex por la sala. Él se escabulle. Ella me mira. Sabe que me doy cuenta de todo. No se me escapa una. Ella es tan evidente...

Alex vuelve a mi lado con dos copas. Me ofrece una. Me presenta a un productor musical y a su novia moldava. Nikita, creo que se llama. Muy guapa. Él me cuenta que está haciendo la remezcla para el concierto de Miss Caffeina. Me encanta ese grupo. Nos invitan al concierto en La Riviera, será el último de su gira *Detroit*.

—Es mañana. ¿Te apetece que vayamos? —me dice Alex.

—Sí, veniros conmigo, que Sueiro estará en el escenario y lo veré sola —dice Nikita.

—Luego me venís a ver y os presento al grupo —dice Sueiro.

La pareja es ideal. Nos hacemos amigos de inmediato. Charlotte nos mira desde la distancia. Está rabiosa.

—¿Te vienes a fumar un cigarro? —me pregunta Nikita.

Salimos al exterior. Ella se encuentra con unos amigos y va tras ellos. Yo me enciendo un cigarrillo de clik. Qué mala suerte, también Charlotte ha salido a fumar. Se acerca a mí. Hay más gente en la puerta, pero a ella no le importa. Intenta ser simpática conmigo. No le sale. Su sonrisa es falsa, su nariz es falsa, sus palabras son falsas.

Intento ignorarla. Se va. Al rato vuelve con cara de zopilote.

—Tu amiga es un poco puta, ¿no? —dice Charlotte señalando con la mirada a un deportivo aparcado en la puerta.

Del coche baja Lisa recomponiéndose la ropa. Se limpia la nariz. Ha estado metiéndose coca. Lo que le faltaba, con lo mal que le sienta. Luego se pasará la noche subiéndose por las paredes y dos días de bajón pensando que todo se va a pique.

—Mira, no te pierdas eso —continúa Charlotte.

El tío del deportivo saca su mano por la ventanilla y le entrega lo que parecen unos billetes. Ella los guarda en su bolso y se coloca bien la falda. Charlotte, que no se pierde un detalle, tira su cigarrillo y vuelve al interior.

Al quedarme sola, me precipito sobre Lisa.

—¡Ven para acá! —le digo apartándola de la puerta.

La arrincono en un callejón lateral. Me cuesta decirle lo que le tengo que decir. Es egoísta. Está descentrada, como siempre. Le importo una mierda.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —digo.

—Yo qué sé, pasármelo bien —responde.

Me revienta cuando Lisa no es capaz de admitir sus errores. Está borracha.

—Ah, ¿sí? Te has estado comportando toda la noche como una puta.

—¿Por qué dices eso? Estás delirando —responde.

—No tienes por qué disimular, he visto cómo te daba el dinero.

—Me gusta follar.

—¿Follar?

—Sí, follar. ¿Qué pasa? Si encima me pagan, mejor. Además, a ti qué te importa lo que yo haga.

—Me importa porque comportándote así estás fastidiándome mis planes.

—¿Tus planes?

—Sí, mis planes. —Ríe.

Me pone de los nervios.

—Resultas ridícula al lado de esos niñatos ricos. ¿No te das cuenta de que se están riendo de ti? —me dice.

—Tienes envidia —replico, defendiéndome.

—¿Envidia de quién? ¿De ti?

—Sí, porque estás sola. A todo el mundo le importas una mierda. Los tíos solo te quieren para eso, ven en ti a una chica fácil. Me das pena.

La dejo allí sola y me marcho arrepintiéndome de mis palabras. No tenía que haber sido tan dura con ella, pero el calentón me ha llevado a decir cosas que quizá pensara, pero no debía sacarlas a la luz. Sigo dándole vueltas a sus palabras. Ella también se ha pasado conmigo.

«Resultas ridícula al lado de esos niñatos ricos. ¿No te das cuenta de que se están riendo de ti?», se repite en mi cabeza su frase.

¿Cómo se atreve? Que no tenga dinero ahora no significa que nunca lo haya tenido. ¿Ridícula? Ella es la que no sabe comportarse. Le pedí que me acompañara, y no imaginé que actuaría así para joderme. Pienso todo esto mientras llego a la puerta del club. La gente sigue arremolinada en la entrada, fumando y comentado las últimas jugadas. Otros hacen fila para entrar por la puerta de los que pagan porque no están en la lista.

Yo paso directamente.

Dentro, la gente se ha multiplicado por tres.

Sigo dándole vueltas a lo que me ha dicho Lisa. ¿Qué hago? ¿Me voy? No; tengo que pasar de todo e intentar estar bien. Miro hacia un lado. Allí en la barra está Charlotte con otras dos chicas. Me miran. Se ríen a carcajadas. Cuchichean. Vuelven a reír.

«¿No te das cuenta de que se están riendo de ti?» Al otro lado, otro grupo me vuelve la cara.

«Resultas ridícula al lado de esos niñatos ricos.»

¿Y si tiene razón? Comienzo a sentirme incómoda entre esa gente. Alex, que está detrás de mí, y al que no he visto desde hace rato, me sorprende rodeándome con sus brazos. Son fuertes.

—Eh, ¿qué te pasa? Vamos, sonríe un poco.

—¡Déjame! —le digo, soltándome.

—¿Por qué estás así? ¿Es por tus amigas?

Camino hacia la salida.

Él me sigue.

Quiero irme. Escapar. Desaparecer. No es mi sitio. No es mi gente. Las luces parpadean más rápido. Solo veo la puerta, lo demás está a oscuras. Me duele la cabeza. Quiero llorar pero no tengo lágrimas. Tengo los ojos secos. La boca seca. La piel seca. Alcanzo la puerta. Salgo.

Una vez en la calle, cruzo sin mirar. Un coche pasa a toda velocidad. No me atropella porque alguien me detiene. Es Alex. Ha corrido tras de mí hasta alcanzarme.

El coche pita. Me doy cuenta de lo que ha estado a punto de suceder. Me siento desvanecer.

Respiro.

La sangre vuelve a mi cabeza.

Me habla.

Lo escucho.

—Tú eres diferente de ellas. ¿No te das cuenta? Tienes que darte una oportunidad a ti misma.

Me mira. Parece sincero.

—Vamos adentro. ¿No tienes frío?

Se quita su chaqueta y me la echa por los hombros.

—Preferiría no entrar.

Me besa. Me dejo besar. Nos vamos de allí. Charlotte nos observa desde la puerta. Algo esconde tras su mirada. Es la envidia.

LA TRAMPA

Me siento mal tras la discusión con Laura. Pensaba que pertenecíamos al mismo bando hasta que la vi posicionarse en mi contra. Yo había salido aquella noche porque necesitaba olvidarme un poco de todo y despejarme la cabeza. Buscaba complicidad. Reírme un poco de la gente. No creía que nadie podía tomarse en serio tanta estupidez junta.

—Vamos a pasárnoslo bien —me dijo Laura al salir de casa.

—De puta madre —le dije.

—Ya verás qué pasada.

Ahora estoy aquí, sola en el callejón, tras soltarle verdades como templos. Algunas verdades escuecen más que las heridas al limpiarlas con alcohol de 96 grados. Últimamente tengo la sensación de estar viviendo una película, de sobrevolar el espacio y las historias, sin que estas lleguen a afectarme realmente. He estado acostándome con hombres que no me importaban nada. He fingido escucharlos y no me acuerdo de lo que me contaban. Me daba igual. Si eres capaz de distanciarte de los sentimientos es más sencillo. Me gusta el sexo, pero no siempre ha sido así.

El amor es una trampa.

Cuando llegué a Madrid, a través de unos compañeros de curro conocí a Stephan, un joven francés que estaba pasando unos días aquí tras haber estado en América Central trabajando para varias organizaciones no gubernamentales. Era alto, muy delgado, de cabello rubio y ondulado y ojos claros. Conectamos desde el primer momento. Me gustaba escuchar sus historias sobre los indígenas cunas y chocoes en el río Darién de Panamá, los últimos lacandones en la selva Lacandona de México, o sobre los veintitantos dialectos mayas que hablan en los maravillosos pueblecitos que rodean el misterioso lago Atitlán de Guatemala. Follamos también desde el primer momento. No es que él lo hiciera estupendamente. Era bastante soso en la cama, pero yo me enganché no sé muy bien por qué. Pasamos dos semanas de arriba para abajo con amigos, asistiendo a reuniones políticas en las que cambiaríamos el mundo, a recitales de

poesía de filósofos urbanos, o paseábamos por la calle en un par de bicicletas que nos habían prestado. Siempre terminábamos follando y yo cada vez más atrapada. Llegó el día en que nos teníamos que separar. Lo acompañé hasta la estación de autobuses. Él se volvería a Normandía a ver a su familia, pero antes pasaría unos días en París. Después de ese tiempo debía regresar a Centroamérica. Stephan tenía diez años más que yo, pero aparte de la edad no había mucho más que nos diferenciara. Los dos estábamos solos. Nos sentíamos atraídos el uno por el otro. No nos prometimos nada, pero algo quedó pendiente.

Después de otras dos semanas en que apenas mantuvimos comunicación, me di cuenta de que echaba de menos sus batallitas, sus caricias, sus besos y, sobre todo, su olor. Agarré una mochila, puse cuatro cosas en ella y me marché a buscarlo. Cogí el mismo autobús que él. En el viaje me dio tiempo a pensar en mil cosas. ¿Y si él no quería volver a verme? ¿Y si yo no sentía nada al reencontrarlo? Cuando llegué a París me dirigí directamente a la dirección donde se suponía que estaría. Era en el metro Saint-Mandé, un lugar que, a pesar de su cercanía, los parisinos consideran que no pertenece a París al encontrarse fuera del Boulevard Périphérique. Caminé un par de manzanas y llegué a una pequeña calle donde había una panadería. Allí era exactamente la dirección. Entré. Una mujer con un bebé en brazos me atendió. No hablaba español y yo tampoco francés.

—Un momento por favor, enseguida la atiendo —me dijo.

—Gracias.

El niño empezó a llorar. La mujer entonces se puso a gritar repitiendo un nombre.

—¡Stéphane! ¡Stéphane!

Todavía recuerdo la cara que tenía Stéphane cuando salió del almacén y me encontró allí, en su panadería, junto a su mujer y su bebé.

Esa misma tarde me volví a Madrid, decepcionada. Lloré por el engaño. El Stéphane que yo me había construido en mi cabeza no existía. Me había enamorado de una mentira. Había caído en la trampa. El amor era una trampa.

Desde entonces no he vuelto a sentir nada así por nadie, ni quiero volver a pasar por algo parecido. El sexo me gusta, pero no con amor. Me siento cómoda teniendo sexo con desconocidos. Me ahorra problemas.

Estoy aquí en el callejón después de haberme peleado con Laura. Es ella la que está enamorada. Nunca le he contado lo que me pasó a mí. Deberá aprenderlo por sí misma. He bebido demasiado y he mezclado Jagger, champán y gin-tonic. Desencantada con la noche, y sobre todo con mi amiga, camino calle abajo. Intenté volver a entrar en Le Club, pero el portero no me reconoció y me obligó a apartarme. Gentuza.

Me detengo. Me duele el pie. Odio los tacones. Me siento en un portal

para darme un pequeño masaje en el tobillo dolorido. Me levanto y vuelvo a caminar. No hay taxis. En este momento advierto que un coche me está siguiendo. Se trata del deportivo de hace un rato. Dentro está el tío con el que me morreé. Al que le conseguí la coca. No está solo. Va con tres tíos más.

—¡Oye, nena, ven, sube!

—¡Vamos a una fiesta, vente!

—¡Te lo vas a pasar muy bien!

—¡Vente, guapa!

—¡Es un fiestón!

Todos insisten. El coche va en paralelo siguiendo mi paso. Ellos ríen.

—Gracias, pero no —respondo.

Deseo que me dejen en paz. Lo que me faltaba esta noche, tener que soportar a niñatos borrachos que se creen los dueños de la ciudad.

—¿Por qué no quieres subir?

—¡Anímate y ven con nosotros!

—¡Que no! —replico tajante.

Pasa otro coche con chicos y chicas que gritan eufóricos. Los miro. Me detengo de nuevo. Me hacen daño los zapatos. Dudo. Quizá no sea mala idea subirse al coche. Total, no pierdo nada.

—¡Ven! ¡Vamos! ¡Tenemos farlopa! —dice el conductor.

—¿No me digas? —respondo.

—¡No te hagas la dura, Lisa, sube! —dice otro de los chicos.

Lo miro, creo que lo conozco. Sí, estaba en el grupo de Alex. Caigo en la trampa.

—Está bien. Hacedme sitio atrás.

Suena música rock a todo volumen. El coche coge velocidad. Todos beben y ríen. Me pasan una botella.

—¿Quieres cubata?

—¿Lleva bote? —pregunto, por si le han echado alguna droga.

—No, solo alcohol —responde uno de ellos.

Le doy un trago. Sabe amargo. Uno de los chicos me ofrece sus abdominales para que sobre él esnife una raya de coca. Lo hago. El ambiente se va caldeando. Más alcohol, más coca.

—Ahora te toca a ti —me dicen.

Me tumban. No me resisto. Preparan rayas sobre mí y sirvo de mesa para que cada uno de ellos esnife su parte. De pronto, uno me besa. Siento su lengua húmeda entrando en mi boca.

—¡Espera! ¡No! —me resisto, intentando apartarlo de mí.

Los otros me sujetan. Noto una mano acariciando el interior de mis muslos. Asustada, lucho por zafarme. Ellos lo impiden agarrándome más fuerte.

—¡No, no, para! ¡Tío, para! ¡Dejadme! ¡Soltadme!¡No, no! —grito.

—Ay...ay... —dice uno burlándose—. Ahora no te hagas la estrecha.

—¡Soltadme, soltadme! —dice otro, imitándome.

—¡No, no, parad! —grito a punto de echarme a llorar.

Mis negativas hacen que estos animales se pongan cada vez más cachondos. Oigo sus carcajadas. Reacciono y, como puedo, logro quitármelos de encima. Agarro por detrás al conductor y le tapo los ojos. Él pierde el control del coche y da un volantazo. Chocamos contra un lateral de la autopista. Silencio. Rápidamente consigo abrir la puerta y, sin perder un segundo, salgo de allí. Desorientada, me alejo del siniestro sin mirar atrás.

Camino por la autopista. Atravieso un puente. Está amaneciendo. Por fin paro un taxi. Subo y le doy la dirección de casa. Esquivo las preguntas del taxista. No tengo ganas de hablar. Llego a mi portal. Subo la escalera, cansada. Sigo asustada. Al llegar a mi puerta veo que alguien ha dejado un viejo vinilo. Oigo un ladrido.

Mi vista se nubla, se nubla, se nubla... Todo se oscurece, se ennegrece, se apaga... Estoy cayendo en una trampa...

AL OTRO LADO DEL ESPEJO

El pequeño bulldog, como siempre fuera de su casa, se acercó a Lisa e intentó que reaccionara dándole toques con el hocico. Al ver que no respondía, empezó a ladrar. Una puerta se entreabrió. Dulce medio dormida se asomó y vio a la joven tirada en medio del rellano de la escalera.

Cuando Lisa volvió en sí, lo primero que contempló fue el rostro de una mujer. No la reconoció.

—¿Estás mejor? Qué susto me has dado. —Le hablaba suavemente con un marcado acento andaluz.

—¿Dónde estoy?

—Soy Dulce, tu vecina. Te has desmayado en la escalera. He preferido que pasaras a casa antes de llamar a una ambulancia.

—No hace falta, estoy bien —dijo Lisa, intentando levantarse.

—Espera —repuso Dulce, humedeciéndole la cara y el cuello con una toalla.

Lisa miró alrededor. Estaba en un cuarto de baño, recostada junto a una bañera antigua. El suelo estaba alicatado con baldosines hidráulicos artesanales que representaban un bello mosaico, y las paredes, muy blancas, tenían elementos decorativos de madera que daban al espacio un carácter rústico.

—Un baño caliente te sentará bien —dijo la vecina, que ya había abierto un grifo del que salía agua humeante.

Le ofreció una toalla limpia.

—Tómate el tiempo que necesites —añadió, saliendo del baño.

Lisa se quedó allí intentando recordar lo que había pasado. Su cabeza estaba confundida. Se había subido al coche con aquellos tíos. La música rock a todo volumen. La coca. El alcohol. Algo debía de llevar aquella bebida que le pasaron. Recordó que la sujetaban, la manoseaban, intentaba resistirse pero no tenía fuerzas. No se acordó de nada más. ¿Cómo había llegado hasta allí? Nada. Todo era un vacío.

Tocó el agua que llenaba la bañera. Estaba casi hirviendo. Cerró el grifo y abrió el del agua fría para entibiarla. Al girar la cara se encontró con su propio rostro reflejado en un espejo. Un rostro fatigado. En ese momento tuvo la sensación de no conocer a aquella mujer que veía allí, sentada y sola. Como una pintura, la imagen del espejo se fue cubriendo poco a poco de vaho.

Se desvistió y se metió en la bañera. Se sentía sucia. Introdujo la cabeza en el agua. Aguantó sumergida todo lo que pudo. Así, en total silencio, se sintió inerte, sin vida. Luego sacó rápidamente la cabeza y respiró con ganas.

Volvió a sentirse viva.

En el salón, unas manos pusieron un vinilo en un viejo tocadiscos. Colocaron la aguja sobre el disco y el roce emitió un susurro antes de que la música comenzara a sonar. A Dulce le gustaba ese momento que anticipaba el principio de cualquier grabación. Era algo que pertenecía al pasado. Ahora, con las reproducciones en digital, eso se había perdido. Es posible que el nuevo sonido fuera mejor, pero aquel roce a ella le hacía revivir tiempos ya casi olvidados. Los veranos junto al mar allá en Cádiz, con el viento dándole en la cara y silbándole al oído. La primera vez que sintió el cuerpo de un joven rodeándola con sus brazos mientras bailaban lento en una fiesta en el salón de unos amigos. El rostro de su madre tarareando una canción en italiano. El sabor de una granada roja y jugosa recién cogida del árbol de tronco retorcido que había en casa de sus abuelos. Comenzó a sonar la melodía.

Quiero salir, me quiero ir
pero afuera llueve
y dentro de mi cabeza todo se mueve
todo se mueve...

Al escuchar la canción, Lisa salió del baño. La conocía perfectamente. Se trataba de una vieja balada de finales de los setenta del grupo Tequila. En ese momento comprendió quién había detrás de los misteriosos regalos.

Durante ese último año, cada vez que llegaba a casa se encontraba un antiguo disco de vinilo en su puerta. Al principio pensó que se trataba de una confusión, pero poco a poco se fue acostumbrando a que esos presentes formaran parte de su día a día. Pensó que se trataba de algún admirador secreto, alguien que sentía por ella una especial atracción. No llegó nunca a comprar un tocadiscos, pero cada vez que un nuevo disco llegaba a su poder, ella lo buscaba en la red hasta encontrarlo y lo escuchaba.

De niña nunca había recibido regalos. Su cumpleaños coincidía con el día de Navidad y esa era excusa suficiente para que nadie se acordara ni de felicitarla, o que al hacerlo se diluyera entre el resto de «Feliz Navidad»

que se decían unos a otros aleatoriamente. Por supuesto, en el día que nació el niño Jesús, ¿quién era ella para reclamar algo de atención? Tuvo en cambio la suerte de que una de sus tías fuera lo bastante coherente como para quitar a sus padres la idea de que la llamaran Jesusa. Cosas de los pueblos. Si no, habría tenido que soportar toda su vida ese horroroso nombre que suena a cateta. Años más tarde, al necesitar una partida de nacimiento para arreglar unos papeles, descubrió que su tozudo padre la había inscrito como Lisa Jesusa, un nombre compuesto que, si bien no pega, deja grabado su origen inequívocamente humilde y pueblerino para siempre. Mucho había tenido que pasar para conseguir quitarse ese estigma. Y lo había hecho. Ahora era casi imposible adivinar de qué zona de España provenía, ni por su aspecto, ni por su nombre, ni por su acento. Lisa había puesto mucho esfuerzo e interés para ocultar esas vocales abiertas al final de las palabras.

Había logrado cambiar la entonación de los pueblos de Murcia, donde se juntan el artículo indeterminado con la primera letra del sustantivo formando al oído solo una palabra. Consiguió meter las eses de los plurales en el sitio adecuado y sustituir palabras como: *enrobinado, tiricia, nenico o*, aún peor, *zagalico*. Ahora, con una perfecta pronunciación que bien podía ser de una chica criada en Valladolid, decía: oxidado, grima, reparo, chaval o, lo que es más común, tío. Esto último lo usaba para todo. El caso es que había logrado camuflarse casi a la perfección y solo algunas noches, cuando bebía demasiado, soltaba algún «acho» que, indudablemente, la delataba.

Salió del baño siguiendo por el estrecho pasillo el rastro de la música. Lo que más la sorprendió del lugar fue que le daba la sensación de haber pasado al otro lado del espejo, ya que la disposición de la casa era idéntica a la suya, pero todo estaba dispuesto al revés.

En el salón, junto a la ventana que daba a la calle, sentada a una mesa camilla se encontraba Dulce. Había un par de tazas de té, que sirvió con sumo cuidado.

—Siéntate un rato conmigo —le dijo, ofreciéndole una taza.

No podía ocultar su acento andaluz. Así, vista de cerca, resultaba una mujer muy bella a pesar del mapa de arrugas de su rostro que daba testimonio de todo lo vivido. Su piel había sido sin duda castigada por el sol del sur, y sus cabellos negros, donde asomaban algunas canas, definían a alguien que no tenía ningún problema en mostrar su edad.

—Gracias —dijo Lisa.

—Ten cuidado que está muy caliente. ¿Quieres comer algo?

—No, ahora no me entra nada.

Lisa estaba cansada y se atrevió a pedirle que no la dejara sola.

Dulce entendió que necesitaba hablar.

La habitación estaba en penumbra. Dos camas situadas la una junto a la otra, separadas por una pequeña mesilla. Sobre esta, un joyero de niña y una lámpara cuyo pie era una bailarina de ballet. La luz entraba tímidamente a través de la persiana veneciana. Lisa miró el techo. Era mucho más alto que el de su casa a pesar de que se trataba de cuartos idénticos situados de forma contraria. Una obra realizada con gusto había dejado las vigas de madera a la vista, dando al dormitorio un aire muy personal.

—Nunca he vivido sola —empezó Lisa, recostada en una de las camas.

En la otra estaba Dulce tumbada, escuchándola.

—¿Conoces a Kalúa? Comparte conmigo el piso pero nunca está —siguió diciendo la chica—. Por un lado está bien, pero, por otro, si hubiera querido vivir sola así lo habría hecho.

—¿No eres de aquí? —preguntó Dulce.

—No.

—Pareces de aquí, por tu forma de hablar, digo.

Lisa se sintió por un instante satisfecha consigo misma, pero decidió por una vez ser sincera.

—Me fui de La Ribera, un pueblo de Murcia, con diecisiete años. No soportaba estar en un sitio tan pequeño... Mis padres siguen allí.

—Te entiendo perfectamente.

—Hace tiempo que no voy. No puedo soportar que la gente sea tan cerrada. No me refiero a toda la gente, sino a mi familia. Tienen unas ideas tan antiguas de cómo debe ser una mujer que parece mentira que nos encontremos en el siglo veintiuno. El lugar es precioso, o, mejor dicho, fue precioso. Ahora, con tanta construcción de adosados... y la contaminación del mar. Un desastre.

—Hay pueblos bonitos —dijo Dulce.

—Supongo que sí.

—Aquí me siento libre. No tengo la sensación de estar atada de pies y manos.

En silencio, Lisa comenzó a recordar sus primeros momentos en Madrid. Había cogido un tren desde Balsicas y, tras seis horas de viaje, había llegado a Atocha. Tomó el metro. Al salir a la superficie en medio de la Puerta del Sol tuvo la sensación de ya conocer aquel lugar, es más, de que pertenecía a él. Era la primera vez que ponía un pie en la capital y, sin embargo, sabía que era su sitio. Estaba frente al reloj que tantas veces había visto en televisión dando las campanadas. Puso banda sonora mental a ese momento. Con el viejo tema de Mecano recorrió las calles cargada con sus maletas y pensó que había encontrado su lugar.

Se sintió libre.

—Sigue —pidió Dulce, sacándola de sus pensamientos.

—Nada más llegar a Madrid conocí a Hiba y a Laura. Ellas son mis

amigas. Juntas hemos vivido momentos increíbles. Ahora Hiba se ha marchado fuera por trabajo.

—Como tantos jóvenes.

—Es bastante desolador tener políticos que no se preocupen de sus jóvenes —comentó Lisa.

—Tienes toda la razón. Nosotras también lo tuvimos difícil, pero por otras causas. Cuando tenía tu edad quería ver el mundo, y el mundo es la ciudad, los cafés, las discotecas, los restaurantes, la gente... todo eso.

—¿De dónde vienes? —preguntó Lisa.

—De Cádiz.

—Lo podía haber imaginado.

—¿Por el acento?

—Por el acento.

—No he podido quitármelo, y además no quiero, es lo único que me queda. Estoy muy orgullosa de ser del sur. Vivo en Madrid hace treinta y siete años.

—¿Treinta y siete? —se sorprendió Lisa. Aquello le pareció un mundo. Treinta y siete años atrás ni siquiera había nacido.

Miró a Dulce. En la penumbra de la habitación pudo distinguir a aquella mujer de la que podía aprender tantas cosas.

—Al principio trabajaba en una tienda de discos —contó Dulce.

Ella había vivido aquel auge de la música en los ochenta, cuando hubo una explosión creativa en Madrid y aparecieron nuevos grupos. Había conciertos en la Sala Morasol, en el Rock-Ola o en Marquee. Nos visitaban los grupos más punteros del mundo y en las noches se montó lo que se dio en llamar «la movida». Ella había formado parte de todo eso. En aquel tiempo la gente compraba discos de vinilo. Había algunos que se iban a Londres, y otros los encargaban en aquella fantástica tienda del centro de Madrid que poseía la mejor selección musical que ningún amante del rock, pop, glam-rock, tecno, etc., podría ni soñar.

—Y por la noche bailaba hasta el amanecer —prosiguió.

Largas noches de insomnio, de marcha, de descontrol. Noches blancas de turbios amaneceres. Fugaces noches vividas como sueños, y al despertar recuerdos vacíos. Noches salvajes, noches locas que poco a poco iban recobrando su cordura y, con ello, perdiendo parte de su magia.

—Una doble vida... Cambiamos de piel y nos atrapa la soledad.

—Es lo único que temo —confesó Lisa, fascinada con el relato de su nueva amiga—. ¿Siempre has estado sola?

Dulce contestó tras un silencio. Le costaba hablar de eso, pero se sentía a gusto junto a Lisa. A pesar de ser una mujer extrovertida en su vida diaria, había temas que nunca tocaba y ese era uno de ellos. Lo tenía guardado en la caja fuerte de los recuerdos que te hacen infeliz, y cuya clave para abrirla Lisa había acertado por mera casualidad.

—Esta era la habitación de mi hija..., aquí había alegría...

Lisa no dijo nada. Era evidente que ambas se encontraban en el cuarto de una niña pequeña, pero daba la sensación de no haber estado nunca habitado por ella. Quizá fuera por las paredes perfectamente pintadas, sin ninguna marca de rotulador o cera, por el perfecto estado de los muebles, la armonía de la decoración o la rigurosa colocación de los peluches, que delataban que nunca había vivido allí una niña de carne y hueso.

—Mi hija está en Cádiz, con su padre... Allí vive. No la veo desde que era un bebé.

—¿Hace cuánto? —preguntó Lisa.

—Dieciséis años exactamente.

—Eso es mucho tiempo.

—Así es.

—Mucho.

—A veces no puedes elegir ser del todo feliz —dijo Dulce.

Aunque no podía verla claramente en la oscuridad, Lisa notó que Dulce lloraba en silencio. Tragó saliva. Para nada quería hacer sentir mal a esa mujer que la había escuchado y se había abierto a ella. Ambas habían experimentado una especie de catarsis que aún no había acabado.

—Ahora tengo un pequeño restaurante de fritura y a *Martín* —siguió diciendo.

—*¿Martín?*

—¡Ven, *Martín*!

El bulldog apareció en la habitación y subió directamente a la cama de su ama.

—Es él quien me ha avisado de que estabas fuera. Cada vez que me descuido, *Martín* se escapa hacia tu puerta.

—Siempre lo oigo ladrar.

—No he tenido mucha suerte con los hombres... Por desgracia me he relacionado con hombres bastante desequilibrados —dijo Dulce.

—Sí, pero te has sentido amada, ¿no?

—¿Amada? Adorada, mejor dicho. Demasiado. Pero también confusa. Mucha noche. Decidí terminar con todo eso. Después comencé a vivir historias que no significaban nada. Ya sabes, por dinero. Hasta que un día me vi a mí misma sentada en un café frente a un hombre, bastante mayor que yo, al que no conocía de nada. Me tocaba la pierna por debajo de la mesa y me dije: «Dulce, ¿que estás haciendo?»

Lisa se quedó en silencio, pensando sobre las palabras de Dulce y esta, como si le hubiera leído el pensamiento, prosiguió.

—Tendremos recuerdos porque hemos vivido.

Se hizo un silencio.

De pronto, la mente de Lisa empezó a colorear los recuerdos. Algunos eran solo líneas vagamente trazadas; otros, como la reciente y

desagradable experiencia, oscuros y llenos de sombras. Aprender de lo vivido. Lograr seleccionar lo que verdaderamente importa y que le hace bien a uno. «¿Eso es la madurez?», se preguntó.

—¿Así que ayudas a la gente a encontrar trabajo? Eso tiene que ser muy reconfortante —dijo Dulce, interrumpiendo sus pensamientos.

—Bueno, tampoco tanto —respondió Lisa.

—Tienes suerte, es un buen trabajo.

Las palabras de Dulce tenían la capacidad de hacerle replantear su vida. Quizá tenía razón y estar donde estaba no era fruto de la casualidad. ¿Todos tenemos una misión en este mundo? ¿Es posible que no se hubiera dado cuenta de la situación privilegiada en que se encontraba? En un momento en que la mayoría de los jóvenes no tienen un buen trabajo en España, o al menos el que se merecen, sostener la varita mágica que puede conseguir un deseo, aunque sea temporal, es ser muy afortunada. Pensó en todas las situaciones que había resuelto en el último año. Gente desesperada que había encontrado una pequeña salida a sus problemas. Por un instante se sintió satisfecha consigo misma. Había ayudado a muchos, a los que apenas conocía por una entrevista, pero también a su amiga Hiba, que ahora se encontraba feliz en Tenerife gracias a su gestión. Pensó en lo relativo que es todo y en que las distintas perspectivas pueden hacer que las cosas se transformen y adquieran mayor o menor importancia. Tenía suerte. Lo que había sucedido aquella noche no era más que una advertencia. El meterse en el coche de unos desconocidos. El intento de violación. El accidente. Aunque quedó en un susto, todo eso podía haber pasado a mayores si ella no hubiera reaccionado.

Miró la silueta de Dulce. En la habitación ya entraban rayos de luz a través de las lamas de la persiana. No quería mirar el reloj, pero se imaginaba que ya era tarde. Fuera se oían los sonidos de la ciudad ya en plena actividad. Quería saber más de su hasta ahora enigmática vecina.

—¿Por qué no has vuelto a ver a tu hija? —se atrevió a preguntar.

—Me da miedo... que me rechace, ya sabes.

—Bueno... a mí me gustaría que mi madre viniera a verme y nunca lo ha hecho.

Dulce se quedó pensativa.

—Me encantó el disco que me dejaste en la puerta el otro día... ¿Cómo se llamaba? —preguntó Lisa, y comenzó a tararear un tema con aire flamenco.

Nieve ardiendo, siento frío y fuego
cuando salgo, miro y no te veo.
Luz oscura, arrebato, duda.
Piel quemada por una mirada...

Dulce se unió. Tenía una bella voz, que con su acento del sur todavía

daba más sentimiento a la canción. Lisa se detuvo a escucharla. Le vinieron a la mente tantos cantaores flamencos, tantos artistas gitanos, tanto talento andaluz. Su voz llevaba la música y no necesitaba más que una palmada hueca y rítmica para acompañarla.

... Parte de mí.
Rodeada pero sola,
preparada para darte toda sin pedir nada.
Eres parte de mí...

LA DECISIÓN DE SAMIA

El tiempo puede actuar a favor o en contra de las situaciones. Cada persona lleva su factor tiempo incorporado en su ser. Unos necesitan más y otros menos para realizar el mismo acto, y esto no significa que lo conseguido sea mejor o peor. Samia era pausada, reflexiva. Tiempo era lo que ella necesitaba para tomar cualquier decisión. Eso la hacía parecer mayor para su edad. Por eso, cuando supo que estaba embarazada, algo que no estaba pensado ni meditado, que había sido fruto de un accidente, algo no decidido, necesitó tiempo para saber qué hacer. Ella veía siempre cómo su abuela Soledad se precipitaba en el tiempo. Corría a todos los sitios como si las horas se le escurriesen entre las manos y le faltara día para todo lo que tenía que hacer.

—Pareces el conejo blanco de *Alicia en el País de las Maravillas* —le decía.

—Déjame, que no tengo tiempo para escuchar tus tonterías. Tengo que fregar, planchar, ir al banco, hacer los pedidos y encargarme de las tortillas —respondía Soledad sin detenerse ni un segundo.

Su abuela era el conejo blanco que siempre tenía la sensación de llegar demasiado tarde a su destino. Aun así, hasta ese momento Samia la había seguido ciegamente, sin preocuparse de las consecuencias. Y así lo hizo esta vez. Era muy niña para tener un bebé, pero esto no fue ni siquiera un obstáculo para que Soledad, aunque tremendamente afectada por el hecho, se planteara ni remotamente la idea de interrumpir el embarazo. Ella se dejó llevar y, pese a las advertencias de Lisa, había decidido tenerlo. Habló con Pap, y tras la conversación fue consciente de que no solo tendría que cuidar de un niño, sino de dos, padre e hijo. Para el resto de la gente guardó su secreto.

Durante la semana había hecho vida normal. Asistió a clase y se reunió con sus amigas para el ensayo de danza callejera. Pap estaba bastante liado con sus entrenamientos, pero aun así había sacado tiempo para verla.

—Estoy ahorrando —le dijo él.

—¿Para qué?

—Para nuestro futuro. He abierto una cuenta y he metido en la cartilla trescientos euros.

—¿Por qué no me invitas al cine? Hoy es día del espectador y quiero ver algo divertido —le pidió ella.

—Claro que sí. Eso está hecho.

Fueron a ver una película francesa. Ambos hablaban el idioma y además estaba subtitulada. No pudieron elegir peor. El argumento iba sobre una mujer que empezaba una relación con su psiquiatra y se quedaba embarazada, pero no estaba segura de si el hijo era de este o de su hermano gemelo, de carácter violento y con el que se llevaba a matar. Aunque el film estaba impecablemente bien hecho, su retorcido argumento, que se debatía entre géneros como el *thriller*, el terror psicológico, el drama y el erotismo, no logró hacer desconectar de su realidad a Samia y Pap. Los dos salieron de la sala con los pelos de punta y empacho de palomitas. No tenían ganas de comentar el argumento como hacían normalmente, ni de hablar de sí mismos. Estaba todo dicho. Sin embargo, y a pesar de haberlo tenido todo muy claro hasta ese momento, Samia, que había estado durante toda la película dándole vueltas a los últimos días, se hizo una lista de los pros y los contras, y cuando salió de la proyección y caminó hasta el café ya había cambiado su decisión.

Soledad estaba recogiendo las mesas de la terraza cuando Samia llegó.

—Tienes suerte de que no esté aquí tu padre. ¿Dónde has estado? Me tenías preocupada —dijo la abuela.

—¿Se lo has dicho?

Habían quedado que lo harían juntas pero conociendo a su abuela, el conejo blanco siempre acelerado, pensó que se le habría adelantado.

—No, no se lo he dicho. Estaba esperándote para hacerlo.

—No lo voy a tener —sentenció Samia.

—¿Cómo que no lo vas a tener? —dijo Soledad, sujetándola por el brazo.

—Voy a abortar.

Soledad se quedó sin saber qué contestar. Aquel giro a la situación le resultó totalmente inesperado. Samia se soltó y caminó hacia su habitación. Había decidido apartar lo que podía ser un problema para ella y para Pap. Hacer caso a Lisa. Tenía que actuar de forma fría y con rapidez, aún estaba a tiempo.

En esos días estaba más sensible de lo normal. Había preferido quedarse sola leyendo en clase o en los pasillos antes que ir al recreo con los compañeros, por eso se dio cuenta de lo que planeaba Abdul. Por lo general, ella simplemente escuchaba y observaba a todos. Era parte de su rutina. Esto la había llevado a establecer una especie de tabla en la que se iban acomodando las acciones y reacciones que aquellas provocaban. Todo

era bastante previsible para ella. Profesores y compañeros tenían su sitio en aquel esquema. Todos menos aquel chico árabe que se situaba solitario en la fila del medio.

Abdul era alguien muy especial. Sus padres habían muerto durante un bombardeo en Siria, del que él milagrosamente salió ileso. Conoció el terror, recorrió campos de refugiados hasta que por fin pudo ser reclamado por sus tíos residentes en España. Siempre estaba sumido en una enorme melancolía y se distraía del mundo pintando, con verdadera maestría, soldados armados. Los dibujos, que bien podían ser de cómic, estaban trazados a líneas con un bolígrafo de tinta negra. Samia los había visto pero nunca se había atrevido a acercarse a él y decirle cuán buenos eran, cuán profesionales y artísticos. La timidez de una y lo taciturno del otro hizo que aquella amistad no prosperara.

Aquella tarde hacía calor. Samia no quiso salir afuera y se quedó leyendo en clase. Normalmente no dejaban a nadie hacerlo, pero ella había logrado pasar desapercibida dentro del aula cuando esta fue cerrada por el último profesor. Estaba allí dándole vueltas a sus pensamientos, que la perturbaban e impedían su lectura, cuando reparó en algo extraño. Encima de la mesa de Abdul había un dibujo en el que destacaba el color rojo. Se acercó y lo observó. Era una mancha de tinta que simulaba un charco de sangre dejado por un soldado abatido y destripado en el campo de batalla. Esto, que podía resultar de lo más normal, dado el carácter bélico de los dibujos de Abdul, no lo fue para Samia. Rebobinó mentalmente todas las imágenes que almacenaba del muchacho. En efecto, aquel dibujo era una excepción, ya que recordaba que su compañero únicamente utilizaba tinta negra. Cogió la hoja y le dio la vuelta. Lo que se temía: en ella había un pequeño texto manuscrito, dos únicas frases: «Mi vida es un fracaso. Estoy perdido.»

Samia reaccionó de inmediato. Corrió hasta la puerta, pero cuando intentó abrirla se dio cuenta de que estaba cerrada con llave. Dio varios golpes con los nudillos. Nada. Fuera tampoco había nadie que pudiera ayudarla. Buscó su móvil, pero lo tenía guardado en la taquilla, ya que habían prohibido a todos los alumnos llevarlos dentro del aula. Estaba segura: era una nota de suicidio y ella tenía que llegar a tiempo de evitarlo.

No era el primer intento de Abdul. Anteriormente ya se había cortado las venas, ella le había visto las marcas, siempre ocultas bajo la camisa de manga larga que llevaba por mucho calor que hiciera.

Rompió el cristal del ventanuco. Sacó la mano y logró accionar el pestillo, abriendo la puerta. En el vestíbulo y los pasillos no había nadie. Entonces se detuvo y pensó por un instante. Corrió hacia el baño de chicos. Entró. Allí estaba Abdul, colgado de una soga, dando sus últimas sacudidas. Con gran esfuerzo, consiguió bajarlo.

Ella prometió no contarle a nadie lo sucedido. Él le juró no volverlo a intentar. Los dos se abrazaron y lloraron. Nadie más supo lo que esa tarde sucedió. Pero aquel secreto cambió radicalmente el curso de los acontecimientos.

ROBAR A UN LADRÓN

Son las doce del mediodía. Mi padre no ha podido ponerse en marcha antes. No me extraña. Es tremenda la resaca con que se levanta cada mañana, después de haberse metido entre pecho y espalda al menos dos botellas de vino la noche anterior. Lo miro de reojo. ¿Va ralentizado? Un paso sí, un paso no. Debo irme al trabajo. He decidido no discutir más con él, no merece la pena. Si ya ha tomado el camino de la autodestrucción no puedo hacer nada para impedirlo. Así es. Amontona libros sobre el mostrador. Y pensar que durante mucho tiempo lo admiraba y pensaba que era el hombre más guapo e interesante del mundo... ¿No es eso lo que piensan la mayoría de las hijas de su padre en algún momento de su infancia? El cielo está nuboso y el color del día es tan gris que parece decirme que es mejor que arranque la hoja del calendario. Me pongo los cascos. Quiero aislarme. Escucho un tema de Miss Caffeina que me invita a volar. Veo que mi padre sigue ordenando libros. Mueve la boca. Algo quiere decirme. Me quito los cascos interrumpiendo mi sesión.

—Dime, no te he oído. ¿Qué quieres? —le pregunto.

—¿Has visto mis gafas? No las encuentro.

Siempre pierde todo. A veces tengo la sensación de que soy la madre y él, el hijo. Voy a la cocina. Allí están, junto al retrato de mi madre. ¿Por qué esa manía de dejarlo otra vez a la vista cuando sabe lo que me molesta verlo? No lo entiendo. ¿Aún no se ha olvidado de ella? Vuelvo a meterlo en el cajón. La próxima vez lo tiro directamente a la basura. Cojo las gafas y voy donde mi padre.

—Ten.

Suena la campanilla de la puerta. Entra la cartera, la misma de la otra vez.

—Buenas tardes, hoy hay solo un paquete —dice.

Tiene una agradable voz grave y hoy se ha maquillado. Veo que coquetea con mi padre, que no se da cuenta.

—Necesito que me firme aquí —añade, tendiéndole un bolígrafo y

acercándole el resguardo.

—Sí, claro... espere... Voy a despejar esto —responde mi padre sin mirarla.

Mientras firma, ella se fija en un libro y lo coge para hojearlo.

—¡Ah, tiene *El cine según Hitchcock*! —dice la cartera.

Mi padre la mira con curiosidad.

—De François Truffaut —agrega ella.

—¿Conoce a Truffaut? —pregunta sorprendido mi padre.

—Me encanta. He visto casi todas sus películas. Me gusta mucho *Fahrenheit 451* y *La noche americana*. Pero si tengo que quedarme con una, esa es *Los 400 golpes*. La infancia de Antoine Doinel siempre me emociona. No sé cuántas veces la he visto. He perdido la cuenta.

—¿Le gusta el cine francés? —pregunta él.

—No solo el francés. Me gusta el cine en general. Consigue que me aleje de la realidad y eso es algo que necesito.

—Qué extraño.

—¿Por qué extraño?

—Porque es usted muy joven para saber tanto de cine.

—No soy tan joven.

—Ahora la gente prefiere las series de televisión.

—Yo no.

—Ah, ¿no?

—El cine es mi gran pasión.

No puedo resistirme y los interrumpo.

—En cambio, la gran pasión de mi padre es el vino.

Cojo mi bolso y me marcho. Ahí se quedan los dos. Me imagino sus caras. Río durante el camino.

Se me ha olvidado el paraguas y parece que va a llover. Mi aplicación en el móvil no me lo advirtió. Luego pienso que mi padre debería tener un rollo con la cartera y dejar de pensar en mi madre. Eso solo le hace daño. Todos nos merecemos una segunda oportunidad.

Camino bajo la lluvia sin mojarme. Desde que empecé mi relación con Alex, si se puede llamar así, he cambiado mucho.

Cuando era pequeña pensaba que todo era de todos. ¿Por qué alguien podía tener una casa grande y bonita y yo vivía en un cuarto dentro de una librería? ¿Por qué no podía comerme una manzana roja del puesto, cuando esta se terminaría pudriendo sin remedio? ¿Quién había decidido que tal o cual cosa pertenecía a uno u otro? ¿No sería más justo que cada persona pudiera comer lo que quisiera, usar el vestido que más le gustara o vivir en la casa que le apeteciera? Había tanto para repartir, y estaba todo allí a mano.

El mundo es de todos.

Sigo caminando. Me cruzo con gente que únicamente mira su móvil.

Llego al trabajo antes de tiempo. Termino de ponerme el uniforme.

Me dispongo a atender tras el mostrador. Mis compañeras me evitan.

Ninguna me devuelve el saludo. Ni siquiera han cruzado sus miradas conmigo. No me sorprende, son todas unas envidiosas. Aun así, insisto.

—Buenas tardes.

Silencio.

—¡He dicho que buenas tardes!

Nadie contesta. La mala educación es la verdadera causante de todos los males, incluido el cambio climático.

Cuchichean entre ellas. Putas.

Roxana, la encargada reptil, me mira solo con uno de sus ojos, mientras con el otro finge repasar facturas. Desde que Alex me puso frente al público se ha vuelto más camaleón. Cambia de color según él esté cerca o no. Es más, puedo saber su proximidad solo con mirar el brillo de su piel plastificada por el bótox. Ya no se escabulle velozmente cual lagartija cuando me acerco. Hoy está francamente repulsiva, y no por su nuevo peinado de pájaro loco que ella piensa que es moderno. Puedo intuir, con solo mirar la encorvadura de sus hombros, que hoy la lagartija está a punto de sacar su larguísima y pringosa lengua para atrapar un pequeño mosquito. Lo que no sé es que ese insignificante insecto lleva mi nombre.

—¡Laura!

Oigo la voz de Alex. Me tranquilizo. Veo asomar su cabeza por la puerta de servicio. Está serio como nunca lo he visto. Me preocupo. ¿Qué habrá pasado?

—¿Puedes acompañarme?

Nos sentamos frente a frente. Estamos en una cafetería del barrio de Salamanca. A las otras mesas, mujeres sin preocupaciones y las carteras llenas. Él ha pedido un cortado y yo un té con limón. Conserva la calma.

—No tienes por qué preocuparte —dice.

Lo miro. Realmente no sé a qué se refiere. Estoy tan acostumbrada a ser siempre la mala que ya nada me sorprende. Le doy vueltas a la cabeza. En el exterior sigue lloviendo.

—He repuesto el dinero —añade.

—¿Qué dinero? —pregunto.

—El de la caja.

—Perdona, no te comprendo.

—Los quinientos euros que tú, por descuido, te olvidaste de poner el viernes en la caja. Pero ya te digo que lo he solucionado y aquí no ha pasado nada.

—Ah, perfecto, entonces, ¿puedo seguir sacando dinero y a ti te da igual?

Alex me mira fijamente.

—Yo no he sido —digo.

Me siento indefensa. Deseo llorar pero me mantengo firme ante la falsa acusación. Pienso que debe de haber alguna forma de demostrar mi inocencia.

Viernes, viernes, viernes...

No me acuerdo de nada en especial. ¿Y las imágenes de las cámaras de vigilancia? Las compañeras me habían contado que estaban controladas por pequeñísimas cámaras ocultas. Le pregunto que si las ha visto. Responde que no. Están fuera de funcionamiento por un problema técnico.

—Pues te aseguro que yo no he sido. Pero como nunca me vas a creer, lo mejor es que me vaya —digo.

Me levanto. Él me detiene agarrándome del brazo.

—Siéntate, por favor.

—No sé por qué te hago caso —digo volviendo a sentarme.

Sin dejar de mirarme a los ojos me dice que nunca le importará lo que yo haga. Le pido que se explique. Dice que le da igual lo que piensen los demás. Alex habla como un niño mimado que lo ha tenido todo y nunca ha sufrido la menor humillación. Alargar la mano para coger la manzana roja del cesto cuando la frutería es tuya resulta algo natural. Lo mismo que vestir impecablemente y con un gusto exquisito cuando se tiene una tarjeta de crédito ilimitado. Estar acostumbrado a ser el centro de atención desde la cuna no debería ser un problema. Ser el Sol y tener alrededor diferentes planetas cada uno con su órbita es un chollo.

—Estoy harto de hacer siempre lo que me dicen. Sé que lo que siento por ti es de verdad.

Continúa hablando. Lo que él siente. Lo que los demás creen que él siente. El monólogo se convierte en un discurso donde la palabra *yo* se repite en cada frase.

Yo yo yo yo.

Él piensa que me está declarando su amor, pero en realidad está hablando de sí mismo y del pequeño mundo que lo rodea. Me doy cuenta de que nunca podré estar con alguien así. Me marcho. Lo dejo con el *yo* en la boca.

Llueve a cántaros. Corro calle abajo. Me meto en el metro. Mi corazón vuelve a pertenecerme. Late a ritmo de jazz. El vagón va lleno. Logro sentarme. El violinista rumano destroza *Aquellos ojos verdes*. Una mujer le da una moneda a su hijo pequeño para que este la meta en la gorra. Algo llama mi atención. Al fondo, tres chicas suben corriendo. Sujetan las puertas para que una cuarta entre. Ríen a carcajadas. Chocan esos cinco. Tengo la sensación de conocerlas. Somos nosotras unos meses antes. Hablan de pollas, de tíos. Se intercambian los móviles. ¿Realmente éramos así? Me miran. Se han dado cuenta de que no dejo de observarlas desde que subieron. El tren llega a la última estación. Todo el mundo baja.

EFECTOS SECUNDARIOS

El silencio solo existe para aquellos que no quieren escuchar y para los que nacen sordos.

El sentido del oído, como el del olfato, lee en capas. Si se logra eliminar un ruido constante, este nos deja descubrir otro que estaba oculto. Si este desaparece, siempre aparecerá otro más, y así sucesivamente. Pensar que el silencio es la ausencia de sonido es considerar que el viento es mudo, que el correr del agua no tiene melodía y que el crecer de una planta es tan callado como la muerte. Otra cosa es ignorarlo, taparse los oídos o no tener la capacidad para distinguir uno de otro.

El silencio solo existe para aquellos que no quieren escuchar y para los que nacen sordos.

Lisa había estado desaparecida desde la noche del incidente. Seguía sin hablarse con Laura. La última vez que la vio fue en el callejón al lado de Le Club. Habían discutido diciéndose cosas bastante desagradables. Si bien es cierto que había recibido un par de llamadas de su amiga, no quiso coger el teléfono. Más que dolida, estaba decepcionada.

Ella no era rencorosa, ni siquiera le daba demasiadas vueltas a las cosas. Simplemente tomó la decisión de mantenerse aislada para que su herida sanase por sí misma, sin rozaduras que perjudicaran su perfecta curación. Tenía el convencimiento de que tarde o temprano las aguas volverían a su cauce, pero habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo que se necesitaría más de una presa para contener tal raudal de emociones. Por lo pronto, pensó que lo mejor era pasar un par de días de reposo. En el trabajo justificó su ausencia con un tremendo resfriado que, si bien no fue tan grave, sí existió. Le dio tiempo para meditar, leer y ver en Filmin alguna que otra película que tenía pendiente. Relativizó las cosas y recordó los consejos de Dulce.

Si tenemos recuerdos es porque hemos vivido.

Su vecina había sustituido sus habituales regalos de vinilos por caldos calientes o pescaditos fritos como los que se preparan en Cádiz, que le traía

directamente de su bar de frituras, envueltos en un cartón. Lo cierto es que sus visitas no le molestaban en absoluto, más bien la ayudaban a sentirse menos sola.

Tras el descanso volvió a la agencia de empleo temporal. Estaba de muy buen humor. Saludó a sus compañeros y se sentó a su mesa. Se había propuesto utilizar su sitio privilegiado para ayudar a los demás. Estando allí podría conseguir trabajo a los que realmente lo necesitaran. Aquel deseo era algo importante, aunque no bastaba para lograr sus propósitos. Además de su empeño, necesitaba el talento suficiente para hacer encajar las distintas piezas. La información era algo primordial, así que esa mañana hizo que cada uno de los que se sentaron frente a ella rellenara minuciosamente el cuestionario, ayudándolos si era necesario. En lugar de perder el tiempo, aprovechó los ratos libres para revisar las ofertas de trabajo que llegaban a su ordenador, apartándolas para su propia selección. Se sintió feliz cuando encontró un puesto de telefonista para una mujer que ya no contaba con el subsidio de desempleo pero sí tenía una agradable voz. Estuvo rápida cuando buscó una beca para un joven que no había podido terminar sus estudios de electrónica. Fue casi un milagro hallar un puesto en una portería para un emigrante sin papeles, junto con un sitio para alojar a su familia. Y se emocionó al sentir el abrazo de un taxista anciano, al que le habían quitado el carné de conducir, cuando ella le comunicó que tendría trabajo de conserje en una empresa de transportes.

Estuvo todo el día en una montaña rusa de sensaciones contradictorias. Pasaba de la incertidumbre al subidón de adrenalina, del desasosiego a la satisfacción, de la angustia a la emoción. Encontraba en cada hallazgo una razón para continuar, y en cada solución una respuesta a todo su empeño. Salpicó de felicidad a todos, como siempre había hecho con sus amigas y la gente que la quería, que ahora era más. Esa noche, al llegar a casa, pensó que aún tenía una misión que cumplir. Y se puso a ello.

Al día siguiente llegó media hora antes al trabajo. Estuvo haciendo llamadas y averiguaciones. Deseaba encontrar a alguien, pero le estaba resultando bastante complicado. Utilizó todos sus recursos. Llamó a la oficina filial en Andalucía. Rebuscó en la red, en vano. Investigó aquí y allá.

A las doce le sonó el móvil. Era Laura. No quiso contestar. Dejó que sonara y sonara hasta que paró. Recibió un par de mensajes pero ni los miró. No deseaba hablar con ella, necesitaba estímulos positivos y pensaba que Laura no se los ofrecería. Tampoco quería explicarle nada. Había comprendido que no le interesaba el mundo al que ella aspiraba, donde las apariencias valen tanto o más que el dinero.

Estaba a punto de parar para comer cuando entre la gente que aún esperaba a ser atendida vio una cara que le sonaba. Miró entre los dosieres

y se cercioró. Fue a su encuentro.

—¿Augusto Rojas? Pasa, por favor.

El joven se levantó y la siguió. Se sentó frente a ella.

—¿Tiene los papeles en regla, señor Rojas? —le preguntó Lisa amablemente.

El joven comenzó a hablar con un pronunciado acento cubano.

—Llámeme Augusto o, mejor, Agus. El señor Rojas es mi padre.

—De acuerdo, Agus —rectificó Lisa sonriendo.

—Ya sé que la última vez que estuve aquí me dijo que para conseguir un trabajo necesitaba arreglar mis papeles, y le juro por Dios que lo he intentado. Fui donde me indicó. Y nada. Tenía usted razón. Si la cosa está difícil para los de aquí, a los cubanos no nos quieren ni para preparar mojitos.

Lisa se rio.

—Tampoco es eso —dijo Lisa—. Aquí la gente tiene mucha simpatía por los cubanos.

—Yo en La Habana trabajaba en un paladar.

—¿Un paladar?

—Sí, un restaurante muy bueno. También sé de cócteles.

Lisa se quedó pensando. Miró de nuevo el rostro de aquel hombre que, a pesar de reflejar preocupación, rezumaba nobleza en cada uno de sus gestos. Necesitaba encontrar una solución rápidamente. Rebuscó en su cabeza. Sus estudios de psicología quizá le servían para analizar a los candidatos pero no para resolver ese tipo de situaciones.

—¿Así que trabajó en un restaurante?

—Sí, de mi tía, y la he ayudado desde que era niño —respondió Agus.

Al mirarlo, vio que sonreía. Supuso que estaba recordando buenos tiempos, y se imaginó flotando en el aire la melodía de un son cubano.

—Cádiz y La Habana están hermanadas —dijo Lisa de repente.

—Eso he escuchado.

—Creo que puedo conseguirte un trabajo.

—¿De veras?

—Dame un segundo, tengo que hacer una llamada.

Lisa salió con su móvil.

Volvió al rato con dos cafés y le ofreció uno. Él lo aceptó. Ella lo alzó con ademán de brindar.

—Buenas noticias, señor Rojas, digo Agus.

—¡No puede ser! —dijo él, incrédulo.

—Es complicado encontrarte un empleo estando sin papeles, Agus. Pero una amiga mía gaditana tiene un bar de frituras en el centro. He hablado con ella. Como te he dicho, Cádiz y La Habana son ciudades hermanas. Puedes comenzar mañana.

—¿Es eso cierto? —preguntó, emocionado.

—Sí. Que no se enteren por aquí, todo esto es extraoficial.

—Gracias de verdad, gracias —dijo él en voz baja.

Los dos rieron a la vez.

—Llama aquí y pregunta por Dulce de parte de Lisa —dijo ella apuntando en un pósit el teléfono—. Está esperando que lo hagas. Buena suerte.

El joven se levantó y antes de irse se volvió hacia ella.

—Gracias, señora. ¿O es señorita?

—Señorita —dijo Lisa con una amplia sonrisa.

—Bueno, señorita, yo querría invitarla a bailar con mi primera paga. Conozco un sitio de salsa para perder el sentido.

—Perder el sentido es lo que menos necesito ahora.

Los dos volvieron a reír.

—Si cambia de idea, sabe cómo localizarme —dijo él.

Al marcharse, el son cubano siguió sonando en la cabeza de Lisa durante unos segundos. Miró el reloj. No podía ser. El día se había pasado tan veloz como una carrera de cien metros, y ella sentía la satisfacción de haber alcanzado la meta en primer lugar. Repasó los dosieres. Había logrado resolver más situaciones difíciles en un par de días que en los últimos seis meses. De pronto sonó su teléfono. Número desconocido. Lo cogió.

Todo el día había estado esperando esa llamada. Había removido cielo y tierra para conseguirla. Ahora tenía en sus manos la llave para abrir un pasado, pensó, aunque no la solución al problema, eso no dependía de ella. Simplemente era la mediadora.

Corrió por la empinada calle. Pasó por delante de la terraza del café Nuevo M'Rabet, donde Soledad atendía a los habituales clientes árabes. Siguió atravesando las mesitas de los restaurantes hindúes con olor a curry. Dejó atrás la librería de cine del padre de Laura, que parecía estar cerrada. No se detuvo en el puesto de verduras del mercado de Antón Martín donde solía comprar. Ni siquiera saludó al carnicero tan amable con el que mantenía alguna conversación acerca de la situación política actual. Pasó de largo el bar Más Corazón, que como siempre estaba lleno, y llegó a su destino.

Entrar allí era meterse de lleno en un rincón de Andalucía. Paredes blancas, falsas ventanas con trampantojos de la Alhambra de Granada y murales de los olivares de Jaén. Mesas de madera con sillas de patio, cada una de un pueblo distinto. Y al fondo un pequeño tablao con una pantalla donde se proyectaban imágenes de Camarón de la Isla. Todo junto era El Rinconcillo de Cádiz. El aceite hervía en la freidora. Una ración de pescadito frito caía sobre un cartón. Tras la barra, Dulce servía un par de copas de vino a unos gitanos de piel morena, pelo largo y figura estilizada que sujetaban sendas guitarras flamencas. Lisa entró con su móvil en la

mano. Miró fijamente a Dulce. No dijo nada.

El silencio solo existe para aquellos que no quieren escuchar y para los que nacen sordos.

La gaditana salió de detrás de la barra. Tardó unos momentos en reaccionar. Lisa la tendió el móvil. Dulce, temerosa, lo cogió y lo acercó a su oído. Sus ojos se humedecieron al escuchar una voz. Su hija estaba al otro extremo de la línea.

Llevaba esperándola más de una hora.

La cabeza le daba vueltas desde hacía un par de semanas, nunca antes había pasado por eso y esa hora de espera le resultó tan larga, tan eterna, más pesada que una clase de química... Todo lo contrario que el segundo tiempo de un partido de fútbol, cuando los minutos pasan tan rápido y fugaces, sobre todo si se va perdiendo, que es necesario aumentar el ritmo del juego para sacar un máximo beneficio al esfuerzo. Pap estaba esperando a Samia y esta se retrasaba. La enfermera ya había salido dos veces desde que él estaba en aquella fría sala de espera, y había pronunciado algunos nombres entre los que se encontraba el de su chica.

—¡Samia Habib!

Luego bastaría una sonrisa, un beso en la mejilla o simplemente escuchar su voz para borrarle cualquier resto de resquemor. Hacía unos días, exactamente catorce, ella le había comunicado su nueva decisión y a él no le quedó más remedio que aceptarla tan rápidamente como había hecho con la anterior. Al principio le chocó, ya que se había hecho a la idea de que su próxima paternidad era algo ineludible. Pero luego respiró aliviado, sintiendo que su futuro sería menos inestable sin la responsabilidad de criar a un bebé. Él podría haber sido un buen padre, no como el suyo.

Llevaba esperándola más de una hora y había tenido tiempo de pensar en los pros y los contras de ambas situaciones. En cualquier caso, quería a Samia, confiaba en ella con los ojos cerrados. Le hacía sentir especial. Desde que estaba embarazada, además, el sexo entre ellos había alcanzado una mayor intensidad que antes. Ella estaba mucho más sensible y él, por el contrario, había adquirido una seguridad en sí mismo que lo hacía aún más irresistible a ojos de Samia. Sus abrazos eran ahora rotundos y firmes, como los de los campeones olímpicos.

Después del intento de suicidio de Abdul, Samia estuvo hablando con él, o más bien escuchándolo, aunque no logró entender sus razones. La vida era

algo tan importante para ella que no podía ni imaginar que alguien quisiese acabar con el único bien que posee cada ser. ¿Y si no había nada después de la muerte? ¿Y si el Dios de su abuela podía castigar con el infierno a quien acabara con su propia vida? Lo acompañó a su casa sintiendo por él un enorme cariño. Su debilidad la hacía crecer en su afán por cuidarlo, darle todo el apoyo que necesitaba. Sentía que el muchacho tenía una situación difícil, haber perdido a sus padres en una guerra era algo injusto. Ella sabía lo que significaba carecer de la figura materna, pero solo pensar en la soledad que podía representar no tener a ninguno de los dos progenitores le resultaba desolador. De pronto cayó en que había olvidado su cita con Pap. Tampoco podía llamarlo, ya que con todo el lío no había cogido su móvil de la taquilla. Cuando vio que podía dejar a Abdul fuera de peligro, salió precipitadamente hacia la clínica.

Llegaba al menos una hora tarde.

Las circunstancias y el azar pueden hacer que los acontecimientos cambien, que caminos que nunca hubieran confluido lo hagan y que vidas destinadas a desaparecer antes de haber aparecido vean la luz. Así, la decisión de Samia de interrumpir su embarazo quedó desbaratada después de verse obligada a reflexionar sobre la vida y la muerte a raíz del intento de suicidio de Abdul. El razonamiento dialéctico que había mantenido consigo misma la llevó a comprender que hacer algo en contra de la vida que ya sentía en su seno era una traición a su forma de entender la propia existencia. Ella misma había defendido siempre su postura a favor del aborto, y la podría seguir defendiendo al igual que lo haría su hermana, Hiba. Le había hablado muchas veces de la hipocresía que había alrededor del tema, de la falta de información acerca de la prevención del embarazo, sobre todo en países del Tercer Mundo, y de que si fulanita o menganita habían abortado y luego estaban en contra con una pasmosa doble moral, fría, helada. Pero lo que ella sentía era muy diferente. Las circunstancias y el azar hacen que los acontecimientos cambien, y la seguridad de su nueva decisión alejaba cualquier duda sobre el hecho de que lograría afianzar aún más su relación con Pap y su repentino deseo de ser madre.

Con hora y media de retraso llegó a la clínica, y allí estaba Pap esperándola, subido a su tabla de *skate* haciendo piruetas. Rio al verlo, pensó que tenía suerte de estar con alguien que se tomaba la vida con una sonrisa. Cuando le contó que había nuevos planes, él ni rechistó, la cogió de la mano y se la llevó caminando, dejando que ella fuera por el lado de la acera.

—Me alegro —dijo en cuanto ella terminó de hablar—. Ese sitio era un bajón.

—¿Vamos al cine?

—Vale, pero esta vez elijo yo —dijo él.

Durante la proyección, mientras unos coches se perseguían a toda

velocidad, derrapaban y explotaban, Samia tuvo tiempo de pensar en mil cosas, pero no encontró soluciones a todas sus preguntas. A Pap, totalmente metido en la película, la hora y media que duró le pareció un suspiro. Luego se fueron cada uno a su casa, durmió cada uno en su cama, y soñó el uno con el otro.

Esa noche, cuando llegó a su casa, Laura no encontró a su padre tumbado en el sofá en la penumbra del salón, durmiendo como de costumbre en pijama mientras escuchaba alguna sinfonía de Ludwing van Beethoven, su músico favorito. Todo era silencio. Se extrañó. Normalmente, él se quedaba leyendo durante horas alguno de los *Episodios Nacionales* de Galdós, por los que sentía una enorme debilidad, y al final caía rendido después de haberse bebido al menos un par de botellas de Ribera del Duero. Se asomó a su habitación. Las persianas estaban bajadas y su cama perfectamente hecha. Recorrió la casa y bajó a la librería. Nada. A través de una ventana observó la luna, que se asomaba entre dos edificios próximos. Sintió frío. El otoño había llegado sin avisar, matando el sofocante calor del verano. «En Madrid nueve meses de invierno y tres de infierno», le repetía su padre desde que era pequeña. Así fue siempre. El seco clima de la meseta central transformaba la forma de vivir de los habitantes de la ciudad de manera radical. Volvió a subir a la cocina. Allí no había rastros de botellas, lo cual también la extrañó. Miró hacia la repisa. La fotografía de su madre montada en la bicicleta seguía impertérrita sobre el aparador. En vez de guardarla como siempre, se quedó mirándola. La imagen de aquella mujer, casi desconocida para ella, parecía querer decirle algo. Se acercó y la observó con detenimiento. El parecido con ella era patente. Piel blanca, cabellos al viento, ojos enormes y una mirada triste y melancólica.

Laura tenía diez años cuando Sara desapareció. Se fue de casa solo con una maleta y los sueños rotos. Sufría y hacía sufrir a los que la rodeaban. Las peleas con Pablo eran continuas. Desde su habitación, la niña escuchaba los gritos llenos de reproches cada noche. Gritos que se transformaban en pesadillas con monstruos y fantasmas que ella creía venidos del más allá. Al llegar el día todo era diferente. Vivían en un mundo de apariencias y falsos afectos que, como una cuerda de pita, se fue desgastando hasta deshilacharse por completo, cortando cualquier unión existente. Un día de invierno gris y frío, Laura volvió del colegio y no la encontró. Ese día nevó. Su padre no le dijo nada hasta varias semanas después. «Mamá no va a volver», fueron sus únicas palabras.

Durante algún tiempo pensó que eso no sería así y que cualquier día se la volvería a encontrar al regresar de la escuela. Pero no sucedió. Sara

nunca volvió.

Recordó su último beso de buenas noches. Ella siempre le leía fábulas antes de dormir. Cuentos protagonizados por cigarras, osos o saltamontes. Relatos que siempre acababan con una moraleja que muchas veces no terminaba de escuchar porque se quedaba dormida antes del final. Intentó traer a la memoria su aroma a canela y flores silvestres, probó a reconstruir mentalmente el sonido de su voz, buscó en su memoria todo lo que pudiera evocar su presencia.

Sentir la desolación del abandono es desnudar el alma.

Pablo quedó destrozado. Se sentía culpable de lo sucedido y de no haber podido resolver aquella dramática separación. Aun así, se ocupó de su hija, de que no le faltara de nada, de que no sintiera en ningún momento la ausencia de la figura materna. En la primera Navidad la colmó de regalos, y en las vacaciones de verano cerró la librería y viajaron al pueblo con sus abuelos. Los padres de Pablo los recibieron con los brazos abiertos. Allí Laura pasó días inolvidables rodeada de gallinas y pavos, bañándose en el arroyo cercano y jugando con otros niños que sí tenían padre y madre. A la hora de la siesta, cuando subía el calor, el cielo alcanzaba sus azules más profundos y el sol quemaba, veía a su abuelo dormitar bajo una higuera siestas eternas. Su abuela regaba el patio salpicando agua de un cubo que sacaba del aljibe. Cerraba puertas y ventanas, y bajaba las persianas para que la casa conservara el fresco. Luego, las dos se recostaban en unas tumbonas y en la radio escuchaban canciones de Serrat, algunas muy tristes. Fue difícil volver a la realidad. Encontrarse de nuevo sola con su padre en la librería. Nunca se atrevió a preguntarle si sabía algo de su madre. Estaba convencida de que cualquier alusión a ella podía ocasionarle dolor, y eso era lo último que querría. No entendía cómo una mujer podía marcharse dejando a su hija pequeña sin dar ninguna explicación. Se consideraba a sí misma un estorbo, un cachivache al que se podía abandonar, como cuando te deshaces de los muebles viejos dejándolos en la calle para que cualquiera los recoja. Pensó que ella era la principal causa de la huida materna.

El tiempo fue curando su autoestima y poco a poco emborronando los recuerdos de aquella mala madre.

Después de cinco años, cuando ella tenía quince, recibió una llamada de teléfono.

—¿Laura? ¿Eres tú?

No pudo contestar. La voz no salía de su garganta.

—¿Cómo estás?

No fue capaz de emitir ningún sonido.

Ella le contó que vivía en Ibiza. Que se había vuelto a casar y que tenía un hermanito de cinco años. Que la echaba de menos y que la perdonara.

No la perdonó.

Con toda la información de que disponía, más la que había recopilado aquí y allá a través de sus abuelos y los hijos de algunos amigos de su padre, se montó su propia versión de lo sucedido, una fábula con final triste y sin moraleja. Durante varias semanas sus pensamientos se mantuvieron ocupados analizando la conversación telefónica con su madre. La seguía escuchando en su cabeza. «¿Laura? ¿Eres tú?»

Si estuvieran una frente a la otra no se reconocerían, pensó; por lo menos ella había cambiado tanto que sería difícil descubrir tras la imagen de esa triste adolescente con acné y cuerpo a medio desarrollar los rasgos de la niña alegre y soñadora que fue un día. Tampoco Laura tenía los datos suficientes para reconstruir el rostro de Sara, que solo era un conjunto de recueros borrosos y mal colocados. Hasta ese momento, Pablo había hecho desaparecer cualquier imagen de su esposa, destruyéndolas en una hoguera que hizo en la terraza el día de San Juan. No fue hasta años después cuando apareció la única superviviente a ese aquelarre, que no era otra que la foto de la mujer en la bicicleta. Surgió de pronto y como por arte de magia en el escaparate de una tienda de fotografía cerca de La red de San Luis. Pablo pasó por allí una noche y la vio en un escaparate, en un antiguo marco modernista de madera marrón. Después de estar toda la noche elucubrando acerca de qué hacer, se decidió y volvió a la tienda, compró la foto con marco y todo, con el único propósito de destruirla, pero no pudo. Laura nunca había visto llorar a su padre hasta ese día. La emoción de volver a ver a su mujer, aunque fuera en una vieja fotografía, hizo que fluyera ese pasado obligado a ser parte del olvido y reactivara la parte más sensible al dolor.

¿Qué sería de ella? En aquella llamada telefónica en la que ella no pudo pronunciar palabra, su madre le había dicho que vivía en Ibiza. Desde ese momento, la famosa isla que primero fue paraíso de los jipis y más tarde centro de las noches *clubbing* y elitistas, se convirtió en un destino deseado y al mismo tiempo temido por Laura. Soñaba con ir a la isla blanca y encontrarse allí con su madre, pero luego esta la abandonaba en medio del mar y ella se ahogaba irremediablemente, y su cuerpo se hundía desapareciendo en las profundidades. También pensaba en su hermano, al que nunca conoció. Si tenía cinco años, significaba que se había marchado de casa estando embarazada. Ahora entendía los silencios, los llantos, las peleas, los gritos, la huida de ella y la desesperación de él. Un tramposo destino en el que a Laura le tocó sufrir los daños colaterales. Sara había optado por una nueva vida, eligió un camino y sin vacilar lo tomó dejándola en el arcén.

—Tienes un hermanito de cinco años.

Había escuchado bien, y se había quedado sin poder emitir sonido alguno. Esa noticia se le clavó como un cristal. A aquellas alturas, Laura ya pensaba que nada podía afectarle, pero no era así. Era una muchacha de

quince años que casi no tenía idea de relaciones entre adultos, que había perdido a su madre y por eso se había visto obligada a pasar los últimos años sola con un padre herido y abocado a la autodestrucción, y menos mal que estaba ella, porque en caso contrario quizá él no habría podido sobrevivir al fracaso y estaría muerto. Era consciente de lo necesaria que había sido y la fuerza que había adquirido, y sin embargo nunca en ese tiempo pronunció el nombre de su madre ni se lo escuchó pronunciar a Pablo. Por eso, cuando se quedó sin habla tampoco le extrañó. Lo que la molestó fue imaginar que otro había sido el elegido por ella, aunque pensó que su presunto hermano podría correr el mismo peligro y que quien abandona una vez puede hacerlo una segunda. El hombre, en este caso la mujer, es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. Aun así, siguió escuchándola al teléfono, y cuando colgó pensó que algún día se presentaría en Ibiza y primero observaría a su madre, a su hermano y al hombre con quien ella se había casado y responsable también de la traición a su padre, de su huida y, por tanto, de su propio destino. Luego se presentaría allí, mostrándoles en lo que se había convertido por sí misma gracias a su esfuerzo y sin necesitar a una madre como ella. No habría reproches, pero tampoco agradecimientos.

—Te echo de menos, Laura, y quiero pedirte perdón.

Esas palabras se le quedaron grabadas como un tatuaje en la piel, con dolor, con sangre y con tinta. No se podía borrar todo simplemente con un perdón, así tan fácil, no. Laura estaba obsesionada con no olvidar lo que le había hecho tanto daño, quería recordar cada instante de su ausencia, todos los momentos en que debía haber estado junto a ella y sin embargo, por su egoísmo, no estuvo, cada palabra que no le dijo, lugares comunes que nunca existieron. No era rencor, sino que la ausencia de recuerdos impedían el perdón y el olvido, haciendo imposible que se traicionara a sí misma y a su propia realidad.

Esa fue la última vez que habló con ella. Días más tarde recibió la visita de su tía Amparo. Se la llevó a una cafetería de la Gran Vía que ya no existe y le dijo que su madre había tenido un accidente y había muerto. Ni siquiera lloró.

Dejó la fotografía sobre el aparador y reparó en que la mesa estaba preparada para una persona. Un mantel individual de hilo, en el cual reposaba un plato hondo sobre uno llano, tenedor, cuchillo, cuchara y un vaso de cristal azul. A un lado, una servilleta de tela enrollada en su servilletero, y frente a esto una sopera de caldo humeante y una bandeja con pechugas a la plancha junto a un tomate rosa de Balbastro.

—Buenas noches. Te he dejado la cena preparada —dijo Pablo entrando en la cocina.

Laura se sorprendió, parecía otro. Iba elegantemente vestido con un traje azul, repeinado y por una vez sobrio. Parecía más joven. Al mirarlo

bien, descubrió que sus ojos brillaban como pequeñas chinchetas plateadas.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? ¿Adónde vas? —preguntó Laura.

—A la ópera —respondió él mientras se anudaba una corbata.

—¿Qué?

—Voy justo de tiempo.

Le dio un inesperado beso en la mejilla que ella sintió fresco, como el aroma que despedía.

Sonó la campanilla de la puerta y él bajó apresuradamente. Laura se asomó y pudo ver a una mujer con un brillante vestido negro de lentejuelas y generoso escote. Su pelo, recogido de manera casual, dejaba al descubierto su delicada nuca. La mujer vio a Laura y la saludó con un simpático gesto.

—Buenas noches. Soy Gloria, ya que tu padre no nos presenta. Aunque ya nos hemos visto alguna vez.

Pablo sonrió.

—Mi hija, Laura —dijo cogiendo un paraguas—. Espero que no, pero puede ser que llueva.

Laura cayó en la cuenta. Era la cartera transformada. Sin el uniforme y tan arreglada le había costado reconocerla.

—Encantada, Gloria. Que lo paséis bien en la ópera. ¿Qué vais a ver?

—*La Traviata* —dijo ella mientras dejaba que Pablo le echara sobre los hombros un abrigo.

Los dos se marcharon. Laura no pudo más que reír. Aunque lo sucedido sí podía haberlo imaginado, ver a su padre arreglado y nervioso, como un jovenzuelo preparándose para su primera cita, le hizo gracia. Se asomó y los vio alejarse por la acera. Se sintió bien. Bien porque tenía la sensación de que pronto él volvería a vivir de nuevo sus propias historias, y porque todos sus esfuerzos para que saliera adelante, sus apoyos en los momentos más difíciles, habían dado su fruto. Muchas veces había pensado en marcharse de allí, pero resistió como una heroína, y ahora no tenía la sensación de haberlo perdido todo sin darse cuenta. Durante los últimos años, vivir juntos no había sido ningún camino de rosas, los papeles se habían invertido y Pablo había dejado de cuidar a su hija cediéndole a ella la responsabilidad de todo lo que ocurría en aquella casa. Se querían, eso era inevitable a pesar de los cambios repentinos de él y las huidas nocturnas de ella. Los dos tenían secretos.

Aquella noche de otoño, Laura se dirigió a su habitación y sacó su maleta de debajo de la cama. La abrió. Contenía los pequeños trofeos de una cleptómana. Cada objeto significaba algo, pedazos de recuerdos minuciosamente arrancados de situaciones vividas: en el colegio de monjas, en las calles de Lavapiés, en las tiendas de chuches, en los bares de copas, en las terrazas, que uno a uno y día tras día había ido reuniendo

como parte de un tesoro secreto. La mayoría de las cosas carecían de valor, o al menos eso podría parecer a cualquier persona ajena a los hechos, pero lo verdaderamente valioso era su significado. Por eso era el secreto de Laura. Cuando sintió la ausencia de su madre al esfumarse de repente como una ayudante de mago metida en su caja, no tuvo más remedio que buscar un pañuelo con que envolver esa caja para, tras pronunciar las palabras mágicas, deshacer el truco y hacerla reaparecer como había visto en el teatro.

—¿Alguien ha visto el pañuelo de la señorita Chiruca? —preguntó la madre directora.

Todas las niñas quedaron calladas, incluida ella, que estaba ansiosa por llegar a su casa y conseguir por medio de un conjuro que su madre apareciera.

—¿Quién ha cogido el pañuelo? —repitió la monja, cada vez más enojada—. Todas castigadas hasta que aparezca.

No había vuelta atrás. Después de advertencias y amenazas no le quedaba otra que seguir manteniendo su primer objeto en secreto. Esto se repitió una y otra vez. Era como si estuviera deseando ser pillada, llamar la atención, y así obligar a su madre a volver para hacerse cargo de la situación. Nunca ocurrió. De tanto en tanto continuó acumulando objetos que guardaba en su maleta bajo la cama, una costumbre que se convirtió en hábito. Botones arrancados de abrigos, algún calcetín suelto cogido del vestuario, pulseras de todo tipo, gafas de sol, postales, tazas, teléfonos móviles y llaves de viviendas, coches y cajones. Siempre se lo había negado a sí misma, convencida de que su afición era intrascendente. Ahora, se sintió avergonzada por primera vez.

Cogió el pañuelo, su primer pañuelo, lo fue metiendo dentro de su puño, arrugándolo como hacen los magos. Con la otra mano salpicó tres veces susurrando las palabras mágicas que solo ella conocía, y al abrir la mano este desapareció. Había repetido tantas veces el truco que acabó por salirle bien. Se lo puso en el cuello. Hacía frío y lo que menos necesitaba ahora era pillar un estúpido resfriado. Cerró la maleta. Se echó encima una gabardina y salió a la calle. Avanzó arrastrando la maleta con ruedas. Pasó por delante de una tienda de chinos que abría veinticuatro horas; allí, como cada noche, un grupo de dominicanos escuchaban la música de bachata proveniente del equipo de un coche y bebían cerveza. Siguió caminando por un callejón oscuro hasta un contenedor, donde se deshizo de todos sus recuerdos. «Seguro que muchos de ellos tendrán la oportunidad de vivir una tercera vida», pensó. Dejó allí la maleta abierta, depositó sobre ella el pañuelo de la señorita Chiruca y volvió sobre sus pasos, esta vez liberada de todo el peso de su pasado. Ella también tenía derecho a volver a empezar, a quemar las imágenes como había hecho su padre, y a recomponerse gracias a la fuerza que había adquirido en todos

esos años.

Fue a cruzar la calle cuando una moto se detuvo frente a ella impidiéndole el paso. Supo que era Alex, le bastaba con escuchar el sonido grave y acariciador de la Triumph para reconocerlo. Recordó sus paseos en esa moto, siempre rodeando con sus brazos al piloto, que, ganando velocidad, recorría las autopistas, cruzaba los puentes y atravesaba enormes túneles, haciéndola disfrutar con el precalentamiento que luego continuaría, una vez a solas, con una sesión de besos, caricias y sexo. Después el regreso, volviendo en dirección opuesta, satisfecha pero aún con ganas de abrazarlo mientras seguía sintiendo la velocidad.

Él se quitó el casco, mostrando su rostro anguloso, perfecto, siempre inalterable. La miró fijamente.

—¿Adónde vas? ¿Quieres que te lleve? —preguntó sin mover un músculo de su expresión.

Se observaron un instante como deseando averiguar qué sentía el otro. Pero ninguno quería mostrar sus cartas para poder hacerse con la mano y así ganar la partida. Él cerró los ojos y volvió a abrirlos esperando que la situación hubiera cambiado y, sin apenas esfuerzo, la voluntad de ella cayera de nuevo presa de la suya.

—No voy a ningún sitio —contestó.

—¿Por qué no me coges el teléfono? —preguntó Alex.

—¿No te ha quedado claro que no quiero nada contigo? —replicó ella con cara de pocos amigos.

Esquivándolo, siguió caminando.

—¡Laura!

La llamó por su nombre para que se diera cuenta de que no se trataba de un desconocido y menos de un enemigo, que la deseaba como antes. Pero Laura necesitaba estar sola y no se iría con él por mucho que le insistiera.

Fue tras ella con la moto.

—Esta noche hay una fiesta en casa de unos amigos —dijo.

—No tengo ganas de fiesta —respondió ella.

—Bueno, podemos ir a un sitio tranquilo si lo prefieres.

—Mira, Alex, no pierdas el tiempo conmigo y búscate a una buena chica.

Dicho esto, ni siquiera se volvió para mirarlo. Habían llegado delante del café Nuevo M'Rabet, que parecía cerrado, las mesas del exterior estaban recogidas, pero dentro había luz. Laura abrió la puerta y entró, escapando de Alex, que arrancó la moto y se fue, dando la mano por perdida, pero no la partida.

Bajó por la calle Atocha, llegó al paseo del Prado y siguió metiéndole caña a la moto por Recoletos y la Castellana. No podía apartarla de su cabeza y lo que menos deseaba era estar a solas consigo mismo. Alex

continuamente buscaba la compañía de otros para no enfrentarse con sus propios fantasmas; le resultaba mucho más sencillo meter ruido a los pensamientos que detenerse a escucharlos. La noche era fría, nublada y todo lo húmeda que puede llegar a ser en el seco Madrid. Pilló todos los semáforos en verde e, impaciente, se dirigió a la fiesta. Llegó a la casa, que pertenecía a un rico empresario. Estuvo a punto de largarse de allí, pero justo abrieron la puerta y se sintió atrapado.

—¡Hombre, Alex! ¡Pensábamos que ya no venías! ¡Pasa! —exclamó el anfitrión.

Así lo hizo. Una vez dentro y viendo un montón de caras conocidas, se sintió bien. Nada mejor que el barullo de gente para tapar las propias carencias, pensó, y se lanzó al whisky con hielo.

Luego, cuando ya casi había olvidado su propio nombre de pila, agradeció la aparición de Charlotte.

—Veo que vas fino —le dijo ella con una ancha sonrisa.

Charlotte sabía utilizar sus recursos al máximo y los ponía al servicio de sus necesidades. Odiaba a todo el mundo en general, pero cuando alguien le interesaba se lo daba todo, haciéndole pensar que era lo único importante. Así, su blanca y abierta sonrisa, guardada como un valioso tesoro dentro de su boca, era disfrutada solo por unos pocos y exclusivos elegidos.

—Charlotte —dijo él—. Menos mal que estás aquí.

Ella rio graciosamente al confirmar que estaba tan perjudicado por el alcohol que podría manejarlo como a un caballo recién domado. Ella, experta jinete, conocía perfectamente en qué momento tirar de las riendas o cuándo hincarle las espuelas. De momento ganaría su confianza acariciándole la cabeza o el lomo.

—¿Quieres otro whisky? —lo tentó—. Yo por lo menos estoy sedienta.

—¡Claro!

Charlotte siempre le había gustado, y sin embargo aquella noche no podía obviar las comparaciones. La miró mientras le preparaba la copa, comprobando que, aunque era mucho más alta que Laura, más delgada, más elegante y más guapa, para él no significaba nada. «Genial», se dijo. No era capaz de disfrutar ese momento a pesar de estar en un lugar donde todo le era ofrecido. Miró el reloj y comprobó que todavía no eran ni las dos de la madrugada. La rubia volvió con dos vasos, cogió su iPhone y, después de brindar y darle un trago al suyo, sacó un selfi, el primero de la pareja que luego colgaría, no en sus propias redes, sino en otras que ella manejaba como apoyo a sí misma, con perfiles de clubs de fans, admiradoras o falsos perfiles de adolescentes. Al final, sería una fantástica colección de fotografías, cada vez más calientes, con miles de *likes* y cientos de comentarios positivos que harían pensar a más de una que su *influencer* favorita había pasado una noche de amor con uno de los chicos

más deseados de Madrid.

Cuando Marcos llegó a la fiesta, los vio al fondo. Como conocía las artes de Charlotte no se extrañó en absoluto, pero como buen amigo de Laura se sintió molesto. Él los había presentado hacía meses y se consideraba el causante de la relación, pero ahora, sin conocer la ruptura de la pareja, se imaginó que lo que allí estaba sucediendo era una sucia jugarreta. Él también había tenido un rollo con Charlotte, pero no llegó a más porque él era libre para tener relaciones tanto con mujeres como con hombres, y eso era algo a lo que nunca renunciaría, y menos por una rubia oxigenada, interesada, vacía y superficial, por muy buena que estuviera. Y lo más evidente: que ella nunca se tomaría en serio a un don nadie como él, que no era rico, ni famoso, ni jugador de fútbol, ni empresario, ni actor, solo un artista pringado con un futuro incierto. Le había hecho buenísimas fotos en su estudio y hasta se había desnudado con ella, enseñando todos sus tatuajes, para posar juntos en una sesión.

Se acercó a ellos.

—¿Y Laura? —preguntó haciéndose el despistado.

Charlotte le lanzó una mirada de gata salvaje a punto de clavarle las uñas. Marcos se limitó a mirarlos, esperando una respuesta.

—Lo hemos dejado —dijo Alex volviendo a la realidad.

—Ah, perdona, no lo sabía.

—Pues ya lo sabes —dijo Charlotte.

En ese instante, Alex apartó a la rubia, se levantó y cruzó la sala como alma en pena en dirección a la puerta.

—No podemos dejar que se vaya en la moto. Lleva una borrachera de campeonato —dijo Charlotte, dando un traspiés al levantarse.

Los dos salieron tras él y lograron detenerlo. Estaba diluviando. Esa noche, Marcos se convirtió en su paño de lágrimas. Así se enteró de todo lo ocurrido, o de casi todo, porque nunca nadie averiguó que la verdadera causante de todo el lío del dinero desaparecido no era otra que Charlotte. También intuyó que no podría hacer nada para que Laura y Alex volvieran a estar juntos, ya que el orgullo herido de su amiga haría más que imposible la reconciliación.

En cuanto pudo, Marcos llamó a Laura, quería ser el primero en contarle su versión de aquella noche para que no se viera contaminada por el altavoz de las redes sociales manipuladas por Charlotte y sus seguidoras, ni por otro tipo de rumores. Cualquier información falsa o mal retransmitida puede ocasionar efectos secundarios a veces irremediables.

No se volvió a mirarlo porque era consciente de que podía volver a caer en su propia trampa, la misma que ella había empezado a tejer como una

araña meses antes y ahora la hacía sentirse atrapada. Había visto luz en el café Nuevo M'Rabet y había entrado buscando refugio o una salida rápida para no terminar cediendo a algo que podía herirla más aún. Atravesar la puerta le permitió no ceder al deseo y la atracción que seguía sintiendo por él. Ahora, ya segura, pudo respirar al fin.

Samia se sorprendió al verla allí, con aspecto indefenso y necesitado de protección, muy lejano de aquella imagen de joven fuerte y desinhibida al que la tenía acostumbrada. Eso no hizo más que incrementar su primera intención de protegerla. Laura le pidió que la acompañara, no quería por nada del mundo salir sola a la calle y volverse a encontrar con Alex. En principio no quiso explicar nada más, no deseaba volver a hurgar en las causas y consecuencias del malentendido, en el desprecio, en la verdad y la mentira, en el absurdo de una situación que ella misma se había buscado y de la que pretendía salir ilesa.

Samia le ofreció una infusión moruna hecha con frescas hojas de hierbabuena y gran cantidad de azúcar, y luego la acompañó hasta la librería. También sentía la necesidad de hablar con ella, aunque su relación hasta ese momento no había sido muy cercana, a pesar de ser la mejor amiga de su hermana y conocerla desde hacía tanto tiempo. Las espiaba continuamente, y desde niña se escondía para poder escuchar sus conversaciones más privadas. Admiraba a las dos como figuras femeninas de referencia y pensaba que algún día sería como ellas. Por eso, el incidente en Le Club, cuando escuchó cómo Laura negaba por tres veces a su amiga Lisa diciendo que no la conocía, le había resultado tan doloroso como injusto, haciendo que su ídolo cayera del cielo al suelo en un instante.

Volvieron a pasar por delante de la tienda de chinos, donde los dominicanos seguían escuchando música y bebiendo. Olía a porro. Al llegar a la librería fueron directamente a la cocina. Cuando entró Samia, lo que más le llamó la atención fue la fotografía de una mujer en la bicicleta, nunca antes la había visto. Enseguida entendió que se trataba de su madre. Se acercó y la tomó en sus manos. El parecido con Laura era asombroso. Tenía los mismos ojos profundos y tristes, la misma boca carnosa y roja, la misma piel blanca, casi de papel, la misma figura estilizada y atlética, ataviada con un vestido vaporoso de floreado grande muy veraniego que la distanciaba de la imagen de Laura, quien siempre vestía más casual, con vaqueros muy ajustados o ropa de algodón y cazadoras de cuero. Su cabello al viento sí se asemejaba, pero había algo que las hacía diferentes. No supo distinguir qué era. Su intuición de observadora le decía que esa apariencia de naturalidad era solo una fachada y que en realidad ninguna de las dos, ni madre ni hija, eran lo que pretendían aparentar.

—Nunca me has hablado de tu madre.

—Recuerdo que me leía cuentos y fábulas antes de ir a dormir —dijo

Laura, cogiendo la fotografía.

Era todo lo que podía decir. Entonces la visualizó allí mismo, sentada frente a ella en la cocina, en esa misma mesa, sin hablarse, cada una pensando en sus cosas, dos desconocidas incapaces de comunicarse por la diferencia de edad. Ella con un cuaderno de ejercicios de matemáticas y su madre mezclando harina, huevos, azúcar y naranja para hacer un bizcocho. Inexplicablemente, el aroma de ese postre le llegó como un fugaz esbozo de un recuerdo recuperado y que formaría parte de un nuevo retrato que, inconscientemente, Laura estaba perfilando en su cabeza. Recordó su última conversación por teléfono, cuando tenía quince años, y aquel pedido de perdón que ella no fue capaz de dar. Sobre todo, pensó en aquella visita de su tía Amparo para informarla del accidente, algo que de inmediato quiso borrar porque si ya había sufrido la desaparición de su madre una vez, con el duelo que eso supuso, ¿por qué tenía que volverla a padecer? Solo se muere una vez. Tampoco quiso pensar mucho en el hermano que no conoció y que también iba en el coche siniestrado junto a su padre. Es más fácil olvidar a quien no se ha visto nunca.

—Tienes suerte, al menos tú la conociste —dijo Samia—. La mía murió justo cuando yo nací, durante el parto. Solo sé lo que me han contado de ella.

A esas alturas, Samia tenía muy claro que ella no era responsable de la muerte de su madre, idea que, por muy descabellada que pareciera, la había perseguido casi desde que tuvo conciencia. Morir en el parto de su hija era, además de darle la vida, ofrecer la suya también, un doble acto de generosidad y amor como solo una madre puede entender. Ahora Samia lo comprendía, pero durante mucho tiempo se había visto como culpable, no de un accidente, sino de un homicidio involuntario o un asesinato en defensa propia, por muy inconsciente que fuera de ello. La tortura que supusieron para ella esos pensamientos tan sombríos no era algo que compartiera con nadie y por eso, al estar encerrados en su cabeza, aislados y poco contaminados, terminaron por ocultarse. Pero todo lo que había sucedido en esos últimos días, su embarazo y sobre todo la decisión de deshacerse del bebé, reavivó el monstruo dormido, que volvió a salir a la superficie. Por suerte, Samia había madurado lo suficiente para dar una buena salida a esa angustia, encontrando en la vida una solución luminosa para tanta oscuridad. Fue el intento de suicidio de su compañero de clase lo que le abrió definitivamente los ojos.

—Voy a tener un hijo —le dijo a Laura.

Esta la miró fijamente a los ojos y fue consciente de lo que aquello significaba: un cambio no solo en la vida de Samia, sino en la de todas, incluida la suya. La conocía desde niña y sabía de sus carencias afectivas, la había visto crecer y había estado junto a su hermana, que, además de su abuela, era quien la había criado. Significaba también una reconciliación

con sentimientos encontrados, todas tenían mucho que reprochar y era una segunda oportunidad para superarlo. Es cierto que era muy joven para asumir una responsabilidad tan grande y definitiva, pero, aun así, a lo hecho, pecho. A ese nuevo ser nunca le faltaría la figura, el cariño y la atención de una madre, y no tendría una sino cuatro. Desoyendo cualquier razonamiento lógico, Laura sucumbió al hecho y la abrazó emocionada.

—Si me pasa cualquier cosa... —dijo Samia.

—No te va a pasar nada —la interrumpió Laura.

—Bueno, pero si es así, querría que le dijeras a mi hijo que he deseado tenerlo para estar con él siempre.

El temor de que la muerte les arrebatara a un ser querido estaba tan presente en la experiencia de ambas que a ninguna le pareció extraña la petición. En todo caso, era mucho más potente el deseo a la vida, a la supervivencia, a la entrega y al renacer de un sentimiento maternal que crecía en ellas, porque siempre había existido esa semilla y solo era necesario alimentarla y no ahogarla con prejuicios de dolor. Eran conscientes de que vivían en un mundo imperfecto, que nada sería fácil a partir de ese momento, como no lo fue nunca, y que tendrían que luchar.

—Le dirás que siempre hay que salir adelante y que debe pensar que cada día tiene algo bueno —añadió Samia.

Un torrente de sentimientos contradictorios estaba provocando en Laura una erosión en sus emociones. Miró de nuevo el retrato de su madre montada en bicicleta y volvió a colocarlo sobre la repisa.

Aún quedaba algo pendiente. Samia todavía no había hablado con su padre sobre el tema. Las dos pasaron el asunto por alto, tal vez pensando que al no mencionarlo este desaparecería. Pero estaba claro que no sería así. Tendría que sentarse frente a él y anunciar con la mayor serenidad la noticia, afrontando con valentía su posible arrebato de violencia verbal, su incomprensión y su no aceptación de lo que para él sería un problema de honor. Afortunadamente, no estaban en un país musulmán como Afganistán, Irán, Irak o Jordania, donde una vergüenza así se paga con la muerte. Su padre era un hombre duro, a juzgar por cómo las había educado, pero Samia no concebía una reacción tan bárbara y desubicada por parte de su progenitor como para pensar que podía llegar a formar parte de esa espeluznante cifra dada por las Naciones Unidas, que estima que más de veinte mil mujeres mueren al año víctimas de sus propias familias.

Karim adoraba a sus hijas, las quería más que a su propia vida. Habría hecho cualquier cosa por ellas, y lo mismo hubiera hecho por Carmen, su mujer, de la que nunca se había despedido y que mantenía viva en su recuerdo. Si bien los ojos de Hiba eran los de él y por su carácter, su fuerza y su cabezonería no podía negar que era hija suya, el parecido de Samia con su madre era cada día mayor. Cuando su hija pequeña llegaba del

instituto y él, tras la barra, únicamente distinguía su silueta entrando en el café, sentía un sobresalto, pues veía a Carmen en ella. Su forma de moverse, sus gestos, sus tiempos.

¿Cómo era posible que sin haberse conocido hubiera heredado no solo su físico sino también su esencia?

Samia urdió una estrategia para que su padre recibiera la noticia de una forma tan poco convencional como efectiva, y para eso necesitaría la ayuda de todo aquel que sintiese afecto por ella. Laura se ofreció a acompañarla en esa tarea, aun pensando que lo más sencillo hubiera sido una conversación frente a frente entre padre e hija. Por ahora seguirían con sus vidas normalmente, comportándose de la forma más rutinaria hasta el momento de darle la buena nueva. Así, Laura comenzó otra vez a ayudar a su padre en la librería mientras buscaba otro trabajo, y Samia al suyo en el café al mismo tiempo que asistía al instituto y a sus jornadas de baile.

Un grupo de adolescentes entre catorce y dieciséis años miraba la pantalla donde se estaba proyectando una antigua película en blanco y negro. En esta, una bailarina oriental con el ombligo a la vista movía el vientre serpenteándolo y agitándolo al ritmo de música árabe. En el aula, casi a oscuras, con las persianas bajadas para que la proyección fuera lo más nítida posible, las espectadoras no se perdían detalle, observaban con sus ojos como platos el frenético baile.

—Joder, es un poco vieja la película, ¿no? —dijo una de ellas, y se dispuso a comerse un bocadillo.

—¿Ahora viene la escena en que le chupa la polla? —dijo otra, riendo.

—¡Qué asco, tía, no te pases! —repuso la primera—. ¿No ves que estoy comiendo?

—¿Las pollas envejecen? —preguntó otra.

—No —respondió tajantemente una cuarta.

—¿Qué pasa? ¿Se la has visto a tu abuelo?

Todas rieron. Después se quedaron calladas viendo la secuencia en que Samia Gamal demostraba que la verdadera danza del vientre solo está al alcance de las bailarinas profesionales. Desde el fondo y situada junto al proyector, Samia veía la película por enésima vez. Se sabía de memoria cada paso, cada movimiento, cada gesto de la actriz egipcia a la que ella le debía el nombre y su afición a la danza. Miró a sus compañeras y pensó que sería misión imposible hacer de ellas, simples aficionadas, expertas en el arte de la danza oriental.

—Mejor olvidemos esto —dijo Samia, apagando el proyector.

—A mí me gusta —protestó la del bocadillo, subiendo la persiana—. Es

difícil pero no imposible. Mira cómo lo hago.

La chica imitó los movimientos vistos en el film y fue recorriendo la clase, bocata en mano, moviendo graciosamente el vientre. Las demás rieron.

—Enséñanos, Samia —pidió otra alumna.

La adoraban y, sin pretenderlo, se había convertido en la líder de su grupo. Su sinceridad, el ir siempre de frente, su discreción y su silencio jugaron siempre a su favor, siendo admirada por todas, las mismas que se criticaban unas a otras o se odiaban por envidia. Ella ya no era la misma de antes, pero aun así la respetaban.

—Vamos a votar. Quien quiera seguir con el *Street dance* que levante la mano.

Silencio. Todas permanecieron calladas.

—Quien esté de acuerdo con Samia en cambiar el baile, que levante la mano.

Una a una, fueron levantando la mano. La moción fue aceptada.

Aquella noche, cuando Samia volvió a su casa y tuvo a su padre frente a ella, estuvo a punto de informarle de su estado, pero no se atrevió y decidió seguir con sus planes.

EL DESPRECIO

Habían recorrido juntas todas las islas y en cada una de ellas habían encontrado su rincón especial, pero fue en Lanzarote donde Hiba se sintió mejor. Tenía la sensación de que estar allí junto a Ruth era seguramente lo mejor que le había sucedido en la vida, y que regresar a la Península sería como salir de un maravilloso sueño que, como todo sueño, inexorablemente termina por esfumarse en cuanto suena el despertador. Ojalá hubiera durado eternamente. Por eso, cuando le dijo a Ruth que debía volver a Madrid porque creía que Samia tenía problemas, esta se ofreció a acompañarla, ya que si en verdad era un sueño, ella quería estar a su lado cuando despertara.

Estaban juntas en la cama. Era tan perfecta esa unión que solo pensar en deshacerla sería como tentar al propio destino.

—Voy contigo, pero solo si de verdad quieres que vaya —le había dicho Ruth una y otra vez.

Hiba quería que fuera, deseaba que lo hiciera, necesitaba su apoyo y compañía, pues temía que al separarse toda la energía y la fuerza que sentía se esfumaría como el sueño. Con ella encontraría el camino correcto en el laberinto, y juntas lo recorrerían hasta la salida. Ahora que ella había descubierto su propio secreto era el momento de revelárselo a los demás, porque al hacerlo podría dar con claves para ir desvelando algunos otros. Basta con quitar una capa de la cebolla para que aparezca otra diferente, y así sucesivamente hasta encontrar el verdadero corazón.

La tarde que decidieron ir juntas y juntas enfrentarse a lo que fuera, se hicieron mil confidencias, se lo contaron todo al detalle, se abrieron como un libro y se leyeron entre líneas. Durante horas estuvieron revelándose sus más ocultos pensamientos, sus más escondidas historias, las más pequeñas anécdotas y solo se guardaron para sí deseos inconfesables. Hiba le habló de su madre, de las visitas al cementerio, de su padre y de su intolerancia, de su abuela y del sentimiento de culpa heredado del catolicismo. «A veces, mirar hacia atrás hace que nos sintamos más seguros

del momento que estamos viviendo», pensó. La transformación que había sufrido en los últimos dos meses le había devuelto parte de su arrogancia pero también le había quitado una pátina que, sin saberlo, ocultaba la parte más valiosa de su propia identidad, y esa era la capacidad de amar y no morir al revelarlo.

Volvió a besar a Ruth, la acarició como la primera vez, palpó sus labios húmedos con los dedos. Sus pensamientos volaron juntos mientras sus cuerpos se estremecían de placer.

El vuelo duró un suspiro, pero tardaron en recuperar sus maletas, que se demoraron tanto que llegaron a pensar que no habían sido embarcadas en el mismo avión. Nadie fue a recogerlas al aeropuerto, ya que Hiba, tras pensárselo mucho, había decidido no avisar a sus amigas ni a su hermana, y mucho menos a su padre y su abuela. Viajaría de cualquier modo, sin levantar la liebre, para averiguar por sí misma qué estaba sucediendo.

Cogieron el metro y salieron en Lavapiés. Allí nada había cambiado. Las mismas caras, los mismos comercios, los mismos grupos de africanos, árabes, chinos, hindúes, juntos pero separados cada uno en su espacio, en su lado de la calle, en su bar, en su tienda, en su puesto, en su rincón. Caminaron hasta el café. Ruth había decidido que grabaría todo el viaje con la cámara, la misma que Laura le había regalado a Hiba. Y así lo había estado haciendo desde que salieran de Tenerife. A través de esta vio a Soledad, una mujer más grande y más fuerte de lo que se había imaginado, que estaba preparando las mesas de la terraza.

—¡Abuela! —dijo Hiba al verla.

Al volverse, Soledad vio a su nieta y sintió que el corazón se le salía por la boca.

—¿Qué haces aquí? —dijo, preocupada.

Hiba sonrió, la miró con sus ojos verdes que brillaban como dos esmeraldas y se lanzó a abrazarla. Sintió una alegría inmensa, un amor tan puro hacia ese ser generoso que tanto había hecho por ella y por Samia, que estuvo a punto de echarse a llorar de la alegría. Oyó sus sonoros y exagerados besos seguidos, como yuxtaponiéndose y atropellándose uno con otro.

—Quita, quita —dijo enseguida Soledad, al ver que el tiempo de los abrazos estaba superando lo normal.

—Qué alegría verte, abuela. ¿Estás bien?

—Y cómo quieres que esté, pues bien, no me queda otra.

Hiba rio al escucharla; si alguien no había cambiado en nada, era ella. Seguía igual que como la recordaba. Siempre la vio mayor, y echando cuentas descubrió que cuando se fue a vivir con ellas, tras la muerte de su

madre, apenas tenía cuarenta y cinco años. Y viendo las fotos pensó que, además de joven, era una mujer muy guapa. Siempre le decía que con su abuelo apenas había convivido ocho años, ya que este murió de un ataque al corazón y la dejó viuda muy joven, teniendo que trabajar para poder sacar adelante a su hija. Entró entonces de criada en una casa con la condición de que pudiera tener a la niña consigo. Así le pudo dar unos estudios a Carmen.

—¿Vienes para quedarte? —preguntó Soledad.

—¿Qué pregunta es esa?

—Qué alegría, has vuelto —dijo entonces la abuela.

—¿Y Samia?

—Eso quisiera saber yo. Estará ensayando para el baile de esta tarde.

—Pero ¿está bien?

—¿Has hablado con ella?

—Me dijo que fuisteis al cementerio.

—Calla —dijo Soledad, reparando en que estaba siendo grabada con una cámara—. ¿Y usted qué hace? ¿Quiere dejar de grabar?

—Es Ruth, mi amiga.

Soledad la miró con desconfianza. Ruth bajó la cámara de vídeo y saludó.

—Hola, ¿qué tal? —dijo—. Hiba me ha hablado tanto de usted que tengo la sensación de conocerla de toda la vida.

—Pues mira qué bien —repuso Soledad con su tono irónico.

Miró a una y a otra y comprendió en un instante lo que había entre ellas, porque si algo tenía Soledad era la rapidez de una ardilla para entender y atrapar cualquier cosa. Eso que sentía su nieta hacia otra mujer no era algo nuevo y moderno, pensó, siempre habían existido esas intimidades, esos juegos prohibidos que se mantenían a escondidas, en las trastiendas, los almacenes o las cocinas, y nunca se aireaban abiertamente como se hacía ahora.

—Así que tú eres su amiga —dijo volviéndola a mirar de arriba abajo —. Venga, subid y dejad todo eso. ¿Tenéis hambre?

—No, ya hemos desayunado, pero a un té no te digo que no — respondió Hiba.

—Vamos, pasad vosotras que no puedo dejar esto solo.

La abuela las empujó hacia dentro y se dirigió a Hiba exclusivamente.

—En cuanto puedas, baja que tengo que hablar contigo —dijo.

Las dos subieron a la habitación. En cuanto estuvieron dentro, Ruth volvió a encender la cámara. Descubrió enseguida cuál era su lado del cuarto, solo había que ver dónde estaban las estanterías repletas de libros. Sí, efectivamente, escritos literarios de Voltaire y Rousseau en francés, la trilogía de *El Señor de los Anillos*, de Tolkien, y toda la colección de Harry Potter en inglés, cuentos de Yusuf Idris en árabe, y libros de texto en

español.

—No, no, deja eso —dijo Hiba.

—De eso nada —respondió Ruth.

Y comenzó a perseguirla con la cámara hasta que cayó una sobre otra sobre la cama. Reían, por un momento convertidas en niñas de nuevo. Hiba logró que dejara de grabar y Ruth acercó su boca y la besó. La excitación de estar abrazadas rompiendo las reglas de un lugar sagrado era mayor que la incertidumbre que sentían.

El invierno había llegado antes de tiempo y sin avisar. Karim, que normalmente iba a todos los sitios caminando, aquella mañana había decidido coger el coche precisamente por el frío. Echaba de menos el clima caluroso, en ocasiones pegajoso de su país natal. Muchas veces había pensado en regresar, pero había pasado tanto tiempo fuera de allí que ya no se sentía de Túnez, tampoco tenía familia, ni amigos, ni casi recuerdos. Si bien había estado allí durante su viaje de novios con Carmen y ambos vivieron momentos maravillosos, ahora convertidos en tristes por su ausencia, y que juntos crearon el café Nuevo M'Rabet como su propio rincón oriental dentro de Madrid, a veces, en los días más fríos, pensaba que todo carecía de sentido y que después de tantos años y esfuerzo no estaba obligado a seguir luchando. Sin embargo, la idea de rendirse pronto desaparecía porque Karim seguía enamorado de su mujer y ella estaba en cada rincón del café, en sus hijas, en la misma Soledad, por muy insoportable que se pusiera a veces, y en sus sueños, porque algunas noches aparecía y, junto a ella, Karim revivía momentos pasados.

Bajó del coche con las bolsas de la compra. Soledad, terminando de colocar la terraza, pensó que nadie se sentaría en ella por el mal tiempo, pero dos habituales habían ocupado ya su sitio de costumbre. «Me va a tocar entrar y salir toda la mañana», se dijo, y continuó con su tarea.

—Vamos, ayúdame, no te quedes ahí parada —le dijo Karim para que le sujetara las bolsas.

—Ha venido tu hija —le informó ella.

—¿Dónde está Samia?

Su hija pequeña le había estado esquivando últimamente, y él, al que le costaba entender a las mujeres, pensó que estaría atravesando algún momento malo debido al cambio que estaba experimentando, pasar de ser una niña al mundo de los adultos no era tarea fácil. Para Karim seguía siendo su pequeña muñeca, la misma que se dormía en sus brazos y, siempre en silencio, observaba todo con sus enormes ojos negros que tanto le recordaban a los de Carmen. Como un gatito, recorría la casa sin hacer apenas ruido, siempre dejando pequeñas pistas de su paso, detalles de

cariño, como una flor silvestre en un vaso junto al sofá donde a él le gustaba quedarse dormido frente a la televisión, o un *baklava* de pistacho, su favorito, sobre el platito que acompañaba el té relajante que tomaba cada noche antes de dormir y que ella depositaba cuidadosamente en su mesilla. Pero en las semanas anteriores sus encuentros habían sido casi inexistentes, la flor silvestre junto al sofá estaba mustia y, si quería tomar un té relajante, no le quedaba más remedio que preparárselo él mismo, y sin ningún dulce árabe porque nadie los había hecho.

—No estoy hablando de Samia —dijo Soledad—. La que está aquí es tu hija Hiba.

—¿Qué? —se sorprendió Karim.

Algo muy grave tenía que estar pasando para que su hija mayor hubiera vuelto de su exilio. Dejó las bolsas, entró en el café y subió atropelladamente por la escalera, sin darle tiempo a Soledad de impedírselo.

—¡No, espera! —gritó ella.

Pero Karim no se detuvo.

Al entrar repentinamente en la habitación, el padre quedó convertido en estatua de sal, como la mujer de Lot cuando, al volverse para ver la destrucción de Sodoma, desobedeció a los ángeles que les habían advertido que no miraran atrás. Padre e hija permanecieron en silencio unos segundos que parecieron horas.

Ojos que no ven, corazón que no siente, ahora se repetían en su cabeza las palabras de Soledad. Había pasado tanto tiempo mirando hacia otro lado para evitar enfrentarse a algo que no comprendía y que sentía como un castigo, que tenerlo ante sí, sin la posibilidad de escapar y olvidarlo, suponía quitarse una venda que hasta ahora había estado cubriendo su fingida ignorancia. Vivir la vida con los ojos vendados. El secreto de Hiba le dolía como una herida fresca incapaz de cerrarse.

—Quiero que cojas tus cosas y te marches inmediatamente de aquí —dijo Karim en cuanto logró pronunciar palabra.

Soledad, que había corrido tras él para intentar detenerlo y casi se cae por la escalera al perder el equilibrio, se detuvo detrás de la puerta y fue testigo de todo. Respiró profundamente cuando vio que la reacción del padre, en vez de ser violenta como cabía de esperar, fue contenida, incómoda y dura, determinante y tajante, pero no vehemente y agresiva. El hombre se volvió con los hombros caídos y el cuerpo encorvado por su derrota y, sin decir nada más, se marchó sin mirarla a la cara. Bajó la escaleras como un autómata, salió del café, caminó lentamente arrastrando los pies y vagó por las calles de Lavapiés, dejando por el camino migas de tristeza. No habló con nadie, no podría haberlo hecho, ni siquiera consigo mismo.

Lisa hizo sitio en el armario. Seguía sola en la casa que compartía, pero aun así prefirió dejarles su habitación. Había vaciado el mueble para que pudieran colgar sus cosas, los cajones para que guardaran su ropa íntima y quitado trastos y chunches; quería que se sintieran cómodas. En todo caso, tenía las llaves de la casa de Dulce y la confianza suficiente para irse a dormir allí. La había dejado en el aeropuerto el día anterior, muy nerviosa. Gracias a Lisa había conseguido localizar a su hija, que había aceptado un reencuentro, y Dulce había reunido el valor suficiente para hacerlo. También había sido idea suya obligarla a teñirse y, con su melena oscura bien arreglada, una sesión de limpieza facial y otra de chapa y pintura, se había quitado diez años de encima de un plumazo. Así, rejuvenecida por fuera y echa un flan por dentro, Dulce se despidió de su perro y le pidió a Lisa que lo cuidara en su ausencia.

—*Martín*, prométeme que te vas a portar bien —le dijo al chucho, que la miraba con ojos turbados—. Nunca lo he dejado solo.

—No te preocupes, me ocuparé de él, de tus plantas y del coche. Lo importante es que vayas tranquila y te reúnas con ella. Y no estés nerviosa, todo va a salir bien.

Lisa había hablado con la hija y le pareció que ella estaba más inquieta y con más ganas de ese reencuentro que la propia Dulce. Era encantadora y, cuando supo que Lisa llamaba de parte de su madre, se emocionó hasta quebrársele la voz. Era gratificante hacer cosas buenas por los demás y por sí misma, y en los últimos días todo había cambiado tanto para ella que ya no sentía ese vacío desesperanzador, esa soledad desgarradora, esa ansiedad que la obligaba a lanzarse al vacío.

—¿Cómo me ves? Dime la verdad —dijo Dulce, sacando de su bolso unas enormes gafas de sol setenteras que se puso como queriendo ocultarse tras ellas.

—Estás guapísima —respondió Lisa.

—¿No crees que me he pasado un poco con el maquillaje? *Martín*, ¿a ti qué te parece? Yo creo que no me reconoce.

El perro ladró. Las dos rieron. Salieron del coche y Lisa la ayudó a sacar su bolsa del maletero.

—Toma, el regalo, no te olvides —dijo Lisa dándole un paquete.

—No sé por dónde empezar cuando la vea —dijo Dulce.

—Dile lo que sientes. Háblale como me hablaste a mí.

—Eso haré —dijo Dulce, despidiéndose con dos besos—. Y tú no olvides que el tiempo es únicamente el espacio entre los recuerdos.

Al escucharla, Lisa pensó que ella quizá algún día también tendría que enfrentarse a sus propios fantasmas y a las muchas cosas que aún tenía pendientes; llamar a sus padres y un reencuentro con ellos era algo para lo que aún no estaba preparada. En ese momento, un coche lleno de tíos pasó ante ellas aminorando la marcha. Las silbaron. Lisa y Dulce, sin haberse

puesto de acuerdo pero en perfecta sincronización, les hicieron un corte de mangas. Rieron.

Dulce cruzó y antes de entrar en la terminal se volvió, alzó una mano con gracia y la movió despidiéndose. Lisa pudo ver en ella a aquella chica del sur, joven, llena de emociones, con el tiempo suficiente para recuperar sus recuerdos.

Martín ladró, devolviéndola al presente. Simpático, recorrió la habitación y fue directamente a donde se encontraban Hiba y Ruth, que ya estaban sacando de sus maletas parte de su ropa para que no se arrugara.

—Aquí podéis quedaros el tiempo que necesitéis —dijo Lisa.

—Te lo agradezco, de verdad —contestó Hiba.

Seguía afectada por lo de su padre, se sentía culpable de haberle hecho pasar un rato tan desagradable a Ruth. Solo a ella se le podía haber ocurrido una idea tan descabellada como llevar a su novia a la casa de la intolerancia. El tiempo que había pasado fuera, viviendo en el paraíso, había hecho que olvidara cómo eran las cosas en verdad. Si bien es cierto que el matrimonio igualitario ya es algo aceptado por ley, solo hace falta acercarse a algunos pueblos de España para encontrarse con gente perseguida e insultada por su sexualidad, pensó, y niños que en los colegios sufren *bullying*, o la incomprensión y el desprecio que ella misma había sentido de su propio padre.

—¿Os apetece un café? —preguntó Lisa.

—¿Por qué no? —respondió Ruth.

—O una tila —dijo Hiba, riendo.

—Si queréis daros una ducha, hacedlo ya, tenemos el tiempo justo para llegar a lo de Samia —sugirió Lisa.

—Paso yo la primera —dijo Ruth.

Tenían tantas cosas que contarse que, al quedarse a solas, no sabían por dónde empezar. Prepararon el café y se sentaron. Ahora que Hiba había mostrado a todos su gran secreto, había llegado la hora de pasar al siguiente, pero Lisa se mantuvo callada al respecto. No era el momento de ser la protagonista de nada, estaba preocupada, pensaba que si el padre había reaccionado así ante el secreto de su hija mayor, ¿qué sería capaz de hacer cuando descubriera el embarazo de la pequeña?

—¿Sabes qué le pasa a mi hermana? —preguntó Hiba.

Lisa quería contarle todo, pero había jurado no hacerlo. Dudó. Barajó varias posibilidades.

—¿Ella qué te ha dicho?

—Nada, pero está rara.

No había vuelto a hablar con Samia por teléfono desde que le contó que había ido con su abuela al cementerio. Después de eso intercambiaron algunos WhatsApp rutinarios, secos y faltos de contenido, lo cual dejó a Hiba con la mosca detrás de la oreja. Conocía bien a su hermana y sus

pequeños detalles, en principio sin importancia. Estos podían consistir en una foto mandada de vez en cuando con un anochecer desde la ventana de su habitación, un emoticono de fantasma con un ojo morado, un saludo casual, o el enlace de algún tema musical especial para las dos. Cuando todo eso desapareció de la comunicación entre ambas, no le quedó más remedio que pensar que las aguas no seguían por su cauce habitual. Aceleró el viaje todo lo que pudo. Consiguió una semana de vacaciones, aunque aún no tenía derecho a ellas, pero se había ganado en poco tiempo el afecto del director del complejo hotelero y el de sus compañeros, y no tuvo ningún problema. Estaba tan feliz en la isla que sus ojos parecían más verdes aún, su piel más dorada, su sonrisa más blanca y su luz más luminosa. Todos se alegraban de verla, sobre todo los niños a los que cuidaba en sus ratos libres, que dedicaba sin pedir nada a cambio a la ONG en la que trabajaba Ruth. Tener tanta facilidad con los idiomas y el conocimiento de las costumbres de culturas diferentes le abrió una puerta que ya no se cerraría nunca.

Antes de salir el vuelo, intentó comunicarse con Samia, pero el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Lo mismo sucedió cuando pisó la Península y todavía seguía sin cogerlo. Lisa le dijo que estaría liada con el ensayo general del baile, pero que cuando pudiera hablara con ella.

—Se va a alegrar de que lo hagas —añadió—. Te ha echado mucho de menos. Todas, pero sobre todo ella.

Lisa le había aconsejado a Samia acabar con su problema tajantemente ahora que estaba a tiempo, y aunque no sabía qué decisión había tomado, seguía pensando que era la única solución, ya que, en su opinión, ser madre adolescente era una irresponsabilidad y un desatino irreparable. Ella nunca tendría niños; ¿para qué? Era de la teoría de que la mayoría de los padres y las madres no están preparados para esa tarea y que lo hacen por inercia, por aburrimiento, o para intentar arreglar situaciones de la propia pareja, que sin la aparición de estos pequeños tiranos llevaría en muchas ocasiones a una irremediable separación. Estaban también los que concebían a borbotones por sus creencias religiosas o por la estupidez de no ponerse un condón. Y, por último, los que por falta de educación no conocían la planificación familiar ni el control de la natalidad. Los pocos restantes, pensaba Lisa, eran los que verdaderamente deseaban tener hijos, a los que protegerían y educarían como es debido, dándoles una vida con un futuro prometedor, y esos padres perfectos no tenían por qué pertenecer necesariamente a las llamadas familias tradicionales.

Tenían muchas cosas que contarse, pero ahora que estaban a solas la una frente a la otra, eran más fuertes los secretos que la necesidad de revelarlos. No obstante, Hiba siguió preguntando.

—¿Y qué mal rollo tienes con Laura?

Lisa agradeció que cambiara de tema y dejara de preguntar sobre

Samia, aunque tampoco quería ponerse a analizar en ese momento su relación con Laura. Era algo que tenían que resolver entre ellas, sin que nadie se metiera ni opinara al respecto. La confianza que había entre ambas, la ambición de una y la inconsciencia de la otra, eran algunos de los posibles argumentos para entender lo que había sucedido, razones que, sin embargo, ni ellas mismas eran capaces de admitir en esos momentos.

Vergüenza. Desprecio. Sentimientos encontrados.

—Nos hemos peleado. —Hizo una pausa para mirar a Hiba, mientras buscaba la forma de salir del tema sin entrar en detalles—. Nos hemos peleado —repitió—. Eso es todo.

—¿Qué pasa, que me voy yo y todo se va a la mierda?

—A ella no le gusta como soy y a mí no me parece bien cómo actúa. Sé que te vas a poner de su parte.

—¿Por qué piensas eso?

—Como siempre has estado enamorada de ella...

—Pero ¿qué dices?

—Admítelo.

Cuando Hiba vio por primera vez a Laura pensó que iba de sobrada, pero al mismo tiempo le resultó muy atractiva. Su desgarbada forma de caminar, el estudiado desaliño de su vestuario, su cabello largo y mojado como recién salido de la ducha, su piel blanca y sus labios rojos aun sin pintar llamaron su atención, pero lo hizo aún más la discusión que estaba manteniendo con Quentin, un joven árabe habitual del café.

—Te devuelvo el bolso si me das un besito, aquí en la cara —decía él, mirándola mientras sonreía con malicia.

—¿Un besito? Una hostia es lo que te voy a dar —le contestaba ella al mismo tiempo que intentaba recuperar su bolso, que él le acercaba y apartaba, provocándola.

Conocía de sobra las estrategias de Quentin, siempre dispuesto a lo que fuera con tal de llamar la atención con métodos poco sutiles que al final le daban resultado, porque tarde o temprano todas terminaban cayendo en sus fuertes brazos, seducidas por sus impenetrables ojos verdes, su piel bronceada y su delicioso acento francés. Todas menos Hiba, y no porque este no la persiguiera hasta el acoso, sino por la resistencia de ella, que lo consideraba nada interesante, poco inteligente y muy pesado. El chico, que acostumbraba ir al café con sus amigos únicamente para verla, intentó varias estrategias para conquistarla, todas torpes y groseras. Se tomaba tan a rajatabla esa expresión española de «tirar los tejos» que en vez de tejos se había dedicado toda una noche a lanzarle cubitos de hielo desde su mesa. Como esto no le dio resultado, pasó a perseguirla por la calle lanzándole

piedrecitas. Con lo fácil que hubiera sido leer un libro para hablar de él, aunque fuera solo uno, pensó ella. El chico no estaba mal; era guapo, espigado y con un rostro muy seductor, pero dejaba de serlo al verlo comportarse así. Seguía esquivando a la chica, pasándose el bolso de una mano a otra mientras se acercaba cada vez más, acorralándola hacia la pared y repitiéndole que se lo cambiaba por un beso, ahora ya en la boca. A Hiba le gustó la actitud guerrera y nada sumisa de ella, que no solo no cedió a sus peticiones sino que aprovechó un descuido de él para arrebatarle la cartera de su bolsillo y así poder a negociar.

—Te lo cambio por tu cartera, campeón —le dijo—. Pero además tendrás que ponerte de rodillas y pedirme perdón.

Eso terminó por conquistar a Hiba, que no pudo quedarse al margen ante el coraje de aquella muchacha. Fue por detrás sigilosamente y le quitó el bolso a Quentin, sorprendiéndolo.

—Vamos, Quentin, lárgate de aquí si no quieres que le diga a todo el mundo que eres una nenaza —dijo Hiba.

El chico dio un paso atrás; Hiba le gustaba y, aunque trataba de disimularlo, siempre se quedaba descolocado ante ella. Así que optó por recuperar su cartera y marcharse sin decir nada.

Así lo recordarían siempre, su primera noche juntas, una amistad que surgió de repente y que fue fortaleciéndose cada día. Se compraron una botella de whisky, que aun siendo menores consiguieron sin problemas en los chinos, y se fueron a Malasaña de botellón. Allí se fumaron un porro de maría y bajo la luna de agosto, con un calor sofocante y emborrachándose con el dinero que Laura le había birlado a Quentin de la cartera sin que se percatara, las dos rieron, lloraron, hablaron de sus cosas, contemplaron las estrellas y se sintieron especiales.

A pesar de todo, Hiba nunca había sido del todo consciente de su atracción por Laura, si bien era cierto que le encantaba estar con ella aunque estuviera de mal humor; la admiraba a pesar de sus inseguridades y sus continuas mentiras que cazaba al vuelo, la defendía sabiendo que la mayoría de las veces no llevaba la razón, y comprendía su comportamiento en muchas ocasiones ilógico. ¿Eso era amor? Seguramente sí, pero un amor puro, blanco, limpio, sin la perversidad del deseo ni la oscuridad de los celos; una relación no manchada por el sexo. Alguna vez se habían besado, muchas noches dormían juntas y se abrazaban, o se habían dado masajes la una a la otra, pero lo mismo que con Lisa, pensó.

La llegada de la nueva amiga fue una bocanada de aire fresco para su relación. Lisa era divertida hasta morir de risa con sus delirantes salidas de tono, extrovertida, dicharachera y sensible. Esto último fue lo que las conquistó, porque todo lo anterior solo eran capas para cubrir ese rasgo. Les gustó tanto que abrieron su caparazón y la dejaron formar parte de su pequeño mundo. Entonces fueron tres las amigas inseparables, a ratos

enloquecidas y a ratos entrañables. Juntas aprendieron a sobrevivir y juntas se hicieron más fuertes, mientras en el interior de cada una de ellas nacían pequeños secretos que el tiempo hizo crecer hasta que ya era imposible mantenerlos ocultos.

No lo dudó ni un momento, Lisa supo siempre que ella sería la tercera, pero no le importó. Era tal la atracción que sintió hacia esas dos chicas tan diferentes a las que había conocido que no se resistió. Supo que con ellas todo podía ser posible. Enseguida se percató de la pasión dormida de Hiba hacia Laura, pero pensó que si era así, ella no tenía por qué asumir la responsabilidad de despertarla de su letargo; los sueños son a veces mejor que la vida real, y más cuando también veía que Hiba no era correspondida. Laura, aunque sentía verdadera adoración por Hiba, era incapaz de esconder su atracción hacia el sexo opuesto, a pesar de que, inconscientemente y como método de protección, cuando se le aproximaba algún guapo pretendiente ella iba adquiriendo en su mirada, en sus gestos y su forma de hablar, un comportamiento cada vez más masculino, lo que les hacía huir despavoridos, provocando la risa de las amigas.

—Estaba claro. Siempre lo supe desde que os conocí —dijo Lisa, que seguía sentada en su casa frente a Hiba.

—Y si estaba tan claro ¿por qué no me lo dijiste? —replicó Hiba mientras apuraba su taza de café.

—Ay, yo qué sé, ahora tampoco la tomes conmigo. Nunca me he metido en vuestras historias.

—Pues me lo podías haber dicho. Así me hubiese enterado, porque yo no lo sabía. Hasta que conocí a Ruth no estaba segura de nada. Me ha costado, no creas. Algo que debería ser normal, no lo era para mí.

Se quedó pensativa. El frío que había sentido al ser rechazada por su padre de aquella forma le heló las venas. Una demostración de cariño o amor entre dos personas, en su caso entre dos mujeres, puede convertirse para otras en una provocación, en rechazo, en odio.

Amor enfrentado a odio.

Estaban sentadas frente a frente cuando Ruth salió secándose la cabeza con la toalla.

—Buenísima esa ducha —dijo.

—¿Quieres un café? —le ofreció Lisa.

—Mejor una tila.

Las tres rieron. Lisa se levantó y puso un cazo con agua al fuego.

Ruth, acercándose a Hiba, la besó.

—¿Estás mejor? —preguntó.

—Sí —contestó Hiba—. Perdona por hacerte pasar por esto.

—No tienes que pedirme perdón.

—Algún día recordaréis esto y os reiréis —dijo Lisa.

—¿Tú crees? —respondió Hiba.

—Y os digo una cosa —prosiguió Lisa para animarlas—. El mundo ya está cambiando. Y si no, nosotras haremos que cambie.

Hiba y Ruth sonrieron. Las palabras de aliento de Lisa, aunque ingenuas, estaban repletas de verdad. La visibilidad es el primer paso para confirmar la existencia.

Aquel día iban a cambiar muchas cosas, porque el mundo está en continuo movimiento y nada permanece, todo se mueve.

LA RABIA

Cuando le pidió que la ayudara no pensó que se entregaría a la tarea de aquella forma. Había estado tan nerviosa que no sabía si las náuseas y los vómitos, que últimamente formaban parte de su día a día, se debían a su embarazo o a su estado emocional. Laura no se separó de ella ni un segundo, convirtiéndose de pronto no solo en un apoyo, sino en la improvisada directora de la gala. Samia la observaba con profunda admiración, siguiendo cada uno de sus mágicos movimientos con que iba sacando de una cesta pañuelo tras pañuelo como si fuera una ilusionista. El miedo había desaparecido, dejando paso a la incertidumbre, una sensación de vértigo que era menor por la proximidad de su amiga. Cada pañuelo era de un color más brillante que el anterior y formaban parte de la colección que Samia había reunido a lo largo de su vida.

Samia miró su rostro reflejado en el espejo y comenzó a maquillarse, convirtiendo su delicado cutis en un lienzo donde fue aplicando capas de color. Necesitaba ocultar sus sentimientos, sus pensamientos, su verdad, y más que utilizar la pintura para la seducción, la requería como expresión artística, como parte de un todo que se complementaría no solo con la peluquería y el vestuario, sino también con la interpretación y la luz. Poco a poco fue perfilando una máscara capaz de tapar su inocencia interrumpida. Tomó aliento. Tras ella apareció la mirada de Laura, que volvió a darle la confianza que necesitaba. Le entregó los pañuelos y siguió moviéndose aquí y allá, resolviendo y ayudando a unas y otras.

Las gradas del gimnasio del instituto estaban vacías, lejos habían quedado las competiciones a nivel nacional de gimnasia rítmica que allí se celebraban hacía unos años; ahora la decadencia y la dejadez daban al espacio una frialdad que ocultaba aquel pasado glorioso. Cerca, en los vestuarios, las jóvenes iban vistiéndose, preparándose para la *performance*. Los nervios eran los reyes y se movían a sus anchas entre las inquietas participantes, que sentían temblar las piernas al mismo tiempo que un cosquilleo en el estómago, conscientes de ser parte de un coro griego cuya

misión consistía en secundar la tragedia.

Tuvo ganas de marcharse de allí ahora que estaba a tiempo. Solo tenía que levantarse, ponerse el abrigo, caminar hasta la puerta sin decir nada a nadie, salir hacia el patio, cruzarlo y escapar por la puerta lateral. No. Sería valiente, se enfrentaría a todo, no le quedaba otra, así lo había decidido y así lo haría, con valentía. No estaba segura, pero ya no había marcha atrás.

Atardeció un día lluvioso, pálido y desdibujado, casi en blanco y negro, capaz de hacernos retroceder a los tiempos en que todo era gris. Las familias, con pereza, iban dejando sus viviendas para dirigirse al instituto, donde se celebraría el evento. Solo era mediados de septiembre, el día en que el verano da paso al otoño, y sin embargo el viento parecía querernos engañar silbándonos al oído una canción navideña.

Karim salió del café, estiró el brazo con la palma hacia arriba para comprobar si llovía, miró al cielo y volvió a entrar. Al rato salió con un paraguas en la mano.

—¡Soledad! —llamó.

—¡Ya voy! —contestó desde su habitación.

Él comenzó a mascullar palabras ininteligibles en su árabe natal. Ella bajó más arreglada que nunca, se puso su mejor abrigo y se cubrió la cabeza con un pañuelo.

—¡Vamos a llegar tarde, como siempre! —refunfuñó él.

Soledad ni contestó, se limitó a echar a andar. Pronto fue alcanzada por Karim que la rebasó, dejándola atrás como era su costumbre. Caminaron en fila india siguiendo las callejuelas y uniéndose a la procesión de padres y familiares. Ninguno de los dos mencionó a Hiba, quien, aunque ausente, estaba más que presente en el pensamiento de ambos. Ella se sentía culpable por no haber intercedido por su nieta y responsable por no haber anticipado lo que iba a suceder, o al menos haber advertido la presencia del padre, lo que hubiera impedido el desafortunado encuentro. Él se sentía castigado por su deshonra y sufría por dentro como nunca antes, un dolor diferente del de la muerte de un ser querido, al que dejas marchar y entierras. Este nuevo dolor consistente en la pérdida del honor no significaba un final, era más comparable a una enfermedad que iba poco a poco, propagándose por todo el cuerpo; ira, rabia, furia y desasosiego.

Llegaron al portón de entrada y pasaron al interior. Ninguno de los dos saludó a nadie, se limitaron a atravesar el patio en fila india y en silencio; él con la cabeza gacha y una nube gris sobre esta, y ella mirando a un lado y a otro, intentando visualizar el terreno para esta vez poder anticipar cualquier imprevisto, ya que sabía que Hiba iba a aparecer en cualquier momento.

Al entrar en el gimnasio se coló tras ellos el frío de la calle, y oyeron el rumor de la gente, que poco a poco iba llenando las gradas. Parecían

universos diferentes que convivían entre sí sin apenas rozarse.

Poco o nada tenían que ver las familias latinas de niños gritones e hiperactivos que se arremolinaban alrededor de sus padres, mientras estos se saludaban abrazándose, y ellas, muy coquetas, intercambiaban besos y consejos a viva voz, respecto a los tímidos orientales que permanecían apagados como velas recién sopladas, guardando celosamente su espacio, distantes también de las parejas de españoles. De estos, unos eran fieles representantes del barrio de Las Letras y parecían descendientes de Lope de Vega, Cervantes o Calderón, habiendo heredado su mirada altiva, su trato cortés y protector, con sus tupidas barbas ellos, y su palidez y desgarbo ellas. Otros, de barrios más humildes, regañaban a sus hijos o se repartían entre ellos el típico bocadillo de jamón o el mítico de chóped, discutiendo de fútbol ellos, o comentando la prensa rosa ellas. Por curioso que parezca, los grupos menos presentes en ese mapa plural concentrado en el salón de actos eran los árabes, donde además de Karim solo había un par de familias que, sin llamar la atención, esperaban con paciencia la función sentadas en las gradas, y los africanos. La peculiar familia de Pap estaba representada por el matriarcado. Subsaharianas con coloridos pañuelos en la cabeza, sosteniendo en brazos a niños pequeños y dejando que otros corretearan entre la gradas, jugando al escondite, riendo y mostrando sus enormes sonrisas, que se dibujaban blanquísimas en sus rostros.

Universos diferentes que convivían entre sí sin apenas rozarse.

Pero no era así, ya que sus vástagos habían logrado romper los prejuicios culturales. Bajo las gradas, los compañeros de clase, que formaban un grupo compacto de adolescentes vestidos con camisetas de fútbol, bromeaban repartiéndose cachetes y risas a partes iguales.

Eran las seis y media de la tarde y, contra todo pronóstico, aún no había dado comienzo el acto. Las bailarinas hacían ejercicios de estiramiento en el aula transformada en vestuario, donde los espejos colocados sobre mesas sacadas de otras clases apenas dejaban lugar para repasar algunos pasos de baile. Laura miró el reloj.

—¡Tenemos que empezar! —anunció.

Fue revisándolas una a una y todas se fueron colocando en dos filas paralelas, tal como habían ensayado. Los nervios flotaban en el aire como pelusas de polen contagiando a las más vulnerables. Por las ventanas entraban los primeros rayos de sol después de haberse disipado las nubes y haber cesado la lluvia, un sol que antes de desaparecer quería soltar sus últimos rayos y que todas agradecieron. Samia ocupó su lugar, miró el suelo de cemento pulido de color gris, respiró profundamente, cerró los ojos y su mente voló por unos segundos, los colores de sus pañuelos fueron tomando formas de recuerdos, imágenes de su propio pasado más lejano, borrosas, tímidas, fugaces, infantiles, perdidas, entrañables, contenidas,

que se iban haciendo más nítidas según se acercaban rápidamente al presente más inmediato: Karim, Soledad, Hiba, Lisa, Laura, Pap... Abrió los ojos. Estuvo a punto de perder el equilibrio y caerse, pero se sujetó a tiempo. Apoyó la frente contra una pared y volvió a respirar.

—¿Estás bien? —le preguntó Laura acercándose a ella.

La había visto a punto de derrumbarse. Samia se limitó a asentir con la cabeza.

—¡Vamos a ello! —le dijo Laura al oído.

Las gradas estaban llenas, salpicadas de colores y sonidos de voces que se entremezclaban aleatoriamente y sin ningún significado más que el de la espera.

—¡Por favor, tomen asiento, vamos a comenzar! —dijo el oráculo a través de la megafonía que sonaba por todo el recinto.

Hiba, que entraba en ese momento escoltada por Lisa y Ruth, reconoció de inmediato la voz imperativa, susurrante y aterciopelada de Laura. Una voz capaz de acariciar en algunas ocasiones y herir en otras, pensó Lisa, quien también la identificó al instante. Las tres apresuraron su paso y lograron sentarse. Habían apurado el tiempo, calculando llegar justo al comienzo, pues no deseaban un encontronazo frontal con Karim que hubiera sido un desatino.

El grupo de compañeros vestidos con camisetas de fútbol dejó de ser compacto para esparcirse, difuminándose por las gradas. Pap, tras chocar las palmas con varios de sus colegas, subió por las gradas y, abriéndose paso, se sentó entre su madre y su tía, que sostenían en brazos sendos bebés, a los que acunaban para que no lloraran.

La luz se apagó dejando todo a oscuras, reinó el silencio y se detuvo el tiempo, que empezó a parpadear de nuevo al irrumpir el sonido de unos tambores que tronaron al unísono con un ímpetu desbordante. Un haz de luz iluminó una hilera de chicas que empezaron a ondular sus cuerpos mecidos por la dulce armonía de las flautas, que comenzaron a dibujar una enigmática melodía de tintes árabes que iba poco a poco conteniendo el misterio y al mismo tiempo que se iban uniendo más instrumentos. Cuando todavía no se había resuelto el enigma musical, la fila de odaliscas se dividió en dos, dando el protagonismo a la bailarina principal: Samia. Esta, envuelta en velos de colores y transformada por un embrujo, se movía dejando brotar de su interior toda la fuerza de quien lleva en sus venas el flujo de lo auténtico.

De pie, junto a la puerta del vestuario, Laura contuvo la respiración al ver cómo la muchacha no solo captaba toda la atención del público, sino que con sus serpenteantes movimientos inducía a una hipnosis colectiva más propia de un mentalista. Aprovechó ese instante de trance colectivo para pasar revista a las gradas. A un lado, Hiba, absorta; a pesar de la penumbra podía distinguirla perfectamente: más bella y luminosa que

nunca, miraba sin perder detalle el baile de su hermana, que ahora se había quitado un primer velo y jugueteaba con él, alzando sus brazos y trazando en el aire figuras circulares. Sentada junto a ella, Lisa: seria e impasible, parecía analizar cada uno de los gestos de Samia, quien, deshaciéndose del primer velo, comenzó a ondular el segundo, que, al ser de una tela más gruesa, se movía de forma más brusca y precisa que el anterior. De pronto Lisa se sintió observada y miró hacia la puerta del vestuario. Vio a Laura y cruzaron sendas miradas, frías, llenas de reproches. La última apartó la vista buscando a Karim entre el público. Allí estaba, en primera fila, serio, concentrado, encerrado en sí mismo, con los hombros caídos y la cabeza gacha. Nunca había podido acercarse a él y hablar de tú a tú; él siempre pasaba ante ella ignorándola, y cuando la miraba daba la impresión de que sus ojos, en vez de posarse en ella, la traspasaban fijando su atención en lo que había detrás. Ahora, sin embargo, lo vio distinto, vulnerable ante la danza de su hija pequeña.

Desde que oyó los tambores iniciales, Karim sintió que se estremecía. Conocía perfectamente el sonido de la *daburka*, un instrumento que le recordaba a su tierra, a su madre, a su infancia.

Después fueron las flautas *nay*, que se metían en su mente y atravesaban sus pensamientos hasta trasladarlo directamente a Douz, el pueblo donde de niño miraba el infinito desierto. Al comenzar la melodía, Karim creyó ver a Carmen no a su hija, que llevaba la cabeza cubierta con el mismo pañuelo turquesa que ella había llevado en su boda, donde sonó esa misma canción. Juntos la habían escuchado por primera vez en un viejo film de Samia Gamal y juntos la habían escogido para que sonase el día más importante de su vida. Ella se negaba a ir de blanco y a él todo en ella le hacía gracia.

Samia continuaba moviendo el vientre y poco a poco iba acercándose a su padre. Al quitarse el tercer pañuelo, el de color turquesa, Karim volvió en sí y pudo ver el rostro de su hija, que, aun tras una máscara de maquillaje, no le era en absoluto ajeno. El velo turquesa voló sutilmente y tras dibujar una ola cayó al suelo con delicadeza.

Las demás bailarinas volvieron a rodearla haciendo círculos como los planetas del sistema solar. Ella giraba sobre sí misma en sentido contrario mientras se quitaba el cuarto velo, que fue pasando de mano en mano.

Pap la miraba con orgullo desde la grada; normalmente él era el centro de atención, el mayor goleador, el admirado por todos, y ella, su fiel seguidora, la acompañante que le daba ánimos en los peores momentos o le festejaba los éxitos con una generosidad que ahora él quería corresponder. Las últimas semanas no habían sido fáciles para ninguno de los dos, pero tanto su amor como su admiración por ella habían crecido proporcionalmente a la incertidumbre en que ambos se encontraban, y eran infinitamente mayores que esta.

El quinto velo, el que envolvía su cuello, fue quitándoselo como el que se deshace de una soga. Samia miró al cielo y se lo dedicó a su madre, aquella madre que nunca conoció pero que veía en sueños. Después cogió el pañuelo por los extremos y corrió con las manos en alto hasta desprenderse de él dejándolo escapar entre los dedos.

El cuerpo de baile se fue retirando cuando se deshizo del sexto pañuelo, mientras Laura daba una orden para que todos los focos se concentraran en ella. La música se detuvo y de nuevo se oyeron los tambores rítmicamente. Mientras bailaba, Samia se iba acercando poco a poco a Karim, y una vez allí, delante de su padre, mirándolo a los ojos, con el resto del auditorio borroso y desenfocado, se desprendió de su último velo descubriendo su redondeado vientre.

Sus miradas se cruzaron, la de ella altiva, sincera, orgullosa y límpida; la de él, oscura, temerosa, difuminada y triste.

Con los ojos humedecidos por la emoción, Soledad suspiró aliviada al entender la decisión de Samia. Cuánto había rezado por su nieta y por el ser que llevaba en sus entrañas. Habría hecho cualquier cosa por proteger esa vida, y ahora lo único que deseaba era abrazarla, ofrecerle todo su apoyo, todo su cariño, todo su amor. Sabía de las incomprensiones y de las dificultades que le esperaban, y ahora tenía una nueva misión en la vida, algo que la hacía aferrarse a ella como a un bote salvavidas de un buque que podría hundirse en cualquier momento.

Hiba se volvió hacia Lisa, preguntándole con la mirada si sabía algo del asunto. Esta, a regañadientes, contestó que sí con la cabeza.

No se lo podía creer, era lo más descabellado que había visto en su vida. La equivocada decisión de Samia, pensó Lisa, la obligaría a renunciar a todo lo que le faltaba por vivir, por experimentar, por viajar, por conocer, por estudiar, por saber, para a cambio entregarse a los cuidados de una criatura cuando todavía era una niña, con pensamientos de niña, y comportamientos de niña, como esa pantomima de los pañuelos delante de su padre y de todo el instituto, que ahora murmuraría hasta la saciedad convirtiéndola en el centro de las habladurías, bromas y desprecios. Lisa la quería, y por ello sufría al pensar en todo lo que le esperaba.

Su hermana temió por Samia, sabía que algo sucedía y por eso había precipitado su regreso, pero nunca se imaginó que ese sería el secreto que guardaba. Hiba no llegaba a comprender por qué su hermana no había sido capaz de compartirlo con ella y se imaginaba todo lo que habría tenido que pasar hasta tomar la decisión. Pensó en la intolerancia de su padre, pensó en que Samia seguía siendo una niña, su niña, y siempre lo sería para ella. La ayudaría, la apoyaría, estaría de su lado. Ruth la cogió de la mano y ella la apretó con fuerza.

La música se detuvo de golpe. El silencio fue tan grande que hasta se escuchaba el latir de los corazones. Karim cerró los ojos, no quería mirar la

realidad, se sentía roto en mil pedazos, traicionado por lo que más quería: su propia sangre. Su vida ahora eran trozos de equivocaciones, mentiras envenenadas, secretos a voces, nada peor podía pasar que seguir viviendo en esa pesadilla.

Murmullos.

En ese momento, Samia sintió algo parecido al mareo generado por un descenso vertiginoso en una montaña rusa y pensó que caería desmayada al suelo. Buscó un punto de referencia donde fijar la vista y concentrarse para no derrumbarse, y este fue Pap, que seguía sentado entre su madre y su tía, mirándola con la seguridad que da la juventud, la fuerza del que se cree capaz de comerse el mundo antes de que el mundo haya empezado a desgastarlo y quitarle esa energía de alevín. Entonces Karim abrió los ojos y miró por primera vez a los de su hija, lo que le precipitó a un abismo aún mayor al darse cuenta de quién era el beneficiario de su mirada: Pap.

El silencio fue roto por un aplauso.

De la oscuridad emergió una figura que nadie esperaba, pequeña y casi invisible, que fue tomando forma hasta que se pudo ver por completo: era Abdul, el joven sirio que Samia había salvado del suicidio, un hecho que, como había prometido, ella había mantenido en secreto. Avanzó solo y pasó frente a Karim, que reparó en él, pues conocía perfectamente su historia: huérfano de padre y madre, fallecidos durante un bombardeo en Siria, el muchacho era un símbolo de una nueva generación que renacía de las cenizas. Él fue el primero en aplaudir, emocionado y a punto de llorar, la sensibilidad con que ella se había enfrentado al baile y la valentía de su mensaje merecía todo su apoyo.

Laura fue la segunda en batir palmas, dar un paso adelante y unirse a sus aplausos. Hiba y Ruth se levantaron secundándola. La siguiente fue Soledad, que comenzó a secarse las lágrimas de la emoción. Y tras ella Pap, que, como un líder, se levantó orgulloso seguido de todos sus compañeros de equipo, que vitoreaban pegando gritos de ¡bravo! Lisa, aunque seria, también optó por ponerse en pie por solidaridad con su amiga. Poco a poco, todos los espectadores se fueron contagiando y uniéndose a la ovación, hasta que en las gradas solo quedó sentado Karim, aplastado, derrumbado, sin poder moverse ni para salir huyendo; no tenía fuerza ni para escapar de sí mismo, ni para esquivar su desgracia.

El cuerpo de baile rodeó a Samia y todas juntas se marcharon hacia el vestuario. En las gradas, la gente continuó viendo el resto de los números. Ahora tocaba el turno a los más pequeños, que formaban un coro de niños cantores que interpretaban su propia versión de *Feel* de Robbie Williams, a la que siguió *Angels.* Ruth le preguntó a Hiba si continuarían con toda la discografía del cantante británico.

—Espérame aquí, voy a ver a mi hermana —dijo Hiba.

—Claro, no te preocupes —respondió Ruth.

—Voy contigo —dijo Lisa.

Las dos bajaron las gradas y fueron hacia el vestuario de las bailarinas orientales. Dentro, las chicas se felicitaban unas a otras, se hacían fotos posando delante de sus móviles de forma sugerente y divertida, o se abrazaban. La energía que desprendían tras la actuación era contagiosa, había sido un éxito, eso nadie lo dudaba, un día que recordarían toda su vida, porque la mayoría de ellas no volvería a actuar ni a ponerse delante de un público, las más afortunadas serían dependientas, peluqueras, camareras, enfermeras o secretarias, pensó Lisa, acostumbrada por su trabajo al reparto de tareas profesionales. Para algunas el futuro sería tan sombrío que prefirió no pensar en ello. No podía imaginar cómo se sentía Samia, la catarsis había sido tan fuerte que a ella misma se le había hecho un nudo en la garganta que tardó en deshacer. Por eso no había corrido inmediatamente después de la actuación en pos de su amiga, aun sabiendo que esta necesitaría apoyo. Lisa tuvo que reposar unos segundos para volver a ordenar esos sentimientos enfrentados y esas sensaciones contradictorias, algunas de ellas tan alteradas que parecía que iban a estallar en cualquier momento. Debía dejar a un lado su opinión, dar su brazo a torcer aun teniendo la certeza de que era una decisión errónea. Y por eso mismo ella, que veía más los contras que los pros, podía ser de enorme utilidad de ahora en adelante. Dedujo que Samia había encontrado el apoyo de Laura, y allí estaban las dos.

En eso no se equivocaba. Samia, aunque desde el intento de suicidio de Abdul había decidido dar un paso adelante y continuar con su embarazo, no fue hasta la conversación con Laura cuando realmente tuvo la fuerza necesaria para enfrentarse a todo. El deseo de ser madre, cuando ambas habían sufrido en sus propias carnes la falta de una, era más poderoso que cualquier impedimento, aunque este fuera la intolerancia de su propio padre. Se limitó a seguir sus propios instintos, y para ello lo que debía hacer era romper con todos los tabúes de una vez. Tendría que informar a Karim, pero no como quería Soledad, a solas en una conversación frente a frente; eso no solo no hubiera dado resultado, sino que podría haber tenido un desenlace fatal. Sabía que su padre no era violento, nunca le había puesto una mano encima, ni a ella ni a su hermana, pero también conocía las costumbres del islam y la educación que él había recibido. Así pues, pensó que era mejor no tentar a la suerte. La otra preocupación, que por supuesto iba unida a la anterior, era el qué dirán, las murmuraciones, los cotilleos más grotescos y repulsivos, la gente que se cree en posesión de una moralidad intachable cuando todo el mundo guarda secretos en sus cajones y nadie, ni el más inocente, está libre de algo vergonzante. Así que decidió, con el visto bueno de Laura y la complicidad de sus compañeras, mostrar a su padre que no se avergonzaba ante la gente, y lo hizo como un homenaje a su madre, pintándose el rostro como ella, llevando su pañuelo

de boda en la cabeza, y también como un tributo a la cultura árabe, bailando la danza del vientre con la música de aquella vieja película de Samia Gamal que el destino hizo que fuera la misma que Karim recordaba, haciéndole viajar en el tiempo hacia las blancas edificaciones que separaban la civilización del desierto del Sahara, los colores y olores de los zocos, y el sonido del viento. El mensaje estaba claro y era contundente, porque mediante el arte, de la literatura, de la danza, de la música, de las películas se pueden decir cosas fuertes, tocar temas difíciles, hablar de historias que a algunos su mero recuerdo puede provocar heridas difíciles de sanar. Así lo entendía Laura y así se lo transmitió a Samia, que enseguida supo que su forma de expresión era el baile, algo que la apasionaba y que hasta ese momento solo había usado como terapia para consigo misma, para huir de la tristeza, para suplir sus carencias, para desconectar del mundo, para ser feliz por unos minutos. Ahora tenía la oportunidad de darle una vuelta de tuerca más y utilizarlo para manifestar sus sentimientos y, aún más importante, llegar a los demás y hacerles sentir también, rabia, amor, desasosiego, incertidumbre, temor, dicha, pasión, miedo, satisfacción, duda, todo con su verdad, una verdad que fue desnudando poco a poco al desprenderse de cada velo, dejando al descubierto unas emociones que todos recibieron como propias.

No hicieron falta palabras. Hiba, conmovida, estrechó entre sus brazos a su hermana, y una a una se fueron incorporando, rodeándola, uniéndose, las cuatro abrazadas, emocionadas por encontrar en esa unión el cimiento para una nueva construcción, la de sus vidas, confirmando así que, a pesar de sus diferencias, de su diversidad de opiniones, de las distancias y de lo que en el futuro sucediera, nada ni nadie podría nunca derrumbar ese vínculo invisible que se había creado entre ellas.

Las gradas se fueron vaciando como un reloj de arena. Cada uno volvió por donde había venido, siguiendo su camino de vuelta sin plantearse siquiera tomar otro diferente. El charloteo de los asistentes fue también disminuyendo hasta quedar convertido en un rumor lejano fuera del edificio. Las luces se fueron apagando escalonadamente, avisando en cada paso que la oscuridad estaba cada vez más cerca; sin embargo, la luz del rojo atardecer, que se filtraba a través de la persiana que cubría el ventanal, no permitió que esta tomara todo el protagonismo, tiñendo la nave de un color purpúreo.

Allí seguía Karim, solo, el último grano de arena del reloj que no había logrado atravesar el estrecho pasaje y caer al otro lado. A pesar del silencio, seguía escuchando el eco de los tambores, que no hacían más que enturbiar aún más sus propios pensamientos impidiéndole expulsar de su mente la imagen de su hija embarazada. Levantó la cabeza, abrió los ojos y distinguió una figura ante él. Era el joven sirio, que lo miraba fijamente y en silencio, con los brazos caídos y los ojos húmedos.

Cuando Abdul logró pisar suelo español, después de vivir la guerra, la muerte de sus padres y el exilio, no sabía ni una palabra de castellano. Pronto aprendió a decir pan, sal, té, dos, más, luz, sol, todo monosílabos. Estos le permitían pedir comida y bebida, cubriendo así sus necesidades básicas. Luego pasó a las palabras de dos sílabas, y fue entonces cuando al pronunciar mamá, papá, guerra y morir, y al entender su significado, fue consciente de lo que había perdido, recuperando recuerdos de una amnesia temporal por el trauma sufrido. Empezó a pintar reconstruyendo imágenes que aún conservaba en su memoria: soldados en combate, gente en los campos de refugiados, heridos. Samia había sido su primera amiga española, había adquirido una deuda con ella de por vida y ahora, al ver lo que había pasado, pensó que podría ayudarla. Solamente con mirar a Karim supo ver la desesperación que sentía, las ganas de acabar con su vida, las mismas que él había experimentado.

Estaba allí, ante él en aquel espacio púrpura y en silencio. Karim rígido, con los puños apretados y los ojos repletos de pequeñas venas llenas de sangre; Abdul, quieto, con los brazos caídos, las piernas agarrotadas y la mirada acuosa. Permanecieron estáticos, analizándose el uno al otro, el uno sin ocultar su angustia, el otro sin saber qué hacer ni qué decir, y así siguieron hasta que el joven, levantando un brazo, le mostró un papel donde había un dibujo en el que destacaba el color rojo, una mancha de tinta que simulaba un charco de sangre dejado por un soldado abatido y destripado en el suelo tras la batalla, el mismo que Samia había visto como anuncio de su suicidio. El joven, entonces, esbozó una pequeña sonrisa, lo que provocó que Karim se rindiera. Vio en aquel gesto del muchacho sirio una salida para la reconciliación. Si él había sido capaz de sobrevivir a algo tan doloroso como la pérdida de su familia, tan sobrecogedor como la derrota de su pueblo, tan terrible como el destierro y tan espeluznante como los efectos de la guerra, significaba que había otra forma de mirar el futuro, se abría una luz que era como la sonrisa de Abdul.

Abdul significa *siervo*; *Karim*, *generosidad*.

Cuando Samia vio a su padre sentado en las gradas y a Abdul frente a él, sintió unas súbitas ganas de llorar. Se había estado conteniendo tanto en los últimos días, obligándose a no derrumbarse, a no caer presa de sus propias inseguridades, que ahora temió traicionarse y tontamente caer en la trampa.

En cuanto la vio, el joven se precipitó a abrazarla.

—Eres muy valiente —le dijo al oído para que el padre no pudiera escucharlo. En ese momento dejó los nervios a un lado, respiró hondo y recuperó su serenidad.

Karim los miró, admiraba la actitud del joven y no tuvo más remedio que abandonarse a lo que le esperaba.

—Gracias —le susurró Samia a Abdul.

Los dos se separaron y el chico se alejó caminando muy despacio, sin mirar atrás. Samia se acercó a su padre, que aún tenía en sus manos el dibujo del soldado herido, y se sentó junto a él. Los dos permanecieron unos minutos en silencio, el uno al lado del otro, sin mirarse. Él le ofreció su mano y ella le dio la suya. Entonces él apoyó su cabeza en el vientre de ella y creyó escuchar el latido de un pequeño corazón.

La alegría de Soledad al descubrir que sus peticiones a san Expedito habían dado el resultado deseado fue tan grande que en cuanto pudo salió y se encerró en un baño, donde, a solas, sacó la estampa del santo, la besó y, santiguándose, le dio las gracias. No siempre le concedía todo lo que le pedía, pero esta vez estaba segura de que había intercedido por ella a favor del amor, de la coherencia y la piedad.

No había querido volver a las gradas, no deseaba ver a su yerno. Salió al patio esperando que su nieta apareciera, quería abrazarla. El baile le había parecido una insensatez, los trapos sucios hay que lavarlos en casa, decía siempre, nadie tiene por qué enterarse de las miserias ajenas, todo el mundo las tiene y deberían guardarse en los desvanes de las casas. Pero esta vez se callaría, tomaría a Samia de la mano y se la llevaría consigo, fuera del alcance de la ira del padre.

Algo que no se esperaba. Al ver la tardanza de su nieta, fue a los vestuarios de las chicas, pero no la vio.

—¿Habéis visto a Samia? —preguntó a un par de compañeras.

—No. Salió la primera.

Volvió al patio, nerviosa. Pudo ver a lo lejos a Pap haciendo malabares con un balón que suspendía en el aire, lo volvía a recoger con el pie, la cabeza, el pecho o la nuca, un dominio que era aplaudido por el resto de los muchachos del equipo, que lo rodeaban vitoreando cada una de sus vistosas piruetas.

—¡Válgame Dios! —dijo para sí Soledad.

Por un momento había olvidado ese pequeño detalle, porque si ya llevó fatal en su día que su hija se casara con un moro, como ella los llamaba, lo próximo sería un nieto mulato.

—¡Cualquier cosa! —volvió a decirse, santiguándose.

Empujó las puertas del gimnasio, que ya estaban cerradas. Se asomó por la abertura y posó su mirada en la silueta de Karim, que, sentado en las gradas, apoyaba su cabeza en el vientre de Samia. Soledad pensó en su hija, Carmen; ojalá hubiera estado viva para ver aquello. De pronto, unas voces ajenas a todo la devolvieron a la realidad. Unas mujeres criticaban en voz alta y sin pudor alguno lo sucedido.

—¡Embarazada! —soltó una de ellas.

—¡Ha sido vergonzoso! —dijo otra.

—No quiero que mi hija se acerque a esa chica por nada del mundo —añadió la primera.

Soledad se volvió hacia las arpías, que al verla siguieron hablando para que las escuchara.

—Cuando una persona no está educada no puede educar.

—¡Qué poca vergüenza! Preñada a esa edad y mostrándoselo a todo el mundo.

Aquellas mujeres se creían en posesión de la verdad; altivas, amargadas, insatisfechas de sus propias vidas, sedientas de venganza, embriagadas de desfachatez, embutidas en sus vestidos baratos, subidas en sus tacones de saldo, pintadas como monas, lanzando palabras como escupitajos, criticando la debilidad.

Soledad, acostumbrada a ver, oír y callar, a pasar por alto el menosprecio, se hizo la sorda, no quería entrar a discutir, no merecía la pena.

—¿Qué son? ¿Españoles? ¿Árabes? —continuaron diciendo mientras volvían sus indignados rostros.

Soledad no pudo más e inesperadamente se abalanzó, agarró a una de ellas por el cuello y, clavándole la mirada, le siseó con voz dura y tajante:

—Sí, somos todo eso y más. Aquí nadie está por encima de nadie. Os creéis superiores solo porque tenéis la piel blanca, pero también tenéis mucho odio y mucho rencor... —Tomó aliento, soltó a la mujer y, dirigiéndose a todas, dijo con voz rotunda—: Es miedo lo que tenéis, miedo a que vengan otros mejores que vosotros y os quiten vuestro trabajo, se queden con vuestras casas, se lleven a vuestros hijos y os dejen sin nada. Solo tenéis miedo, rencor, odio y esa piel blanca.

Las mujeres se retiraron avergonzadas y asustadas. Hiba, que había sido testigo de todo, se acercó a su abuela y la sujetó, porque a pesar del valor que había demostrado le flaqueaban las piernas. Ella miró a su nieta, que le devolvió la mirada y asintió aprobando lo ocurrido, entendiendo que defender a los suyos formaba parte de su idiosincrasia.

—Necesito sentarme, estoy cansada —dijo Soledad.

La nieta la acompañó hasta un banco cerca del muro, echó a unos pequeños que jugaban a subirse y bajarse de él correteando alrededor y ambas se sentaron.

—Hay gente que no tiene bastante con su vida y pretende ser dueño de las de los demás, solo para controlarlos y hacerse más fuerte. Mantente apartada de esas personas, esas que aprovechan cualquier debilidad para ir directas a la yugular. Nunca me casé con tu abuelo, él no era religioso y tampoco creía en el Estado, y menos en el Estado en que nos tocó vivir. Era joven, idealista y creía en la democracia; algo que ahora se ve normal, en aquel momento se perseguía. Cuando lo conocí ya estaba enfermo del corazón, pero nunca pensé que me dejaría tan pronto. Al morir me quedé sola, destrozada. Entonces quisieron quitarme a tu madre, me veían débil, y eso es lo que se les hace a los pobres y a los que no tienen cómo

defenderse. Tanto Julián como yo éramos maestros, pero como no nos habíamos casado ni teníamos papeles ni nada, pensaron que yo tampoco tenía derecho a un trabajo, ni a criar a mi hija, una madre soltera, imagínate.

Se detuvo para tomar aliento, limpiarse la nariz con un pañuelo de papel, mirar a Hiba y cerrarse bien la gabardina; tenía frío.

—No sé de dónde saqué fuerzas. Después de enterrarlo, cogí a tu madre, que solo tenía tres años y solo me tenía a mí, y me la llevé antes de que me la quitaran. Por medio de una amiga conseguí que una familia me aceptara como criada con la condición de poder tener a mi hija junto a mí y un lugar donde dormir. Fueron muy buenos conmigo y con Carmen, que fue al colegio con las hijas de los señores. ¿Te acuerdas de la cesta de turrones que me mandan todos los años por Navidad?

—Sí, tú siempre decías que la enviaba el mismísimo Papá Noel —dijo Hiba—. Pero nunca, ni siendo niñas, nos lo creímos.

—Me la envía todos los años Dolores, la pequeña. Tu madre, si ahora viviera, tendría su edad. Jugaban juntas de niñas. Yo la crie, me quiere mucho y yo a ella. Cuánto echo de menos a tu madre, cuánto...

—Estoy muy orgullosa de ti, abuela.

El sol ya se había ocultado tras los edificios llevándose los últimos destellos de luz. Sentadas juntas en el banco del patio, nieta y abuela se abrazaron. Ruth las miró desde el otro lado, no quería interrumpir ese momento tan emotivo. Desde su llegada se había sentido de más. Ahora se preguntaba si se había precipitado en su decisión de acompañar a Hiba. Todo lo que esta le había contado era una distorsión de la realidad que, desde fuera, pudo distinguir con una perspectiva diferente, una visión que se alejaba cada vez más, con el paso de las horas, de lo que ella había esperado encontrar.

—¿Eres Ruth? Soy Laura.

Sonrieron casi al mismo tiempo mientras se estudiaban la una a la otra. Ruth se relajó al sentirla cercana, franca y abierta; era tal como se la había descrito Hiba. Al menos con ella no se había equivocado.

—Si quieres salimos y la esperamos fuera —sugirió Laura.

—Me parece una buena idea.

Todavía quedaba gente en el patio, familias que aún esperaban la salida de las bailarinas y los chicos del coro. Llegaron hasta el portón y Ruth se volvió para mirar. Hiba seguía sentada junto a su abuela en el banco, tenía toda una vida por resolver y solo unos días para hacerlo, y lo tenía más que difícil, pensó, la intransigencia no se vence en tan poco tiempo. Salieron de allí y decidieron esperarla en un bar. Hablaron de pequeñas cosas sin importancia, estuvieron de acuerdo en sus ideas políticas, se aconsejaron alguna película, una buena novela, Laura le recomendó la exposición del Reina Sofía y Ruth le hizo prometer que iría a verlas a

Canarias. Al rato apareció Hiba, había recibido un mensaje de ellas donde le decían que la esperaban en el bar de la Filmoteca.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron a la recién llegada.

—¿Qué va a pasar? Nada.

Había querido entrar para hablar con su padre pero Soledad le aconsejó que no lo hiciera. «Es un poco pronto —le dijo—. Lo entenderá, pero dame tiempo.»

Dame tiempo.

Soledad conseguía todo lo que se proponía, y no había cosa que deseara más que ver unida y feliz a su familia.

Las farolas iluminaban el patio perfilando las primeras sombras chinescas en el muro. Una figura grande como un gigante de cuento que jugaba con su propia cabeza, no era más que la silueta de Pap dibujada en la pared. Este seguía en posesión del balón y lo sujetaba con su nuca, lo lanzaba al aire y luego lo controlaba con su empeine, aunque realmente, y mientras lo hacía, estaba pendiente de la puerta del gimnasio donde aún se encontraba Samia con su padre. La mayoría de sus amigos ya habían tocado retirada, así como su madre y su tía, quienes, rodeadas de niños propios o ajenos, ya se encontraban en su casa cocinando patatas con carne y papillas de galletas. En ese momento se abrió el portón y vio salir a Samia de la mano de Karim. Sintió alivio al ver que ella alzaba las cejas, lo que en su lenguaje de signos significaba «te llamo luego». No necesitaban palabras para comunicarse, con su idioma secreto de gestos podían decirse lo que quisieran sin que nadie se enterara. «No te olvides», dijo él tocándose la sien con el índice. «Te quiero», dijo ella rascándose el cuello con la mano libre. Y entonces él, repitiendo ese último gesto, cogió el balón y salió por el portón.

No llorar no significa ser más fuerte. Karim llevaba sin hacerlo dieciséis años, los mismos que tenía Samia. No había llorado de pena cuando murió su mujer de forma repentina, ni cuando se emocionó al tener a su hija en brazos, no vertió una sola lágrima ninguno de los días que fue, sin que nadie lo supiese, al cementerio donde estaba enterrada Carmen, no lloró nunca de risa ni en los mejores momentos, ni de tristeza cuando a solas sufría con sus recuerdos. Tal era su sequedad, que no volvió a llorar hasta ese día. Estaba sentado en las gradas, hundido, pensando en su desgracia, cuando vio a Abdul ante él, y al esbozar el muchacho una sonrisa abrió la caja de Pandora de Karim. Pero en vez de monstruos, de allí salió el dolor por las desgracias ajenas, la violencia, el fanatismo; pensó en tantas muertes sin sentido, pensó en Madrid, París, Barcelona, y lloró, pero no de pena, ni de tristeza, sino de rabia.

Sintió rabia.

La rabia de no poder hacer nada para impedirlo y el absurdo por enfadarse consigo mismo.

Había empezado a llover de nuevo. Karim caminó de la mano de su hija. La abuela abrió el enorme paraguas y los cubrió con él.

SECRETOS A VOCES

Los secretos solo dejan de serlo cuando son aceptados por todas las partes; si no, siguen siendo secretos, aunque sean a voces.

Hiba y Ruth encajaban a la perfección como piezas de un puzle, ninguna de las dos se había sentido tan bien con otro ser, jamás habrían imaginado la existencia de un complemento tan perfecto. Solo les importaba el ahora y lucharían por disfrutarlo, pero lo suyo era un secreto a voces, porque Karim, aunque lo vio con sus propios ojos, aunque quiso mirar hacia otro lado, aunque siempre lo había intuido, fue incapaz de aceptarlo y lo escondió, apartándolo en un pequeño rincón de su mente, cerrándolo con la llave de la intolerancia, para no tener que enfrentarse a él nunca más. Ese instante de amor puro entre dos mujeres del que fue testigo, ese secreto a voces, repudiado y escondido por él, y recordado y magnificado por ellas, se habría perdido entre un mar de besos y caricias si no hubiera sido el desencadenante de su rechazo, habría carecido de importancia, no sería más que un simple, sencillo y polémico beso, pero las circunstancias y el desprecio lo convirtieron en uno de los grandes momentos de sus vidas.

La semana de Hiba en Madrid fue diferente de lo que había planificado, no hubo comidas familiares, no tuvo que aguantar las pesadas charlas de su padre llenas de consejos y reproches, no pudo ni acercarse a ayudar a Soledad en el café, e hizo de tripas corazón y llevó con dignidad y orgullo el rechazo de su padre. Encontró su refugio en Ruth. Ambas salían a correr por El Retiro cada mañana inventándose una realidad paralela, donde eran dos turistas que visitaban la capital, recorriendo los museos, paseando por los barrios, comiendo menús por el centro o yendo de tapas. Mientras Hiba intentaba no contagiarla de su pesimismo, su disgusto y su malestar, Ruth, consciente de todo, actuaba como terapeuta. A aquellas alturas tenía claro que lo que debían hacer era pasar por alto la intransigencia, que por el momento no tenía solución, y sanar cualquier herida a base de cultura y vino. Por eso recorrieron las pequeñas salas de teatro alternativo, se fueron

de copas por Chueca o Malasaña y caminaron de la mano por toda la ciudad, besándose cuando lo pedía el cuerpo.

Pasaban los días. Aquella fue la primera vez en su vida que Hiba habló con Laura con total sinceridad; no quería tener secretos con su amiga, a la que adoraba desde siempre y de la que se había sentido atraída desde que la conoció, aunque no fuera conocedora de sus propios sentimientos. Laura también le confesó que la quería y que siempre pensó que lo suyo era un amor platónico, porque sabía que no había mujer con el alma más bella. Se abrazaron cerrando los ojos, dejando que se dibujaran de nuevo muchos recuerdos que el tiempo había borrado. Después de esa mutua declaración, y tras derramar un río de lágrimas, Laura le habló de sus fisuras, de las pequeñas miserias que guardaba bajo la cama, de su tremenda ambición y de Alex. Le explicó lo que significaba para ella ser libre, carecer de responsabilidades. No dejaba que nadie le coartara sus ganas de volar, no deseaba ahogar los sueños y que estos se convirtieran en pesadillas. Era joven y necesitaba huir, ser libre, no dejarse aprisionar ni siquiera por los propios deseos, y si llegaba a carecer de libertad siempre la podría robar.

Hiba la escuchó y supo, como siempre había sabido, que dentro de esa mujer fuerte, ambigua y ambiciosa se escondía un ser herido, de una extrema sensibilidad y con la luz suficiente para iluminar su propio futuro.

—Encontrarás tu propia salida, pero tienes que buscarla dentro de ti — le dijo con sus enormes ojos color miel anegados en lágrimas.

A partir de aquel momento, tanto una como otra se dedicaron a pensar la forma de ayudar a su amiga, sin encontrar respuesta. «Hay secretos que es mejor que permanezcan ocultos», pensó Hiba.

Pasaban los días. Por más que intentó juntar a Lisa y Laura, no lo logró, quedaba con una o con otra, pero nunca con las dos juntas, ya que, sin admitirlo, se negaban a verse. Lo sucedido entre ellas era otro secreto que las dos guardaron celosamente.

Los secretos solo dejan de serlo cuando son aceptados por todas la partes; si no, siguen siendo secretos, aunque sean a voces.

Quedó para verse con Samia después de clase, lejos del café. Era una tarde limpia y luminosa, aseada de nubes, como aquella mañana que juntas habían regresado de fiesta, cuando aún no eran conscientes de todo lo que les iba a acontecer. Desde su regreso no había podido hablar a solas con su hermana, las circunstancias habían hecho que esa conversación que tenían pendiente se fuera aplazando día a día. No era fácil para ella tocar un tema tan complicado como el embarazo, sin dejar claro su punto de vista, pero este había ido cambiando desde su llegada, influenciado por los acontecimientos. Ahora, al tenerla delante, con la barriguita ya bastante visible, lo único que pudo hacer fue preguntarle cómo se encontraba y dejar a un lado reproches y sermones. La escuchó hablar con naturalidad, como una adulta, sin darle explicaciones que ella tampoco le exigió.

Cuando ya parecía que no tenían nada más que decirse, Samia le pidió un favor: quería que la acompañara al cementerio.

Sentadas junto a la tumba de su madre desenterraron los secretos, unos se esfumaron con la brisa y otros se convirtieron en pensamientos que ambas volvieron a guardar muy dentro. Antes de que terminaran de contarse absolutamente todo, comenzó a llover. Las dos vieron en esto una señal que les pedía una interrupción de sus intensas confesiones y pensaron que a veces es mejor dejar cosas por decir, guardar palabras, reservar deseos, dejar algunos interrogantes para cuando toque.

Volvieron cuando cesó la lluvia, riendo, recordando buenos ratos, dichos de la abuela, caras de su padre, chistes que solo ellas podían entender, juegos de palabras, trazos de sus vidas.

Soledad se presentó en casa de Lisa con una tortilla de patatas y croquetas de jamón, que había preparado especialmente para ella.

—Cómetelas todas, que estás tan flaca que das pena. Menudo culo huesudo, con lo hermosa que te fuiste y mírate. A cierta edad te ajamonas o te amojamas, y tú cada día estás más seca.

—No exageres, abuela.

—Venga, que me tengo que ir.

Y se abalanzó sobre ella, propinándole sus famosos besos sonoros, besos con sabor a lentejas, a puchero, a gachas, besos como solo ya daba la abuela. Cuánto los voy a echar de menos, se quedó pensando Hiba mientras la miraba salir por la puerta y marcharse escaleras abajo lentamente y sin mirar atrás, ¡cuánto!

El tiempo pasó rápido y veloz, y llegó el día de su marcha. Hiba, haciendo caso de Soledad, no se acercó a su padre. Aprovechó un rato que él no estaba en el café para pasar a por algo de ropa, algún libro y para echarle un vistazo al sitio donde tantos años había vivido y que continuaba lleno de recuerdos.

Al marcharse, también se llevó los últimos resquicios de septiembre y, con ellos, la última posibilidad de días calurosos y noches cálidas. El viento de la sierra había encontrado la forma de llegar al centro de la capital, enfriando irremediablemente las empinadas calles de Lavapiés. Laura había evitado encontrarse con Lisa, aun sabiendo que la distancia dificultaba cada vez más la posible reconciliación tras una disputa que, si bien había herido a una y otra por la verdad y crudeza de las palabras utilizadas, les hacía sentirse avergonzadas por su comportamiento. Lisa necesitaba hablar con ella, disculparse, pero no sabía cómo y tampoco quería precipitarse, improvisar un discurso podía resultar contraproducente, no sería la primera vez que al intentar arreglar algo

consiguiera justo el efecto contrario por su forma de expresarse, que podía ser tomada como soberbia o falsa humildad, por el apasionamiento con que defendía sus argumentos y sus justificaciones acaloradas, que podían llegar a caldear la conversación hasta transformarla en una nueva discusión que complicaría aún más la relación, cada vez más insalvable.

Después de pasar varias semanas evitándose, Lisa fue la que se armó de valor y, sabiendo que Laura solía salir a las dos y media de la librería y caminaba por Santa Isabel hasta el Reina Sofía, decidió ir a su encuentro. Después del mediodía se podía sentir el calor del sol apuntando directamente a la cabeza de los paseantes, y con su destello cegar unas miradas, las más sensibles, o acariciar otras. Lisa se quitó las gafas de sol.

—¿Te importa que hablemos?

—No, no me importa.

Echaron a caminar, la una a la par de la otra, calle abajo.

—Me han dicho que has dejado el trabajo —dijo Lisa.

—Así es.

Las dos medían sus palabras, intentando no agotar las posibilidades de reconciliación.

—¿Y eso?

—No me sentía bien.

—¿Por qué?

—Una amiga me abrió los ojos —dijo Laura, deteniéndose.

Entonces Lisa respiró profundamente y, recuperando la seguridad en sí misma, la miró directamente a los ojos y sin mover los labios, sin pronunciar palabra, sin hacer ningún gesto, sin apenas moverse, dijo sin decir «perdón». Entonces Laura esbozó una leve sonrisa en sus ojos y, también en silencio, con su mirada dulce, sin hacer ningún gesto y sin apenas moverse, sintió sin decir «lo siento».

Siguieron caminando en silencio, convertidas en niñas que jugaban a adivinar pensamientos. Sus sombras se iban alargando, haciéndose cada vez menos precisas, mientras ellas buscaban la manera de encontrar un refugio para sus palabras. La primera en hablar fue Laura.

—Voy a ocuparme de la librería, creo que ha llegado el momento.

Cualquiera que la conociera se habría dado cuenta de que ese era un paso difícil para ella, por lo que significaba y por la cantidad de recuerdos que debería enterrar.

—Estaba convencida que algún día darías ese paso —admitió Lisa con una seguridad que sorprendió a su amiga.

—Tengo muchas ideas y Samia me va a ayudar a montar un café para que venga la gente del barrio —dijo Laura, entusiasmada.

Llegaron hasta el paseo del Prado y, tras cruzarlo, siguieron caminando, dejándose jaspear por las ráfagas de luz que se filtraban entre el follaje de los viejos y monumentales árboles que, enfilados en el bulevar, ya

empezaban a desprender sus hojas ocres, anaranjadas, amarillentas, rojizas, que servían de alfombra para los paseantes menos apresurados.

—Quiero que sepas que... —Laura se interrumpió de pronto— dije cosas que no pensaba.

Le costó convertir en palabras lo que antes ya había expresado con su mirada. Necesitaba decírselo, deshacerse de su culpa y, con toda sinceridad, hablar de cómo se encontraba, de las vueltas que le había dado al hecho de haberse sentido avergonzada por el comportamiento de su amiga delante de personas que le habían demostrado que no significaban nada y que, por decisión propia, había decidido apartar definitivamente de su vida. Lisa, que en aquella ocasión no había entendido la conducta de Laura y sus reproches, pensó, después de haber analizado los hechos y haberlos dejado un tiempo en barbecho, que quizá no estaba del todo equivocada.

—Tenías razón en algunas cosas. No estaba pasando por mi mejor momento —dijo, decidiendo hasta dónde sería capaz de revelar su secreto.

—No hace falta que me cuentes nada si no quieres —respondió Laura con toda sinceridad.

En ese instante, los mismos árboles que las protegían del sol se agacharon para escuchar cómo Lisa le contaba a Laura aquello que había tenido hasta ese momento oculto. Lo hizo paso a paso, con detalle y sin remordimientos. Le habló de la cafetería del hotel donde casualmente tuvo su primer encuentro con un desconocido, cómo luego disfrutó en sus brazos sirviéndole de desahogo, y cómo recibió con sorpresa y satisfacción el primer pago en recompensa a su entrega; le habló de cómo en un comienzo amó el sexo sin necesidad de amar, de cuán importante fue sentirse deseada, y de lo sencillo que le resultó continuar y convertir en rutina aquel comportamiento prohibido, que irremediablemente tenía que ocultar.

Laura, que escuchaba atenta, tuvo ganas de abrazarla, de protegerla, y se reprochó no haber sido capaz de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, cegada por el falso brillo del mundo que rodeaba a Alex, de que la necesitaba de verdad. Lisa siguió adentrándose en el laberinto de sus fríos encuentros, donde fue perdiendo su autoestima, mintiéndose, buscando en estímulos externos la energía para seguir. Por eso, aquella noche en Le Club se había comportado de aquella forma, pasada de cocaína, aunque, al contrario que otras veces, no la había consumido para divertirse sino para olvidar, como escape de la deprimente situación en que estaba inmersa. Por eso, aquella noche en Le Club se había montado en el coche de un tío, el mismo que luego con sus amigos había intentado violarla, porque en su mentalidad, si una mujer es una prostituta, el sexo con ella no es violación aunque no sea consentido, aunque haya violencia, aunque para hacerlo haya tenido que engañarla y meterle droga en la

bebida.

Los árboles del paseo se apartaron respetuosos ante ellas, dejándoles mayor espacio para la intimidad, y una fría brisa sopló sobre sus rostros, salpicando en sus ojos pequeñas motas de tristeza.

—Siento no haberme dado cuenta de nada —susurró Laura.

Entonces Lisa la abrazó. Por mucho que se hubieran alejado la una de la otra, en ningún momento habían dejado de ser amigas, ambas eran conscientes de ello, como lo eran también de que, por mucho que se dijeran a partir de ese momento, su relación iba a cambiar, ya que el tiempo y lo acontecido en los últimos días había conseguido no solo que maduraran, sino también establecer nuevos límites a su relación, que a partir de ahora sería menos permisiva a la intromisión.

—Tú también tenías razón —admitió Laura—. Me estaba comportando como una imbécil delante de aquella gente. No era yo. No sé...

Lisa se limitó a asentir con la cabeza y le propuso acercarse a la cafetería del Círculo de Bellas Artes, donde podían seguir hablando tranquilas. Ambas subieron por Alcalá, atrás quedó el Ayuntamiento con su cartel de *Refugees wellcome*, la majestuosa Cibeles y los viejos árboles, que se despidieron de ellas dejando caer algunas de sus hojas ocres, anaranjadas, amarillentas, rojizas; hojas que las habían resguardado del sol y el viento y ahora servirían de alfombra a otros paseantes.

Tenía delante a Lisa y le daba la impresión de estar ante una desconocida. La miró en silencio por unos instantes y supo que, efectivamente, había experimentado muchos cambios en su vida en tan solo unos días. Ella, sin embargo, aún tenía todo tan reciente que no sabía hacia dónde iba a navegar, ni qué rumbo tomaría. Pidieron un par de cafés y esperaron sentadas ante la enorme cristalera que les dejaba ver el comienzo de la Gran Vía y el edificio Metrópolis con su ángel alado como alegoría de la libertad.

La libertad no se compra, se roba.

—Necesitaba dar un paso —dijo Laura—, y no me daba cuenta de que lo estaba dando hacia el lado equivocado.

—¿Y Alex?

Desde la última noche en que fue a por ella a la librería, no había cesado de perseguirla de todas las formas posibles. No paraba de llamarla por teléfono, dejándole mensajes de voz y escritos que ella ya no escuchaba, y aunque logró cambiarse de número, él había conseguido el nuevo para continuar con su acoso. También lo bloqueó de las redes sociales porque, bien en privado o en abierto, no se daba por vencido e insistía en comunicarse con ella con una intensidad que rozaba la psicopatía. Lo que al principio resultó un regalo para su ego, había pasado a ser un problema. Un par de veces se había presentado en su casa, la primera con un enorme ramo de flores y la segunda con una carta, que ella

no quiso leer.

—¿Quieres dejar de llamarme? —le pidió—. Mira, Alex, no pierdas el tiempo y búscate una buena chica.

Lejos de ser un psicópata, el muchacho se había obsesionado tanto con Laura que la mera idea de perderla le provocaba una gran tristeza y pocas ganas de vivir. Lo que al principio había sido solo un capricho se transformó luego en deseo, y después en una relación fallida y en una frustración, ocasionándole todo ello una profunda depresión. Tenía ganas de llorar, no quería ver a nadie y se pasaba los días en la cama, intentando no pensar en la chica que le hacía sentirse tan infeliz. Laura no era consciente de lo que estaba ocurriéndole a Alex, y tampoco podía saber si ella era su verdadera tabla de salvación o, por el contrario, su sola presencia serviría para hundir aún más su ánimo. Ella era fuerte y debía velar por sí misma, y algo le decía que se alejara de aquello que podía herirla, convertirla en lo que no quería ser.

—Perdón si me meto en cosas que no me importan, pero creo que deberías darle una oportunidad. Se ve que le gustas de verdad —le aconsejó Lisa al enterarse de que su amiga había roto la relación.

Laura, que no quería dar muchas explicaciones al respecto, permaneció callada, aunque creyó que quizá su amiga tenía razón. Ella, por sí misma, era lo suficientemente especial como para conseguir a alguien que la apreciara como realmente se merecía, pensó, tenía derecho a ser feliz, a enamorarse de un hombre afortunado, con poder, con dinero, alguien que le diera una buena vida, con viajes, con quien compartir un futuro más que prometedor, tenía ese derecho.

—Tienes que vivirlo —dijo Lisa.

«Pero, por otro lado —pensó Laura—, ¿y si solo es una trampa? ¿Y si se trata de un trampantojo que simula la felicidad y cuando intente atraparla me doy contra un muro?» Ella había estado enamorada de él, de eso estaba segura, era innegable la fuerte atracción que desde el principio había sentido por Alex, pero también era verdad que, tras los últimos acontecimientos, lo único que había deseado era escapar, dejar de sentirse culpable de ser inferior solo por no pertenecer a su mundo. Ella podía conseguir todo lo que se propusiera, pero no a cualquier precio.

Se terminaron el café y se fueron caminando por la Gran Vía. El sol estaba cayendo y el centro de Madrid burbujeaba con el dorado de la luz del ocaso mezclado con los luminosos de los comercios, los grandes almacenes, los teatros y los pocos cines que aún quedaban proponiendo ilusiones a la gente que inundaba la calle. Pasaron por delante de Callao y fueron bajando hasta la plaza de España para luego seguir hasta el templo egipcio de Debod, un lugar mágico que ambas adoraban.

—Pocas veces te he hablado de mi madre —dijo Laura.

—Muy pocas.

¿Qué le podía decir de ella? ¿De sus pocos recuerdos? Le habló de las fábulas y los cuentos que le leía antes de dormir, de su precipitada marcha, de su abandono, de su última llamada y su inesperada muerte; le habló de ese hermano que no conoció y de ese viaje a Ibiza que nunca hizo; le habló de la soledad de su padre, de sus robos, de la falsa acusación contra ella y de los sentimientos encontrados hacia Alex. Intentó reconstruir su estado de ánimo, que junto a sus recuerdos constituían los ingredientes para una receta con la que lograr una salida que le dejara al menos un buen sabor de boca. Lisa insistió en que las historias no solo hay que vivirlas, sino dejar que te posean.

Tendremos recuerdos porque hemos vivido.

—Tienes que vivirlo —volvió a decir Lisa—. ¿Y si sale bien? ¿No estarás el resto de tu vida preguntándote qué hubiera pasado si...?

—¿Conoces la fábula del perro y el lobo? Es de La Fontaine, creo.

—No.

—Un lobo demacrado, cansado de tanto caminar, esquelético y hambriento, se encontró por un camino de tierra seca con un hermoso perro lobo de pelaje dorado, fuerte y bien alimentado.

Laura se detuvo y miró a Lisa, que la escuchaba con sumo interés.

—Sigue —pidió Lisa.

—El lobo le contó su desgracia —prosiguió Laura—. Se había perdido en el desierto sin comida ni agua, siendo el único superviviente de su manada. Ahora estaba solo, sin sus compañeros de viaje. Entonces el perro, al principio receloso, lo compadeció y le dijo su secreto: la vida puede ser muy sencilla, solo tienes que dejar el bosque y apartarte de tus amigos, cosa que ya la providencia ha hecho por ti, y encargarte de guardar una buena casa; esa es la forma de librarse del cansancio de caminar todo el día durante meses, durante años, durante toda una vida, es la forma de protegerse del frío invernal, de la nieve, de los gélidos vientos del norte, de las frías noches sin luna, es así como puedes librarte del calor del verano más seco, del desierto más inhóspito y del horror del hambre. «¿Puede haber mayor felicidad?», le preguntó el perro. «Sí —pensó el lobo—, no debe de haber mayor dicha.» «Entonces ¿solo tengo que encontrar una casa para guardar?», preguntó. «Tienes que proteger a los amos para que no entren desconocidos y ladrar para avisar si hay algún peligro —respondió el perro de pelaje dorado—, eso es todo.» El lobo, esquelético y hambriento, empezó a relamerse pensando en la comida que podría conseguir, el agua fresca que podría beber, y se vio a sí mismo descansando ante la puerta de una casa que guardaría celosamente. De pronto, algo llamó su atención. «¿Eso qué es?», preguntó, fijándose en una estrecha marca pelada en el pescuezo del perro. «No es nada —contestó este—, solo es la señal de la cadena.»

Lisa miró a Laura con ojos de tristeza, y por un momento pudo

imaginar a su amiga de niña escuchando la fábula en la voz de su madre.

—No te tengo que explicar lo que significa la libertad, ¿no? —dijo Laura

—Significa todo —respondió Lisa esbozando una sonrisa.

Entonces Laura reparó en un policía de tráfico que estaba poniendo una multa, observó la bicicleta que tenía aparcada a su lado y miró a Lisa, que adivinó en el acto lo que estaba pensando.

—¡No! —exclamó.

Laura no respondió. Le dio la espalda, se encogió de hombros, queriendo dar con ese gesto una justificación a su fechoría y, respirando como si acabara de despertar de un sueño, corrió hacia la bicicleta, y montándose en ella salió disparada calle abajo. Pasó por encima del Viaducto dejando atrás el Palacio Real y continuó, atravesando las calles de Madrid, con sus cabellos al viento, recordándonos a aquella antigua foto descolorida.

Agradecimientos

Gracias a Pablo Álvarez por empujarme, haciendo que me olvide del cine por un instante y me sumerja en la literatura.

Gracias a Elisa Albacete por esa valentía con que te enfrentas a la vida, que me sirve de ejemplo.

Gracias a Stéphane Sorlat por ayudarme con el arranque, en un París que siempre permanecerá en mi memoria.

Gracia a Ester, Lorca, Murcia, Barcelona, Madrid, tu alegría y tu energía, que es mi Espejo.

Gracias a Marta Fochs por tus secretos que ya son míos.

Gracias a Juan Carlos y Elvira, porque es de justicia.

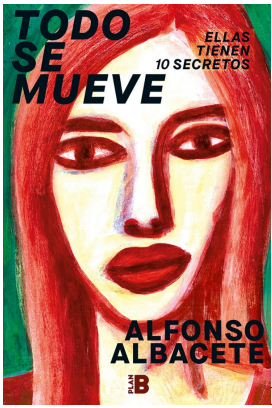
Gracias a Ruth Franco por creer en mí, en tus locuras y en las mías.

Gracias a Matías Cardelle y Nadina Salud, tan lejos y tan cerca.

Gracias a Javier, hermano de sangre, amigo del alma.

Gracias al príncipe de Entre Ríos, heredero de la Mesopotamia, hijo de Lidia, compañero de vida.

Cuatro amigas y diez secretos



Durante el día, Lisa se esconde tras un gris escritorio. Por la noche, su vida cambia. El novio rico de Laura no sabe que ella puede acabar en la cárcel. Nuria es consciente de que si su padre supiera lo que oculta sería capaz de matarla. Samia guarda silencio, pero todo explotará cuando se sepa lo que está gestando. Son diez los secretos que atesoran estas cuatro amigas. Secretos que, al ser desvelados, cambian el orden de las cosas, del tiempo, de las ilusiones, del amor.

La verdad es lo contrario a la cobardía.

La mentira es solo un germen que puede desarrollarse hasta acabar con la amistad, el amor y con la propia vida.

Todo se mueve es un conmovedor viaje a través de los sentimientos, los deseos y las emociones de cuatro amigas que tienen todo por descubrir.

Alfonso Albacete es director de cine y guionista. Su filmografía cuenta con títulos como *Más que amor, frenesí; Atómica; Sobreviviré; I Love You Baby; Entre vivir y soñar; Mentiras y gordas,* y *Solo química*. Sus películas han viajado a festivales como los de Sundance, San Sebastián, Tokio y La Habana, cosechando numerosos galardones, entre los que cabe destacar: Premio del Festival de Cine de Turín, Premio del público del Festival de Cine de Chicago, Premio Shangay a la mejor película, Premio del Population Institute (Best Media Award) y el Premio de la Juventud Festival Mix México. También ha sido nominado a los Goya en dos ocasiones y ha escrito guiones junto a Lucía Etxebarría y Ángeles González-Sinde. Además de convertirse en éxitos comerciales, algunos de sus films han marcado a más de una generación de jóvenes (y no tan jóvenes). Ahora, mientras prepara su nueva película, nos presenta su primera novela, *Todo se mueve*, que recoge el relato de cuatro mujeres y sus diez secretos en un Madrid donde nada permanece, donde «todo se mueve».

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2018, Alfonso Albacete
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Estudio Óscar Mariné / Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1700-131-5

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Todo se mueve

Diez secretos
Libertad
Veinte años
La chica de la bicicleta
La mujer de la ventana
Dos hermanas
El viaje
Hiba
Lisa
Laura
Samia
Soledad
El mejor escondite del mundo
Mentiras
Con los ojos vendados
El juego de las apariencias
La envidia
La trampa
Al otro lado del espejo
La decisión de Samia
Robar a un ladrón
Efectos secundarios
El desprecio
La rabia
Secretos a voces
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Alfonso Albacete
Créditos